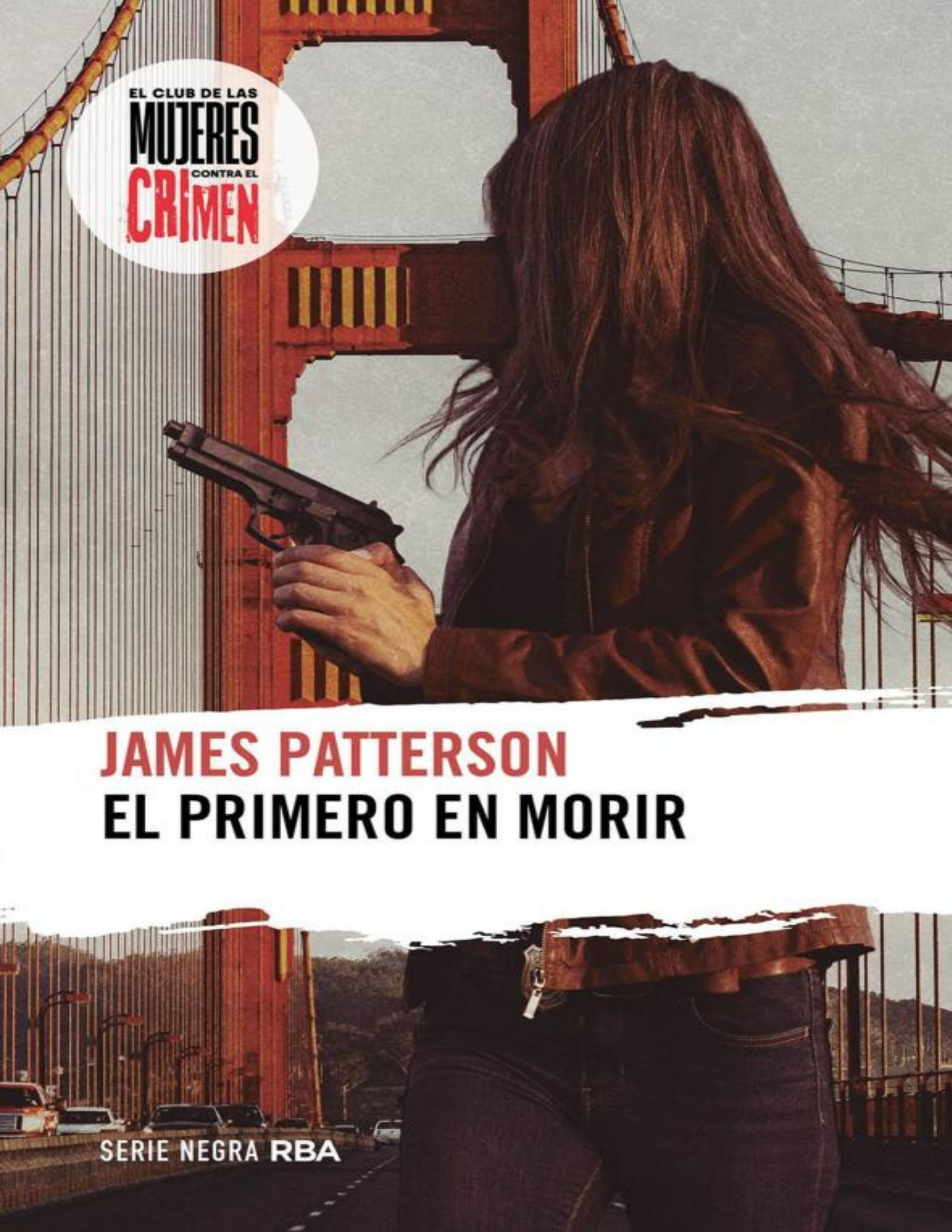




EL CLUB DE LAS
MUJERES
CONTRA EL
CRIMEN

JAMES PATTERSON
EL PRIMERO EN MORIR

SERIE NEGRA RBA

JAMES PATTERSON
EL PRIMERO EN MORIR

Traducción de
Esther Roig

RBA

Título original inglés: *1st to Die*.

© del texto: James Patterson, 2001.

Esta edición ha sido publicada gracias a un acuerdo con Kaplan/DeFiore Rights a través de The Foreign Office.

© de la traducción: Esther Roig Giménez, 2001.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2023.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: octubre de 2023.

REF.: OBDO205

ISBN: 978-84-1132-466-3

EL TALLER DEL LLIBRE · REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

PRÓLOGO

LA INSPECTORA LINDSAY BOXER

Es una noche de julio insólitamente cálida, pero estoy temblando, sin poder controlarme, en la gran terraza de piedra gris de mi piso. Miro la espléndida vista de San Francisco y tengo mi revólver de servicio contra la sien.

—¡Joder, Dios! —murmuro.

«No dice mucho a mi favor, pero es un sentimiento adecuado y justo», pienso.

Oigo a Martha que gime. Me doy la vuelta y veo que me mira a través de la puerta de vidrio que da a la terraza. Sabe que algo anda mal.

—Tranquila —grito a través de la puerta—. Estoy bien. Échate, bonita.

Pero ella no se va ni aparta la mirada. Es una amiga buena y leal que hace seis años me acaricia con su hocico a la hora de dormir cada noche.

Mientras miro al collie a los ojos, pienso que quizá debería entrar y llamar a las chicas. Claire, Cindy y Jill estarían aquí casi antes de que hubiera colgado el teléfono. Me abrazarían, me cuidarían, dirían lo necesario: «Vales mucho, Lindsay. Todo el mundo te quiere, Lindsay».

Sin embargo, estoy segura de que volvería a estar aquí fuera mañana por la noche, o la noche siguiente. No veo la manera de superar esta angustia. Lo he pensado cientos de veces. Puedo ser perfectamente lógica, pero es evidente que también soy muy emocional. Esa era mi mayor cualidad como inspectora del Departamento de Policía de San Francisco. Es una combinación rara y creo que es la razón de que haya tenido más éxito que ninguno de los hombres de Homicidios. Naturalmente, ninguno de ellos está aquí a punto de volarse la cabeza con su arma.

Suavemente bajo el cañón del revólver por la mejilla y vuelvo a subirlo a la sien. Dios mío, Dios mío, Dios mío. Me acuerdo de las tiernas manos de Chris, y eso me hace llorar.

Me vienen a la cabeza muchas imágenes demasiado deprisa para que pueda soportarlo.

Los horribles e imborrables asesinatos de la luna de miel que han aterrorizado a nuestra ciudad, mezclados con primeros planos de mi madre e, incluso, instantáneas de mi padre. Mis mejores amigas (Claire, Cindy y Jill) y nuestro disparatado club. También puedo verme a mí misma; como era antes, al menos. Nunca, nunca nadie pensó que pareciera una inspectora; la única mujer inspectora de Homicidios de todo el Departamento de Policía de San Francisco. Mis amigos siempre decían que me parecía más a la Helen Hunt casada con Paul Reiser en la serie *Loco por ti*. Estuve casada una vez. Ni yo era Helen Hunt, ni él era Paul Reiser.

Todo esto es tan difícil, tan horrible, tan inverosímil... Es muy poco propio de mí. No dejo de ver a David y Melanie Brandt, la primera pareja que fue asesinada en la suite Mandarín del Grand Hyatt. Veo aquella aterradora habitación de hotel donde murieron absurda e innecesariamente.

Aquello fue el comienzo.

PRIMERA PARTE

DAVID Y MELANIE

1

Bellísimas rosas rojas de largo tallo llenaban la suite del hotel. El regalo perfecto, sin duda. Todo era perfecto.

Al rodear con sus brazos a Melanie, su flamante esposa, David Brandt pensó que podría haber otro hombre más afortunado que él en algún lugar del planeta. Quizá en Yemen, algún campesino dueño de dos cabras que le reza a Alá. Pero no en San Francisco.

La pareja miró hacia fuera desde la sala de la suite Mandarín del Grand Hyatt. En la distancia, veían las luces de Berkeley, Alcatraz y el elegante perfil del iluminado puente Golden Gate.

—Es increíble —dijo Melanie feliz—. No cambiaría absolutamente nada del día de hoy.

—Yo tampoco —murmuró él—. Bueno, quizá no habría invitado a mis padres.

Los dos rieron. Solo un poco antes, se habían despedido del último de los trescientos invitados en la sala de baile del hotel. Finalmente la boda había terminado: los brindis, el baile, la charla y las fotografías de los besos junto al pastel. Ahora estaban los dos solos. Los dos tenían veintinueve años y el resto de la vida por delante.

David fue a buscar un par de copas de champán que había colocado en una mesa lacada.

—Un brindis —propuso— para el segundo hombre más afortunado de la tierra.

—¿El segundo? —dijo ella, y sonrió con fingida sorpresa—. ¿Quién es el primero?

Entrelazaron los brazos y tomaron un sorbo largo y voluptuoso del refrescante cristal.

—Un campesino dueño de dos cabras. Luego te lo cuento —dijo David. Y, acordándose de repente, añadió—: Tengo algo para ti.

Ya le había regalado el diamante perfecto de cinco quilates que lucía en el dedo y que llevaba para complacer a sus suegros. Cogió la chaqueta del esmoquin que estaba en el respaldo de una silla de la sala y volvió con una caja de joyas de Bulgari.

—No, David —protestó Melanie—. Tú eres mi regalo.

—Ábrelo, de todos modos —dijo él—. Este te va a gustar.

Ella levantó la tapa. Dentro de una bolsa de gamuza, había un par de pendientes: grandes aros de plata que rodeaban un par de originales lunas hechas de diamantes.

—Así es como pienso en ti —dijo David.

Melanie sostuvo las lunas junto a los lóbulos de sus orejas. Eran perfectas, igual que ella.

—Tú mueves mis mareas —murmuró David.

Se besaron, y él le bajó la cremallera del vestido dejando que el cuello de este le cayera sobre los hombros. La besó en la nuca. Después, en la parte superior del pecho.

Llamaron a la puerta de la suite.

—Champán —gritó una voz desde fuera.

Por un momento, David pensó en gritar: «¡Déjelo fuera!». Llevaba todo el día deseando desvestir los blandos y blancos hombros de su esposa.

—Anda, ve a buscarlo —dijo Melanie en voz baja meneando los pendientes frente a sus ojos—. Voy a ponérmelos.

Se escapó de sus brazos y se fue en dirección al gran baño, con una sonrisa en sus ojos marrón claro. ¡Cómo le gustaban a David esos ojos!

Al acercarse a la puerta, él pensaba que no se cambiaría por nadie del mundo, ni siquiera por otra cabra.

2

Phillip Campbell había imaginado muchas veces este momento, esta escena exquisita. Sabía que sería el novio el que abriría la puerta. Entró en la habitación.

—Felicidades —murmuró Campbell entregándole el champán. Miró al hombre con la camisa blanca abierta y con la corbata negra colgando del cuello.

David Brandt apenas le miró mientras examinaba la caja envuelta con un papel festivo. KRUG. CLOS DU MESNIL. 1989.

—¿Qué es lo peor que ha hecho nadie? —murmuró Campbell para sí mismo—. ¿Soy capaz de hacerlo? ¿Tengo lo que hace falta?

—¿No lleva tarjeta? —dijo el novio buscando una propina en el bolsillo.

—Solo esto, señor.

Campbell avanzó y clavó un cuchillo con todas sus fuerzas en el torso del novio, entre la tercera y la cuarta costilla, la ruta más segura al corazón.

—Para el hombre que lo tiene todo —dijo Campbell. Entró en la habitación y cerró la puerta de golpe con una patada rápida. Empujó a David Brandt contra la puerta y le hundió aún más el cuchillo.

El novio se puso rígido en un espasmo de shock y dolor. De su pecho escapaban sonidos guturales: respiraciones insignificantes, burbujeantes y ahogadas. Sus ojos se abrieron incrédulos.

«Es asombroso», pensó Campbell. Realmente podía sentir cómo la fuerza del novio se iba diluyendo. El hombre acababa de experimentar uno de los grandes momentos de su vida, y ahora, minutos después, moría.

Campbell se apartó y el cuerpo del novio cayó al suelo. La habitación empezó a inclinarse como un barco escorado. Después, todo empezó a acelerarse. Se sintió como si estuviera observando un noticiario parpadeante. Asombroso. No tenía nada que ver con lo que esperaba.

Campbell oyó la voz de la novia, arrancó el cuchillo del pecho de David Brandt, y se apresuró para interceptarla cuando salía del dormitorio, todavía con el vestido largo de blanca.

—¿David? —dijo ella, con una sonrisa expectante que se convirtió en sorpresa al ver a Campbell—. ¿Dónde está David? ¿Quién es usted?

Sus ojos pasaron por encima de él, aterrorizados, fijándose en su cara, en el cuchillo y, luego,

en el cuerpo de su marido en el suelo.

—¡Dios mío, David! —gritó—. ¡David, David!

Campbell quería recordarla así, con esos ojos bien abiertos y congelados. La promesa y la esperanza que hacía unos momentos resplandecían estaban ahora hechas pedazos.

De su boca, salieron las palabras:

—¿Quiere saber por qué? Pues yo también.

—¿Qué ha hecho? —gritó Melanie. Se esforzó por comprender. Sus ojos aterrorizados iban de un lado a otro, buscando una salida por la habitación.

La novia salió corriendo hacia la puerta de la sala. Campbell la agarró de la muñeca y le puso la hoja del cuchillo en la garganta.

—Por favor —gimió ella, con los ojos paralizados—. Por favor, no me mate.

—La verdad es, Melanie —dijo Campbell sonriendo a la cara temblorosa de ella y acercándose más—, que he venido a salvarte.

Bajó la hoja y se la hundió en el cuello. Ella gritó y su esbelto cuerpo dio un respingo. La mirada de la mujer fue perdiendo fuerza como una bombilla floja. Una agitación mortal la atravesó. ¿Por qué? Sus ojos suplicantes preguntaban: ¿por qué?

Campbell tardó todo un minuto en recuperar el aliento. El olor de la sangre de Melanie Brandt se le había metido en la nariz. Casi no podía creer lo que había hecho.

Arrastró el cuerpo de la novia hacia el dormitorio y lo colocó sobre la cama. Era muy hermosa. Tenía los rasgos delicados. Y era muy joven. Recordó la primera vez que la había visto y cómo se había sentido atraído por ella entonces, cuando ella creía que tenía todo el mundo a sus pies.

Frotó una mano contra la superficie blanda de la mejilla de ella y le levantó uno de los pendientes: una luna sonriente.

«¿Qué es lo peor que ha hecho nadie?», se preguntó de nuevo Phillip Campbell, con el corazón latiendo con fuerza.

¿Era esto? ¿Lo acababa de hacer él?

«Todavía no —respondió una voz dentro de él—. Todavía no».

Lentamente, levantó el hermoso vestido blanco de la novia.

3

Eran poco menos de las ocho y media de una mañana de un lunes del mes de junio, una de esas mañanas frescas y grises de verano por las que San Francisco es famosa. Yo estaba empezando mal la semana, hojeando ejemplares antiguos de *The New Yorker* mientras esperaba que me visitara mi médico, el doctor Roy Orenthaler.

Me visitaba con el doctor Roy —como todavía le llamaba a veces— desde que me había especializado en Sociología en la universidad de San Francisco, y acudía fielmente una vez al año para una revisión. Lo había hecho el martes anterior, y me sorprendió que me llamara a finales de semana para pedirme que pasara a verle hoy antes de ir a trabajar.

Me esperaba un día muy ocupado: dos casos abiertos y una declaración en el juzgado del distrito. Esperaba poder llegar a mi despacho a las nueve.

—Señora Boxer —llamó finalmente la recepcionista—, el doctor la recibirá ahora.

La seguí al despacho del doctor.

Generalmente, Orenthaler me saludaba con alguna bromita bienintencionada dedicada a mi oficio como: «Vaya, si tú estás aquí, ¿quién está fuera persiguiéndoles?». Yo tenía treinta y cuatro años, y hacía dos años que era inspectora jefa del grupo de Homicidios asignado a la Sala de Justicia.

Sin embargo, aquel día, el doctor se levantó rígidamente y soltó un solemne:

—Hola, Lindsay.

Me indicó una silla frente a su mesa. «Ay, ay, ay».

Hasta entonces, mi filosofía acerca de los médicos era simple: si uno de ellos te dedica una mirada larga y preocupada y te dice que te sientes, pueden pasar tres cosas. Solo una era mala. O querían deshacerse de ti, o se preparaban para darte malas noticias, o se habían gastado una fortuna tapizando de nuevo los muebles.

—Quiero enseñarte algo —empezó Orenthaler.

Puso una radiografía sobre una pantalla y señaló unos borrones en forma de diminutas esferas fantasmagóricas dentro de una franja de bolitas más pequeñas.

—Esto es una ampliación de la muestra de sangre que te tomamos. Los glóbulos más grandes son eritrocitos. Glóbulos rojos.

—Parecen contentos —bromeé nerviosa.

—Lo están, Lindsay —dijo el doctor, sin rastro de sonrisa—. El problema es que no tienes muchos.

Lo miré fijamente a los ojos esperando que su expresión se relajara y que pasáramos a algo más trivial como «cuándo empezarás a trabajar menos horas, Lindsay».

—Es una enfermedad, Lindsay —siguió Orenthaler—, anemia aplásica de Negli. Es poco frecuente. Básicamente, el cuerpo deja de fabricar glóbulos rojos. —Puso otra radiografía—. Así es como se ve una muestra de sangre normal.

En esta, el fondo oscuro parecía el cruce de Market con Powell a las cinco de la tarde: un auténtico embotellamiento de esferas, comprimidas y rebosantes de energía. Mensajeros veloces que transportaban oxígeno a partes del cuerpo de otra persona. En contraste con ella, la mía parecía tan densa como la sede de un partido político dos horas después de que su candidato fuera derrotado.

—Tiene tratamiento, ¿verdad? —le pregunté. Más bien, se lo dije.

—Se puede tratar, Lindsay —dijo Orenthaler, tras una pausa—. Pero es grave.

Una semana atrás, había ido a la consulta solo porque me notaba los ojos llorosos y enrojecidos, porque un día había encontrado un poco de sangre en mis bragas y porque cada día, hacia las tres, me sentía de repente como si tuviera un gnomio falto de hierro dentro de mí que me chupara la energía. Yo, que siempre hacía turnos dobles y que trabajaba catorce horas al día. Yo, que tenía seis semanas acumuladas de vacaciones.

—¿Grave hasta qué punto? —pregunté con la voz ronca.

—Los glóbulos rojos son vitales para el proceso de oxigenación del cuerpo —empezó a explicar Orenthaler—. La hematopoyesis es la formación de glóbulos sanguíneos en la médula ósea.

—Doctor Roy, esto no es una conferencia médica. ¿Hasta qué punto es grave?

—¿Qué quieres oír, Lindsay? ¿El diagnóstico o las posibilidades?

—Quiero oír la verdad.

Orenthaler asintió. Se levantó, dio la vuelta a la mesa y me cogió la mano.

—Pues esta es la verdad, Lindsay. Lo que tienes puede poner en peligro tu vida.

—¿Poner en peligro mi vida? —Se me paró el corazón. Tenía la garganta más seca que un pergamino.

—Puede ser mortal, Lindsay.

4

El sonido frío y contundente de la palabra me golpeó como un proyectil entre los ojos: «Mortal, Lindsay».

Esperé a que el doctor Roy me dijera que se trataba de una broma de mal gusto, que había confundido mi radiografía con la de otra persona.

—Voy a enviarte a un hematólogo, Lindsay —siguió diciendo Orenthaler—. Como en tantas enfermedades, hay etapas. La primera es una ligera merma de glóbulos. Se puede tratar con transfusiones mensuales. La segunda produce una reducción sistémica de glóbulos rojos. La tercera exigiría hospitalización. Un trasplante de médula. Posiblemente, la extracción del bazo.

—¿Y dónde estoy yo? —pregunté sacando aire de mis pulmones comprimidos.

—Tu recuento de eritrocitos es apenas de doscientos por centímetro cúbico de sangre. Eso te coloca en el límite.

—¿El límite?

—El límite —explicó el doctor—, entre la segunda y tercera etapas.

Llega un momento en la vida en que te das cuenta de que, de repente, lo que te juegas ha cambiado. La despreocupada carrera se detiene de golpe ante un muro de piedra; todos esos años en que has ido avanzando, en que la vida te ha llevado donde tú querías, terminan bruscamente. En mi trabajo, siempre veo a personas que se enfrentan a ese momento.

¡Bienvenidos al mío!

—¿Qué significa eso? —pregunté débilmente. La habitación empezaba a dar vueltas.

—Significa, Lindsay, que tendrás que someterte a un tratamiento prolongado e intensivo.

Meneé la cabeza.

—¿Qué significa para mi trabajo?

Llevaba seis años en Homicidios; los últimos dos, como inspectora jefa. Con un poco de suerte, cuando ascendieran a mi teniente, yo podría optar a su puesto. El departamento necesitaba mujeres fuertes. Podía llegar lejos. Hasta aquel momento, había creído que yo llegaría lejos.

—Ahora mismo —dijo el doctor— no creo que signifique nada. Si durante el tratamiento te sientes con fuerzas, puedes seguir trabajando. Incluso puede ser una buena terapia.

De repente, me sentí como si hubieran extraído todo el aire de la habitación y me estuviera ahogando.

—Quiero recomendarte a un hematólogo —dijo Orenthaler.

Se puso a recitar los méritos del médico, pero yo ya no le escuchaba. Pensaba: «¿A quién se lo diré?». Mi madre había muerto hacía diez años de cáncer de mama. Mi padre no formaba parte de mi vida desde que yo tenía trece años. Tenía una hermana, Cat, pero llevaba una vida tranquila y agradable en Newport Beach; para ella, saltarse un semáforo en rojo ya era un cataclismo.

El doctor me pasó la dirección.

—Te conozco, Lindsay. Harás como si pudieras superarlo trabajando aún más. Pero no puedes. Esto es muy grave. Quiero que le llames hoy.

En ese momento, me sonó el busca. Lo saqué del bolso y miré el número. Era Jacobi, del departamento.

—Necesito un teléfono —dije.

Orenthaler me dirigió una mirada de reproche, que significaba: «Te lo he advertido, Lindsay».

—Como me acabas de decir —forcé una sonrisa nerviosa—, es terapia.

Me señaló el teléfono de su escritorio con la cabeza y salió de la habitación. Marqué el número de mi compañero.

—Se acabó la diversión, Boxer —dijo Jacobi con su voz ronca—. Tenemos un doble uno, ocho, cero. En el Grand Hyatt.

No paraba de darle vueltas en la cabeza a lo que me había dicho el doctor. Inmersa en mi niebla, quizá no respondí.

—¿Me oyes, Boxer? A trabajar. ¿Vienes?

—Sí —dije finalmente.

—Y ponte guapa —gruñó mi compañero—. Como si fueras a una boda.

5

No recuerdo cómo salí de la consulta del doctor Orenthaler, crucé Noe Valley y llegué al Hyatt en Union Square. No dejaba de oír las palabras del doctor resonando en mi cabeza.

En los casos graves, la enfermedad de Negli puede ser mortal. Solo sé que, apenas veinte minutos después de la llamada de Jacobi, metía mi viejo Bronco en Powell Street y frenaba chirriando frente a la entrada del hotel.

La calle hervía de actividad policial. ¿Qué demonios había sucedido?

Toda la manzana entre Sutter y Union Square había sido acordonada con una barricada de coches patrulla. En la entrada del hotel, había montones de policías de uniforme que controlaban a todas las personas que entraban o salían y que apartaban a los mirones.

Enseñé mi placa para que me dejaran entrar en el vestíbulo. Allí había dos policías uniformados montando guardia: Murray, un policía barrigón en su último año de servicio, y su compañero Vasquez, más joven. Le pedí a Murray que me pusiera al día rápidamente.

—Por lo que me han dicho, hay dos vips asesinados en el piso treinta. Todos los jefazos están arriba.

—¿Quién está al mando? —pregunté sintiendo que recuperaba la energía.

—Ahora mismo, creo que usted, inspectora.

—En ese caso, quiero que se cierren todas las salidas del hotel inmediatamente. Y pídale una lista al director de todos los huéspedes y empleados. Que no salga ni entre nadie que no esté en la lista.

Unos segundos después, subía al piso treinta. El rastro de policías y oficiales me guio por el pasillo hasta una puerta doble abierta, con un rótulo que decía: SUITE MANDARÍN. Allí encontré a Charlie Clapper, el jefe de la Unidad de Escena del Crimen, arrastrando sus pesadas cajas con dos técnicos. El hecho de que el propio Clapper estuviera allí significaba que se trataba de algo importante.

A través de la puerta doble abierta, lo primero que vi fueron las rosas; estaban por todas partes. Después, localicé a Jacobi.

—Vigila dónde pisas, inspectora —gritó desde el otro extremo de la sala.

Mi compañero tenía cuarenta y siete años, pero aparentaba diez años más. Tenía el pelo blanco y empezaba a quedarse calvo. Su cara siempre parecía a punto de hacer una mueca

provocada por un chiste de mal gusto. Llevábamos dos años y medio trabajando juntos. Yo era su superior, inspectora jefa, aunque él me llevara una ventaja de siete años en el departamento. Obedecía mis órdenes.

Al entrar, casi tropecé con las piernas del cadáver número uno, el novio. Estaba en el suelo, junto a la puerta, caído de cualquier manera, con una camisa blanca desabrochada. La sangre le manchaba el pelo del pecho. Respiré hondo.

—Te presento al señor David Brandt —entonó Jacobi, con una falsa sonrisa—. La señora Brandt está allí. —Me señaló el dormitorio—. Las cosas les fueron mal más rápido que a la mayoría.

Me arrodillé y miré largo rato y con atención al novio muerto. Era guapo, tenía el pelo corto, oscuro y despeinado, y la mandíbula delicada. Los ojos fijos, muy abiertos y salidos, y el hilo de sangre de la barbilla le desfiguraban las facciones. En el suelo, detrás de él, estaba la chaqueta del esmoquin.

—¿Quién los encontró? —pregunté buscando la cartera en su bolsillo.

—El ayudante del director. Tenían que ir a Bali esta mañana. A la isla, no al casino, Boxer. A estos les despierta personalmente el ayudante del director.

Abrí la cartera: un permiso de conducir de Nueva York con la cara sonriente del novio. Tarjetas de crédito platino y varios billetes de cien dólares.

Me levanté y eché un vistazo a la suite. Estaba decorada como un elegante museo de arte oriental: dragones verdes, butacas y sofás tapizados con escenas de la corte imperial. Y las rosas, claro. Yo era más partidaria de desayunar en la cama cómodamente, pero si lo que uno quería era dejar las cosas claras, aquella era una toma de posición de lo más contundente.

—Vamos a conocer a la novia —dijo Jacobi.

Lo seguí por una gran puerta abierta que daba al dormitorio principal y me detuve.

La novia estaba tendida boca arriba en una gran cama con doseles. Había visto un centenar de homicidios y podía mirar un cadáver tan tranquilamente como cualquiera, pero no estaba preparada para aquello. Una ola de compasión me recorrió la espina dorsal.

La novia todavía llevaba puesto el vestido blanco.

6

Nunca llegas a ver suficientes víctimas de asesinato para que dejen de afectarte; pero, además, esta era especialmente difícil de mirar.

Era tan joven y bonita; estaba tan apacible, tranquila y en paz, si no se tenían en cuenta las tres flores carmesíes de sangre que le manchaban el pecho... Parecía una princesa dormida que esperaba a su príncipe; solo que el suyo estaba en la otra habitación, con los intestinos esparcidos sobre una alfombra oriental tejida a mano.

—¿Qué quieres por tres mil quinientos dólares la noche? —dijo Jacobi encogiéndose de hombros—. ¿Todo el cuento de hadas?

Me estaba costando lo indecible aguantar y hacer lo que tenía que hacer.

Lo miré furiosa, como si una mirada larga y virulenta pudiera hacer callar a Jacobi.

—Bueno, Boxer, ¿qué te pasa? —dijo con expresión desolada—. Solo era una broma.

Al menos, su infantil expresión de remordimiento hizo que me recuperara.

La novia llevaba un gran diamante en la mano derecha y unos pendientes llamativos en las orejas. Estaba claro que el móvil del asesino no era el robo.

Un técnico de la oficina del forense estaba a punto de hacer su examen inicial.

—Parece que tiene tres puñaladas —dijo—. Debió resistirse mucho. Con el novio, bastó una.

Lo que me pasó por la cabeza fue que el noventa por ciento de los homicidios se cometían por dinero o por sexo. Este no parecía haberse cometido por dinero.

—¿A qué hora se les vio por última vez? —pregunté.

—Un poco después de las diez de la noche. Cuando terminó la superrecepción abajo.

—¿Y después ya no?

—Ya sé que no tienes mucha experiencia en el tema, Boxer —dijo Jacobi con una sonrisa—. Pero, generalmente, nadie ve a los novios durante un tiempo después de la fiesta.

Sonreí ligeramente, me levanté y eché un vistazo a la enorme y lujosa suite.

—A ver, sorpréndeme, Jacobi. ¿Quién alquilaría una habitación como esta?

—El padre del novio es un pez gordo de Wall Street, en la Costa Este. Él y su esposa están en una habitación del duodécimo piso. Me han dicho que hubo una buena juerga abajo. Aquí también. No hay más que ver todas esas rosas.

Volví junto al novio y vi lo que parecía una caja de champán envuelta para regalo en una

consola de mármol, cerca de la puerta. Estaba salpicada de sangre.

—El ayudante del director la vio —dijo Jacobi—. Imagino que la traería el que les hizo esto.

—¿No vieron a nadie?

—Sí, claro, a muchos hombres con esmoquin. Era una boda, ¿no?

Leí la etiqueta de la botella de champán.

—«Krug. Clos du Mesnil. 1989».

—¿Te dice algo? —preguntó Jacobi.

—Solo que el asesino tiene buen gusto.

Miré la chaqueta del esmoquin manchada de sangre. Solo había una marca de desgarró en uno de los lados, donde la mortal cuchillada la había atravesado.

—El asesino se la quitaría después de apuñalarle —propuso Jacobi.

—¿Para qué iba a hacerlo? —refunfuñé en voz alta.

—No lo sé. Habrá que preguntárselo.

Charlie Clapper me estaba mirando para saber si podía empezar. Le hice una señal de asentimiento y volví con la novia. Tenía un mal presentimiento sobre ella. Si no es por dinero..., es por sexo. Levanté la preciosa tela de tul de su vestido. La fría y amarga confirmación me dejó helada. A la novia, le habían bajado las bragas; las tenía colgando de un pie. Creció una intensa rabia dentro de mí. La miré a los ojos. Lo tenía todo por delante, esperanzas y sueños. Ahora no era más que un cadáver sacrificado, deshonorado y posiblemente violado en su noche de bodas. De pie, mientras la miraba a la cara y parpadeaba, me di cuenta de que estaba llorando.

—Warren, quiero que hables con los padres del novio —dije respirando hondo—. Quiero que entrevistéis a todos los que estaban en este piso anoche. Si ya se han marchado, quiero que los busquéis. Y una lista de los empleados del hotel que estaban de servicio.

Sabía que, si no salía de allí en seguida, no podría resistir más tiempo la angustia.

—Ahora, Warren. Por favor... Ahora.

Evité mirarlo a los ojos al salir de la suite.

—¿Se puede saber qué le pasa a Boxer? —preguntó Charlie Clapper.

—Ya sabes cómo son las mujeres —oí que contestaba Jacobi—. Siempre lloran en las bodas.

Phillip Campbell caminaba por Powell Street hacia Union Square y el Hyatt. La policía había bloqueado la calle y la gente que se amontonaba frente al hotel iba en aumento. Los gritos de la policía y las sirenas de las ambulancias resonaban por todas partes. Aquello era impropio de la civilizada y respetable ciudad de San Francisco. ¡Le encantaba!

Campbell apenas podía creer que estuviera volviendo a la escena del crimen. No podía evitarlo. Estar allí de nuevo le ayudaba a revivir la noche anterior. Al acercarse más a Powell Street, le subió la adrenalina y el corazón se le aceleró casi sin control.

Se abrió paso entre la gente que se apretujaba en la esquina del Hyatt. Oyó los rumores que recorrían la multitud, casi todas personas bien vestidas, con la expresión angustiada y dolorida. Había rumores de un incendio en el hotel, de alguien que había saltado por la ventana, de un homicidio, de un suicida, pero nada se aproximaba al horror de lo realmente ocurrido.

Finalmente, se acercó lo suficiente para ver trabajar a la policía de San Francisco. Un par de agentes escrutaban el gentío, ¡buscándole a él! No le preocupaba que pudieran descubrirle. Eso no sucedería. Era una persona demasiado insignificante; seguramente, estaba entre el último cinco por ciento de personas de quien la policía sospecharía. Eso lo reconfortó; en realidad, le provocó un estremecimiento.

¡Dios santo! Lo había hecho, había hecho que todo aquello pasara, y acababa de empezar. Nunca había experimentado una sensación así; tampoco la había experimentado la ciudad de San Francisco.

Periodistas y otras personas estaban acosando con preguntas a un hombre de negocios que acababa de salir del Hyatt, como si se tratara de una persona famosa. El hombre tenía treinta y pocos años, y sonreía dando a entender que estaba al tanto de todo. Tenía lo que todos querían y lo sabía. Miraba con prepotencia por encima de todos, disfrutando de su miserable momento de fama.

—Una pareja ha sido asesinada en el ático —oyó que decía el hombre—. Estaban de luna de miel. ¡Ha sido muy triste!

Las personas que rodeaban a Phillip Campbell se quedaron boquiabiertas y su corazón se esponjó.

8

«¡Vaya panorama!». Cindy se abrió paso entre la multitud excitada y los turistas despistados que rodeaban el Grand Hyatt. Gimió al ver la fila de policías que bloqueaba el paso.

Debía de haber cien mirones apretujados ante la entrada: turistas con cámaras y hombres de negocios de camino al trabajo; otros enseñaban sus credenciales de prensa y gritaban, intentando que los dejaran pasar. Al otro lado de la calle, una furgoneta de la televisión ya estaba emitiendo con el telón de fondo de la fachada del hotel.

Después de pasarse dos años cubriendo las noticias locales en la sección del *Chronicle* dedicada a la ciudad, Cindy sabía cuándo un reportaje podía dar un empujón a su carrera. Y este le ponía los pelos de la nuca de punta.

—Un homicidio en el Grand Hyatt —le había informado Sid Glass, su editor, después de que alguien de la redacción captara la transmisión de la emisora de la policía. Suzie Fitzpatrick y Tom Stone, los habituales periodistas de sucesos del *Chronicle*, estaban fuera, ocupados con algún reportaje—. Vete para allá en seguida —había gritado el jefe para su sorpresa. No tuvo que decírselo dos veces.

Ahora, ante el Hyatt, Cindy sintió que su breve golpe de suerte había acabado.

La calle estaba bloqueada. Llegaban más periodistas a cada momento. Si no se le ocurría algo pronto, le pasarían el reportaje a Fitzpatrick o a Stone. Lo que necesitaba estaba dentro y ella estaba fuera, en la acera. Vio una hilera de limusinas y se acercó a la primera, de color crema y muy larga. Golpeó en la ventana.

El chófer levantó la vista del periódico —el *Chronicle*, claro—, y bajó la ventana al verla.

—¿Espera a Steadman? —preguntó Cindy.

—No —contestó el chófer—. A Eddleson.

—Perdone, me he equivocado —dijo ella. Pero estaba encantada. Aquella sería su forma de entrar.

Se quedó un rato más entre la gente y, después, se abrió camino a codazos hasta la primera fila. Un joven policía le impidió el paso.

—Disculpe —dijo Cindy, con cara de agobiada—. Tengo una reunión en el hotel.

—¿Con quién?

—El señor Eddleson. Me está esperando.

El policía de la entrada repasó una hoja impresa de ordenador sujeta a un portapapeles.

—¿Sabe el número de habitación?

Cindy meneó la cabeza.

—Me dijo que quedábamos a las once en el Grill Room. —El Grill Room del Hyatt era el escenario de algunos de los desayunos de negocios más sonados de San Francisco.

El policía de la entrada la repasó de arriba abajo. Con la chaqueta de piel, con los vaqueros y con las sandalias, Cindy veía claramente que no daba la talla de alguien que ha quedado para un desayuno de negocios.

—A las once —dijo Cindy golpeándose el reloj—. Eddleson.

Distraídamente, el policía la dejó pasar. Ya estaba dentro, en el alto vestíbulo acristalado, con unas columnas doradas que llegaban hasta el tercer piso. Le entraron ganas de reír al ver todavía en la calle a todos aquellos colegas tan valorados y reconocidos.

Cindy Thomas había sido la primera en entrar. Ahora solo tenía que decidir qué iba a hacer a continuación. El lugar hervía de actividad: policías, hombres de negocios que liquidaban la cuenta, grupos organizados, empleados de hotel con uniformes carmesí.

El editor le había dicho que se trataba de un homicidio. Un homicidio osado si se tenía en cuenta la reputación del hotel.

No sabía en qué piso había ocurrido. Ni cuándo había tenido lugar. Ni siquiera sabía si la víctima era un huésped.

Estaba dentro, pero no sabía nada de nada.

Cindy vio un montón de maletas abandonadas en un rincón del vestíbulo. Parecían pertenecer a un gran grupo organizado. Un botones las estaba sacando afuera. Se acercó y se arrodilló junto a una de las maletas, como si estuviera sacando algo. Pasó otro botones por su lado.

—¿Necesita un taxi?

Cindy negó con la cabeza.

—Vendrán a buscarme. —Después, recorriendo con la mirada la caótica escena de la calle, fingió sorpresa—. Acabo de levantarme. ¿Qué me he perdido?

—¿No se ha enterado? Debe de ser la única. Se ha armado una buena esta noche en el hotel.

Cindy abrió más los ojos.

—Dos asesinatos. En el piso treinta. —Bajó la voz como si fuera a hacerla partícipe del secreto de su vida—. ¿Ayer no vio por casualidad la gran boda que se celebraba? Han matado a los novios. Alguien se coló en la suite Mandarín.

—¡Dios mío! —Cindy se echó atrás.

—¿Está segura de que no quiere que le lleve las maletas a la entrada? —insistió el botones.

Cindy sonrió forzosamente.

—Gracias. Prefiero esperar aquí.

Vio que se abría la puerta de un ascensor al otro lado del vestíbulo. De este, salió un botones empujando un carrito con maletas. Debía de ser un ascensor de servicio. Le pareció que la policía no lo vigilaba. Se abrió camino hacia él entre el tráfico del vestíbulo. Apretó el botón y la reluciente puerta dorada se abrió. Gracias a Dios, estaba vacío.

Cindy entró de un salto y la puerta se cerró. No podía creérselo. No podía creerse lo que

estaba haciendo. Apretó el 30.

La suite Mandarín.

Un doble homicidio.

Su reportaje.

9

Cuando el ascensor se paró, Cindy contuvo la respiración. Le latía el corazón como una turbina. Estaba en el piso treinta. Estaba dentro. Lo estaba haciendo de verdad.

Las puertas se abrieron en un rincón alejado del piso. Dio las gracias a Dios de que no hubiera un policía esperando frente a ellas. Oyó un zumbido de actividad procedente del otro extremo del pasillo. Solo tenía que seguir el ruido.

Al ir avanzando por el pasillo, las voces se hicieron más fuertes. Pasaron por su lado dos hombres con chaquetas amarillas que tenían las letras CSU estampadas en negro. Al final del pasillo, un grupo de policías e investigadores estaban apostados ante una puerta doble abierta con el rótulo SUITE MANDARÍN.

No solo estaba dentro, estaba en medio del meollo.

Conteniendo la respiración, Cindy se acercó a la puerta doble. Los guardas ni siquiera miraban en su dirección, estaban dejando pasar a unos técnicos de la policía que venían de los ascensores. Había llegado a la suite Mandarin y veía cómo era por dentro. Era enorme, opulenta, y estaba lujosamente decorada. Había rosas por todas partes. Entonces, se le detuvo el corazón. Creyó que iba a vomitar.

El novio, con una chaqueta de esmoquin manchada de sangre, estaba tirado sobre la alfombra.

A Cindy le temblaron las piernas. Nunca había visto una víctima de asesinato. Quería inclinarse, para que sus ojos pudieran memorizar todos los detalles, pero su cuerpo no se movía.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó alguien de repente con una voz brusca. Un policía robusto e irritado la miraba directamente a la cara.

De golpe, la cogieron y la empujaron con fuerza contra la pared. Le dolió. Presa de pánico, Cindy señaló nerviosamente su bolso y su monedero, donde llevaba su credencial de periodista.

El policía, enfadado, empezó a hojear sus identificaciones y sus tarjetas de crédito como si fueran publicidad basura.

—¡Dios mío! —El agente del cuello grueso frunció el ceño como un dóberman baboso—. Es periodista.

—¿Cómo se las ha arreglado para subir aquí? —dijo el compañero que se había acercado.

—Échala —gritó el dóberman a su compañero—. Y quédate con su identificación. No se

acercará a una sesión informativa de la policía en todo un año.

Su compañero arrastró a Cindy por el brazo hacia los ascensores. Por encima del hombro, ella dio un último vistazo a las piernas del muerto, visibles junto a la puerta. Era horrible, aterrador y triste. Cindy estaba temblando.

—Acompaña a esta periodista a la puerta —ordenó el policía a un compañero que estaba situado frente al ascensor. Blandió su carné de periodista como si fuera la carta de una baraja—. Espero que haber perdido esto haya merecido la pena.

Mientras las puertas se estaban cerrando, se oyó una voz que gritaba:

—¡Esperadme!

Entró en el ascensor una mujer alta con una camiseta azul pálido, con un chaleco de brocado y con una placa sujeta a la cintura.

La policía era atractiva, tenía el pelo rubio arena, pero estaba evidentemente angustiada y soltó un largo suspiro cuando se cerraron las puertas.

—¿Ha pasado un mal rato ahí dentro, inspectora? —preguntó el policía que acompañaba a Cindy.

—Sí —dijo la mujer, sin molestarse en mover la cabeza.

La palabra «inspectora» cruzó la cabeza de Cindy como un rayo.

No podía creerlo. La escena del crimen debía de ser realmente horripilante para que una inspectora estuviera tan angustiada. La mujer se pasó el descenso de los treinta pisos en ascensor parpadeando y mirando fijamente hacia delante. Cuando las puertas se abrieron en el vestíbulo, la inspectora salió rápidamente.

—Ahí está la puerta —dijo el policía a Cindy—. Crúcela y no vuelva.

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor, Cindy dio la vuelta y echó un vistazo al vestíbulo buscando a la inspectora. La vio entrando en el baño de mujeres. Cindy la siguió a toda prisa y entró también. No había nadie más.

La inspectora estaba frente al espejo. Parecía medir un metro ochenta, y era esbelta e imponente. Para sorpresa de Cindy, era evidente que había llorado.

¡Vaya por Dios! Ya volvía a estar metida en el asunto. ¿Qué había visto la inspectora que la pudiera haber angustiado tanto?

—¿Se encuentra bien? —preguntó finalmente Cindy en un tono amable.

La detective se puso tensa al darse cuenta de que no estaba sola. Aun así, tenía una extraña expresión en la cara, como si estuviera a punto de soltarlo todo.

—¿Usted es la periodista? La que ha subido.

Cindy asintió.

—¿Cómo se las ha arreglado para llegar arriba?

—No lo sé. Suerte, supongo.

La inspectora buscó un pañuelo de papel y se secó los ojos.

—Pues me temo que se le ha acabado la suerte si piensa sacar algo de mí.

—No me refería a esto —dijo Cindy—. ¿Seguro que se encuentra bien?

La policía se giró. Sus ojos gritaban: «No tengo nada que decirte», pero mentían. Era como si precisamente fuera eso lo que necesitara, hablar con alguien, más que nada en el mundo.

Fue uno de esos raros momentos en que Cindy sabía que había algo más de lo que se veía a simple vista. Si los papeles se hubieran intercambiado, y de haber tenido la oportunidad, las dos incluso podrían haberse hecho amigas.

Cindy se metió una mano en el bolsillo, sacó una tarjeta y la dejó sobre la repisa, delante de la inspectora.

—Si le apetece hablar...

La bonita cara de la inspectora recuperó el color. Dudó, pero dedicó a Cindy un mínimo atisbo de sonrisa, que Cindy le devolvió.

—Ya que estoy aquí... —Se acercó al lavabo y sacó el estuche de maquillaje mientras miraba a la policía a través del espejo—. Me gusta su chaleco —dijo.

Trabajo en el Palacio de Justicia. Es el bloque de granito gris de diez pisos que alberga el Departamento de Justicia de la ciudad. Estaba situado al oeste de la autovía, en el cruce de la calle Seis con Bryant Street. Si el propio edificio, con sus pasillos deslucidos y antisépticos, no conseguía dar la impresión de que al mecanismo de aplicación de la ley le faltaba estilo, el vecindario sin duda lo lograba. Barracones pintados a mano de depositarios de fianzas, tiendas de recambios de automóviles, aparcamientos y apestosas cafeterías.

Todo lo que podía afligirte podías encontrarlo en el Palacio de Justicia: robos de coches, crímenes sexuales, atracos... La fiscalía del distrito estaba en el octavo piso, en un espacio dividido en pequeños despachos repletos de jóvenes fiscales. En el décimo piso, estaban las celdas. Se hacía de todo: arrestar y condenar. Al lado, incluso teníamos el depósito de cadáveres.

Después de una rápida y muy limitada rueda de prensa, Jacobi y yo quedamos en encontrarnos arriba para repasar lo que teníamos.

Las doce personas que trabajábamos en Homicidios en toda la ciudad compartíamos una sala de veinte por treinta metros iluminada por unas crudas lámparas fluorescentes. Mi mesa era la mejor, al lado de la ventana, con «alegres» vistas a la rampa de entrada a la autovía. Siempre estaba llena de carpetas, pilas de fotografías y comunicados del departamento. El único artículo realmente personal que tenía era un cubilete de plástico que me había regalado mi primer compañero. Llevaba inscritas las palabras: «No se puede saber en qué dirección fue el tren solo con mirar las vías».

Me preparé una taza de té y me reuní con Jacobi en la sala de interrogatorios número uno. Dibujé dos columnas en una pizarra de pie: una para lo que sabíamos y otra para lo que teníamos que investigar.

La conversación inicial de Jacobi con los padres del novio no había dado ningún resultado. El padre era un pez gordo de Wall Street que dirigía una empresa dedicada a la compra internacional de acciones.

Había dicho que él y su esposa se habían quedado hasta el final para despedir al último invitado y que «habían acompañado a los chicos arriba». No tenían un solo enemigo en el mundo. No tenían deudas, ni adicciones, ni habían recibido amenazas. Nada que pudiera provocar una acción tan horrible e impensable.

Un sondeo de los huéspedes del piso treinta había tenido un poco más de éxito. La noche anterior, una pareja de Chicago había visto a un hombre que merodeaba por el pasillo, cerca de la suite Mandarín, sobre las diez y media. Lo describían como de complexión mediana, con el pelo corto y oscuro, y decían que llevaba un traje oscuro o quizá un esmoquin. Llevaba en la mano lo que parecía una caja que contuviera una botella.

Más tarde, dos bolsitas de té usadas y dos estuches de tabletas de Pepcid sobre la mesa eran los indicios más claros de que llevábamos varias horas dando vueltas a estas preguntas. Eran las siete y cuarto. Nuestro turno había terminado a las cinco.

—¿No has quedado con nadie esta noche, Lindsay? —preguntó finalmente Jacobi.

—Salgo cuanto me apetece, Warren.

—Exacto, ya lo decía yo: no has quedado esta noche.

Nuestro teniente, Sam Roth, a quien llamábamos Cheery, abrió la puerta sin llamar y metió la cabeza en la habitación. Lanzó un ejemplar de la edición vespertina del *Chronicle* sobre la mesa.

—¿Lo habéis visto?

El titular en negrita decía: «Matanza en la noche de bodas en el Hyatt». Leí en voz alta de la primera página: «Bajo una espléndida vista de la bahía, en un mundo que solo conocen los ricos, el cuerpo de un novio de veintinueve años yacía tirado junto a la puerta».

El teniente levantó una ceja.

—¿Invitasteis a la periodista a un tour por la escena del crimen a cargo de la casa? Sabe los nombres de las víctimas y describe la escena.

El artículo estaba firmado por Cindy Thomas. Pensé en la tarjeta que tenía en el bolso y solté un largo suspiro. «¡La jodida Cindy Thomas!».

—Quizá deberíais llamarla y preguntarle si tenemos alguna pista —siguió Roth.

—¿Quieres pasar? —pregunté—. Mira la pizarra. Nos vendría bien una ayuda.

Roth no se movió y siguió mordiéndose su hinchado labio inferior. Estaba a punto de salir y cerrar la puerta, pero se dio la vuelta.

—Lindsay, ven a mi despacho mañana a las nueve menos cuarto. Tenemos que planear este asunto con cuidado. Por ahora, es tuyo. —Y cerró la puerta.

Me senté en la mesa. Era como si un gran peso me estuviera aplastando. Había pasado el día y no había tenido ni un minuto para pensar en mis propios asuntos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jacobi.

Lo miré. Estaba a punto de contárselo todo, o quizá de echarme a llorar de nuevo.

—La de hoy era una escena del crimen brutal —dijo, ya en la puerta—. ¿Por qué no te vas a casa y te bañas o algo así?

Le sonreí, agradecida por ese detalle repentino y tan poco propio de él.

Cuando se marchó, volví a mirar las deprimentes columnas casi intactas de la pizarra. Me sentía tan débil y vacía que no tenía ni fuerzas para levantarme. Lentamente, los sucesos del día, y en especial mi visita al doctor Orenthaler, volvieron a ocupar mi cabeza. No paraba de dar vueltas a su advertencia: «Mortal, Lindsay».

Entonces, agobiada, me di cuenta de que eran casi las ocho, y aún no había llamado al especialista recomendado por Orenthaler.

Al llegar a casa aquella noche, puse en práctica, a mi modo, el consejo de Jacobi.

Primero, saqué a mi perra, Martha. Dos de mis vecinos se encargan de ella durante el día, pero siempre está dispuesta para nuestros retozos nocturnos. Después del paseo, me despojé de mis zapatillas deportivas, tiré la pistola y la ropa sobre la cama, y estuve un buen rato bajo la ducha caliente, adonde me había llevado una cerveza.

La imagen de David y Melanie Brandt se desvaneció; podían dormir.

Sin embargo, todavía quedaban Orenthaler, la enfermedad de Negli y la llamada al especialista que había estado temiendo todo el día y que, al final, no había hecho.

Por mucho que pusiera la cara debajo del chorro caliente, no podía hacer desaparecer todo aquello. Mi vida había cambiado. Ya no me limitaba a luchar contra los asesinos en la calle. Estaba luchando por mi vida.

Cuando salí, me pasé un cepillo por el pelo y me miré largo rato en el espejo. Se me ocurrió algo que normalmente no pensaba: era bonita. No una belleza, pero sí atractiva. Era alta, casi metro ochenta; en bastante buena forma para ser de las que, de vez en cuando, se permiten una cerveza y un helado de praliné con dulce de azúcar. Tenía unos ojos castaños brillantes y vivaces. No me acoquinaba con facilidad. ¿Cómo era posible que fuera a morir?

Esa noche mis ojos estaban diferentes. Atemorizados. Todo parecía diferente. «Surfea por encima de las olas —oí que decía una voz dentro de mí—. Mantente firme. Tú siempre te mantienes firme». Por mucho que intentara reprimirla, la pregunta se formó: ¿por qué yo?

Me puse un chándal, me recogí el pelo en una cola, y fui a la cocina a hervir agua para hacer pasta y calentar una salsa que había metido en la nevera un par de noches atrás.

Mientras se calentaba el agua, puse un CD de Sarah McLachlan, me senté en la cocina con una copa de vino tinto Bianco joven y acaricié a Martha al tiempo que sonaba la música.

Desde que me había divorciado hacía dos años, había vivido siempre sola. No soporto vivir sola. Me gusta la gente, los amigos. Amaba a mi marido, Tom, más que a mí misma, hasta que me dejó, diciendo: «Lindsay, no sé cómo explicártelo. Te quiero, pero tengo que irme. Tengo que encontrar a otra persona. No puedo decir nada más».

Supongo que era sincero, pero fue la cosa más tonta y más triste que he oído en mi vida. Me rompió el corazón en un millón de pedazos. Todavía está roto. Así que, aunque no soporte vivir

sola (exceptuando a Martha, claro), me da miedo estar con alguien. ¿Qué pasará si deja de quererme de golpe? No podría resistirlo. Por eso, doy la espalda o me cierro totalmente a todos los hombres que se me acercan.

Pero ¡cómo odio vivir sola! Especialmente esa noche.

Mi madre murió de cáncer de mama cuando yo estaba en la universidad. Me había trasladado de Berkeley a la facultad de la ciudad para poder cuidarla y para ocuparme de mi hermana pequeña, Cat. Como en casi todas las cosas de su vida, incluido el abandono de mi padre, mi madre no se había enfrentado a su enfermedad hasta que fue demasiado tarde para hacer nada al respecto.

Desde los trece años, había visto a mi padre solo dos veces. Llevó un uniforme durante veinte años en el distrito central. Se le consideraba un buen policía. Al terminar su turno, solía bajar a un bar llamado Alibi para ver los partidos de los Giants. A veces me llevaba con él, «su pequeña mascota», para presumir ante los amigos.

Cuando la salsa estuvo a punto, la eché sobre unos *fusilli* y me llevé el plato y una ensalada a la terraza. Martha me siguió. Se convirtió en mi sombra desde que la adopté en la Sociedad Protectora de Collies. Ahora vivía en Potrero Hill, en una casa azul antigua, pero reformada, con vistas a la bahía, aunque no fuera una vista tan magnífica como la de la suite Mandarín.

Me senté, puse los pies sobre la silla de enfrente y me coloqué el plato en las rodillas. Al otro lado de la bahía, las luces de Oakland relucían como mil ojos indiferentes. Miré hacia la galaxia de luces parpadeantes, sentí que se me humedecían los ojos y, por segunda vez, aquel día, me di cuenta de que estaba llorando. Martha me acarició con el morro cariñosamente y se terminó mis *fusilli*.

12

A las nueve menos cuarto de la mañana siguiente, estaba llamando a los cristales empañados del despacho del teniente Roth en el Palacio de Justicia. Roth me aprecia; soy como otra hija para él, dice. No tiene ni idea de lo condescendiente que puede llegar a ser. Me dan ganas de decirle a Roth que le aprecio como a un abuelo.

Esperaba encontrarme a un montón de gente, al menos un par de empleados de Asuntos Internos con traje oscuro, o quizá al capitán Welting, que supervisa el Cuerpo de Inspectores. Sin embargo, cuando Roth me indicó que entrara, vi que solo había otra persona en la habitación.

Era un hombre bien parecido, vestido con una camisa de batista y con una corbata de rayas; tenía el pelo corto y oscuro, y los hombros anchos. Tenía una cara atractiva e inteligente, que pareció cobrar vida al entrar yo, pero eso solo significaba una cosa para mí: un jefazo. Alguien del Gabinete de Prensa del departamento, o del Ayuntamiento. Tenía la sensación incómoda, pero clara, de que habían estado hablando de mí.

Durante el trayecto, había estado ensayando una refutación convincente de la brecha en la seguridad que había aprovechado la prensa, de por qué yo había llegado tarde a la escena del crimen y de que lo importante ahora era investigar el crimen. Pero Roth me sorprendió.

—Lo llaman «El Blues de la Boda» —dijo lanzándome el *Chronicle* de la mañana a la cara.

—Lo he visto —contesté, aliviada de poder concentrarme en el caso.

Roth miró al señor Ayuntamiento.

—Nos lo vamos a tener que tragar durante toda la investigación. Los dos eran ricos, universitarios privilegiados y populares. Algo así como la tragedia del joven Kennedy y esa esposa rubia que tenía.

—Quiénes fueran me da igual —contesté—. Escucha, Sam, lo de ayer...

Me hizo callar con una mano.

—Olvídate de ayer. Ya he hablado con el jefe de policía Mercer. Este caso acapara toda su atención.

Miró al hombre vestido de político del rincón.

—Bueno, quiere que nos dediquemos de pleno a este caso. Lo que ha pasado en otras investigaciones prioritarias no puede pasar en esta. —Y luego añadió—: Vamos a cambiar las normas en este caso.

De repente, la habitación se impregnó de una densa sensación de emboscada. El señor Ayuntamiento se acercó. Noté que sus ojos tenían las arrugas que deja la experiencia.

—El alcalde y el jefe Mercer piensan que podríamos llevar esta investigación como una alianza interdepartamental. Es decir, si está dispuesta a trabajar con alguien nuevo —dijo.

—¿Nuevo? —Mis ojos fueron del uno al otro, y se quedaron en Roth.

—Te presento a tu nuevo compañero —anunció Roth.

«Me están jodiendo completamente», manifestó una voz dentro de mí. Esto no se lo harían a un hombre.

—Chris Raleigh —dijo el señor Pez Gordo del Ayuntamiento alargando la mano.

No le ofrecí la mía.

—En los últimos dos años —siguió Roth—, el capitán Raleigh ha trabajado como enlace entre Actividades para la Comunidad y la oficina del alcalde. Está especializado en gestionar casos potencialmente delicados.

—¿Gestionar?

Raleigh me miró con expresión exasperada. Intentaba ser humilde.

—Contener..., controlar los daños..., curar las heridas de la comunidad, posteriormente.

—¡Oh! —respondí rápidamente—, se dedica al marketing.

El hombre sonrió. Todo su ser desprendía un aire de seguridad y de experiencia que yo asociaba con el tipo de hombre que está acostumbrado a sentarse en las grandes mesas del Ayuntamiento.

—Antes de eso —siguió Roth—, Chris fue capitán de distrito en Northern.

—Eso es el paseo de las embajadas —dije con desdén. Todo el mundo bromeaba sobre Northern, el distrito de sangre azul que abarcaba de Nob Hill a Pacific Heights. Allí los peores crímenes podían ser mujeres de la alta sociedad que oían ruidos fuera de sus casas y turistas que llegaban tarde para entrar en sus pensiones.

—También nos encargábamos del tráfico en la zona de Presidio —contrarrestó Raleigh con otra sonrisa.

Lo ignoré y me dirigí a Roth.

—Y Warren, ¿qué?

Él y yo habíamos trabajado juntos en todos los casos en los últimos dos años.

—A Jacobi se le asignará otro caso. Tengo un gran destino para él y sus bromitas.

No me gustaba dejar a mi compañero atrás, por muy gilipollas y pesado que fuera. Pero Jacobi era su propio peor enemigo.

Raleigh me sorprendió diciendo:

—¿Está de acuerdo, inspectora?

No podía elegir. Asentí con la cabeza.

—Si no se entromete. Además, sus corbatas son mejores que las de Jacobi.

—Un regalo del Día del Padre. —Sonrió encantado.

Me dio rabia, pero me llevé una desilusión. «Por Dios, Lindsay». No había visto ningún anillo. «¡Lindsay!».

—Te liberaré de los demás casos —anunció Roth— para que no te encuentres con conflictos

de obligaciones. Jacobi puede colaborar en la investigación, si quiere seguir en el caso.

—Entonces ¿quién manda? —pregunté a Cheery. Con Jacobi, yo era la jefa; estaba acostumbrada a llevar mis propios casos.

Roth se rio alegremente.

—Él trabaja con el alcalde. Es un excapitán de distrito. ¿Quién crees que manda?

—¿Qué le parece mandar sobre el terreno? —propuso Raleigh—. Pero lo que hagamos con lo que encontremos lo decido yo.

Dudé y lo evalué con la mirada. Vaya, qué persona más persuasiva.

Roth me miró.

—¿Quieres que le pregunte a Jacobi si tiene las mismas reservas?

Raleigh me miró a los ojos.

—Bueno, si creo que no puede funcionar, ya se lo comunicaré.

Era lo máximo que iba a sacar de la negociación. El planteamiento era diferente, pero al menos seguía teniendo mi caso.

—¿Cómo quiere que le llame? ¿Capitán?

Con toda la tranquilidad, Raleigh se colgó una americana marrón ligera en el hombro y se fue hacia la puerta.

—¿Qué le parece por mi nombre? Soy civil desde hace cinco años.

—De acuerdo, Raleigh —dije con una ligera sonrisa—. Cuando estaba en Northern, ¿llegó a ver algún cadáver?

La broma que se solía hacer en Homicidios sobre el depósito era que, a pesar del mal ambiente de trabajo, era un lugar bueno para el negocio.

No hay nada como el fuerte olor a formaldehído o el deprimente brillo de los pasillos con azulejos de hospital para convertir la monotonía de perseguir pistas que no llevan a ninguna parte en un trabajo estimulante. Pero qué se le va a hacer, ahí es donde están los cadáveres. Además, tenía que ver a mi amiga Claire.

No había mucho que decir de Claire Washburn, excepto que era inteligente, que había triunfado profesionalmente y que era, sin duda, mi mejor amiga en el mundo. Hacía seis años ocupaba el cargo de médica forense jefa de la ciudad, título que todos los que trabajaban en Homicidios sabían que era totalmente insuficiente porque, en la práctica, dirigía el despacho de Anthony Righetti, un jefe despótico, deseoso de acumular poder y de acaparar méritos. Sin embargo, Claire casi nunca se queja.

Para nosotros, Claire es la oficina del forense; pero, quizá, la idea de una mujer dirigiendo el despacho médico forense todavía no es bien vista, ni siquiera en San Francisco.

Mujer y negra.

Cuando Raleigh y yo llegamos, nos acompañaron al despacho de Claire, donde nos esperaba con su bata blanca de médica y el apodo «Mariposa» bordado en el bolsillo izquierdo superior.

Lo primero que uno notaba de Claire era que le sobraban veinticinco kilos. «Estoy en buena forma —dice ella en broma—. La redondez es una buena forma».

Lo segundo era su porte seguro e inteligente. Te dabas cuenta de que no se andaba con tonterías. Tenía el cuerpo de un brahmán, la cabeza de un halcón y el buen corazón de una mariposa.

Al entrar, me miró cansada, pero satisfecha, como si hubiera estado levantada gran parte de la noche. Le presenté a Raleigh y Claire me miró un instante con un brillo especial en los ojos.

Todo lo que yo había acumulado con los años de experiencia en la calle, lo tenía ella de sabiduría natural. Su forma de compaginar las exigencias de su trabajo y la necesidad de aplacar los deseos de acumular méritos de su jefe con la educación de dos hijos adolescentes era una maravilla. Y su matrimonio con Edmund, que tocaba el bombo en la Orquesta Sinfónica de San Francisco, fomentaba mi fe en las posibilidades de la institución.

—Te esperaba —dijo dándome un abrazo—. Ayer te llamé desde aquí. ¿No te dieron el mensaje?

Al sentir sus brazos consoladores, me invadió una ola de emoción. Quería contárselo todo. De no haber sido por Raleigh, creo que me habría salido todo allí mismo: Orenthaler, la enfermedad de Negli.

—Estaba cansada —respondí.

Agotada. Había sido un día terrible.

—No me lo digáis —dijo Raleigh con una sonrisa—. Ya os conocéis.

—Son los preliminares habituales de una autopsia —dijo Claire sonriendo al separarnos—. ¿No os enseñan estas cosas en el Ayuntamiento?

Él abrió los brazos siguiendo la broma.

—Vaya, vaya —dijo Claire apretándome el hombro—. Me lo merezco. Veamos —dijo recuperando la seriedad—, he terminado el examen preliminar esta mañana. ¿Queréis ver los cuerpos?

Asentí con la cabeza.

—Preparaos: estos dos no son precisamente un anuncio de *Novias Modernas*.

Nos guio por una serie de puertas automáticas hacia la cámara acorazada: una gran sala refrigerada donde se almacenaban los cadáveres.

Caminé delante con Claire, que me atrajo hacia ella y cuchicheó:

—Déjame adivinar. Le diste un beso a Jacobi en la nariz y se convirtió en este príncipe encantador.

—Trabaja para el alcalde, Claire —dije sonriéndole—. Lo han mandado para asegurarse de que no me voy a desmayar al ver sangre.

—En ese caso —contestó ella mientras empujaba la pesada puerta de la cámara acorazada—, será mejor que no te apartes mucho de él.

Llevaba seis años manteniendo contactos continuos con cadáveres, pero lo que vi me hizo estremecer.

Los cuerpos mutilados de los novios estaban sobre dos camillas, uno al lado del otro, con las caras paralizadas en los horribles momentos de su muerte. David y Melanie Brandt.

Sus expresiones rígidas y fantasmales eran, para mí, la prueba más contundente de que la vida no está regida por un ser justo y clemente. Me fijé en la cara de Melanie. Ayer, con su vestido de novia, parecía trágica y tranquila en cierto modo. Hoy, en su desolación desnuda y rasgada, su cuerpo estaba preso en un marco helado de horror grotesco. Todo lo que el día anterior había conseguido enterrar profundamente volvía de repente a la superficie. Seis años en Homicidios y nunca había tenido que apartar la vista. Pero esta vez lo hice.

Sentí la mano de Claire en mi brazo, y me apoyé en ella.

Para mi sorpresa, resultó ser Raleigh. Me incorporé con una mezcla de rabia y vergüenza.

—Gracias —dije respirando hondo—. Estoy bien.

—Llevo ocho años haciendo este trabajo —dijo Claire— y, a estos dos, también me cuesta mirarlos.

Recogió una carpeta de una de las mesas de operaciones que había al otro lado de David Brandt. Señaló la herida de arma blanca, abierta y tosca.

—Lo apuñalaron una vez en el ventrículo derecho. Podéis ver que, al entrar, la hoja penetró en la junta de la cuarta costilla y del esternón. Rompió el nódulo atrioventricular, que proporciona la energía eléctrica al corazón. Técnicamente, se le paró el corazón.

—¿Murió de un ataque al corazón? —preguntó Raleigh.

Claire se cubrió las manos y las uñas pintadas de rojo con un par de guantes quirúrgicos.

—Disociación electromecánica. Es solo una manera elegante de describir lo que sucede cuando te apuñalan en el corazón.

—¿Qué sabes del arma? —pregunté.

—De momento, lo único que sé es que era una hoja estándar con un filo recto. No tiene marcas ni pauta de entrada distintivas. Lo que sí puedo decir es que el asesino era de mediana estatura, entre uno setenta y uno setenta y cinco, y diestro, basándome en el ángulo del impacto. Aquí podéis ver que la trayectoria de la incisión está ligeramente inclinada hacia arriba. Aquí —

dijo señalando alrededor de la herida—. El novio medía metro ochenta y dos. En su esposa, que medía metro sesenta y siete, el ángulo de la primera incisión se inclina hacia abajo.

Miré las manos y los brazos del novio, buscando lesiones.

—¿Alguna señal de lucha?

—No pudo. El pobre hombre estaba totalmente aterrorizado.

Asentí y volví a mirar la cara del novio. Claire negó con la cabeza.

—No quería decir eso exactamente. Los técnicos de Charlie Clapper tomaron unas muestras de líquido de los zapatos del novio y del suelo de madera de la entrada donde le encontraron.

Levantó un pequeño frasco que contenía gotitas de un líquido turbio.

Raleigh y yo la miramos sin entender.

—Orina —explicó Claire—. El pobre hombre se mojó los pantalones. Una reacción fisiológica.

Cubrió la cara de David Brandt con una sábana blanca y meneó la cabeza.

—Creo que podemos guardarle el secreto. Desgraciadamente —continuó con un suspiro— las cosas no fueron tan rápidas para la novia. —Nos llevó junto a la camilla de la novia—. Quizá le sorprendió. Tiene señales en las manos y en las muñecas que indican que hubo lucha. Mirad. —Señaló una lesión enrojecida en el cuello—. He intentado sacar algo de tejido de debajo de sus uñas, pero aún no sé lo que encontraremos. En cualquier caso, recibió la primera puñalada en la parte superior del abdomen, que le desgarró los pulmones. Con tiempo, y a consecuencia de la pérdida de sangre, podría haber muerto de eso.

Señaló otras dos incisiones de aspecto desagradable, debajo del pecho izquierdo, en una situación similar a la del novio.

—Se le llenó tanto el pericardio de sangre que podrían habérselo escurrido como un trapo mojado.

—Te estás poniendo técnica otra vez —dije.

—Se trata de la membrana de tejido que rodea el corazón. La sangre se acumula en ese espacio y comprime el músculo de modo que este no puede llenarse de sangre por la vía principal. Al final, termina estrangulándose a sí mismo.

La imagen del corazón de la novia ahogándose con su propia sangre me dejó helada.

—Es casi como si hubiera querido duplicar las heridas —dije estudiando los puntos de entrada de la hoja.

—Ya lo he pensado —dijo Claire—. Línea directa al corazón.

Raleigh frunció el ceño.

—El asesino, entonces, ¿podría ser profesional?

Claire se encogió de hombros.

—Puede ser, teniendo en cuenta la pauta técnica de las heridas. Pero no lo creo.

Su voz estaba llena de dudas. La miré fijamente a los ojos, que estaban sombríos.

—Lo que necesito saber es si abusaron de ella sexualmente.

Claire tragó saliva.

—Hay señales claras de penetración *post mortem*. La mucosa vaginal estaba gravemente extendida, y encontré pequeñas lesiones alrededor del introito.

Me puse rígida de rabia.

—La violaron.

—Si la violaron —contestó Claire—, fue algo verdaderamente terrible. Nunca había visto una cavidad vaginal tan dilatada. Sinceramente, no creo que fuera penetrada por un pene.

—¿Un instrumento contundente? —preguntó Raleigh.

—Algo suficientemente ancho..., pero tiene abrasiones en las paredes vaginales que hacen pensar en alguna clase de anillo. —Claire respiró hondo—. Personalmente, me inclinaría por un puño.

El carácter perverso e impactante de la muerte de Melanie Brandt me hizo temblar de nuevo. La habían mutilado y deshonrado con un puño, lo que producía una sensación de finalidad brutal. Su atacante no solo pretendía poner en escena su pesadilla, sino que también quería avergonzar a la víctima. ¿Por qué?

—Si todavía podéis aguantar un poco más, seguidme —dijo Claire.

Nos acompañó a través de una puerta de vaivén que daba a un laboratorio adyacente.

Sobre un delantal de papel blanco esterilizado, estaba la chaqueta del esmoquin manchada de sangre que habíamos encontrado junto al novio. Claire la levantó por el cuello.

—Clapper me la prestó. Evidentemente, lo primero era confirmar a quién pertenecía la sangre.

La parte frontal izquierda estaba rasgada por una incisión fatal y salpicada de oscuros coágulos de sangre.

—Lo que resulta interesante —dijo Claire— es que no encontramos solo la sangre de David Brandt en la parte frontal de la chaqueta.

Raleigh y yo abrimos la boca sorprendidos.

—¿La del asesino? —dijo él, con los ojos muy abiertos.

Claire negó con la cabeza.

—No, la de la novia.

Recordé rápidamente la escena del crimen. Al novio, lo habían matado en la puerta; a su esposa, a treinta metros de distancia, en el dormitorio.

—¿Cómo pudo llegar la sangre de la novia a la chaqueta? —dije desorientada.

—Eso mismo me preguntaba. Así que cogí la chaqueta y la puse sobre el torso del novio. La marca del cuchillo no se ajusta para nada a esta herida. Mirad, la herida del novio estaba aquí. En la cuarta costilla. Las marcas del corte de la chaqueta están seis centímetros más arriba. La volví a mirar y esta chaqueta ni siquiera es de la misma marca que los pantalones. Esta es de Joseph Abboud.

Claire pestañeó al ver cómo se ponían en marcha los motores de mi cerebro.

La chaqueta no era la del novio. Era del hombre que le había matado.

Claire abrió bien los ojos.

—Que yo sepa, ningún profesional dejaría su chaqueta.

—Puede ser que utilizara la boda como una tapadera —contestó Raleigh.

Una posibilidad aún más escalofriante se me acababa de ocurrir.

—Podría ser uno de los invitados.

En las oficinas del *San Francisco Chronicle*, el frenético cerebro de Cindy Thomas apenas iba un poco por delante de sus dedos.

Faltaba menos de una hora para la fecha límite de entrega.

Había podido sonsacar a un botones del Hyatt los nombres de dos invitados que habían asistido a la boda de los Brandt y que todavía seguían en el hotel.

Había corrido hacia allí otra vez la noche anterior y, después, había podido componer un panorama trágico, destinado a partir corazones, de los últimos agónicos momentos de los novios, llenos de promesas, de brindis y de un último baile romántico.

Los demás periodistas todavía estaban intentando atar cabos con los escasos detalles facilitados por la policía. Por ahora, llevaba ventaja. Estaba ganando y le gustaba. También estaba segura de que era lo mejor que había escrito desde que había llegado al *Chronicle* y, quizá, desde que estudiaba en Michigan.

El golpe de efecto de Cindy en el Hyatt la había convertido en una celebridad en el periódico de la noche a la mañana. Personas a las que apenas conocía se paraban ahora a felicitarla. Incluso el editor, a quien casi nunca veía en la planta de la sección local, bajó para conocerla.

En esa sección, se escribía un reportaje sobre una manifestación en Mill Valley en contra de un desvío por obras que había aumentado el tráfico cerca de una zona escolar.

Cindy escribía la primera página.

En plena faena, vio que Sidney Glass, su editor, se acercaba a su mesa. Glass, a quien en el periódico apodaban El Sid, se paró delante de ella y soltó un fuerte suspiro.

—Tenemos que hablar.

Cindy dejó de teclear y levantó la mirada.

—Tengo a dos de mis mejores periodistas de sucesos que echan chispas y que reclaman a gritos el reportaje. Suzy está en el Ayuntamiento esperando una declaración del jefe de policía y del alcalde. Stone ha escrito una crónica de las familias de las víctimas. Entre los dos, tienen veinte años de experiencia y dos Pulitzer. Y es su terreno.

Cindy sintió que casi se le paraba el corazón.

—¿Qué les ha dicho? —preguntó.

En los ojos endurecidos de El Sid, podía ver a los ambiciosos periodistas de sucesos, con sus

propios investigadores, intentando abrirse paso y apoderarse de la noticia. Su noticia.

—Enséñame lo que tienes —dijo el editor finalmente. Dio la vuelta a la mesa y, mirando por encima del hombro de Cindy, leyó unas líneas directamente de la pantalla del ordenador—. Está bastante bien. Imagino que ya lo sabes: «angustiado» va aquí —dijo señalando la pantalla—. Es un modificador de «padre de la novia». Ida Morris se pone furiosa cuando encuentra adjetivos fuera de lugar o inversiones.

Cindy notó que se ruborizaba.

—Vale. Vale. Estoy intentando terminar. La hora de entrega es...

—Ya sé cuándo es la hora de entrega. —El editor frunció el ceño—. Pero, aquí, si quieres publicar, debes hacerlo bien.

Miró a Cindy durante un rato que a ella le pareció interminable, con una expresión tan intensamente calculadora que la puso nerviosa.

—Sobre todo, si piensas continuar con esta noticia. —La cara normalmente implacable de Glass se modificó ligeramente y casi le sonrió—. Les dije que era tuya, Thomas.

Cindy se reprimió las ganas de abrazar al estafalario y tiránico editor en plena redacción.

—¿Quiere que vaya al Ayuntamiento? —preguntó.

—La noticia que buscas está en la suite del hotel. Vuelve al Hyatt.

El Sid empezó a alejarse con las manos, como siempre, metidas hasta el fondo de los bolsillos de los pantalones; pero, casi en seguida, se dio la vuelta.

—Claro que, si quieres continuar con el reportaje, tendrás que encontrar una fuente de información dentro de la policía... Y rápido.

16

Después de salir del depósito, Raleigh y yo volvimos caminando al despacho, prácticamente sin hablarnos. Había muchos detalles del asesinato que me desconcertaban. ¿Por qué habría de llevarse el asesino la chaqueta de la víctima? ¿Por qué había dejado la botella de champán? No tenía ni pies ni cabeza.

—Ahora tenemos un crimen sexual. Un crimen especialmente desagradable —le dije finalmente en la acera del Palacio de Justicia—. Quiero introducir el resultado de la autopsia en los ordenadores de Milt Fanning, del FBI. También tenemos que ver a los padres de la novia. Necesitamos conocer a todos los que salieron con ella antes que David. Y una lista de todos los que asistieron a la boda.

—¿Por qué no esperamos a tener alguna confirmación sobre la chaqueta —dijo mi nuevo compañero— antes de ponernos a trabajar en ese otro aspecto?

Me paré y lo miré.

—¿Quieres esperar a ver si alguien va a reclamar la maldita chaqueta a objetos perdidos? No te entiendo. ¿Qué te pasa?

—Me pasa —dijo Raleigh— que no quiero que el departamento aumente el dolor de las familias con más hipótesis hasta que tengamos algo más consistente. Puede que fuera un invitado y puede que no.

—¿A quién crees que pertenecía? ¿Al rabino?

Me miró con una sonrisa.

—Podría haberla dejado para ponernos furiosos.

De repente, su tono me parecía diferente.

—¿Te estás echando atrás? —le pregunté.

—No me echo atrás —dijo—. Hasta que tengamos algo en firme, todos los novios y novias, o los empleados despedidos por un recorte de plantilla en el que Gerald Brandt tuviera algo que ver, pueden eliminarse como posibles sospechosos. Preferiría que no fueran el foco de la atención pública a menos que tengamos algo seguro en que trabajar.

Ya estábamos. El discursito. Todo bien atado y con moderación. Brandt y el rector de la universidad Weil, el padre de la novia, eran vip. «Encuentra a los malos, Lindsay, pero hazlo sin poner en peligro al departamento».

Contraataqué:

—Creía que la posibilidad de que el asesino estuviera en la boda era lo que teníamos para empezar.

—Lo único que digo, Lindsay, es que busquemos alguna confirmación más antes de ponernos a indagar la vida sexual del padrino.

Asentí con la cabeza, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Mientras tanto, Chris, nos dedicaremos a seguir todas las demás pistas sólidas que tenemos.

Nos quedamos un rato en un silencio crispado.

—A ver, ¿por qué crees que el asesino cambió su chaqueta por la del novio? —pregunté.

Se apoyó contra el cemento de la pared de unas obras.

—Yo diría que la llevaba puesta cuando los mató. Estaba cubierta de sangre. Tenía que salir y pasar desapercibido. La chaqueta del novio estaba ahí y la cambió por la suya.

—Entonces, crees que se tomó la molestia de hacerle incluso un corte, pensando que nadie lo notaría. Otra talla, otra marca. ¿Pensó que colaría? Raleigh, ¿por qué la dejó? ¿Por qué no metió la chaqueta en una bolsa? ¿O por qué no se la llevó escondida debajo de la nueva?

—De acuerdo —aceptó Raleigh—, no lo sé. ¿Tú qué crees?

Yo no sabía por qué la había dejado en la habitación; pero, en mi cabeza, empezaba a tomar forma una posibilidad escalofriante.

—Posibilidad uno —respondí—: le entró el pánico. Quizá sonó el teléfono o llamaron a la puerta.

—¿En su noche de bodas?

—Empiezas a parecerte a mi excompañero.

Me puse a caminar hacia el Palacio de Justicia y él se colocó a mi lado. Abrió las puertas de cristal para dejarme pasar pero, al cruzarlas, me tomó del brazo.

—¿Y la posibilidad dos?

Me paré y lo miré directamente a los ojos intentando decidir cuánto podía confiar en él.

—¿Qué experiencia tienes con estas cosas? —pregunté.

Sonrió, con una expresión confiada y segura.

—He estado casado.

No le contesté. Posibilidad dos: empezaba a sentir miedo.

¿Firmaba sus muertes el asesino? ¿Jugaba con nosotros? ¿Dejaba pistas aposta? Los que cometen un solo asesinato pasional no dejan pistas como la chaqueta. Los profesionales, tampoco.

Los asesinos en serie dejan pistas.

La ventana por la que miraba Phillip Campbell tenía una vista magnífica de la bahía, pero él no era consciente del panorama. Estaba perdido en sus pensamientos.

«Por fin ha empezado. Todo está en marcha —pensaba—. La ciudad de la bahía no volverá a ser la misma. Yo nunca seré el mismo». Era complicado; no lo que parecía ser, pero era hermoso a su manera.

Había cerrado la puerta de su despacho, como hacía siempre que estaba absorto en sus investigaciones. Últimamente, había dejado de ir a almorzar con sus colegas. Le aburrían. Sus vidas estaban llenas de preocupaciones insignificantes: las acciones del mercado, los partidos de los Giants y de los 49ers, adónde iban a ir de vacaciones. Tenían sueños superficiales, simples, de clase media.

Los suyos, en cambio, eran elevados. Él era como los magnates de Silicon Valley que pensaban en sus nuevos artilugios. Bueno, eso era antes. Ahora tenía un secreto. El mayor secreto del mundo.

Empujó sus documentos de trabajo hacia un rincón de la mesa. «Este es el viejo mundo —pensó—. Mi viejo yo. El aburrido. La abeja laboriosa».

Abrió el cajón izquierdo superior de la mesa. Detrás de los habituales artículos personales, había una pequeña caja fuerte de color gris, que era justo lo bastante grande para contener un paquete de tarjetas de ocho por trece. «Ahora este es mi mundo».

Volvió a pensar en el Hyatt. La hermosa cara de porcelana de la novia; las flores de sangre en su pecho. Todavía no podía creer lo que había ocurrido. El nítido crujido del cuchillo al rasgar el cartílago. La última bocanada de aliento de ella. Y de él, claro.

¿Cómo se llamaban? Dios mío, había olvidado sus nombres. No, ¡se acordaba! Brandt. Salían en todos los periódicos y en los informativos.

Abrió la cajita con una llave que llevaba colgada de una cadena. Lo que vertió sobre la mesa era el hechizo embriagador de sus sueños.

Un montón de fichas de archivo. Bien apiladas y en orden. Dispuestas alfabéticamente. Las repasó todas, una por una. Nombres nuevos... King... Merced... Passeneau... Peterson. Todas sus parejas de novios.

Cuando volví del depósito, tenía varios mensajes urgentes sobre la mesa. Bien, «urgente» era la palabra adecuada.

Charlie Clapper, de la Unidad de Escena del Crimen. El informe preliminar. Algunos periodistas: de Associated Press y de emisoras de televisión locales. Incluso la mujer del *Chronicle* que me había dejado su tarjeta.

Marqué el número de Clapper sin dejar de comer el pollo asado y la ensalada de peras que me había traído.

—Solo buenas noticias —bromeé cuando oí su voz en el teléfono.

—En ese caso, te daré un número de línea erótica. Por dos dólares por minuto, te dirán lo que quieres oír.

No tuvo que añadir nada más.

—¿No tienes nada?

—Solo tonos parciales, Lindsay —contestó Clapper, lo que significaba que sus técnicos solo habían encontrado huellas poco definidas en la habitación—. De la novia, del novio, del ayudante del director, de las camareras.

—¿Buscasteis en los cuerpos? —apremié. El asesino había levantado a Melanie Brandt del suelo—. ¿Y en la caja de champán?

—Pues claro. Nada. Fue cuidadoso.

—Y el suelo, ¿qué? Fibras, huellas de zapatos.

—Además del pipí —rio Clapper—. ¿Crees que te escondo algo? Me gustas, Lindsay, pero tengo más asesinos en espera. Mientras tanto, he encargado que pasen la chaqueta del esmoquin por el microscopio. Ya te contaré. Hasta pronto.

—Gracias, Charlie —musité desilusionada.

Seguí hojeando el montón de mensajes y tropecé con el nombre de Cindy Thomas.

Normalmente, no tengo por costumbre devolver las llamadas a los periodistas en plena investigación, pero esta había demostrado ser lista y tener sangre fría al llegar hasta la escena del crimen. Al mismo tiempo, había demostrado ser amable al comportarse con discreción cuando me tenía acorralada en el baño.

La encontré trabajando.

—Gracias por llamarme, inspectora —dijo en un tono de auténtico agradecimiento.

—Supongo que se lo debo. Gracias por mostrarse comprensiva en el hotel.

—Nos puede pasar a todos. Pero quisiera preguntarle algo: ¿siempre reacciona de una forma tan personal en una escena del crimen? Siendo inspectora de Homicidios, parece raro.

No tenía tiempo ni ánimos para entrar en una batalla de ingenio, así que me apunté a la línea Jacobi.

—Era una boda. Siempre lloro en las bodas. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Thomas?

—Cindy... Le voy a hacer un favor. Cuando sean cinco, a lo mejor, me devolverá uno.

—Tenemos un homicidio que alarma especialmente a la gente. No vamos a jugar a hacer un trato. Y si volvemos a vernos, verá que no soy muy simpática cuando me siento en deuda.

—Lo que quería —dijo Cindy— era oír su impresión sobre los novios.

—¿No era Tom Stone el encargado de los homicidios en el *Chronicle*? —pregunté.

Oí que tomaba aire.

—No le voy a mentir. Normalmente yo me encargo de las noticias locales.

—Bien, pues ahora tiene una buena noticia: «Boda celestial acaba en el infierno». No pierde el tiempo.

—La verdad, inspectora —su tono se suavizó—, es que nunca había visto nada igual. Al ver a David Brandt allí tirado... en su noche de bodas. Sé lo que pensará, pero no se trata solo de la noticia. Me gustaría ayudar, si puedo.

—Se lo agradezco, pero ya tenemos un montón de personas con placa deseosas de trabajar. ¿Quiere que nos deshagamos de ellas? Mire, debería saber que, gracias a su intromisión en el piso treinta, el jefe de policía no me aprecia demasiado. La responsabilidad táctica de la escena del crimen era mía.

—Nunca pensé que conseguiría subir.

—Bueno, ha quedado claro que no sabemos quién le debe algo a quién, pero como he llamado yo...

La voz de la periodista recuperó su tono perentorio.

—La he llamado para saber su reacción a una noticia que vamos a publicar hoy mismo. ¿Sabe que el padre de la novia dirige una empresa de compra de acciones internacionales? Nuestro editor económico ha sabido por Bloomberg que se hicieron atrás en el último minuto en un acuerdo con el tercer constructor de coches más importante de Rusia, Kolya-Novgorod. Brandt iba a proporcionarles doscientos millones de dólares a cambio de una parte significativa de las acciones. Kolya es uno de los conglomerados rusos absorbidos por una nueva rama de capitalistas del mercado negro. Sin el dinero, dicen que está prácticamente en bancarrota. Mi fuente de información me ha dicho que hubo bastante mala gaita.

Me eché a reír.

—¿Mala gaita, señorita Thomas? Creo que yo también me estoy poniendo de mala gaita.

—Dicen que a algunos rusos los dejaron compuestos y sin novio.

Me reí otra vez.

—La conspiración para cometer asesinato es un delito federal —dije—. Si hay algo de verdad en esto, debería llamar al Departamento de Justicia.

—Solo quería que lo supiera. ¿Quiere hacer algún comentario sobre las demás posibilidades que está investigando?

—Claro. Puedo decirle que están «en marcha».

—Gracias. —Suspiró—. ¿Ya tiene una lista de sospechosos?

—¿Eso es lo que le dicen que pregunte en el *Chronicle*? Ya sabe que no puedo decírselo.

—Entre nosotras. No lo voy a publicar. Como amiga.

Escuchándola, me acordé de cuando era novata e intentaba abrirme camino. Cuando el mundo de la policía estaba bloqueado, cerrado para mí, hasta que alguien abrió una insignificante brecha para que pudiera entrar arrastrándome.

—Ya se lo he dicho, señorita Thomas —en un tono un poco más amable—, no le prometo nada.

—Cindy —dijo la periodista—. Al menos, llámeme Cindy. Para la próxima vez que la arrinconen en el baño con la guardia baja.

—De acuerdo, Cindy. Me acordaré de ti.

19

No quería volver a casa, pero sabía que no podía quedarme más en el Palacio de Justicia. Cogí mi bolso, bajé corriendo al garaje subterráneo y arranqué mi polvoriento, pero fiable Bronco sin tener muy claro adónde iba.

Conduje sin rumbo —la calle Cuarta, la Tercera, Mission Street, el Moscone Center— frente a cafeterías y tiendas cerradas. Bajé hasta el Embarcadero.

Giré en Battery, alejándome de la bahía. No tenía adónde ir, pero mis manos parecían actuar con vida propia y me llevaban a alguna parte. Por mi cabeza pasaban imágenes de los novios asesinados. Ecos de las palabras de Orenthaler. Finalmente había llamado al doctor Medved, el hematólogo, para pedirle hora.

Cuando me acercaba a Sutter, giré. Ya sabía adónde iba.

Paré en Union Square. Sin saberlo, me encontré ante la brillantemente iluminada entrada del Hyatt.

Enseñé mi placa al director y subí en ascensor al piso treinta. Solo había un policía de uniforme ante la suite Mandarín. Lo reconocí, era David Hale, de la Central. Se levantó al ver que me acercaba.

—¿No tenía nada qué hacer, inspectora?

Una barrera de cintas amarillas bloqueaba la entrada a la suite. Hale me dio la llave. Arranqué un par de tiras de cinta y pasé por debajo del resto. Metí la llave y abrí la puerta.

Si nunca se ha estado en un lugar donde recientemente se haya cometido un asesinato, no se puede imaginar la sensación de inquietud que produce. Sentía que los misteriosos fantasmas de David y Melanie Brandt seguían en la habitación. Estaba segura de haber olvidado algo. Y estaba segura de que estaba allí. ¿Qué era?

La suite estaba más o menos como la había dejado. Se habían llevado la alfombra oriental de la sala al laboratorio de Clapper, pero las posiciones de los cuerpos y de la sangre estaban bien señalados con tiza azul.

Miré el lugar donde había muerto David Brandt. Mentalmente, recompuse lo que probablemente había ocurrido.

Los novios están brindando (lo sabía por las copas de champán medio llenas que se habían encontrado sobre la mesa cercana a la terraza). Quizá él acaba de regalarle los pendientes (la caja

estaba abierta sobre el lavabo del baño principal). Lllaman a la puerta. David Brandt va a abrir.

Era como si el denso ambiente estuviera lleno de secretos y estos estuvieran vivos y me cuchichearan al oído.

Entra el asesino, con la botella de champán. Quizá David le conoce. Quizá se había separado de él una hora antes al final de la fiesta. Saca el cuchillo. Solo un tajo. El novio cae contra la puerta, incrédulo. Sucede todo tan deprisa que no puede gritar. «El pobre hombre se mojó los pantalones», había dicho Claire.

¿No grita la novia? Quizá está en el baño (la caja de joyas). Tal vez fue a ponerse los pendientes.

El asesino cruza la suite. Intercepta a la novia, que sale sin sospechar nada.

Imagino a Melanie Brandt: radiante, rebosante de alegría. Él también lo observa. ¿Le conocía la novia? ¿Acababa de despedirse de él? ¿Conocía Melanie al asesino?

Hay un dicho navajo: «Incluso el viento más quieto tiene voz». En la silenciosa habitación de hotel, escuché su confesión.

Cuéntame, Melanie. He venido a ayudarte. Te escucho. Siento un hormigueo en la piel con el escalofrío que me produce revivir los detalles del asesinato.

La novia se resiste, intenta escapar (los rasguños y las pequeñas lesiones en los brazos y en el cuello). El asesino la apuñala a los pies de la cama. Está horrorizado y, a la vez, inmensamente excitado por lo que ha hecho. Ella no muere de inmediato. Tiene que apuñalarla otra vez. Y otra vez. Cuando termina, la lleva a la cama (no la arrastra; no hay rastro de sangre por el camino). Esto es importante. Es considerado con ella. Eso me hace pensar que la conoce.

¿Puede ser que estuviera enamorado de Melanie? Le coloca los brazos en la cintura, en posición de descanso. Una princesa durmiente. Quizá el asesino finge que lo que ocurre es solo una pesadilla.

En ningún lugar de la habitación siento la pauta clínica de un profesional o de un asesino contratado. Ni siquiera siento que se trate de alguien que ya haya matado. Escucho.

Una rabia feroz se acumula en la sangre del asesino. Se da cuenta de que no volverá a verla. Su princesa... Está furioso. Quiere echarse con ella al menos por una vez. Sentirla. Pero no puede. Esto la deshonraría. Sin embargo, tiene que tenerla. Le levanta el vestido. Utiliza el puño.

Lo oigo todo a gritos. Estoy segura de que hay algo que no veo, que no desvelo. ¿Qué estoy pasando por alto? ¿Qué se nos ha pasado por alto a todos hasta ahora?

Me paro cerca de la cama. Me imagino a Melanie, con sus horribles heridas de arma blanca, pero su cara está apacible, no es acusadora. La deja así. No se lleva los pendientes. No se lleva el anillo con el diamante enorme.

Entonces caigo en la cuenta, con la fuerza de un tren que sale rugiendo de un oscuro túnel. Lo que se me había pasado por alto. Lo que no había visto. ¡Por Dios, Lindsay!

¡Los anillos!

Repasé con la mente la imagen de la novia echada en la cama. Sus manos finas y manchadas de sangre. Llevaba el diamante, pero... ¡Dios mío! ¿Puede ser? Volví corriendo a la entrada y recuperé mentalmente la imagen del cuerpo caído del novio. Hacía unas pocas horas que se habían casado. Acababan de jurarse fidelidad, pero no llevaban las alianzas de oro. ¡Las alianzas!

El asesino no se llevó los pendientes, concluí. Se llevó los anillos.

A las nueve de la mañana siguiente, estaba en el despacho del doctor Victor Medved, un hombre menudo y agradable, con una cara estrecha y cortada a cincel que, junto con su ligero acento eslavo, me produjo un miedo terrible.

—La enfermedad de Negli es una asesina —dijo con ecuanimidad—. Le roba al cuerpo la capacidad de transportar oxígeno. Al principio, los síntomas son una cierta apatía, un debilitamiento del sistema inmunitario y, a veces, falta de concentración. Más adelante, se pueden experimentar disfunciones cerebrales parecidas a las producidas por un accidente cerebrovascular, así como empezar a perder capacidades mentales.

Se levantó, se acercó y me cogió la cara con unas manos cariñosas. Me miró a través de unos cristales gruesos.

—Ya ha alcanzado el punto máximo —dijo apretándome las mejillas con los pulgares.

—Por las mañanas, siempre me cuesta un rato hacer correr la sangre —dije con una sonrisa, intentando disimular el miedo que sentía.

—Bueno, dentro de tres meses —dijo el doctor Medved—, si no le ponemos remedio, parecerá un fantasma. Un fantasma guapo, pero fantasma igualmente.

Volvió a su mesa y cogió mi ficha.

—Veo que es usted inspectora de policía.

—Homicidios —dije.

—Entonces no vale la pena que me ande con rodeos. No quiero hacerla sufrir. La anemia aplásica puede controlarse. Hasta un treinta por ciento de los pacientes responden a un régimen de dos transfusiones de glóbulos rojos concentrados por semana. De los que no responden, un porcentaje similar puede tratarse, en última instancia, con un trasplante de médula. Sin embargo, esto supone primero un proceso doloroso de quimioterapia para estimular los glóbulos blancos.

Me puse rígida. Las angustiosas predicciones de Orenthaler se hacían realidad.

—¿Hay alguna forma de saber quién responderá al tratamiento?

Medved unió las manos y negó con la cabeza.

—La única forma es probarlo. Después, ya veremos.

—Tengo un caso importante entre manos. El doctor Orenthaler dijo que podía seguir trabajando.

El doctor Medved apretó los labios con escepticismo.

—Puede seguir mientras se sienta con fuerzas.

Solté un suspiro lento y doloroso. ¿Cuánto tiempo podría mantenerlo en secreto? ¿A quién podía decírselo?

—Si funciona, ¿cuánto tiempo tardaré en notar una mejoría? —pregunté con una cierta esperanza.

El médico frunció el ceño.

—Esto no es como recetar aspirinas para el dolor de cabeza. Me temo que tenemos mucho camino por delante.

Mucho camino. Pensé en la respuesta probable de Roth, en mis posibilidades de llegar a teniente.

Ya está, Lindsay. Este es el mayor reto de tu vida.

—Y si no funciona, ¿cuánto tiempo...? Antes de que las cosas se pongan...

—¿Antes de que empeoren? Abordemos esto con optimismo y con esperanza. Iremos hablando de todo sobre la marcha.

Ahora todo volvía a estar abierto ante mí. El caso, mi carrera, todos los objetivos de mi vida. Lo que estaba en juego había cambiado. Caminaba con una bomba de relojería que sonaba en mi pecho, compacta e incendiaria. Y me parecía que toda yo dependía de una mecha que se quemaba y que desaparecía lentamente.

Pregunté en voz baja:

—¿Cuándo empezamos?

El médico escribió la dirección de un despacho en el mismo edificio. Tercer piso. Servicios para Pacientes Externos Moffett. No llevaba fecha.

—Si le parece bien, me gustaría que empezara ahora mismo.

Había aparecido la noticia del trato económico entre Gerald Brandt y los rusos. En todos los quioscos, estaba el titular en grandes letras: «El padre del novio podría haber provocado la cólera rusa». El *Chronicle* decía que el FBI estaba estudiando seriamente la cuestión. ¡Qué bien!

Cuando finalmente llegué a la oficina, llevaba dentro de mí dos bolsas de medio litro de sangre enriquecida con hemoglobina.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para quitarme de la cabeza la imagen de la sangre espesa y carmesí entrando gota a gota en mis venas.

Roth me llamó, con su habitual expresión contrariada en la cara.

—El *Chronicle* dice que son los rusos. El FBI parece estar de acuerdo —dijo inclinándose sobre mi mesa. Me puso un ejemplar del periódico matutino delante.

—Ya lo he visto. No dejes que se meta el FBI —dije—. Este caso es nuestro.

Le conté lo de la noche anterior, cuando había vuelto a la escena del crimen, y que estaba segura de que el abuso sexual del cadáver, la chaqueta ensangrentada, los anillos desaparecidos eran la prueba de que se trataba de un único asesino obsesionado.

—No es un ruso profesional. Le metió el puño dentro —recordé—. Lo hizo en su noche de bodas.

—¿Quieres que les diga a los federales que no se metan —dijo Roth— porque tienes unas intuiciones muy fuertes sobre el caso?

—Esto es un caso de asesinato, un crimen sexual perverso y asqueroso, no una conspiración internacional.

—A lo mejor, el asesino ruso necesitaba pruebas. O quizá era un maniaco sexual.

—¿Pruebas de qué? Todos los periódicos y todas las emisoras de televisión del país informaron de la noticia. Además, ¿los mercenarios rusos no suelen cortar un dedo?

Roth soltó un suspiro de frustración. Su cara mostraba algo más que el habitual tic de agitación.

—Tengo que salir corriendo —dije. Lancé un puñetazo al aire y esperé que a Roth no le molestara la broma.

Gerald Brandt todavía seguía en el Hyatt, a la espera de que le entregaran el cuerpo de su hijo. Fui a su suite y lo encontré solo.

—¿Ha visto la prensa? —le pregunté mientras nos sentábamos en la mesa de la terraza protegida por una sombrilla.

—Los periódicos, Bloomberg y una periodista del *Chronicle* no han parado de llamar en toda la noche. Lo que insinúan es una locura —dijo.

—El asesinato de su hijo fue un acto de locura, señor Brandt. ¿Quiere que sea sincera con usted en la investigación?

—¿Qué quiere decir, inspectora?

—El otro día le preguntaron si conocía a alguien que pudiera desear perjudicarlo...

—Y le dije a su detective que, de esta manera, no.

—¿No cree que ciertas facciones en Rusia podrían estar un poco furiosas por haberlos dejado colgados con el trato?

—No hacemos negocios con facciones, señora Boxer. Entre los accionistas de Kolya, están algunos de los hombres más poderosos de este país. Además, me hace sentir como un sospechoso. Era un negocio, eran negociaciones. En nuestro trabajo, nos encontramos con estas situaciones cada semana. La muerte de David no tiene nada que ver con Kolya.

—Señor Brandt, ¿por qué está tan seguro? Su hijo y su nuera están muertos.

—Porque las negociaciones no se rompieron, inspectora. Eso fue una treta para engañar a los medios de comunicación. Cerramos el trato ayer por la noche. —Se levantó dándome a entender que la conversación había terminado.

Lo siguiente fue llamar a Claire. Me moría de ganas de hablar con ella. Necesitaba mi dosis diaria de Claire. Además, necesitaba ayuda con el caso.

La secretaria de Claire me dijo que ella estaba en una conferencia telefónica, pero que esperara.

—Especialistas forenses —gruñó Claire cuando se puso al teléfono—. Escucha esto... Un tipo conduce a cien por hora por una zona de velocidad máxima de sesenta, choca con un anciano que está aparcado en doble fila en su Lexus, esperando a su esposa. Muerte instantánea. Ahora el conductor tiene paralizada la herencia del anciano con una demanda contra la víctima por estar mal aparcado. Los dos bandos quieren quedarse con parte de la herencia, los expertos incluidos. Righetti quiere que participe yo también porque el caso ha salido en la revista de la Asociación Americana de Forenses. A algunos de estos cabrones, les das un dólar por sus pensamientos, y ¿sabes lo que te dan?

—La vuelta —respondí sonriendo. Claire era divertida.

—Sí, señora. Tengo unos treinta segundos. ¿Cómo te va? —preguntó—. Te quiero y te echo de menos. ¿Qué quieres, Lindsay?

Dudé. En parte, deseaba dejar que saliera todo, pero solo le pregunté si los Brandt llevaban alianzas cuando llegaron al depósito.

—No, que yo sepa —contestó Claire—. Inventaríamos pendientes y un diamante del tamaño de un glóbulo ocular; pero alianzas, no. Yo también me fijé. Por eso te llamaba anoche.

—Las grandes mentes piensan de la misma forma —dije.

—Al menos, las mentes que no paran —contrarrestó ella—. ¿Cómo evoluciona tu asqueroso y horrible caso?

Suspiré.

—No lo sé. Lo que debo hacer ahora es investigar a trescientos invitados para comprobar si alguno tenía asuntos pendientes con ellos. Ya ves cómo lo enfoca la prensa. Una venganza rusa. El FBI acecha y el jefe Mercer le grita a Roth para que encargue el caso a un detective como Dios manda. Ahora que me acuerdo, Jacobi está buscando al dueño de la chaqueta. Exceptuando todo esto, el caso va bien.

—No te dejes acoquinar, cariño —dijo Claire riendo—. Si alguien puede resolver este asesinato, eres tú.

—Ojalá fuera solo eso... —No pude continuar.

—¿Todo va bien? —dijo Claire—. No estás tan charlatana e irreverente como de costumbre.

—La verdad es que necesito hablar contigo. ¿Nos podríamos ver el sábado?

—Claro —dijo Claire—. Oh, no... Tenemos la fiesta de graduación de Reggie. ¿Puede esperar un día? Podría ir a verte el domingo para almorzar temprano.

—Puede esperar, no te preocupes —dije tragándome la desilusión—. El domingo es perfecto. Te espero.

Colgué sonriendo. Momentáneamente, me sentí mejor. El mero hecho de haber quedado con Claire me había quitado un gran peso de encima. El hecho de que fuera el domingo me daba tiempo para prepararme y para pensar cómo iba a organizarme con el tratamiento y con el trabajo.

Llegó Raleigh.

—¿Vamos a tomar un café?

Creía que me estaba fastidiando por haber llegado tan tarde al trabajo y debió de notar mi resentimiento. Blandió un sobre grande ante mi cara y se encogió de hombros.

—Es la lista de invitados a la boda de los Brandt. Creí que te gustaría saber quién clavó el cuchillo.

Fuimos a Roma's, una de esas cafeterías de estilo europeo, con techos altos y obra vista que hay frente al Palacio de Justicia. Me gusta más Peet's, pero Roma's está más cerca.

Pedí un té, y Raleigh volvió con uno de esos cafés con leche modernos y con un pedazo de pan de calabaza para mí.

—¿No te gustaría saber cómo se ganan la vida estos locales? —preguntó.

—¿Qué? —pregunté mirándole.

—Hay uno en cada esquina. Todos sirven lo mismo, y el cliente medio se gasta como mucho... dos dólares y medio.

—Que esto no es una cita, Raleigh —le corté—. Vamos a ver la lista.

—A lo mejor tres o tres y medio. Tendrán suerte si hacen cuatrocientos mil de caja al año.

—Raleigh, por favor —dije perdiendo la paciencia.

Empujó el sobre hacia mí.

Lo abrí y hojeé ocho o nueve páginas de nombres y de direcciones con el membrete del despacho de Gerald Brandt. Reconocí inmediatamente a algunos de los invitados del novio. Bert Rosen, exsecretario del Tesoro de Estados Unidos; Summer Smith, un multimillonario que había hecho su dinero hacía dos décadas adquiriendo grandes compañías; Chip Stein, de E-flux, amigo de Spielberg; Maggie Sontero, la famosa diseñadora del SoHo de Nueva York. Grandes nombres y grandes problemas.

Por parte de la novia, había varios apellidos destacados de la zona de San Francisco. El alcalde Fernandez, para empezar. Arthur Abrams, un gran abogado de la ciudad, contra cuyo gabinete yo había testificado un par de veces en casos de homicidio. Willie Upton, inspector jefe de escuelas públicas...

Raleigh acercó su silla a la mía. Juntos repasamos el resto de la lista. Columnas de parejas con imponentes apellidos y un título de doctor o de honorable antepuesto al nombre.

Era una lista larga, que no decía nada y que parecía impenetrable.

No sé qué esperaba encontrar; simplemente algo que me llamara la atención. Algún nombre que resonara con una culpabilidad que ni siquiera las familias fueran capaces de reconocer.

Raleigh soltó un suspiro preocupado.

—Esta lista da miedo. Cincuenta para ti, cincuenta para mí y el resto para Jacobi. Quedamos

aquí dentro de dos semanas a ver lo que hemos encontrado.

La perspectiva de meterse con esas personas (todas horrorizadas e indignadas ante la idea de que alguien las estuviera investigando) no me llenó precisamente de alegría o de ilusión.

—¿Crees que el alcalde Fernandez puede ser un asesino sexual? —musité—. Yo, sí.

Lo siguiente que dije me dejó totalmente asombrada.

—¿Dijiste que estabas casado? —Si íbamos a tener que estar juntos mucho tiempo, era mejor que nos conociéramos. Y la verdad era que sentía curiosidad.

Raleigh asintió tras una breve pausa. Me pareció ver aflicción en sus ojos.

—La verdad es que todavía lo estoy. Tendremos el divorcio el mes que viene. Después de diecisiete años.

Le dirigí una mirada de simpatía.

—Lo siento. Dejemos este interrogatorio.

—No te preocupes. Son cosas que pasan. De repente, fue como si cada uno fuera por su lado. Para ser más exactos, Marion se enamoró del dueño de la inmobiliaria donde trabaja. Es una historia muy vieja. Me parece que nunca he sabido qué tenedor había que usar con cada plato.

—Yo podría haberte ahorrado algún mal rato —dije—. Va de izquierda a derecha. ¿Tenéis hijos?

—Dos chicos estupendos. De catorce y doce años. Jason es el travieso y Teddy el intelectual. Creó una página web para su clase de sexto. Los tengo cada dos fines de semana. Son lo mejor de mi vida, Lindsay.

Me imaginaba perfectamente a Raleigh como un superpadre. Jugando con el balón los sábados, o instalando el ordenador en el estudio. Tenía unos ojos muy cariñosos. Poco a poco, me daba cuenta de que no era mi enemigo.

—Me parece —dijo sonriéndome— que dominar el orden de los tenedores tampoco te ha ayudado mucho. También estás divorciada, ¿verdad?

—Oh. Ya veo que me has investigado —dije—. Yo acababa de salir de la Academia de Policía. Tom estaba en el segundo año de universidad, en Berkeley. Al principio, quería hacerse criminalista. Tuvimos una especie de rollo a lo Spencer Tracy y Katharine Hepburn. Me imaginé testificando y a Tom el Terrible interrogándome despiadadamente. Finalmente se decidió por la especialidad mercantil.

—¿Y?

—Era lo que le gustaba a él, no a mí. No estaba preparada para el club de campo. Es una historia muy vieja, ¿verdad? —Sonreí—. La verdad es que me dejó. Me rompió el corazón en mil pedazos.

—Parece que tenemos cosas en común —dijo Raleigh amablemente. Tenía unos ojos bonitos. «Para ya, Lindsay».

—Si te interesa saberlo —contesté, inexpresivamente—, durante los últimos seis meses, he tenido una tórrida aventura con Warren Jacobi. —Raleigh rio y fingió sorpresa.

—¡Vaya! Jacobi no parece tu tipo. ¿Cuál es la atracción fatal?

Pensé en mi exmarido, Tom, y después en el otro hombre con quien había salido bastante en serio. Lo que siempre me atraía cuando permitía que alguien se acercara.

—Unas manos cariñosas. Y supongo que también un corazón cariñoso.

—¿Qué te parece? —dijo Raleigh—. Pones unos tarros de mermelada casera en los estantes y unos nombres sensuales a los cafés. Brisa arábica, Siroco. ¿Crees que podríamos aumentar las ventas?

—¿Por qué no paras con esto, Raleigh?

Me miró de una forma que era, a la vez, una sonrisa avergonzada y un destello de sus claros ojos azules.

—Llevo dieciséis años trabajando en la policía. A veces pienso... Hay un local que me encanta en Tahoe. Quizá con una franquicia...

—Pues yo no te veo despachando magdalenas detrás del mostrador.

—Es la cosa más bonita que me has dicho hasta ahora.

Me levanté, me puse el sobre debajo del brazo y me dirigí a la puerta.

—Ahora que lo pienso, podrías ser mejor pastelero que policía.

—Así me gusta. —Sonrió—. Una buena y dura respuesta. No bajes las defensas.

Cuando salíamos de la cafetería, me suavicé y le dije:

—Yo también tengo un local favorito.

—A ver si me lo enseñas un día.

—Quizá algún día.

Raleigh me había sorprendido: vivir para ver. Era un buen hombre. Quizá también tenía unas manos tiernas.

Cuando Rebecca Passeneau se vio en todo el esplendor de su vestido de boda, supo que ya no era la niña de mamá. «Eres mi niña». Había oído esas palabras desde sus primeros días en este mundo. No era difícil imaginar por qué, teniendo en cuenta que tenía tres hermanos mayores. Su madre siempre había querido una niña; su padre, también. Pero los años pasaban y se habían acostumbrado a la idea de que ya no vendría. El hermano mayor, Ben, el temerario, había muerto antes de que ella naciera. Sus padres quedaron destrozados. No podían ni pensar en tener más hijos. Entonces, milagrosamente llegó Becky.

—Mi niña —oyó que exclamaba su madre por detrás de ella.

—Ay, mamá —protestó Becky suspirando, pero también sonrió.

Siguió mirándose en el espejo. Era hermosa. Con su vestido blanco y largo, sin tirantes, como una avalancha de tul, resplandecía como lo más encantador y hermoso del mundo. Michael sería muy feliz.

Después de tantos preparativos (el hotel en Napa, las flores, los arreglos de última hora del vestido), había creído que nunca llegaría el día. Pero ya casi estaba aquí. El viernes.

La señora Perkins, la vendedora de Saks, no dejaba de mirar y de admirarse.

—Los vas a dejar boquiabiertos, cariño.

Becky dio una vuelta, mirándose en todos los ángulos del espejo de tres cuerpos, y sonrió.

—¿A que sí?

—Tu padre y yo queríamos regalarte algo —dijo su madre.

Buscó en el bolso y sacó una bolsa de gamuza para joyas. Dentro, estaba su collar de diamantes, un óvalo de cuatro quilates ensartado en una tira de perlas, que había sido de su propia madre.

Se acercó más a Becky y se lo puso en el cuello.

—Es una preciosidad —dijo Becky, admirada—. Oh, mamá.

—Me lo dieron el día de mi boda —dijo su madre—. Me ha dado una vida feliz. Ahora es tuyo.

Becky Passeneau siguió mirándose en el espejo fascinada. El magnífico vestido, el diamante en el hueco del cuello. Finalmente, bajó de la plataforma de prueba y abrazó a su madre.

—Te quiero, mamá. No hay nadie como tú.

—Ahora está todo completo —dijo su madre, con una lagrimita en el ojo.

—No, todavía no —dijo la señora Perkins. Salió un momento y volvió con un ramo de flores. Era una imitación, un accesorio de rebajas; pero, en ese momento, parecían las flores más bellas del mundo.

Se lo dio a Becky, que volvió a subir a la plataforma mientras lo apretaba contra su pecho. Vio su sonrisa de felicidad reflejada tres veces. Las mujeres dieron un paso atrás y la contemplaron.

—Ahora sí está todo completo —dijo la señora Perkins.

En un lugar cercano, mirando cómo Becky se probaba su impactante vestido, Phillip Campbell no podría haber estado más de acuerdo.

—Tu gran día se acerca —murmuró—. Estás preciosa.

A la mañana siguiente, Milt Fanning, de la Unidad de Delitos Sexuales del FBI, me presentó su informe. Su ordenador había dado con un puñado de crímenes parecidos, pero me decía que ninguno podía ser considerado una pista consistente.

Habían empezado por introducir los puños como instrumento de ataque sexual, y habían obtenido varios casos, sobre todo crímenes homosexuales. Uno estaba relacionado con un par de prostitutas asesinadas en Compton y se remontaba a 1992, pero Nicholas Chito estaba cumpliendo una condena de veinticinco años a cadena perpetua en San Quintín por estos crímenes.

Habían encontrado varios crímenes en hoteles, incluso uno de unos recién casados en Ohio, en que el novio había abierto la matriz de su amada con un Winchester 30-30 al descubrir que él no era el primero. Sin embargo, no había nada en la ciudad, nada que destacar, nada tangible que nos pudiera orientar.

Era una decepción, pero no una sorpresa. Todo lo que habíamos descubierto hasta entonces me convencía de que, cuando David y Melanie Brandt habían encontrado a su asesino en el Hyatt, no era la primera vez que le veían.

Vi que entraba Jacobi. Llevaba dos días evitándome, cumpliendo sus misiones, concretamente la investigación del champán y de la chaqueta.

Después de dos años, sabía que cuando Jacobi no me pinchaba era que no estaba contento.

—¿Cómo van las investigaciones? —pregunté.

Me dedicó una mueca con los labios apretados.

—Chin y Murphy están llamando a todas las vinaterías en un radio de sesenta kilómetros. ¿Crees que alguna lleva un registro de estas cosas? Todos me dicen que podrían haber comprado la botella en cualquier parte del país. También hay que pensar en las compras por correo. En Internet. ¡Joder!

Sabía que era una carambola, pero ¿cuánta gente paga doscientos dólares por una botella de champán?

—Aunque —finalmente me miró con cara de satisfacción— hemos conseguido algunos nombres.

Como si quisiera torturarme, Jacobi fue pasando las páginas de su cuaderno hasta la que

debía de ser la número treinta. Entornó los ojos, se aclaró la garganta y dijo:

—Sí, a ver... Golden State Wine Shop, en Crescent. Krug. Clos du Mesnil —pronunció destrozando el francés—. 1989. Alguien pidió una caja de estas el pasado marzo. Se llama Roy C. Shoen.

—¿Has hablado con él?

Jacobi asintió.

—Nunca ha oído hablar de los Brandt. Es dentista. A los dentistas ricos, también les gusta el buen vino. —Pasó otra página—. Después, tenemos Vineyard Wines, en Mill Valley. Se encargó Murphy. —Por primera vez en dos días, me sonrió francamente—. El hombre que compró el champán también se llamaba Murphy. Es un cliente habitual. Dio una cena para el cumpleaños de su esposa. Si me das una mañana libre, iré a verle, pero me hizo gracia mandar a Murphy.

—¿Has tenido suerte con la chaqueta del esmoquin?

—Llamamos al fabricante. Hay cincuenta tiendas en la zona que venden su marca... si es que se compró por aquí. Vamos a hablar con el representante de esta zona. Encontrar al dueño de esta chaqueta... no va a ser fácil.

—Cuando vayas, Warren —bromeé—, a ver si te compras una corbata decente.

—Ja, ja. ¿Cómo te va sin mí? —preguntó Jacobi mirándome. Apretó los labios y advertí su desilusión. Me hizo sentir mal.

—Voy tirando. —Después, más en serio—: Me sabe mal, Warren. Ya sabes que yo no pedí que me pusieran otro compañero.

Jacobi asintió inseguro.

—¿Quieres que investigue a todos los que compren champán caro?

Negué con la cabeza. Me levanté y tiré una copia de la lista de invitados a la boda de los Brandt sobre su mesa.

—Lo que quiero es que compruebes si alguno aparece en esta lista. —Hojeó la lista silbando ante algunos nombres importantes.

—Qué lástima, Boxer. Ni Shoen ni Murphy. Me temo que tendremos que esperar y probar suerte con la pareja número dos.

—¿Por qué lo dices? —pregunté. Jacobi era un plomo, pero también era un buen policía y tenía instinto para detectar una pautas.

—Buscamos a un tipo elegante, a quien le gusta hacer salvajadas con novias muertas, ¿no?

Asentí con la cabeza. Recordé algo que me había dicho mi primer compañero. «No luches nunca con un cerdo, Lindsay. Los dos os vais a ensuciar, pero al cerdo le gusta».

—A un tipo así, no creo que le resulte fácil encontrar chicas para salir —dijo Jacobi.

Había pasado la primera semana de investigación del caso de los novios. Era increíble. El grupo de Jacobi se había dedicado sin descanso a la búsqueda de la chaqueta y del champán; pero, por ahora, no tenían nada. Raleigh y yo habíamos hablado con veinte invitados a la boda, desde el alcalde hasta el padrino del novio. Todos estaban como atontados y angustiados, pero eran incapaces de señalar la más mínima cosa que pudiéramos avanzar.

Lo único que podía pensar era que necesitábamos algo sólido, y pronto, antes de que el hombre que se llevaba los anillos volviera a matar.

Me hicieron una segunda transfusión. Miré cómo penetraba el denso flujo de sangre en mis venas. Rogaba que me estuvieran haciendo más fuerte, pero no lo sabía. Aquello tenía el ritmo lento y constante de un reloj de tictac. Y el reloj seguía haciendo tictac. El mío y el del jefe Mercer.

El sábado a las seis, Jacobi cerró su cuaderno, se puso la americana de sport y se guardó el arma en el cinturón.

—Adiós, Boxer —dijo.

Antes de salir, Raleigh pasó a verme.

—Te debo una cerveza. ¿Te apetece ahora?

Claro que me apetecía una cerveza. Empezaba a acostumbrarme a la compañía de Raleigh. Pero algo me decía que, si salía con él en ese momento, se lo contaría todo: la enfermedad de Negli, el tratamiento, el miedo que sentía.

Negué con la cabeza.

—Me quedará un rato más —dije encogiéndome los hombros a modo de disculpa.

—¿Haces algo mañana?

—He quedado con Claire. Después, pasaré por aquí. Y tú, ¿qué?

—Jason tiene un partido de fútbol en Palo Alto. Voy a llevarlos a los dos.

—Será divertido. —Sí que parecía divertido. Sonaba a algo que yo podía perderme de la vida.

—Volveré mañana por la tarde. —Me había dado su número de busca el primer día que trabajamos juntos—. Vivo a una hora de aquí. Llámame si surge algo.

Cuando Raleigh se fue, mi rincón de la sala quedó sumido en el silencio. La investigación

estaba cerrada hasta la mañana siguiente. Un par de hombres del turno de noche charlaban en la entrada.

Nunca me había sentido tan sola. Sabía que, si ahora me iba a casa, dejaría atrás alguna conexión vital con el caso. Incumpliría una promesa silenciosa que le había hecho a Melanie. «Un repaso más», me dije. Otro vistazo. ¿Por qué se habría llevado los anillos el asesino?

Una ola de agotamiento discurrió por mis venas. Los nuevos glóbulos rojos, que tenían que presentar batalla, estaban minando mi fuerza al tiempo que me defendían y se multiplicaban. La caballería cargando para rescatarme. La esperanza atacando a las dudas. Parecía una locura.

Tenía que dejar dormir a David y a Melanie hasta mañana. Até la gruesa carpeta con su goma elástica y la puse en la bandeja gris que ponía: CASOS ABIERTOS, junto a carpetas parecidas con nombres parecidos.

Me quedé un rato más sentada a mi mesa de la oscura sala de la comisaría y me puse a llorar.

SEGUNDA PARTE

EL CLUB DE LAS MUJERES CONTRA EL
CRIMEN

Becky DeGeorge, con la felicidad de su primer día como esposa de Michael, salió del vestíbulo del hotel cogida de la mano de su esposo. Aspiró el aire fresco de la noche, el primer aire fresco que respiraba en toda la jornada.

En su breve período de matrimonio, ella y Michael habían hecho el amor varias veces y se habían duchado juntos. Habían salido un momento por obligación para almorzar con sus familias una última vez antes de la luna de miel. Se habían disculpado para no tener que ir a visitar los viñedos de Opus One, y habían corrido arriba otra vez, donde habían abierto una última botella de champán. Michael había puesto una cinta de vídeo porno y, mientras la miraban, habían interpretado algunos papeles insólitos y excitantes. Parecía que la fantasía de él era ponerse ropa de mujer.

Al día siguiente, saldrían hacia Mazatlán, y Becky pasaría una semana paradisíaca explorando todos aquellos puntos sensuales de él que todavía le faltaba descubrir. Quizá, incluso, podrían salir un par de veces a ver los delfines. Por ahora, había decidido ella, todo iba muy bien.

Aquella noche se dirigían al French Laundry, el restaurante más elegante de Napa.

Todo el mundo les había dicho que tenían que ir, y habían hecho la reserva con casi seis meses de antelación. A Becky se le hacía la boca agua imaginándose una fabulosa secuencia de sabores: *foie-gras*, pato salvaje..., y todo regado con un champán caro.

En el corto paseo hasta el coche, se paró junto a ellos una limusina negra. La ventana del acompañante se abrió y un chófer uniformado sacó la cabeza.

—¿Señor y señora DeGeorge?

Se miraron el uno al otro, despistados, y sonrieron.

—Sí.

—Estoy a su servicio —dijo el chófer—. Cortesía del hotel.

Becky estaba encantada.

—¿Para nosotros?

Una vez, por su trabajo de secretaria de un abogado, con motivo de la clausura de un caso importante, había subido a una limusina larguísima, pero iba apretujada en el asiento de atrás con cuatro abogados absortos en sus preocupaciones.

—Está contratada y pagada para esta noche —dijo el chófer, y les guiñó el ojo.

Los recién casados se miraron contentos, pero asombrados.

—Nadie nos ha comentado nada —dijo Michael, que parecía complacido con la idea de que lo consideraran una persona importante.

Becky echó un vistazo dentro.

—Oh, Michael. —Había unos lujosos asientos de piel y un bar de madera de caoba con copas de cristal. Las luces tenían brillo romántico. Incluso, había una botella de vino que se refrescaba en un cubo con hielo. Se imaginó llegando al restaurante del momento en Napa con ese coche maravilloso.

—Vamos, Michael —suplicó Becky riendo, y casi tirando de él—. Será divertido.

—Puedo esperar a que salgan del restaurante —dijo el chófer—. Además, están hablando con la persona que mejor conoce las rutas panorámicas de Napa.

Vio que las débiles dudas de Michael empezaban a desaparecer.

—¿No quiere que su princesa viaje como se merece?

Igual que había hecho cuando ella le había sonreído por primera vez en el despacho, igual que en la cama la noche anterior, Becky vio que su marido se dejaba convencer. Michael era un poco cauto de vez en cuando, como todos los contables, pero ella sabía cómo ganárselo.

—Lo que tú quieras, Becky —dijo Michael por fin.

—¿Recién casados? —preguntó Phillip Campbell, con el corazón acelerado.

Las brillantes luces de los coches que venían de frente lo atravesaban como unos rayos X, exponiendo sus deseos más íntimos.

—Veintiséis horas, veintidós minutos y... cuarenta y cinco segundos —dijo Becky, encantada.

El corazón de Campbell se puso a latir aún más fuertemente. La novia era perfecta. Los dos eran perfectos. Incluso mejor de lo que esperaba.

La carretera estaba vacía y no parecía llevar a ninguna parte, pero él sabía adónde iba.

—Sírvanse una copa. El vino de la cubitera es un Pahlmeyer. Dicen que es el mejor del valle.

El asesino conducía con los nervios tensos y en un gran estado de excitación: «¿Qué es lo peor que ha hecho nadie? ¿Puedo volver a hacerlo? Para ser más exactos, ¿puedo dejar de hacerlo?».

Miró hacia atrás y vio que Becky y Michael se servían vino. Oyó el clinc de las copas al brindar, y después algo acerca de deseos de años de buena suerte.

Con un escalofrío interior, vio cómo se besaban. Sus poros supuraban odio hacia aquella pareja de ilusos y pagados de sí mismos. «¿No quiere que su princesa viaje como se merece?». Tocó la pistola que tenía en las rodillas. Iba a cambiar de arma.

Al poco rato, Campbell hizo girar la limusina por una fuerte pendiente que se desviaba de la carretera.

—¿Adónde vamos, chófer? —preguntó el esposo desde atrás.

Campbell miró por el retrovisor y sonrió con seguridad a los DeGeorge.

—Pensé que podía llevarles por una ruta panorámica. Son las mejores vistas del valle. Estarán en el restaurante a las ocho.

—No queremos llegar tarde —advirtió el novio tímidamente—. Nos costó más hacer esta reserva que la del hotel.

—Vamos, cariño —interrumpió Becky justo a tiempo.

—En seguida, podrán ver un gran paisaje —dijo Campbell—. Es una maravilla. Pero ahora, relájense. Pónganse música. Les mostraré las mejores vistas. Es muy romántico.

Apretó un botón y una estrecha franja de luces empezó a parpadear por el techo del

compartimiento trasero en una suave y romántica demostración.

—¡Oh! —dijo Becky al ver las luces—. Es precioso.

—Subiré la pantalla para que tengan intimidad a partir de ahora. Solo serán recién casados una vez. Hagan lo que les apetezca. Considérenla su noche.

Sin embargo, Campbell dejó la pantalla un poco abierta para poder ver y oír lo que hacían al tiempo que se adentraba más en el bosque. Se acariciaban y se besaban. La mano del novio subió por el muslo de Becky y ella apretó la pelvis contra la de él.

El camino empeoró, se llenó de baches y, de vez en cuando, el asfalto deteriorado se convertía en pista. Subían cada vez más. A ambos lados, las laderas estaban llenas de parcelas de oscuros viñedos.

Las risitas de Becky dieron paso a un ritmo uniforme de suspiros profundos. La respiración de Phillip Campbell se aceleró. Estaba tan cerca que la oía jadear. Una sensación cálida y aterciopelada le calentó los muslos, como una semana atrás en el Grand Hyatt. Michael penetró a Becky y ella gimió.

«¿Qué es lo peor?».

Paró el coche en un claro y apagó las luces. Cogió el arma y soltó el doble seguro. Bajó la pantalla de separación. En la luz ambiental, vio a Becky con el vestido de noche negro subido hasta la cintura.

—¡Bravo! —exclamó. Los dos le miraron, sobresaltados.

Campbell vio una chispa de miedo en los ojos de la novia, que intentó taparse. Solo entonces se dio cuenta de que la cálida humedad que le quemaba los muslos y las rodillas era su propia orina. Vació el cargador sobre Becky y Michael DeGeorge.

El domingo por la mañana, por primera vez en toda la semana, me desperté con una sensación de optimismo. Yo soy así... O lo era.

Era un día claro y precioso; la bahía resplandecía como si también estuviera encantada. Había quedado con Claire para un desayuno-almuerzo, y para confesarme con ella.

Conozco un local al que me gusta ir los domingos. Es mi favorito, como le había dicho a Raleigh.

Antes, fui con el coche al centro, a Marina Green, con la ropa de deporte, y corrí a la sombra del puente.

En estas mañanas, me siento feliz de vivir en San Francisco. La costa pardusca de Marin, los sonidos de la bahía, incluso Alcatraz, haciendo guardia.

Corrí mis habituales cinco kilómetros hacia el sur del puerto, y subí los doscientos veinte escalones que llevan a Fort Mason Park. Aun con la enfermedad de Negli, podía hacerlo; aquella mañana parecía haberme dejado en paz.

Pasé junto a unos perros que corrían sueltos y que ladraban, unos enamorados que paseaban, unos chinos calvos y vestidos de gris absortos en su partida de mahjong. Siempre hacía el mismo recorrido, en dirección este, sobre la bahía. Eran las ocho menos cuarto.

Nadie sabía que venía aquí, ni por qué. Como cada domingo, me encontré con un grupo que practicaba taichí. Eran casi todos chinos, y los dirigía, como todas las semanas, un hombre mayor con una gorra de punto gris y con un chaleco de lana.

Paré y me uní a ellos, como hacía todos los domingos desde hacía diez años, desde que mi madre murió. No me conocían. No sabían qué hacía ni quién era. Yo tampoco les conocía. El hombre mayor me saludó, como siempre, con un gesto de bienvenida.

En uno de sus libros, Thoreau dice: «El tiempo no es más que el río donde pisco. Bebo de él, pero al beber, veo el lecho arenoso y detecto lo poco profundo que es. Su corriente fluye, pero la eternidad permanece. Querría beber más en el fondo, pescar en el cielo, cuyo lecho de guijarros está compuesto de estrellas».

Creo que lo he leído cien veces. Así me siento allí arriba, como parte de la corriente.

Sin la enfermedad de Negli.

Sin crímenes y sin caras desfiguradas por la muerte.

Sin asesinatos de recién casados.

Hice mi cisne matutino, mi dragón, y me sentí ligera y libre como antes de que Orenthaler me diera la noticia.

El anciano aprobó con la cabeza. Nadie me preguntó cómo estaba, ni cómo había ido la semana. Di la bienvenida al día y me di cuenta de lo afortunada que era de poder vivirlo. Mi lugar favorito.

Llegué a casa poco antes de las once, con un café a medio tomar y con el *Chronicle* del domingo en la mano. Pensaba hojear la sección local, para ver si mi nueva amiga Cindy Thomas había publicado algo del caso, ducharme y arreglarme para encontrarme con Claire a la una.

Eran las once y veinticinco cuando sonó el teléfono. Me sorprendió oír la voz de Raleigh.

—¿Estás vestida? —preguntó.

—Más o menos. ¿Por qué? He quedado.

—Pues anúlalo. Pasaré a recogerte. Nos vamos a Napa.

—¿A Napa? —El tono de su voz no tenía nada mundano ni alegre—. ¿Qué pasa?

—He pasado por el despacho esta mañana para ver si había algo nuevo. Mientras estaba allí, ha llegado un mensaje de un tal Hartwig. Nos lo pasaron desde la central. Es un teniente de Napa que está buscando a una pareja desaparecida. Eran recién casados que estaban en su luna de miel.

Después de llamar a Claire para avisarla, me duché, me puse una gorra de los Giants al revés sobre el pelo mojado y me vestí. Raleigh ya estaba esperándome abajo, junto a su Explorer blanco.

Cuando bajé, vi que me repasaba de arriba abajo: el pelo mojado, los vaqueros y la chaqueta de piel.

—Estás guapa, Boxer —dijo. Sonrió y puso el coche en marcha.

Él también llevaba ropa informal: pantalones de algodón y una camisa de punto azul descolorida. También estaba guapo, pero no pensaba decírselo.

—Esto no es una cita, Raleigh —dije.

—Siempre me dices lo mismo —dijo encogiéndose de hombros, y pisó el acelerador.

Llegamos al Napa Highlands Inn al cabo de una hora y quince minutos, la hora exacta en que tendría que haber estado abriendo mi corazón a Claire.

El hotel resultó ser uno de esos balnearios caros de moda donde siempre había deseado ir. Estaba construido en las montañas, en un desvío de la carretera de Stag's Leap. Por su aspecto, el edificio principal, construido entre secuoyas gigantes, y las ventanas abovedadas de vidrio coloreado, estaba claro que los huéspedes no venían precisamente a hacer una cura de humildad. Había dos coches de policía verdes y blancos ante la entrada en forma de semicírculo del hotel.

Entramos y nos acompañaron al despacho del director. Allí, un ejecutivo nervioso y pelirrojo, que parecía recién salido de un curso de formación, esperaba con dos policías locales.

—Soy Hartwig —dijo un hombre alto, larguirucho y vestido de paisano, que tenía una taza de café en la mano—. Siento haberles estropeado el fin de semana —añadió disculpándose con un acento sureño.

Nos entregó una foto de boda de la pareja desaparecida. Estaba metida en uno de esos marcos de plástico que, al agitarlos, dejan ver el Golden Gate al fondo.

—Cortesía de la fiesta —admitió—. El señor y la señora DeGeorge. Son de su ciudad. Los dos trabajaban allí en una importante empresa de contabilidad. Se casaron el viernes por la noche.

Era una foto simpática en el fondo. Ella, con los ojos brillantes y con el pelo castaño y abundante; él, con la cara seria y rubicunda, y con unas gafas de montura metálica. «Dios mío,

no. Otra vez no».

—¿Cuándo los vieron por última vez? —pregunté.

—Anoche a las siete y cuarto. Un empleado los vio bajar para salir a cenar. Iban al French Laundry —dijo Hartwig—. El conserje les explicó cómo llegar, pero no se presentaron.

—¿Se fueron en coche a cenar y no se ha sabido más de ellos?

Hartwig se frotó un lado de la cara.

—El director dice que llegaron el día anterior en un Lexus dorado. El portero confirma que se lo llevaron un rato por la tarde.

—¿Y? —Hice un gesto apremiante con la cabeza.

—El coche está en el aparcamiento.

—¿Tienen algún mensaje que debamos conocer? —pregunté.

Hartwig se acercó a una mesa y me pasó un puñado de papeles. Los hojeé. Mamá. Papá. Julie y Sam. Vicki y Don. *Bon voyage*.

—Hemos buscado a fondo por todo el hotel. Después, hemos ampliado la búsqueda. Se parece a los asesinatos cometidos en su ciudad. Una gran boda, una gran celebración. Y entonces, puf, desaparecen.

—Sí que se parece —dije—, pero nosotros teníamos cadáveres.

La cara del policía de Napa se endureció.

—Créanme, no les he hecho venir hasta aquí para que me ayuden a rellenar los formularios de personas desaparecidas.

—¿Por qué está tan seguro? —preguntó Raleigh.

—Porque el conserje recibió una llamada anoche. Era del restaurante, para confirmar su reserva.

—¿Y?

Hartwig tomó un poco de café antes de mirarnos.

—Ningún empleado del restaurante les llamó.

La pareja de recién casados no había recibido visitas fuera de lo común, ni había programado excursiones adicionales que se salieran de la norma. La reserva en el French Laundry era solo para dos.

Lo que lo empeoraba aún más era que habían perdido el vuelo que tenían reservado a México.

Raleigh fue a echar un vistazo por fuera y yo me fui a la habitación de los novios. Había una cama de madera de secuoya enorme y pulcramente arreglada, una maleta abierta, ropa amontonada, artículos de lavabo. Muchas flores, casi todas rosas. A lo mejor Becky DeGeorge las había subido de la recepción. Nada indicaba que los DeGeorge no pensarán coger el avión al día siguiente.

Me encontré fuera con Raleigh. Hablaba con un botones que parecía ser la última persona que había visto marcharse a los DeGeorge.

Cuando nos quedamos solos, Raleigh dijo:

—Dos policías y yo hemos dado una vuelta por el bosque. —Meneó la cabeza con irritación—. No hay ni una sola huella. He mirado alrededor del coche. Está cerrado. No hay sangre, ni señales de lucha. Pero algo tuvo que pasar aquí fuera. Alguien se les acercó a veinte o treinta metros del hotel.

Di una frustrante vuelta de 360 grados por el paseo de entrada y por el aparcamiento contiguo. Habían apostado un coche patrulla frente a la puerta de la propiedad.

—No creo que se les acercara aquí. Es demasiado arriesgado. A la vista de todos. Quizá alguien los recogió.

—La reserva era solo para dos —contrarrestó él—, y el chico de la puerta insiste en que iban a buscar el coche.

—Y entonces, ¿desaparecen?

Distrajo nuestra atención el elegante paso de una limusina negra que entró en el paseo de guijarros del hotel y se detuvo bajo la secuoya que daba sombra a la puerta de la entrada.

Raleigh y yo miramos hacia la puerta abierta del hotel. El portero salía empujando un carrito de maletas. El chófer de la limusina bajó del coche para abrir el maletero.

Se nos ocurrió a los dos al mismo tiempo.

—Es muy cogido por los pelos —dijo Raleigh mirándome.

—Puede ser —acepté—, pero podría explicar cómo pudo pasar sin llamar la atención. Creo que podríamos investigar si han robado una limusina últimamente en la zona de la bahía.

Entró otro coche en el paseo, un Mazda plateado, y aparcó cerca del extremo del semicírculo. Con desánimo, vi que bajaba de él una mujer con pantalones anchos de corte militar y con una camiseta de la universidad de Michigan.

—Raleigh, me dijiste que una de tus cualidades era la contención.

Me miró como si le hubiera preguntado al doctor Kevorkian, inventor de la máquina del suicidio: «No se le da mal mezclar productos químicos, ¿verdad?».

—Pues ahora —dije mirando a la persona que se acercaba— conténme esto.

Cindy Thomas venía hacia nosotros.

—O tienes un olfato excepcional para las noticias —dije furiosa a Cindy Thomas—, o tendré que empezar a considerarte sospechosa de asesinato.

Otra vez se entrometía en una posible escena del crimen.

—¿No me digas que he interrumpido una historia de amor entre despachos? —bromeó ella.

Aquello me sacó de mis casillas. Nos enfrentábamos a una situación todavía desconocida.

Si salía en los periódicos prematuramente, el departamento perdería toda posibilidad de controlar el caso. Ya me podía imaginar los titulares: «El asesino de novios ataca de nuevo». Roth se pondría lívido. Sería la segunda vez que no conseguía controlar la escena del crimen, y por culpa de la misma periodista.

—¿Quién es tu amiga? —preguntó Raleigh.

—Cindy Thomas —dijo ella presentándose y ofreciéndole la mano—. ¿Y usted?

—Cindy trabaja en el *Chronicle* —advertí.

Raleigh tuvo un sobresalto y le apretó la mano brevemente, como un bombero que le daba la mano a su sustituto.

—Escúchame bien, Thomas —dije con firmeza—. No sé si llevas bastante tiempo trabajando en esto para saber cómo funciona el asunto; pero, si piensas hacer algo más que decirme por qué estás aquí y después coger el portante y largarte, vas a encabezar la lista negra del departamento ahora mismo.

—Cindy —me recordó—. Pero, la pregunta más importante es: ¿por qué me encuentro contigo aquí?

Raleigh y yo, cada vez más impacientes, le lanzamos una mala mirada.

—Responde a mi pregunta —insistí.

—De acuerdo. —Apretó los labios—. Los dos habéis venido aquí en domingo; el capitán Raleigh ha estado dando vueltas por el bosque y por el aparcamiento; su interrogatorio a los empleados del hotel; y la expresión de perplejidad de ambos: son cosas que dan que pensar. También el hecho de que no hayan acordonado la zona me hace pensar que todavía no se ha cometido ningún delito, sino que puede haber desaparecido alguien. Como todos sabemos que trabajáis juntos, no es ir demasiado lejos suponer que podría tratarse de una pareja recién casada. Probablemente, nuestro asesino de novios ha atacado por segunda vez.

Abrí mucho los ojos, preocupada.

—Eso —añadió Cindy sonriendo—, o lo he interpretado todo mal y habéis venido a hacer de catadores para la sección de vinos del departamento.

—¿Todo eso lo has deducido mirándonos? —pregunté.

—Si he de ser sincera, no. —Señaló con la cabeza la puerta del hotel—. La mayor parte se lo he sonsacado a un policía muy charlatán con el que he estado hablando ahí fuera.

Sin querer, sonreí.

—En serio, ¿se da cuenta de que no puede publicar nada de esto? —dijo Raleigh.

—¿Otra pareja de novios muerta? —Rio burlonamente y con decisión—. Ya lo creo que puedo publicarlo.

Yo empezaba a ver que se me escapaba la situación de las manos.

—Si yo fuera tú, pensaría seriamente en subir al coche y volver a casa.

—¿Le dirías lo mismo a Fitzpatrick o a Stone?

—Si volvieras a casa ahora, sí que te debería un favor.

Me sonrió poco convencida.

—Estás bromeando. ¿Quieres que me vaya?

—Sí, que te vayas.

Cindy negó con la cabeza.

—Lo siento. Primero, porque me despedirían y, segundo, porque no quiero dejar escapar esto.

—¿Y si vuelvo yo contigo? —dije dejándome llevar por un impulso—. ¿Qué te parecería tener lo que estás buscando y demostrar un poco de consideración al mismo tiempo?

A Raleigh casi se le salieron los ojos de las órbitas, pero le dediqué mi mejor expresión de «tú déjame hacer a mí».

—Cuando se sepa la noticia —insistió Cindy—, será demasiado importante para que nadie pueda controlarla.

—Y cuando se sepa, será tuya.

Empequeñeció los ojos. Estaba sopesando mentalmente si podía confiar en mí.

—¿Quieres decir que me darás una exclusiva? —Esperé que Raleigh se opusiera; pero, para mi sorpresa, no lo hizo—. ¿No se encarga el jefe Mercer de los comunicados? —preguntó Cindy.

—Sí. De los públicos.

Miré a Raleigh con los nervios de punta y a punto de saltar. Si no podía confiar en él, cuando volviéramos a la ciudad, me esperaba una bronca general. Roth se me echaría encima o, aún peor, Mercer. Pero sentía que podía confiar en él.

—Voy a volver a la ciudad con la señorita Thomas —dije esperando la reacción de Raleigh.

—Cindy —insistió la periodista con más decisión.

Raleigh asintió lentamente para manifestar su conformidad.

—Terminaré con Hartwig. Nos veremos luego. Señorita Thomas, ha sido un placer.

Le sonreí agradecida. Agarré a la periodista por el brazo y dije:

—Vamos, Cindy. Te explicaré las reglas por el camino.

No sé por qué lo hice. Era arriesgado y temerario, exactamente lo contrario de lo que había hecho toda mi vida. Quizá solo tenía ganas de gritar «a la mierda» a todos los jefes. A Roth, a Mercer. Y hacer las cosas a mi manera. Quizá el caso se me estaba yendo de las manos, y yo quería tener la sensación de que podía controlarlo; o tal vez lo que quería era conocer a alguien.

—Antes de salir —dije agarrando la muñeca de Cindy cuando iba a poner el coche en marcha —, tengo que saber una cosa. ¿Cómo has descubierto lo que pasaba aquí?

Cindy respiró hondo.

—Por ahora, me acabas de apartar del mejor reportaje de mi carrera. Y también quieres que te cuente mis fuentes de información.

—Todo lo que hagamos a partir de aquí depende de esto.

—Preferiría no tener que decírtelo —dijo Cindy.

—Para que esto funcione, tiene que basarse en la confianza.

—Pero ¿lo de la confianza sirve para las dos?

Nos quedamos un rato asándonos en el Mazda recalentado y lleno de vasos de bebida vacíos, en una actitud un poco agresiva.

—De acuerdo —cedí finalmente. Le conté lo poco que sabíamos y la razón por la cual habíamos ido a Napa aquella tarde: la desaparición de los DeGeorge, que se habían casado el viernes por la noche. La posibilidad de que fueran la pareja número dos.

«No puedes publicar nada de esto —insistí— hasta que podamos confirmarlo. Te diré cuándo».

Se le animó la expresión al ver confirmadas sus suposiciones.

—Ahora te toca a ti. No había periodistas, ni siquiera locales. ¿Cómo te enteraste?

Cindy arrancó el Mazda.

—Ya te dije que trabajo en la sección local —dijo, al tiempo que hacía salir el coche a la carretera— y me he esforzado mucho para que no me quitaran el reportaje. El jefe me dio el fin de semana para encontrar algo importante que publicar sobre esta gran noticia. Vosotros me habíais mandado a paseo, así que ayer aparqué delante de tu casa y esperé que sucediera algo.

—¿Me has seguido?

—Parece desesperado, ¿verdad?, pero funcionó.

Rememoré los dos días anteriores.

—¿Ayer al cine y esta mañana al puerto? —Se ruborizó ligeramente.

—Estaba a punto de abandonar cuando se presentó tu compañero. Entonces os seguí.

Me apoyé en el asiento y me eché a reír.

—No tan desesperado —musité—. Los delincuentes hace años que lo hacen. —Me sentía incómoda, pero a la vez aliviada.

Durante el trayecto de vuelta, le planteé las normas de nuestro acuerdo. Ya lo había hecho una vez cuando un periodista se había entrometido demasiado en un caso y puesto en peligro la investigación. No podía publicar nada hasta que pudiéramos confirmarlo. Cuando lo confirmáramos, procuraría que ella fuera la primera. La mantendría siempre un poco más informada que a los demás, pero solo un poco.

—Esto tiene una pega —dije con firmeza—. Tú y yo tenemos ahora lo que llamamos una relación prioritaria. Pasa por encima de cualquier otra que tengas en este momento, con tu novio o con un colega. Incluso, con tu jefe. Todo lo que te diga quedará entre tú y yo, hasta que te dé permiso para publicarlo.

Cindy asintió, pero yo quería asegurarme de que lo tenía claro.

—Si tu jefe te pregunta de dónde lo has sacado, te limitarás a encogerte de hombros. Si un pez gordo del departamento, aunque sea el propio jefe Mercer, aparca su limusina frente a tu puerta y te lleva a su despacho para hablar de una filtración, tú le dirás: «Gracias por el paseo». Si el fiscal del distrito te cita ante el gran jurado y te pide que reveles tus fuentes de información, y un juez te encierra en una celda, tu única preocupación será llevarte suficientes libros para no aburrirte.

—Lo he entendido —dijo Cindy. Pude ver en sus ojos que era verdad.

El resto del tiempo hablamos de nosotras, de nuestro trabajo y de nuestras aficiones, y se creó una inesperada intimidad. Cindy empezaba a gustarme.

Me preguntó cuánto tiempo hacía que era policía, y le conté más de mi vida de lo que tenía pensado. Le conté que mi padre ya era policía y que nos había abandonado cuando yo tenía trece años; que había estudiado Sociología en la universidad de San Francisco; que quería demostrar que podía hacerlo bien en un mundo de hombres; que mucho de lo que era y de lo que hacía consistía simplemente en demostrar que era una más.

Resultó que ella también había estudiado Sociología, en Michigan. Y, antes de llegar a Marin, habíamos descubierto que teníamos bastantes más cosas en común.

Su hermano pequeño había nacido el mismo día que yo, el 5 de octubre. Cindy también practicaba yoga, y la mujer que me había dado clases hacía años en South San Francisco, ahora se las daba a ella en Corte Madera. A las dos, nos gustaba leer libros de viajes y de misterios: Sue Grafton, Patricia Cornwell, Elizabeth George... Nos encantaba el restaurante Gordon's House of Fine Eats.

El padre de Cindy había muerto hacía tiempo, diecisiete años; curiosamente, cuando ella tenía trece años, como yo cuando se fue el mío.

La coincidencia más impresionante —la que me produjo un escalofrío— era que su padre había muerto de leucemia, una prima hermana de la enfermedad degenerativa que me estaba

royendo a mí.

Estuve a punto de contarle mi secreto, pero me controlé a tiempo. Era a Claire a quien se lo contaría. Sin embargo, al acercarnos al Golden Gate, tuve la premonición de que estaba con alguien con quien estaba predestinada a estar y, sin duda, alguien con quien me gustaba estar.

Al llegar a la ciudad, llamé a Claire. Habían pasado muchas horas desde el momento en que teníamos que vernos, pero parecía tener ganas de que nos quedáramos, y yo tenía mucho que contarle. Nos encontramos en Susie's, esta vez para cenar temprano en lugar de almorzar. Me preguntó sobre lo que había descubierto aquel día.

—Ya hablaremos cuando nos veamos —dije.

Por segunda vez, hice una cosa que me sorprendió a mí misma.

—¿Te importa si traigo a una amiga? —pregunté.

Cindy y yo ya íbamos por el segundo margarita cuando entró Claire en el restaurante. A una distancia de tres metros, su sonrisa iluminaba toda la sala. Me levanté para darle un fuerte abrazo.

—¿No podíais esperar a mamá? —dijo viendo la cantidad de copas que había sobre la mesa.

—Ha sido un día muy largo —expliqué—. Saluda a Cindy.

—Encantada —dijo Claire con calidez, estrechando la mano de Cindy. Aunque habíamos quedado en vernos nosotras dos solas, Claire era de esas personas que se adaptan con facilidad a lo que se presente.

—Lindsay me estaba hablando de ti —dijo Cindy por encima del estruendo general.

—Casi todo es cierto, a menos que te haya dicho que soy una superforense —dijo Claire sonriendo.

—La verdad es que solo me ha dicho que eras una amiga estupenda.

Susie's era una cafetería animada y festiva, con murales en las paredes y con buena comida caribeña. Tocaban un poco de reggae y un poco de jazz. Era un sitio donde podías relajarte, hablar, gritar y jugar al billar si te apetecía. Vino nuestra camarera de siempre, Loretta, y le pedimos un margarita para Claire y otra ración de alitas de pollo picantes.

—¿Cómo fue la graduación de Reggie? —dije.

Claire picó una alita de nuestro plato y meneó la cabeza con melancolía.

—Es agradable saber que, después de tantos años de escolarización, pueden decir algo más que «súper» o «qué fuerte». Parecían un puñado de cantantes callejeros que pretendieran optar a los Grammy, pero el director dijo que algún día se les pasaría.

—Si no, siempre te queda la Academia de Policía —dijo sonriendo y sintiéndome un poco alegre.

Claire sonrió.

—Me alegro de ver que ya estás más animada. Cuando hablé contigo el otro día, parecía que Cheery te estuviera pisando los dedos con uno de sus espantosos zapatones.

—¿Quién es Cheery? —preguntó Cindy.

—Mi jefe. Le llamamos Cheery porque nos anima con su preocupación humanista por los que están a sus órdenes.

—Oh, es como si estuvieras hablando de mi editor —dijo Cindy con sorna—. Solo es feliz de verdad cuando puede amenazar a alguien con recortarle el sueldo. No puede imaginarse lo degradante y condescendiente que resulta.

—Cindy trabaja en el *Chronicle* —le dije a Claire y vi su reacción de sorpresa. Existía una zona no declarada de separación entre las fuerzas del orden y la prensa. Para que un periodista pudiera cruzarla, tenía que ganárselo.

—¿Escribes tus memorias? —me preguntó Claire con una sonrisa precavida.

—Puede ser. —Era una versión resumida, que dejaba muchas cosas pendientes.

Cuando llegó el margarita de Claire, levantamos las copas para brindar.

—Por los jefes que hay que aguantar —brindé.

Cindy se rio.

—Los jefes que son un asco, los jefes que son unos idiotas vanidosos, los jefes que no te dejan hacer nada.

Claire hizo una señal de aprobación, y las tres brindamos como si fuéramos viejas amigas.

—Cuando empecé a trabajar en el periódico —dijo Cindy mordisqueando un ala—, uno de los empleados me dijo que era el cumpleaños de uno de los editores. Le mandé un correo electrónico para felicitarle. Pensé que, al ser mi jefe, aquella era una buena manera de romper el hielo, y a lo mejor conseguir que me sonriera. El mismo día, un poco más tarde, el muy idiota me llamó. Es muy educado y sonriente. Tiene las cejas más pobladas que una cola de ardilla. Me hizo sentar en una silla frente a él. Yo pensaba: «Vaya, es humano como los demás».

Claire sonrió. Con entusiasmo, me tragué todo lo que quedaba en mi copa.

—Entonces el muy cabrón empequeñece los ojos y dice: «Thomas, en la próxima hora y media, sesenta periodistas intentaremos enterarnos de todo lo que no funciona en este mundo de mierda y hacerlo caber como sea en cuarenta páginas. Pero es reconfortante saber que, mientras todo el mundo se vuelve loco para terminar a tiempo, a ti te sobra un minuto para pegar una carita sonriente en mi correo». Terminó ordenándome que me pasara la siguiente semana eligiendo al ganador de un concurso de redacciones sobre «por qué quiero ser editor» para alumnos de quinto curso.

Me reí, me entró tos y escupí un poco de bebida.

—Es la moraleja de «ninguna buena acción queda impune». Y tú, ¿qué hiciste?

Cindy sonrió aún más.

—Mandé un correo electrónico a todos los empleados de la sección diciendo que era el cumpleaños del jefe. Aquel día hubo un desfile de idiotas que salían con la cara blanca del despacho del jefe.

Loretta volvió y pedimos la cena: pollo en salsa picante, fajitas y una ensalada para las tres. Cerveza Dos Equis para las tres.

Echamos Toast Lady, la letal salsa picante jamaicana, sobre las alitas y observamos cómo a Cindy se le salían los ojos de las órbitas al primer bocado.

—Es el rito de iniciación —dije sonriendo—. Ahora eres una de las chicas.

—O la salsa, o un tatuaje —siguió Claire con la cara muy seria.

Cindy abrió mucho los ojos con expresión pensativa, miró a su alrededor y se arremangó la

camiseta. Nos enseñó dos pequeñas claves de sol tatuadas en la parte posterior del hombro.

—Las desventajas de una educación clásica —dijo con una sonrisa maliciosa.

Miré a Claire y las dos nos echamos a reír como locas. A continuación, Claire se levantó la camiseta ruborizándose ligeramente. Un poco por encima de su ancha cintura, tenía una diminuta mariposa tatuada.

—Lo aposté con Lindsay —admitió—. ¿Te acuerdas cuando rompiste con el fiscal de San José? Fuimos a Big Sur a pasar la noche, solo las chicas, para distraernos un poco. Al final, yo volví con esto.

—Y el tuyo, ¿qué? —dijo Cindy dirigiéndose a mí.

—No te lo puedo enseñar —dije meneando la cabeza.

—Venga —insistió—. Quiero verlo.

Con un suspiro, me di una palmadita en la nalga derecha.

—Es un dragón de dos centímetros. Con una colita preciosa. Cuando un sospechoso se pone pesado, lo pongo contra la pared y le digo que se lo voy a poner tan cerca de la cara que le va a parecer más grande que Godzilla.

Nos quedamos un rato en un amistoso silencio. Parecía que las caras de David y Melanie Brandt, incluso la enfermedad de Negli, estaban muy lejos. Nos lo estábamos pasando bien. Sentí que estaba sucediendo algo, algo que hacía tiempo que no me pasaba y que necesitaba con urgencia. Me sentía unida a otras personas.

—Ahora que somos amigas... —dijo Claire, después de comernos un buen plato—, contadme cómo os conocisteis. Lo último que sé es que te ibas a Napa por unos recién casados desaparecidos.

Michael y Becky DeGeorge, que hacía un momento parecían tan lejanos, volvieron de forma violenta.

Tenía tantas cosas que contarle, pero el día se había ido apartando sutilmente de mis planes. Me sentía como una mentirosa, como si le ocultara algo mientras le contaba a Claire lo que había ocurrido en Napa y me callaba lo más importante, lo que estaba sucediendo dentro de mí.

Claire me escuchó y lo absorbió todo con sus ojos inteligentes. Había sido asesora en varios casos de homicidios en serie, como forense o como perito. Se me estaba ocurriendo una idea.

En mi estado de debilidad, no me apetecía la responsabilidad de llevar una investigación de múltiples homicidios yo sola y con toda la prensa detrás. Lo que dije me sorprendió incluso a mí.

—¿Por qué no me ayudas, Claire?

—¿Ayudarte? —Claire parpadeó sorprendida—. ¿Cómo?

—Esto está a punto de explotar, Claire —dije—. Si hay un asesino de novios suelto, el caso será de interés nacional. A todas nos afecta este caso. Podríamos vernos así. Las tres... extraoficialmente.

Claire me miró cautelosamente.

—¿Estás proponiendo que investiguemos por nuestra cuenta?

—En esta mesa, aunque sea hasta las cejas de margaritas, tenemos a lo mejor de lo mejor de la oficina del forense, de Homicidios e, incluso, de la prensa. —Cuanto más pensaba en ello, mejor me parecía la idea.

Podríamos juntar las pistas que surgieran en las investigaciones oficiales, poner en común lo que teníamos, saltarnos la burocracia y los temores de los políticos. Tres mujeres, que se lo pasarían en grande desdeñando la ortodoxia masculina. Además, lo más importante era que las tres sentíamos una sincera simpatía por las víctimas. De repente, la idea me pareció espléndida.

Claire meneó la cabeza con incredulidad.

—Vamos —insistí—, ¿no crees que podría funcionar? ¿No crees que podríamos hacerlo bien?

—No es eso —contestó—. Es que hace diez años que te conozco y ni una sola vez, en ningún caso, te he oído pedir ayuda.

—Pues, sorpresa —dije mirándola directamente a los ojos—. Ahora te la estoy pidiendo.

Intenté transmitirle con la mirada que algo me preocupaba (algo mucho más importante que el caso), que no estaba segura de poder soportarlo, que me vendría bien su ayuda, que había algo más.

Claire acabó por hacerme una pequeña sonrisa de aceptación.

—*In margaritas veritas*. Me apunto.

Le sonreí agradecida y miré a Cindy.

—Y tú, ¿qué? ¿Te apuntas?

—Bueno... No puedo ni imaginar lo que diría Sid Glass..., pero que le zurzan. Me apunto —dijo tartamudeando.

Brindamos.

Había nacido el Club de las Mujeres contra el Crimen.

A la mañana siguiente, llegué a la oficina directamente después de que me hicieran una transfusión, que había empezado a las ocho, sintiéndome un poco aturdida y desconcentrada.

Lo primero que hice fue echar un vistazo al *Chronicle*. Con alivio, vi que no había nada en la primera página relacionado con la desaparición de Napa. Cindy había mantenido su palabra. Vi que Raleigh salía del despacho de Roth. Llevaba las mangas arremangadas, lo que dejaba a la vista sus musculosos antebrazos.

Me miró con una cautelosa sonrisa que me dio a entender su malestar por el trato que yo había hecho con Cindy. Con un pestañeo de sus ojos azules, me guió hacia el pasillo.

—Tenemos que hablar —dijo arrimándose a mí en un rincón cercano a la escalera.

—Mira Raleigh —dije—, siento lo de ayer. Me pareció una forma de ganar tiempo.

Sus ojos expresaban resentimiento.

—Quizá deberías contarme por qué valía la pena comprometer el control de este caso por ella.

Me encogí de hombros.

—¿Has visto algo de Napa publicado en los periódicos esta mañana?

—Desobedeciste una orden directa del jefe de policía. Si eso no te pone en una situación precaria, a mí sí.

—¿Preferirías que hubiera salido un reportaje en el *Chronicle* sobre un asesino en serie?

Se apoyó en la pared.

—Eso es cosa de Mercer.

Un policía que yo conocía pasó por nuestro lado y subió las escaleras saludándome con un gruñido. Casi ni le contesté.

—De acuerdo —dije—. ¿Qué quieres que haga? Si quieres que vaya a ver a Sam Roth y que se lo cuente todo, lo haré.

Dudó. Estaba indeciso, sopesaba las consecuencias. Después de casi un minuto, meneó la cabeza.

—¿Qué más da ahora?

Me sentí aliviada. Le toqué el brazo y le sonreí durante dos largos segundos.

—Gracias.

—Lindsay —añadió—. He hablado con la patrulla estatal de autopistas. No tienen constancia de ninguna limusina robada en la última semana.

La noticia, y el punto muerto que esta representaba, me desanimó.

Se oyó una voz procedente de la sala.

—¿Está Boxer por ahí?

—Estoy aquí —grité.

Era Paul Chin, uno de los brillantes y eficientes recién graduados que teníamos en el equipo.

—Un tal teniente Frank Hartwig al teléfono. Dice que le conoces.

Corrí a coger el teléfono a la mesa del recepcionista.

—Soy Lindsay Boxer.

—Les hemos encontrado, inspectora —dijo Hartwig.

—Los ha encontrado el vigilante —musitó Hartwig con un gesto de tristeza. Caminábamos por una pista polvorienta que llevaba a una pequeña bodega de Napa—. Espero que esté preparada. Es lo peor que he visto en mi vida. Los mataron mientras hacían el amor.

Raleigh y yo habíamos salido disparados hacia St. Helena, por la 29, «la carretera del vino», en dirección a Hawk Crest Road. Desde allí, un camino, ya sin asfaltar, subía rodeando la montaña. Habíamos llegado por fin ante un rótulo de madera oscurecida que decía: SPARROW RIDGE.

—El vigilante sube dos veces por semana. Los ha encontrado esta mañana a las siete. Esta bodega ya no se utiliza —continuó Hartwig. Se veía que estaba nervioso y agitado.

La bodega no era más que una gran nave de uralita llena de artilugios relucientes y de última generación: trituradoras, cubas de fermentación y tambaleantes hileras de barricas para envejecer el vino.

—Ya estará acostumbrada a ver homicidios como este —me dijo Hartwig al entrar.

Nos hirió el olfato un olor rancio y fuerte. Se me revolvió el estómago. Una nunca se acostumbra a las escenas de homicidios.

Los mataron mientras hacían el amor.

Varios miembros de la unidad local estaban agachados en la escena del crimen, ante la compuerta de una gran trituradora de uva de acero inoxidable. Estaban inspeccionando dos montículos salpicados de sangre. Los montículos eran los cuerpos de Michael y Becky DeGeorge.

—¡Qué mierda, Lindsay! —murmuró Raleigh.

El marido, con americana y con pantalones de algodón, miraba directamente hacia nosotros. Tenía un agujero del tamaño de una moneda en el centro de la frente.

Su esposa estaba encima de él, con el vestido negro arremangado hasta el cuello. Tenía los ojos muy abiertos en una expresión de miedo; el sostén, bajado hasta la cintura. Sus pechos estaban manchados de sangre. Llevaba las bragas en las rodillas. Era una visión angustiada, que daba náuseas.

—¿Tienen una hora aproximada? —pregunté a Hartwig, que parecía a punto de vomitar.

—Por la degeneración de las heridas, el forense cree que llevan muertos de veinticuatro a

treinta y seis horas. Los mataron la misma noche en que desaparecieron. ¡Dios mío, eran chiquillos!

Miré el deprimente cuerpo ensangrentado de la esposa, y le inspeccioné las manos. No llevaba nada. No llevaba alianza.

—¿Dice que los mataron mientras hacían el amor? —pregunté—. ¿Está completamente seguro?

Hartwig hizo un gesto hacia el ayudante del forense, que suavemente apartó el cuerpo de Becky DeGeorge del de su marido. De los pantalones desabrochados de Roger DeGeorge, sobresalía su erección final perfectamente conservada.

Me entró una rabia incontrolable. Los DeGeorge eran solo unos chiquillos. Tenían veinte y pocos años, como los Brandt. ¿Por qué iba a hacer alguien una cosa tan terrible?

—Aquí verá cómo los arrastraron —dijo Hartwig señalando las manchas de sangre seca visibles sobre el suelo de cemento pintado. Las manchas seguían hacia unas huellas de coche que estaban claramente dibujadas sobre el suelo escasamente pisado. Un par de hombres del sheriff estaban marcando las huellas con cinta amarilla.

Raleigh se agachó para mirarlas.

—Una rueda de base ancha, pero neumáticos de treinta y cinco centímetros. El dibujo está bien. Un todoterreno llevaría ruedas de cuarenta centímetros. Yo diría que es un coche grande de lujo.

—Creía que eras un policía de despacho —dije.

Sonrió.

—Cuando estudiaba en la universidad, pasé un verano trabajando con un equipo de mantenimiento de un circuito de carreras de coches. Sé cambiar un neumático más rápido de lo que un borracho puede cambiar un billete de veinte dólares en un bar. Diría que se trata de un Cadillac o de un Lincoln. —Una limusina, decían sus ojos.

Por mi cabeza, pasó a toda velocidad algo que Claire me había dicho la noche anterior: «Conecta los crímenes».

No era habitual que un asesino en serie cambiara de método. A los asesinos sexuales, les gustaba estar cerca de sus víctimas: estrangular, aporrear y apuñalar. Querían sentir cómo luchaban y expiraban sus víctimas. Les gustaba invadir la casa de la víctima. Disparar era algo distante, frío. No provocaba emoción.

Pensé un momento si podía haber dos asesinos. Imitadores de asesinatos. ¡No podía ser!

Nadie sabía lo de los anillos.

Me acerqué a Becky DeGeorge mientras el doctor la metía en una bolsa de plástico. La miré a los ojos. Estaban haciendo el amor. ¿Les obligó a hacerlo? ¿Les sorprendió?

Un psicópata sexual que cambia los métodos. Un asesino que deja pistas. ¿Qué había dejado aquí? ¿Qué se nos estaba escapando?

Me llené los pulmones de aire en cuanto salimos de la nave. Chris Raleigh, Hartwig y yo bajamos por el camino. La cuadrícula del valle se extendía por debajo de nosotros. Hileras de viñas en barbecho se apretujaban a cada lado. Íbamos en silencio, angustiados.

Se me ocurrió una idea escalofriante. Estábamos a trescientos metros de altura, totalmente aislados. Algo no encajaba.

—¿Por qué aquí, Hartwig?

—¿Por qué no? Está lejos y aquí no sube nadie.

—Quiero decir... —repetí—, ¿por qué aquí? ¿Por qué en este sitio concreto? ¿Quién conoce este sitio?

—Hay fincas aisladas en todas estas laderas. Los consorcios se han apropiado de todo el suelo del valle. Estas fincas exigen más trabajo que capital. Se trabaja por amor. No hay más que ver las dimensiones. Cada año se agotan un montón de ellas. Todos los que trabajan aquí conocen estos sitios.

—Los primeros asesinatos se cometieron en la ciudad, pero ahora sabía exactamente adónde ir. ¿De quién es esta parcela?

Hartwig meneó la cabeza.

—No lo sé.

—Si yo fuera usted, lo averiguaría. Y también echaría otro vistazo a la habitación de los novios. Alguien los había elegido como blanco. Conocía sus planes. Busque folletos de viajes, tarjetas de visita, y a ver si encuentra algo de un servicio de limusinas.

Desde abajo, me llegó el sonido de un gran vehículo que subía por el camino. Vi que paraba una furgoneta Bronco de la oficina del forense de San Francisco.

La conducía Claire Washburn. Le había pedido que viniera con la esperanza de que encontrara pruebas coincidentes en ambas escenas del crimen.

Le abrí la puerta y dije con agradecimiento:

—Gracias por venir, cariño.

Claire meneó solemnemente la cabeza.

—Ojalá hubieran aparecido de otro modo. Es el tipo de visita que no me apetece nada hacer. —Bajó todo su corpachón del coche con asombrosa facilidad—. Luego, tengo una reunión en la

ciudad, pero prefería echar un vistazo a la escena del crimen y saludar personalmente al médico forense.

Presenté a Claire a Frank Hartwig.

—Su forense se llama Bill Toll, ¿verdad? —preguntó Claire con autoridad.

Hartwig pestañeó con evidente nerviosismo. Primero, llegamos Raleigh y yo como asesores (aunque a nosotros nos lo había pedido) y, a continuación, se presentaba una forense de San Francisco.

—Tranquilo, ya he hablado con él por teléfono —le calmó Claire—. Me está esperando. —Vio al equipo médico junto a las bolsas amarillas—. Más vale que vaya a saludar.

Hartwig la siguió de cerca para mantener una cierta ilusión de autoridad.

Llegó Raleigh y se quedó junto a mí. Parecía cansado.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

Negó con la cabeza. Miraba hacia la nave donde habían tirado los dos cadáveres. Recordé que me había echado una mano en el depósito.

—¿Hacía tiempo que no veías algo tan brutal?

—No es eso —dijo con la misma expresión angustiada—. Quiero que sepas... Nos lleve donde nos lleve esto, no me importa nada que interfiera con el Ayuntamiento, aunque no podamos contenerlo, Lindsay. Quiero que cojamos al culpable.

Era lo mismo que pensaba yo. Aquello no tenía nada que ver con los jefazos, ni con mis posibilidades de llegar a teniente. Ni siquiera con mis esfuerzos por superar la enfermedad de Negli. Nos quedamos un rato más uno junto al otro.

—Y no es que nosotros dos —dijo él finalmente, rompiendo el silencio— estemos precisamente en condiciones de erigirnos en defensores de la institución del matrimonio.

Phillip Campbell llevaba conduciendo la enorme limusina alquilada desde las primeras luces del alba. Estaba nervioso, excitado, pero le encantaba.

Iba tragando kilómetros, sumido en un constante e intencionado aturdimiento; cruzó el Bay Bridge y siguió hacia el este por la 80. Por fin se deshizo del tráfico matutino en Vallejo y, a partir de allí, mantuvo cuidadosamente una velocidad de cien kilómetros por hora.

No quería parar. Los periódicos lo calificaban de «monstruo», de psicótico y sociópata. Los especialistas analizaban en los programas de televisión sus motivos, su pasado y sus posibles asesinatos futuros.

«No saben nada. Se equivocan todos. Descubrirán lo que yo quiera que descubran. Solo ven lo que yo quiero que vean».

Desde la frontera de Nevada, había una corta distancia hasta Reno que, a su parecer, era una ciudad de vaqueros vulgar y decadente.

Se mantuvo en la autopista para evitar el Strip: los bulevares de estaciones de servicio, de tiendas de armas y de empeños. Todo muy grande y de ladrillo. Ahí se podía comprar de todo sin grandes dificultades. Era el lugar adecuado para comprar un arma o para deshacerse de un coche, o para ambas cosas.

Salió por el centro de convenciones, y entró en un Lumpy's. Aparcó el coche en una zona al aire libre del aparcamiento, abrió la guantera, recogió el pliego de documentos y soltó un suspiro de alivio.

La limusina estaba perfectamente limpia. Inmaculada. No había en ella rastro de fantasmas. Se había pasado el día anterior limpiándola y sacándole brillo; había fregado las manchas de sangre hasta hacer desaparecer el último rastro de ellas. Ahora el coche estaba silencioso, tan inocente como el día en que lo había recogido. Respiró tranquilamente. Era como si Michael y Becky DeGeorge no hubieran existido nunca.

Al cabo de pocos minutos, había pagado el coche y había llamado a un taxi para que lo llevara al aeropuerto. Una vez allí, pasó el control y hojeó un periódico de San Francisco en un quiosco. No había nada sobre Becky y Michael. Fue hacia la puerta.

En un bar, se compró una botella de zumo de frutas exóticas y una comida vegetariana.

Se presentó en la puerta 31, de Reno Air, con dirección a San Francisco. Se sentó y se puso a

comer su almuerzo.

A su lado, se sentó una mujer joven y atractiva. Era rubia, con el culo prieto, y lo bastante cursi para llamarle la atención. Llevaba una cadena de oro colgando del cuello, con el nombre BRANDEE grabado, y un anillo con un diamante diminuto.

La saludó con una sonrisa convencional.

La mujer rebuscó en una mochila Kipling, bebió un poco de agua de una botella y sacó un libro de bolsillo, *Memorias de una geisha*. A Campbell le interesó que precisamente ella estuviera leyendo la historia de una mujer esclavizada. ¡Las señales existían!

—¿Es bueno? —Campbell sonrió a la mujer.

—Eso dicen —contestó ella—. Acabo de empezar.

Campbell se inclinó y aspiró el aroma barato y cítrico del perfume de la mujer.

—Cuesta creer —siguió— que lo escribiera un hombre.

—Ya le contaré. —Pasó unas páginas y dijo—: Me lo regaló mi novio.

Phillip Campbell sintió que los pelos finos y cortos del brazo se le erizaban. El corazón le latió con más fuerza. Se pasó un dedo tembloroso por el borde de su barba de chivo.

—Vaya, ¿cuándo es el gran día?

Raleigh volvió a la ciudad en nuestro coche. Yo me quedé un rato más y volví con Claire. Necesitaba contarle lo que me estaba sucediendo. Claire y yo éramos amigas íntimas desde hacía años, hablábamos al menos una vez al día. Ya sabía por qué me costaba tanto hablarle de mi enfermedad: no quería hacerle daño, ni cargar a Claire con mis problemas. La quería demasiado.

Mientras la furgoneta del despacho del forense bajaba por la montaña dando tumbos, le pregunté si había encontrado algo en la escena del crimen.

—Está claro que hubo actividad sexual antes de que los mataran —contestó con seguridad—. He visto distensión labial alrededor de la vagina. Y secreciones en los muslos de ella. Son solo conjeturas; solo he estado ahí diez minutos, pero creo que al marido lo mataron primero, Lindsay. La limpia herida de la cabeza hace pensar que lo eliminaron sin que se resistiera. De frente. Las heridas de Rebecca indican otra cosa. La mataron desde atrás, a través de las paletillas y del cuello. Desde una distancia, diría yo, de metro a metro y medio, máximo. Si el semen coincide y estaban haciendo el amor cuando los mataron, diría que ella estaba encima. Esto significa que alguien tuvo que acercarse bastante, sin ser visto, mientras ellos lo hacían. Acercarse por detrás de ella. Como has dicho que no utilizaron su coche aquella noche, es evidente que iban a algún lugar. Creo que se ajusta a tu teoría de que iban en un vehículo cuando los mataron y que el asesino estaba en el asiento delantero. ¿Por qué no una limusina?

—¿Nada más? —Moví la cabeza y sonreí a Claire.

—Ya te he dicho que solo he estado allí unos minutos. Además, era tu teoría. Si resulta que es cierta, lo único que he hecho ha sido relacionar los puntos.

Seguimos un rato en silencio. Todavía buscaba las palabras adecuadas.

—¿Te va bien con tu nuevo compañero? —preguntó Claire.

Hice una señal afirmativa con la cabeza.

—Es simpático. Me ha apoyado frente a Roth y a Mercer.

—Tú que estabas tan segura de que era un guardián del alcalde.

—Me equivoqué.

—No sería la primera vez que te equivocas al juzgar a un hombre —dijo Claire.

Arrugué la cara como si estuviera ofendida y no hice caso de su sonrisa.

—Bueno, guardián o no —siguió Claire—, es mucho más guapo que Jacobi.

—Y más listo. Ayer, cuando fuimos a Napa, estuve curioseando el equipo estéreo y tenía un disco de The Shipping News.

—¿Y qué? —continuó Claire con una mirada inquisitiva—. ¿Ha pasado algo?

—¿Quieres decir además de que hayan asesinado a cuatro personas inocentes?

—Quiero decir con Chris Raleigh, Lindsay. Trabaja con el alcalde, está como un tren y tu agenda de compromisos no es precisamente como la de Gwyneth Paltrow. No vas a decirme que no es tu tipo.

—Hemos estado muy ocupados con el caso, Claire.

—Sí, claro. —Se rio alegremente—. No está casado, ¿verdad?

—Venga, Claire —supliqué—. No me veo con ánimo.

Claire me guiñó el ojo y yo me puse a imaginar cómo sería una historia con Raleigh. Si hubiera vuelto de Napa con él, en lugar de hacerlo con Cindy. Si le hubiera pedido que subiera, que pasáramos el resto del domingo juntos. Habríamos preparado algo de comer. Habríamos tomado una cerveza en la terraza viendo cómo el sol se ponía en la bahía. Mentalmente, recordé cómo me había mirado de arriba abajo. «Estás guapa, Boxer». Lo había notado. La verdad era que yo también había notado algunas cosas de él. Tenía paciencia y unos ojos tiernos, aunque le gustara The Shipping News. Podría soportarlo.

Sin embargo, el sueño en que fingía que podía enamorarme de alguien se rompió. La vida se me escapaba lentamente. Ligar con Raleigh o con cualquier otro no era posible por ahora.

Miré a Claire, que estaba metiendo el coche en la 101. Respiré hondo.

—¿Has oído hablar de la anemia aplásica de Negli? —pregunté.

Me salió sin más, tan inesperadamente que Claire no comprendió bien lo que le estaba diciendo. Me contestó como si respondiera a una pregunta médica en su laboratorio.

—Es un trastorno sanguíneo. Muy raro y grave. El cuerpo deja de producir eritrocitos.

—Glóbulos rojos —dije.

Claire me miró.

—¿Por qué? ¿No la tendrá Cat? —dijo refiriéndose a mi hermana.

Negué con la cabeza. Me quedé rígida mirando hacia el frente. Tenía los ojos vidriosos.

—¿No la tendrás tú? —murmuró Claire.

Un silencio horrible se aposentó en el coche.

—Oh, Lindsay —exclamó Claire abrumada.

Aparcó el Bronco en el arcén de la carretera y me abrazó inmediatamente.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Que es grave, que puede ser mortal.

Vi cómo la gravedad de lo que le había dicho le demudaba la cara. La pena, el dolor.

Claire era médica patóloga. Había entendido lo que estaba en juego antes de mirarme a los ojos. Le conté que ya me estaban tratando con transfusiones de glóbulos rojos dos veces a la semana.

—¿Por eso querías que nos viéramos el otro día? —exclamó—. Oh, Lindsay. ¿Por qué no me lo dijiste?

Mis razonamientos pasados ya no me parecían claros.

—Lo deseaba muchísimo. Tenía miedo, quizá, de admitirlo yo misma. Después, permití que el caso me absorbiera.

—¿Lo sabe alguien? ¿Jacobi? ¿Roth?

Lo negué con la cabeza.

—¿Y Raleigh?

Respiré hondo.

—¿Todavía crees que estoy disponible?

—Mi niña —dijo Claire cariñosamente—. Oh, Lindsay, Lindsay, Lindsay.

Le temblaba todo el cuerpo. Me daba cuenta de que le había hecho daño. De repente, lo solté

todo: el miedo, la vergüenza y la incertidumbre que me angustiaban.

Me abracé a Claire, y me di cuenta de que ella era lo único que impedía que me hundiera. Me eché a llorar y, después, lloramos las dos. Nos hizo bien. Ya no estaba sola.

—Estoy a tu lado, cariño —murmuró Claire—. Te quiero.

El asesinato de Napa lo cambió todo.

Hubo ataques feroces contra la manera en que enfocaba la resolución del caso la policía de San Francisco. Nos caían broncas por todas partes.

En titulares sensacionalistas, se anunciaba la obra de una nueva especie de asesino sádico y desquiciado. Equipos de periodistas de fuera de la ciudad asediaban el Palacio de Justicia. Fotos de boda trágicas y escenas familiares que partían el corazón eran el arranque de todos los informativos.

El grupo de trabajo que yo dirigía se reunía dos veces al día. Nos adjudicaron dos inspectores de la Unidad de Escena del Crimen y un psicólogo forense. Tuvimos que entregar nuestros informes al FBI. La investigación ya no se limitaba a buscar a un personaje resentido que había pertenecido al pasado de David o Melanie Brandt. Se había convertido en algo más grande, más profundo, más trágico, y con un pronóstico peor.

Tras sondear las vinaterías de la zona, el grupo de Jacobi había reunido solo algunos nombres.

La chaqueta ensangrentada no nos había llevado a ninguna parte. El problema era que el modelo del esmoquin era de hacía cuatro o cinco años. En las quince tiendas de la zona de la bahía que los vendían, nadie guardaba registros de los modelos de los fabricantes; por lo tanto, era prácticamente imposible seguirle la pista. Tuvimos que repasar los registros de las tiendas, albarán por albarán.

Mercer triplicó los investigadores dedicados al caso.

El asesino elegía a sus víctimas con mucha precisión. Los dos asesinatos se habían cometido un día después de la boda; los dos ponían de manifiesto que conocía detalles concretos de las víctimas: dónde se alojaban y sus itinerarios. Ambas parejas seguían teniendo casi todas sus posesiones: relojes, carteras y joyas. El único objeto desaparecido eran los anillos de boda.

El asesino había dejado a los DeGeorge en un lugar bastante aislado, pero donde podía estar seguro de que los encontrarían. Había dejado pistas para que los encontráramos. No tenía ni pies ni cabeza.

«El asesino sabe exactamente lo que hace, Lindsay. Sabe lo que haces tú. Tienes que conectar los crímenes».

Tenía que encontrar el denominador común. Cómo conocía a sus víctimas. Cómo llegaba a saber tanto sobre ellas.

Raleigh y yo nos repartimos el trabajo. Él se encargó de todos los que habían reservado itinerarios para los Brandt y los DeGeorge: agencias de viajes, servicios de limusinas, hoteles. Yo me encargué de los organizadores de bodas. Tarde o temprano, encontraríamos la conexión entre los crímenes.

—Si no encontramos algo pronto —gruñó Raleigh—, en este país, habrá muchos sacerdotes y rabinos con tiempo libre. ¿Qué es lo que busca este chiflado?

No lo dije, pero creía saberlo. Buscaba la felicidad, los sueños, las expectativas. Intentaba destruir aquello que nos hacía seguir adelante: la ilusión.

Aquella noche, Claire Washburn tomó una taza de té en su dormitorio, cerró la puerta con cuidado y se echó a llorar de nuevo.

—Joder, Lindsay —musitó—. ¿Por qué no confiaste en mí?

Necesitaba estar sola. Toda la tarde había estado de mal humor y distraída. No era propio de ella. Los lunes siempre cocinaba Edmund porque era su día libre. Era uno de los rituales, la noche familiar: papá en la cocina y los chicos limpiando. Aquella noche, Edmund había preparado la cena que más gustaba a todos: pollo con alcaparras y vinagre. Pero todo había salido mal, y era culpa suya.

Una idea la estaba machacando. Ella era médica, una médica que solo trataba con la muerte. Nunca había salvado una vida. Era una médica que no curaba.

Fue a buscar un pijama al armario, se lo puso, fue al cuarto de baño y se limpió con cuidado la tersa piel oscura de la cara. Se miró al espejo.

No era bonita, al menos no de la forma en que la sociedad nos ha enseñado a admirar. Era gruesa, blanda y de formas redondeadas; su ancha cintura se confundía con las caderas. Incluso sus manos (tan bien entrenadas, tan eficientes, que controlaban instrumentos delicados todo el día) eran regordetas y carnosas.

Lo único ligero de ella, como le decía siempre su marido, era su forma de bailar.

Sin embargo, siempre se había considerado afortunada y radiante. Había salido de un barrio mayoritariamente negro de San Francisco y se había abierto camino hasta llegar a ser doctora. Era una persona amada; le habían enseñado a dar amor. Tenía todo lo que quería de la vida.

No le parecía justo. Lindsay era la que defendía la vida y ahora esta se le escapaba. No podía pensar en ello desde un punto de vista profesional, como un médico que ve la inevitabilidad de una enfermedad con frialdad clínica. Sufría como amiga.

La médica que no podía curar.

Edmund entró en el dormitorio luego de que él y los chicos terminaran de limpiar. Se sentó en la cama a su lado.

—Estás enferma, pequeña —dijo poniéndole una mano en el hombro—. Siempre que te metes en la cama antes de las nueve es que estás cogiendo algo.

Claire negó con la cabeza.

—No estoy enferma, Edmund.

—Entonces ¿qué te pasa? ¿Es este caso horrible?

Claire levantó la mano.

—Es Lindsay. Ayer volví con ella de Napa. Me dio una noticia espantosa. Está muy enferma. Sufre un trastorno de la sangre muy raro, una forma de anemia. Se llama anemia aplásica de Negli.

—¿Es grave esta anemia de Negli?

Claire asintió con los ojos tristes.

—Muy grave.

—Dios mío —murmuró Edmund—. Pobre Lindsay. —Le cogió la mano, y se quedaron un rato aturridos y en silencio.

Finalmente, Claire dijo:

—Soy médica. Trato con la muerte cada día. Conozco las causas y los síntomas, soy científica. Pero no puedo curar.

—Tú nos curas cada día —replicó Edmund—. A mí me curas cada día de mi vida. Pero hay momentos en que ni siquiera todo tu amor y toda tu asombrosa inteligencia pueden cambiar las cosas.

La estrechó con sus fuertes brazos y sonrió.

—Eres muy listo para ser un tamborilero. ¿Qué puedo hacer?

—Esto —dijo él abrazándola más fuerte.

La apretó largo rato, y ella supo que, para Edmund, era la mujer más hermosa del mundo. Era reconfortante.

La tarde del día siguiente tuve mi primera visión de la cara del asesino.

Chris Raleigh estaba hablando con las personas que habían organizado los viajes de las víctimas. Yo estaba hablando con los organizadores de las bodas.

Dos empresas diferentes. Para los DeGeorge, White Lace. Para los Brandt, una asesora de moda, Miriam Campbell. Aquella no era la conexión.

Estaba sentada en mi mesa cuando el conserje me pasó una llamada.

Era Claire. Acababa de volver de Napa, donde había examinado los cadáveres de las víctimas con el forense del condado.

—Ven en seguida —dijo—. Corre.

Parecía excitada.

—¿Has encontrado una conexión? ¿A Becky DeGeorge la atacaron sexualmente?

—Lindsay, estamos tratando con un tipo muy loco.

—¿No hay duda de que hacían el amor cuando los mataron?

Claire me lo contó un rato después en el laboratorio.

—Los rastros de semen de Rebecca DeGeorge concuerdan con los que saqué de su marido. Y el ángulo de las heridas ha confirmado lo que ya sospechaba: a ella, la mataron desde atrás. La sangre de Rebecca está por toda la ropa de su marido. Estaba montada encima de él... Pero no te he hecho venir por eso.

Me miró fijamente con sus grandes ojos y vi que se trataba de algo importante.

—Me pareció más conveniente mantenerlo en secreto —dijo—. Solo lo sabemos el forense de Napa y yo.

—¿Qué es lo que sabéis, Claire? ¡Dímelo, por el amor de Dios!

En el laboratorio, vi un microscopio sobre la mesa y uno de esos recipientes de plástico poco profundos y herméticos que recordaba haber utilizado en las clases de biología del instituto.

—Como con las primeras víctimas —dijo excitada—, hubo manipulaciones sexuales adicionales del cadáver, pero esta vez no eran tan evidentes. Los labios estaban normales, teniendo en cuenta que acababan de hacer el amor, y no había rasguños internos como en la primera novia. Toll no lo vio..., pero yo buscaba señales de abusos adicionales. Y estaban allí, en la vagina, casi gritándome: «Claire, aquí estamos, Claire».

Cogió el recipiente y unas pinzas, y lo destapó con cuidado. Se le iluminaron los ojos. Del recipiente vacío, sacó un pelo de un centímetro.

—¿No es del marido?

Claire meneó la cabeza.

—Juzga por ti misma.

Encendió el microscopio. Me incliné y, en el fondo blanco brillante de la lente, vi dos pelos: uno fino y brillante, de color marrón; el otro corto, rizado y en forma de hoz.

—Esto que ves son dos secciones de pelos de Michael DeGeorge —explicó Claire—. El largo es de la cabeza; el otro es genital.

Después, colocó el pelo del recipiente en otra platina, que insertó bajo la lente del microscopio, junto a los otros. Se me aceleró el pulso. Empezaba a ver adónde quería ir a parar.

El nuevo pelo tenía un color castaño rojizo y era el doble de grueso que los de DeGeorge. Tenía diminutos filamentos retorcidos alrededor del córtex. Era evidente que pertenecía a otra persona.

—No es ni craneal ni púbico. Es de la barba —afirmó Claire acercándose.

Me aparté de la lente y la miré, asombrada.

El pelo facial del asesino había aparecido en la vagina de Becky DeGeorge.

—*Post mortem* —dijo para terminar.

Como decía Claire, estábamos armando a nuestro asesino pieza por pieza. Su altura, su cara, sus fetiches. La forma en que mataba.

Ahora tenía que descubrir cómo elegía a sus víctimas. Raleigh y yo nos estábamos dedicando de lleno a investigar a los organizadores de viajes y de bodas. Teníamos a quince detectives que seguían pistas en esta dirección. Ahora que teníamos una característica facial del hombre, volvimos a repasar a los invitados, buscando a uno que tuviera barba y que hubiera estado allí.

Tenía esperanzas de que algún aspecto de esta amplia investigación diera resultados. Uno de los invitados podría haber visto a alguien. Descubriríamos a un agente de viajes común, un agujero en alguna parte. O tal vez uno de los detectives de Jacobi encontraría una concordancia.

A la mañana siguiente, llamó Hartwig.

—Sparrow Ridge Vineyards... pertenece a un grupo de aquí que se llama Black Hawk Partners. Está a nombre de Ed Lester, un abogado que gestiona sociedades inmobiliarias.

—¿Sabe dónde estaba este fin de semana?

—Sí, lo he investigado. En Portland. Corrió allí el maratón. Hablé con él cuando volvía al despacho. Sin duda, estuvo en Portland.

Seguía convencida de que el asesino no había abandonado los cadáveres en aquella viña lejana por casualidad. Para él, tenía algún significado.

—¿La viña es solo suya?

—Bueno... Black Hawk gestiona inversiones. Buscan dinero de gente de fuera para invertirlo en negocios de aquí. Personas que quieren invertir en el ramo del vino. Lester hace el papel de socio gestor.

—¿Y quién es el socio de esta viña?

—No lo sé. Inversores.

Respiré hondo intentando no perder la paciencia.

—¿Qué inversores?

—Generalmente, son inversores que no quieren dar su nombre. Mire, inspectora, ya veo adónde quiere ir a parar, pero este abogado solo trata con personas muy acomodadas. Créame, cualquiera podría haber encontrado ese sitio. Agentes inmobiliarios, alguien que hubiera pasado por allí antes, gente que vive en la zona. Yo tendré que seguir conviviendo con todos ellos

cuando usted haya terminado.

Sostuve el teléfono entre la cabeza y el cuello, y empujé la silla hacia la ventana.

—Esta es una investigación de múltiples asesinatos, teniente, y es la peor que he visto en mi vida. Dejaron a las víctimas en un lugar a cinco kilómetros de un camino sin asfaltar. Una persona que conducía de noche con dos cadáveres podría haberlos tirado sin problemas en cualquier otro lugar mucho antes. El que lo hizo sabía que existía esa viña. Y no creo que sea una persona de la zona. No atraería la atención sobre un lugar tan cercano a su residencia. Llámeme cuando sepa quiénes son los socios de Lester. —Y colgué. Empezaba a perder el optimismo.

Raleigh no sacó nada de los agentes de viajes. Los Brandt habían utilizado Travel Ventures, una agencia de la alta sociedad que solo trataba con gente rica. Los DeGeorge habían utilizado Journeytime, en Los Altos.

Pusimos algunos investigadores a estudiar los registros personales de ambas empresas. No había ninguna relación entre las dos: ni contratos de colaboración, ni agentes que trabajaran para las dos. Era posible que alguien se hubiera introducido en su ordenador, dijo el director de Journeytime. Pero encontrar a esta persona era prácticamente imposible.

Por mi parte, obtuve también resultados desalentadores. Tenía la lista de proveedores de las dos empresas organizadoras de bodas. Impresores, orquestas, fotógrafos, suministradores de banquetes, floristas. No coincidía nada. Los Brandt y los DeGeorge vivían en dos mundos separados. No lograba descubrir cómo escogía el asesino a sus víctimas.

Llamé a Claire y a Cindy para que celebráramos una segunda reunión de mujeres. Esta vez, nuestro estado de ánimo era totalmente diferente. No hubo risas ni hicimos chocar las palmas de las manos. No hubo festivos margaritas. Habían muerto dos personas. No teníamos sospechosos, solo un caso cada vez más complicado. Pistas que no llevaban a ninguna parte. Una intensa presión por todas partes.

Claire llegó la primera. Me abrazó y me preguntó cómo me encontraba.

—No lo sé —admití. Había recibido ya tres tratamientos.

A veces, me sentía fuerte. En otros momentos, sobre todo por la tarde, me sentía como mi propio fantasma.

—Dice Medved que la semana que viene me harán un nuevo recuento de glóbulos rojos.

Cindy llegó más tarde. Llevaba una camiseta muy escotada bajo una camisa masculina y unos vaqueros bordados. Era muy bonita y muy urbana.

No había hablado con ella desde el lunes en que le había dado permiso para publicar la noticia de los segundos asesinatos.

A pesar de haber retenido un día la publicación, se había adelantado a todos los periódicos de la ciudad.

—Estoy lanzada —anunció y nos enseñó una tarjeta de visita con el brillante logotipo rojo del *Chronicle*. Leí: «Cindy Thomas. Periodista. Sección de Sucesos Local».

Brindamos por ella y la felicitamos de todo corazón; después, le tomamos un poco el pelo para que no se le subieran los humos. ¿Para qué están las amigas?

Les conté que lo de las agencias de viajes y los organizadores de bodas no había llevado a ninguna parte.

—Hay un par de cosas que no me dejan vivir —dije—. La pistola... Los asesinos sexuales normalmente no cambian de método. El método suele formar parte de la excitación sexual.

—Es una combinación rara —admitió Claire—. El asesino está muy controlado cuando planifica los asesinatos. Es como si lo supiera todo. La fecha de la boda, el número de habitación, el itinerario de la luna de miel, la forma de escapar. Sin embargo, cuando mata, está furioso. No le basta con matarlos. Tiene que deshonrarlos.

Asentí.

—Esta es la clave. Ataca en las bodas, algo de ellas le resulta intolerable, pero creo que su obsesión va dirigida a las novias. A los dos novios, los liquidó rápidamente. Es como si no le importaran en absoluto. Pero las novias... son las que de verdad le fascinan.

—¿Adónde podría ir este hombre —pregunté en voz alta— a buscar víctimas potenciales? Si quisierais matar novias, ¿adónde iríais a buscarlas?

—Tienen que comprarse un anillo —propuso Claire—. A una joyería.

—O al Ayuntamiento —dijo Cindy—. Necesitan una licencia.

La miré y me reí por lo bajo.

—No me extrañaría que un funcionario estuviera detrás de esto.

—Un empleado de correos —dijeron Claire y Cindy a la vez.

—Un fotógrafo —dijo Claire. Podía ver a un hijo de puta perverso oculto detrás de la lente.

Todas las posibilidades eran buenas, pero se necesitaba tiempo y muchas personas para estudiarlas todas antes de que el asesino atacara de nuevo.

—En este asunto de las novias, yo no entiendo nada —dije a Claire—. Para eso estás aquí.

—¿Y aquel rollo de las tres mujeres superdotadas? —bromeó—. ¿Y lo de que yo era la mejor forense del mundo?

Nos reímos todas sintiéndonos un poco frustradas y bebimos cerveza. El Club de las Mujeres contra el Crimen. Estaba bien. No se admiten hombres.

—¿Dónde está la conexión? —pregunté—. Él quiere que la encontremos. Por eso va dejando pistas. Quiere que descubramos la conexión.

Nos callamos mientras reflexionábamos.

—Lo presiento —proseguí—. En la ceremonia, en la celebración, él encuentra algo que le provoca una rabia psicótica. Algo que necesita extirpar. ¿Esperanza, inocencia? Al marido, lo mata expeditivamente. Pero, a las novias, ¿qué? ¿Cómo encuentra a las novias?

—Si vive en un mundo de sueños perversos —dijo Cindy pensando en voz alta—, irá al lugar donde la fantasía sea más fuerte, más viva. Quizá le gusta fomentar su ira observándolos de modo inadvertido.

Entonces Claire me miró con una chispa en los ojos.

—Se me ha ocurrido que yo iría a la tienda donde compran los vestidos. Allí elegiría yo a las víctimas.

Cuando llegué al trabajo al día siguiente, había llegado un fax de Hartwig con una lista de los socios de Sparrow Ridge. Se la di a Jacobi para que los comprobara. Llamé a mis contactos de los dos organizadores de bodas, White Lace y Miriam Campbell.

No esperaba mucho de ello. Hasta entonces, todas las pistas habían terminado en puntos muertos.

Me quedé de piedra cuando los dos organizadores me lo confirmaron. Melanie Brandt y Becky DeGeorge habían comprado los vestidos en el mismo sitio, la Bridal Boutique de Saks.

Era la primera conexión tangible entre los dos casos. Podía ser que no me llevara a ninguna parte, pero tenía la sensación de que aquella pista era buena.

Me presenté en Saks cuando abrieron la tienda a las diez. La Bridal Boutique estaba en el tercer piso, en un rincón junto a las secciones de regalos y porcelana fina.

Abordé a Maryanne Perkins cuando llegaba a trabajar con una taza de café humeante en la mano. La directora del departamento era una mujer elegante y afable de unos cincuenta años, justo el tipo de mujer que podría trabajar veinte años con novias. Buscó a alguien que la sustituyera y se sentó conmigo en una habitación trasera repleta de revistas de fotos de novias.

—Me rompió el corazón cuando lo supe —me dijo. Meneó la cabeza, con la cara pálida—. Melanie estuvo aquí hace solo dos semanas. —Me miró con los ojos húmedos—. Era tan bonita... Mis novias son como mis hijas, inspectora. Me siento como si hubiera perdido a una hija.

—¿Una? —La miré fijamente—. ¿No se ha enterado?

—¿Si me he enterado de qué?

Le conté a Maryanne Perkins lo de Becky DeGeorge.

Se quedó horrorizada. Abrió mucho sus verdes ojos y se le llenaron de lágrimas. Miraba hacia mí como si no me viera.

—Oh, Dios mío... —Respiraba agitadamente—. Mi marido y yo hemos pasado unos días en nuestra casa de Modesto. Becky estuvo aquí... Oh, Dios mío... ¿Qué pasa, inspectora?

La inundé con un montón de preguntas precipitadas. ¿Quién conocía a las clientas? ¿Otros vendedores? ¿Los directores? Se había identificado al asesino como un hombre. ¿Trabajaba algún hombre en el departamento?

Todas las preguntas provocaron una respuesta negativa e incrédula de Maryanne Perkins. Todos los empleados hacía ocho años como mínimo que trabajaban allí. No había hombres, como en nuestro Club del Crimen.

La señora Perkins se recostó en la silla, buscando detalles en su memoria.

—Estábamos admirando a Becky... estaba preciosa. Fue como si ella nunca se hubiera considerado a sí misma desde aquel punto de vista; pero, con el vestido, se hizo evidente. Su madre le dio un collar, de perlas y diamantes, y yo fui abajo a buscar las flores. Entonces vi a alguien. Estaba allí. —Me indicó con la mano—. Miraba en dirección a Becky. Recuerdo que pensé: «¿Lo ves?, él también cree que estás preciosa». Ahora me acuerdo.

Frenéticamente, apunté su descripción: cerca de los cincuenta, quizá más joven.

—La verdad es que no le vi bien —dijo la directora—. Llevaba barba.

¡Estaba segura de que era él! Eso me confirmaba que Claire tenía razón. Saks tenía que ser el sitio donde encontraba a sus víctimas, y desde donde las espiaba.

Insistí con más preguntas.

—¿Cómo se podía enterar una persona de los detalles de las bodas? ¿Fechas? ¿Lugares? ¿Adónde irían de luna de miel?

—Pedimos esta información —dijo Maryanne Perkins— cuando las chicas eligen un vestido. Algunas las necesitamos, como las fechas y los días de entrega; pero, en general, nos ayuda a conocer mejor a la novia. Muchas de ellas compran habitualmente aquí.

«Conocer mejor a la novia».

—¿Quién tiene acceso a esta información?

La directora dudó.

—Nosotras, mis ayudantes. Es un departamento pequeño. A veces, la compartimos con los de las secciones de porcelana fina y regalos.

Sentía que empezaba a acercarme. Me latía el corazón con fuerza en el pecho.

—Necesito una copia de todo lo que tenga de Melanie Brandt y de Becky DeGeorge, y de todos los clientes con quien esté trabajando actualmente.

Elegía a sus víctimas potenciales allí, ¿no? Había muchas posibilidades de que volviera. Alguna de las integrantes de la lista podía ser la próxima.

Vi que a la señora Perkins le cambiaba la expresión. Parecía que se le estuviera ocurriendo algo espantoso.

—Tengo que decirle algo.

—¿Qué?

—Hace un momento, después de hacer inventario, hemos visto que había desaparecido el archivo de las novias.

En cuanto volví al Palacio de Justicia, hice dos cosas: llamé a Claire y a Cindy, y les dije lo que había descubierto en Saks; después, fui a buscar a Chris Raleigh.

Le conté a Chris todo lo que había descubierto, y decidimos colocar a una mujer detective de la Unidad de Crímenes Sexuales en la tienda. También mandé a un dibujante a ver a Maryanne Perkins en Saks.

Chris también me contó algo importante. Roth y Mercer habían entregado nuestros expedientes del caso al FBI.

Sentí un dolor afilado en el pecho. Me fui al baño, cerré la puerta, apoyé la espalda contra las baldosas frías y desconchadas. «¡Putra mierda de hombres, hijos de puta controladores! ¡Jodidos Roth y Mercer de los cojones!».

Me miré la cara en el espejo. Tenía las mejillas rojas y la piel me quemaba.

El FBI. Este caso era mío, de Claire, de Cindy y de Raleigh. Significaba más para mí que nada en lo que había trabajado hasta entonces.

De repente, las piernas no me sostenían. ¿Negli? El médico había dicho que sentiría náuseas y que me costaría concentrarme. Tenía la siguiente transfusión en la Unidad de Hematología de Moffett a las cinco y media.

Un vacío abrumador se apoderó de mí, alternándose entre la rabia y el miedo. Ahora que empezaba a encontrarle una grieta al caso, solo me faltaban unos forasteros con trajes oscuros y con alfileres de corbata que rondaran por allí con una investigación alternativa llevada con los pies.

Parpadeé. Las mejillas, que antes me ardían, estaban pálidas y marchitas. Tenía los ojos acuosos y grises. Todo mi cuerpo parecía haber perdido el color.

Estuve mirándome hasta que una voz conocida se hizo sentir dentro de mí: «Venga. Haz un esfuerzo. Te saldrás con la tuya, como siempre».

Me lavé la cara y el sudor de la nuca empezó a disminuir.

«Te puedes permitir un ataque de rabia. —Suspiré con una ínfima sonrisa—. Pero no vuelvas a hacerlo».

Poco a poco, recuperé el destello de vida habitual de mis ojos y el color normal volvió a mis mejillas. Eran las cuatro y veinte. Tenía que estar en Moffett a las cinco. Me pondría a mirar los

nombres de Saks al día siguiente. Me puse un poco de maquillaje y volví a mi mesa.

Con desazón, vi que Raleigh se acercaba.

—Ahora puedes preocuparte de sus repercusiones —dije en un tono desabrido innecesario, refiriéndome al FBI.

—No lo sabía —dijo él—. Te lo he dicho en cuanto lo he sabido.

—Sí —asentí—. Ya lo sé.

Raleigh se levantó, se acercó y se sentó en el borde de mi mesa mientras me miraba.

—Te pasa algo, ¿verdad? Cuéntamelo, por favor.

¿Cómo lo sabía? Tal vez era mucho mejor detective de lo que yo creía.

Estuve a punto de contárselo. Dios mío, deseaba tanto deshacerme de aquel peso.

Entonces, Raleigh hizo algo totalmente inesperado. Me dedicó una de sus sonrisas amistosas que siempre me dejaban desarmada. Me hizo levantar de la silla y me dio un abrazo.

Me quedé tan sorprendida que no me resistí. Era como gelatina en sus brazos. No fue algo sexual, pero jamás había sentido una explosión de pasión como aquella.

Raleigh me abrazó hasta que mi ansiedad desapareció. Allí mismo, en la sala de la brigada. No sabía qué hacer, pero no quería apartarme ni hacer algo para que me soltara.

—Te podría sancionar por esto —murmuré finalmente con la cara contra su hombro.

No se movió.

—¿Quieres un bolígrafo?

Lentamente, me separé. Era como si todos los nervios de mi cuerpo se hubieran retirado de una tensa posición de alerta.

—Gracias —murmuré agradecida.

—No parecías tú misma —dijo amablemente—. El turno ha terminado. ¿Quieres que vayamos a tomar un café y hablemos? Un café, Lindsay, nada más.

Miré mi reloj y, de repente, vi que eran casi las cinco. Ya tendría que estar en Moffett.

Lo miré de una forma que esperaba que transmitiera «pídemelo otro día», pero dije:

—No puedo. Me tengo que ir.

La bonita y sonriente recepcionista hizo una seña con la cabeza para que se acercara el siguiente cliente.

—Bienvenido al Lakefront Hilton, señor.

Phillip Campbell se acercó al mostrador y se fijó en el nombre de la chica: Kaylin. Ella tenía unos ojos brillantes y el pelo alborotado. Le sonrió, flirteando un poco, y le pasó el recibo de su reserva.

—¿Es la primera vez que viene, señor Campbell? —preguntó la recepcionista con un gorgorito agudo.

Campbell le sonrió dando a entender que sí.

Mientras introducía su reserva, Campbell seguía sus movimientos mientras tiraba pensativamente de los duros pelos de su barba.

Quería que se fijara en él, que recordara su cara. Quizá también algo que él dijera. Algún día, cuando apareciera un diligente agente del FBI con un dibujo o con una fotografía, quería que aquella ardillita recordara este momento de una forma viva y escalofriante. Quería que la chica recordara algo, como había hecho con la vendedora de la Bridal Boutique de Saks.

—¿Ha venido a visitar el museo, señor Campbell? —preguntó Kaylin mientras tecleaba.

—Para la boda de los Voskuhl —admitió.

—Eso me dicen todos —bromeó ella sonriendo.

Campbell siguió el ruido de sus uñas color melocotón golpeando las teclas.

—Tiene una habitación de lujo con muy buenas vistas —dijo la chica dándole una llave y sonriendo—. Que se divierta en la boda, y que tenga una buena estancia.

—Me divertiré —dijo Campbell afablemente. Antes de darse la vuelta, la miró a los ojos y dijo—: Hablando de bodas, me gusta su anillo.

Arriba, descorrió las cortinas y, como le habían prometido, disfrutó de una espléndida vista de Cleveland, Ohio.

Le vi... al hijo de puta. ¿Qué hacía aquí?

En Market Street, entre una gran multitud que se movía apresurada. Fue solo un rápido movimiento entre la muchedumbre que batallaba para subir al ferri.

Se me heló la sangre al verle.

Llevaba una camisa azul pálido y una chaqueta de pana marrón. Parecía un profesor de universidad. Cualquiera otro día, podría haber pasado por su lado sin fijarme en él. Era delgado, escuálido, totalmente vulgar en todo menos una cosa: la barba de color marrón rojizo.

Su cabeza sobresalía de vez en cuando entre la gente. Le seguí, incapaz de acortar la distancia.

«¡Policía!», grité por encima del estruendo. Mi grito se perdió entre la gente apresurada y distraída. Iba a perderle en cualquier momento.

No sabía cómo se llamaba, solo conocía a sus víctimas. Melanie Brandt. Rebecca DeGeorge.

De repente, me detuve. Se puso a andar contracorriente y se giró hacia mí.

Su cara parecía iluminada y brillante, sobre un fondo oscuro, como en un icono medieval ruso. Entre la confusión, nuestros ojos se encontraron.

Se produjo un momento de reconocimiento y de comprensión. Él sabía quién era yo, que yo era la que le perseguía.

Pero, de repente, vi horrorizada que huía; el torbellino de gente lo absorbió, se lo llevó.

«¡Alto! —grité—. ¡O disparo!».

Empecé a sudar por la nuca. Saqué el arma.

«¡Al suelo!», grité, pero los empleados, deseosos de volver a sus casas, empujaban y le hacían de escudo. Iba a perderle. El asesino se escapaba.

Levanté el arma, me concentré en la imagen de su barba rojiza.

Se giró, con la sonrisa burlona del que se sabe más listo. Respiré hondo y apunté. Como a cámara lenta, todas las caras de la multitud se volvieron hacia mí.

Me eché hacia atrás. Horrorizada, bajé el arma.

Todas las caras tenían la misma barba roja.

Había estado soñando. Me encontré en la mesa de la cocina parpadeando ante los círculos arremolinados de mi copa de chardonnay. Mi piso estaba tranquilo, como siempre. Ni

multitudes, ni caras huidizas. Solo Martha, echada en su futón. En el fuego, hervía una cazuela con agua. Tenía preparada mi salsa preferida: ricota, calabacines y albahaca. Había puesto un CD de Tori Amos.

Hacía solo una hora que había tenido tubos conectados y agujas clavadas en el cuerpo, que mi corazón había seguido el ritmo metronómico de un bip constante de monitor.

«A la mierda», quería volver a vivir como antes, con mis sueños de siempre. Quería las ironías de Jacobi, las burlas de Sam Roth, ir a correr a Marina Green. Quería tener hijos, aunque supusiera tener que volver a casarme.

De repente, sonó el timbre de abajo. «¿Quién podía ser?». Me levanté con esfuerzo y fui a la puerta.

—¿Quién es?

—Pensaba que tenías que ir a algún sitio.

Era Raleigh.

—¿Qué estás haciendo aquí? —contesté sorprendida.

Me gustaba que hubiera venido; pero, a la vez, me ponía los nervios de punta.

Yo llevaba el pelo recogido y una camiseta vieja de Berkeley que, a veces, utilizaba para dormir. Me sentía agotada y ansiosa después de la transfusión. Mi piso estaba hecho un desastre.

—¿Puedo subir? —dijo Raleigh.

—¿Es por trabajo o privado? —pregunté—. No tenemos que volver a Napa, espero.

—Esta noche, no —dijo riendo—. Esta vez me he traído a mí mismo.

No entendí lo que quería decir, pero le abrí la puerta. Volví a la cocina, apagué el fuego de la pasta y, casi al mismo tiempo, tiré dos cojines que había en el suelo sobre el sofá y trasladé un montón de revistas a una silla de la cocina.

Aún tuve tiempo de ponerme brillo en los labios y sacudirme un poco el pelo antes de que sonara el timbre.

Raleigh llevaba una camisa sin corbata y unos pantalones de algodón anchos, además de una botella de vino. Kunde. Un detalle. Me sonrió con expresión de disculpa.

—Espero que no te importe que me meta así en tu casa.

—Nadie se mete en mi casa. Te dejo pasar —dije—. ¿Qué haces aquí?

Se rio.

—Pasaba por aquí.

—Por aquí, ¿eh? Vives al otro lado de la bahía.

Asintió abandonando su coartada sin oponer resistencia.

—Quería asegurarme de que estabas bien. No parecías la misma en la comisaría.

—Eres muy amable, Raleigh —dije mirándole a los ojos.

—¿Y qué? ¿Cómo estás?

—Bueno. Se me vino todo encima. Roth. Lo del FBI. Ahora estoy bien. En serio.

—Me alegro —dijo—. Huele bien.

—Me estaba preparando la cena. —Callé, pensando qué quería decir a continuación—. ¿Has cenado?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no. No quiero molestar.

—¿Por eso has venido con el vino?

Me dedicó una de esas irresistibles sonrisas.

—Por si no estabas en casa. Conozco un sitio en la Segunda y Brannan para ir a cenar.

Le sonreí yo también y finalmente le dejé pasar.

Raleigh entró en mi piso. Echó un vistazo con una cierta admiración; miró la cerámica, la chaqueta de béisbol de satén negra y dorada de Willie Mays, y mi terraza con vistas a la bahía. Levantó la botella.

—Hay una abierta en la cocina —dije—. Sírrete una copa. Yo terminaré de hacer la cena.

Fui a la cocina y me recordé a mí misma que acababa de volver de un ambulatorio para pacientes externos por una enfermedad grave y que, además, éramos compañeros.

Sin poder reprimir mi excitación, saqué otro mantel individual.

—¿El veinticuatro de los Giants? —dijo gritando—. ¿Esta chaqueta de calentamiento es auténtica?

—De Willie Mays. Mi padre me la regaló cuando cumplí diez años. Él quería tener un niño. La he guardado todos estos años.

Entró en la cocina y cogió un taburete. Mientras yo daba vueltas a la pasta, él se sirvió una copa de vino.

—¿Siempre cocinas para ti sola?

—Es una vieja costumbre —dije—. Mi madre trabajaba hasta tarde y yo tenía una hermana seis años menor. A veces, mi madre no llegaba hasta las ocho. Si no recuerdo mal, siempre he preparado yo la cena.

—¿Dónde estaba tu padre?

—Nos abandonó —dije mientras juntaba mostaza, aceite de girasol, vinagre balsámico y limón para hacerle una vinagreta a la ensalada— cuando yo tenía trece años.

—¿Tu madre os cuidó a partir de entonces?

—Podría decirse así. A veces, creo que me cuidé a mí misma.

—Hasta que te casaste.

—Sí, y entonces le cuidé a él. —Sonreí—. Eres muy curioso, Raleigh.

—Los policías son curiosos. ¿No lo sabías?

—Sí. Los de verdad sí.

Raleigh fingió que se había ofendido.

—¿Te puedo ayudar? —ofreció.

—Puedes rallar queso —dije sonriendo, y le pasé un pedazo de parmesano y un rallador de metal.

Raleigh rallaba y yo esperaba que la pasta estuviera a punto. Martha entró en la cocina y se dejó acariciar por Raleigh.

—No parecías tú misma esta tarde —dijo Raleigh mientras acariciaba la cabeza de Martha—. Normalmente te tragas las tonterías de Roth sin pestañear. Me pareció que te pasaba algo.

—No pasa nada —mentí—. Al menos todavía no, si te interesa saberlo.

Me incliné sobre la mesa y lo miré. Era mi compañero; pero, además, era una persona en quien sentía que podía confiar.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había confiado en alguien cuyo sexo empezara por H. «Quizá en otro momento...», pensaba.

La cautivadora voz de Tori Amos no dejaba de sonar.

—¿Te gusta bailar? —preguntó Raleigh de repente.

Lo miré, sorprendida de verdad.

—No bailo, cocino.

—¿No bailas..., cocinas? —repitió Raleigh levantando una ceja.

—Sí. Ya sabes lo que se dice de la cocina.

Él miró a su alrededor.

—Lo que yo diría es que, por ahora, no funciona. Deberías probar el baile.

La música era suave y lánguida, y por mucho que lo negara, una parte de mí deseaba ser abrazada.

Sin que le dijera que sí, mi compañero me tomó de la mano y me hizo dar la vuelta a la mesa. Joder. Quería resistirme, pero una tierna voz de rendición dentro de mí decía: «¿Por qué no, Lindsay? Es buena persona. Puedes confiar en él».

Me rendí, pues, y bailé con Chris Raleigh. Me gustó estar entre sus brazos.

Primero nos quedamos casi quietos, meciéndonos. Poco después, apoyé la cabeza en su hombro y sentí que nada podía hacerme daño, al menos por un rato.

—No es una cita —murmuré.

Me dejé llevar a un lugar verdaderamente agradable, donde sentí que todavía existían el amor, la esperanza y los sueños para mí.

—Para serte sincera —dije a Raleigh—, me alegro de que pasaras por aquí.

—Yo también.

Entonces me apretó un poco más. Sentí un hormigueo en la espina dorsal que ya casi no recordaba.

—Tú sí tienes, ¿verdad, Raleigh? —dije.

—¿Qué, Lindsay?

«Manos tiernas», pensé.

Kathy y James Voskuhl habían abierto el baile y, para romper con la tradición, lo que sonaba era un rock.

El ritmo trepidante de *La bamba* sacudía la sala de recepciones espléndidamente iluminada del Rock and Roll Hall of Fame de Cleveland.

—¡Ahora todos! —gritó el novio—. ¡Venid a rockanrolea! ¡A bailar!

Un puñado de chicas modernas con el pelo teñido y con vestidos verdes y rojos brillantes de gala, al estilo de los sesenta, hacían piruetas en la pista de baile con sus compañeros vestidos con camisas de seda retro, a lo Travolta. Los novios, que se habían puesto trajes de fiesta, se apuntaron al jolgorio general meneando las caderas, gritando y levantando los brazos.

«Casi lo echan todo a perder», pensaba Phillip Campbell.

Había querido a la novia de blanco. Y, mira por dónde, estaba sudada, con mechas rojas en el pelo, gafas de corte felino y un vestido verde ajustado.

«Esta vez, Kathy, has ido demasiado lejos».

En el Gran Salón del museo había cuarenta mesas, con alguna referencia al rock and roll en cada una a modo de centro. Un resplandeciente estandarte que colgaba del techo de cristal proclamaba: JAMES Y KATHY.

La música paró después de un estridente *crescendo*. Una multitud de invitados sudorosos volvieron a sus mesas para recuperar la respiración y abanicarse. Camareros con chalecos negros corrían por la sala llenando las copas.

La novia fue a abrazar a una pareja radiante que vestía con elegancia. Mamá y papá. Phillip Campbell no podía quitarle los ojos de encima. Vio cómo el padre de la novia la contemplaba amorosamente, como si pensara: «No ha sido fácil, cariño, pero a partir de hoy todo irá bien. Ahora formas parte del club, de los fideicomisos, del club de campo, y me darás pequeños nietos rubitos».

Se acercó el novio y cuchicheó algo a Kathy al oído. Ella le apretó el brazo y le sonrió de una forma amorosa y tímida al mismo tiempo. Cuando él se alejó, parecía como si a la chica le costara separarse de él, como si ella dijera: «En seguida estoy contigo».

Dándose un tirón al cinturón, el novio salió de la sala. Miró un par de veces por encima del hombro y Kathy lo saludó.

Campbell decidió seguirle manteniéndose a una distancia prudente. El novio bajó por un pasillo ancho y bien iluminado. A medio camino, James Voskuhl miró hacia atrás cautelosamente. Abrió una puerta y entró. Era el cuarto de baño de caballeros.

El asesino se acercó. No había nadie más en el pasillo. Sintió que una necesidad irresistible crecía en su interior.

Metió los dedos en el bolsillo de la chaqueta y tocó la fría culata del arma. Quitó el seguro. Ya no podía controlar lo que pasaba por su cabeza.

«Vamos —lo desafiaba una voz—. Adelante».

Al entrar en el baño, se encontró una luz tenue y amarillenta. No había nadie en los urinarios ni en los lavabos. El novio estaba dentro de uno de los excusados cerrados. Notó un olor inconfundible: marihuana.

—¿Eres tú, cariño? —dijo el novio con voz cálida.

Todos los nervios del cuerpo de Campbell se encendieron como una mecha y se pusieron en estado de alerta. Murmuró algo indefinible.

—Entra aquí conmigo —dijo el novio aspirando— si quieres acabarte el canuto.

Phillip Campbell empujó la puerta.

El novio miró desconcertado con la punta del canuto colgando de la boca.

—Ey, tío, ¿de qué vas?

—Soy el que mata gusanos inútiles como tú. —Dicho esto, disparó. Solo una vez.

La cabeza de James Voskuhl cayó hacia atrás. Una mancha roja se esparció por las baldosas. El novio se balanceó y cayó de cualquier manera.

El eco de la explosión produjo una sacudida en el cuarto de baño. Un aroma a cordita se mezclaba con el olor a hierba.

A Phillip Campbell lo invadió una extraña calma, no tenía miedo. Agarró al novio por la cabeza y lo colocó derecho.

Se dispuso a esperar. Luego, llegó el sonido de la puerta que se abría y con él los ruidos más lejanos de la fiesta.

—¿Estás aquí, Vosk? —preguntó una voz de mujer.

«Es ella. La novia», pensó.

—¿Qué estás fumando? ¿Alquitrán? —preguntó Kathy riendo. Se acercó a los lavabos y Campbell oyó correr el agua.

La podía ver por una grieta de la puerta. Estaba en el lavabo pasándose un cepillo por el pelo. Y se puso a pensar cómo podía hacerlo. Qué encontraría la policía.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse, para esperar a que ella entrara.

—Más vale que me dejes un par de caladas —gritó la novia.

Campbell vio que se acercaba bailando. «Está tan cerca. Es tan encantadora. Qué momento».

Cuando Kathy abrió la puerta, la expresión de ella lo reflejó todo para él.

La visión de James, con una baba roja que le colgaba de la boca. El instante de reconocimiento sobresaltado de la cara del agresor; el arma que le apuntaba a los ojos.

—Me gustas más de blanco, Kathy —dijo solamente el asesino.

Apretó el gatillo y una luz cegadora explotó a través de las gafas de gata.

Era el lunes por la mañana a primera hora y estaba un poco nerviosa después de mi primer contacto con Raleigh en nuestra experiencia de baile y cena. Me sentía insegura de adónde iría a parar aquello, pero me distrajo Paul Chin, uno de los inspectores del grupo.

—Lindsay, hay una mujer en la sala de interrogatorios número cuatro que creo que deberías ver.

Desde que se había difundido una descripción física del asesino, no habíamos parado de recibir llamadas absurdas o que no conducían a ninguna parte. Una de las tareas de Chin era seguir estas pistas por inverosímiles que fueran.

—¿Esta es médium o una poli aficionada? —pregunté con una sonrisa escéptica.

—Creo que esta es buena —dijo Chin—. Estaba en la primera boda.

Casi me levanté de un salto de la silla. Vi a Raleigh entrando por la puerta de la sala de la brigada. Chris. Sentí un momentáneo escalofrío de placer. Chris se había marchado a las once, después de habernos terminado las botellas de vino. Cenamos, charlamos sobre nuestros diferentes trabajos en la policía, y de las cosas buenas y malas del matrimonio y de la soltería.

Había sido una velada estupenda. Nos hizo olvidar un poco el caso. Incluso, me olvidé de mi enfermedad en ese momento. Lo que me daba un poco de miedo era que el temblor que sentía pudiera significar que sería algo más. Ese viernes por la noche, no había podido evitar mirarlo, mientras me ayudaba a lavar los platos, y pensar: «Si las cosas fueran diferentes...».

Raleigh se me acercó con un café y con un papel.

—Hola —dijo sonriendo—. Me gusta tu chaleco.

—Chin tiene algo interesante en la cuatro —dijo agarrándolo—. Dice que es alguien que le ha visto. ¿Vienes?

Con las prisas, no había dejado de caminar y no le había hecho ni un gesto de complicidad. Raleigh dejó el papel sobre la mesa del conserje y nos alcanzó en las escaleras.

En la diminuta sala de interrogatorio, había una mujer atractiva y bien vestida de unos cincuenta años. Chin me la presentó como Laurie Birnbaum. Parecía tensa y nerviosa.

Chin se sentó a su lado.

—Señora Birnbaum, ¿podría contarle a la inspectora Boxer lo que me ha dicho a mí?
Estaba asustada.

—Me acordé de él por la barba. No lo había pensado hasta ahora. Fue tan horrible.

—¿Asistió a la boda de los Brandt? —pregunté.

—Sí, estaba invitada por la familia de la novia —contestó—. Mi marido trabaja con el rector Weil en la universidad. —Nerviosamente tomó un sorbo de café—. Fue algo muy breve, pero me produjo escalofríos.

Chin puso en marcha la grabadora portátil.

—Siga, por favor —dije amablemente. Volvía a sentirme cerca de él, del hijo de puta de la barba rojiza.

—Estaba de pie a su lado. Tenía la barba rojiza y canosa, como un chivo, como las llevan en Los Ángeles. Parecía mayor, de cuarenta y cinco a cincuenta, pero tenía algo raro. No me estoy explicando bien.

—¿Habló con él? —pregunté intentando comunicarle el mensaje de que, aunque ella no estuviera acostumbrada a hacer aquello cada día, yo sí. Incluso los detectives admitían que era la mejor interrogadora de la casa. Decían en broma que era «cosa de mujeres».

—Yo acababa de salir de la pista de baile —dijo ella—. Eché un vistazo y lo vi. Le dije algo como «qué fiesta tan bonita... ¿es del lado del novio o de la novia?». De entrada, me había parecido bastante simpático; pero, entonces, me miró furioso, y pensé que sería uno de esos arrogantes banqueros inversores de la parte de los Brandt.

—¿Qué le contestó? —dije.

Ella se pasó la mano por la ceja mientras intentaba recordar.

—Dijo de una forma muy curiosa que tenían suerte.

—¿Quién tenía suerte?

—Melanie y David. Yo creo que dije: «Sí que tienen suerte». Me refería a que los dos eran guapísimos. Y él me contestó: «Ya lo creo que tienen suerte».

La señora me miró con una expresión desorientada.

—Después se refirió a ellos como... elegidos.

—¿Elegidos?

—Sí. Dijo: «Ya lo creo que tienen suerte... Casi se podría decir que fueron elegidos».

—¿Dice que llevaba una barba de chivo?

—Eso era lo raro. La barba le daba un aspecto mayor, pero todo el resto era juvenil.

—¿El resto? ¿Qué quiere decir?

—Su cara. Su voz. Sé que le parecerá extraño, pero todo fue muy rápido, justo cuando salía de la pista de baile.

Le sonsacamos todo lo que pudimos: altura, color del pelo, lo que llevaba puesto.

Nos confirmó los escasos detalles que ya teníamos. El asesino era un hombre con una barba corta y rojiza. Llevaba esmoquin, el de la chaqueta que había dejado en la suite Mandarin.

Sentí un fuego dentro de mí. Estaba segura de que podíamos fiarnos de Laurie Birnbaum. La barba. El esmoquin. Estábamos armando su aspecto pieza a pieza.

—¿Hubo algo más que le llamara la atención? ¿Un rasgo físico? ¿Un gesto?

Ella negó con la cabeza.

—Fue todo muy rápido. Hasta que no vi el dibujo del *Chronicle*...

Miré a Chin dándole a entender que teníamos que llamar a un dibujante para poner al día los detalles. Le di las gracias y volví a mi mesa. Haríamos un esbozo con lo que indicara ella para juntarlo con el que habíamos hecho con Maryanne Perkins, de Saks.

La investigación del asesinato había entrado en una nueva etapa. Un momento crucial. Teníamos a una detective en la Bridal Boutique de Saks. Uno por uno, nos estábamos poniendo en contacto con los nombres de la lista de la tienda, con todos los que habían encargado un vestido de novia en los últimos meses.

Me latía el corazón con fuerza. La cara que había imaginado, mi sueño del hombre de la barba rojiza, empezaba a cobrar sentido. Sentía que lo teníamos al alcance.

Sonó el teléfono.

—Boxer al habla —dije, sin dejar de repasar los nombres del archivo de bodas de Saks.

—Me llamo McBride —dijo una voz grave en tono ansioso—. Soy inspector de Homicidios en Cleveland.

—Tengo un homicidio que se ajusta a la pauta de los que han tenido ustedes —explicó McBride. Y siguió—: Muerte por herida de bala, los dos. Un disparo entre los ojos.

Me describió las grotescas muertes de Kathy y James Voskuhl, asesinados en su boda en el Rock and Roll Hall of Fame. Esta vez, el asesino no había esperado a que terminara la boda.

—¿Qué arma utilizó su asesino en Napa? —preguntó McBride.

—Una nueve milímetros —dije.

—Igual que aquí.

Retrocedí un poco mentalmente. «¿Cleveland? —Una voz gritaba dentro de mí—. ¿Qué hace Barbarroja en Ohio?». Teníamos una buena pista, sabíamos donde elegía a sus víctimas. ¿Lo sabía él? Y si era así, ¿cómo?

O bien el caso de Cleveland era obra de un imitador, lo cual era perfectamente posible, o bien nuestro caso estaba tirando por otros derroteros y podía llevarnos a cualquier parte.

—¿Tiene fotografías de la escena del crimen, McBride? —pregunté.

McBride gruñó.

—Sí. Las tengo delante. Son horribles. Sexualmente explícitas.

—¿Tiene una buena visión de las manos?

—Sí, ¿qué quiere saber de las manos?

—¿Qué llevaban, McBride?

Le oí hojear las fotos.

—¿Se refiere a anillos?

—Bien pensado, inspector. Sí.

Rezaba para que no fuera nuestro hombre. Cleveland... eso hacía añicos todo lo que me había hecho pensar que estaba a nuestro alcance. ¿Barbarroja iba a actuar por todo el país?

Al cabo de un momento, McBride me confirmó exactamente lo que no quería oír.

—No llevan alianzas.

El hijo de puta se movía. Le habíamos preparado una emboscada donde creíamos que iba a aparecer, y estaba a tres mil kilómetros de distancia. Había asesinado a una pareja en pleno banquete de boda en Ohio. ¡Mierda, mierda, mierda!

—¿Dice que encontraron los cuerpos en una postura sexualmente explícita? —pregunté a

McBride desanimada.

El policía de Cleveland dudó, pero finalmente dijo:

—Al novio, le dispararon mientras estaba sentado en el excusado. Allí le encontramos. Sentado, con las piernas abiertas. A la novia, también la mataron dentro del excusado, cuando entraba. Había bastantes partes de su cerebro en la puerta que lo confirman. Pero, cuando la encontramos, estaba arrodillada. Con la cabeza metida entre las piernas del novio.

Callé mientras me formaba la imagen en la mente y, a cada momento, odiaba más a aquel hijo de puta cruel e inhumano.

—Imágínese... como en una felación —dijo finalmente McBride—. Mis investigadores quieren hacerle algunas preguntas.

—Háganmelas personalmente. Estaré allí mañana.

A las seis y media de la mañana siguiente, Raleigh y yo íbamos camino de Cleveland, nada más y nada menos. McBride fue a buscarnos al aeropuerto. No era como me lo había imaginado. No era fofo, ni de mediana edad, ni católico irlandés. Era fuerte, anguloso, tenía treinta y ocho años y era negro.

—Es más joven de lo que me imaginaba —dijo sonriéndome.

—Y usted menos irlandés, sin duda.

De camino a la ciudad nos puso al día de los detalles.

—El novio era de Seattle. Estaba en el mundo de la música. Trabajaba con grupos de rock. Era productor... o algo relacionado con el marketing. La novia era de Ohio, de Shaker Heights. Su padre es un abogado de empresa. La chica era bonita, pelirroja, pecosa y llevaba gafas.

Cogió un sobre de la guantería y me lo pasó a mí, que estaba sentada a su lado. El sobre contenía una serie de fotos brillantes de la escena del crimen: escuetas, gráficas; en cierto modo, parecían fotos de un asesinato de los bajos fondos. El novio estaba sentado en el excusado con una expresión de sorpresa y con la parte superior de la cabeza destrozada. La novia estaba caída sobre sus rodillas, y encima de un charco de sangre de los dos.

Con la visión de la pareja, me invadió un miedo frío. Mientras el asesino se movía por el norte de California, tenía la sensación de que estaba a nuestro alcance. Ahora, estaba fuera de control.

Interrogamos a McBride sobre el lugar del banquete: cómo podían haber ido a parar las víctimas al baño de caballeros y cómo era la seguridad del Hall of Fame.

Cada respuesta me convencía más de que se trataba de nuestro hombre. «¿Qué hacía allí?».

Salimos de la autopista en Lake Shore Boulevard y nos encontramos ante una hilera de rascacielos modernos.

—Es allí —dijo McBride.

A lo lejos, vi el Rock and Roll Hall of Fame que relucía como una joya. Un asesino pervertido había actuado en el centro de reuniones más famoso de la ciudad. En aquel momento, podía ser que hubiera vuelto a San Francisco, o que estuviera en Chicago, en Nueva York, en Topeka. Podía estar planificando otro horrible asesinato. O quizá estaba en una habitación de hotel de la plaza, observando nuestra llegada.

Barbarroja podía estar en cualquier parte.

Era la tercera vez en dos semanas que tenía que ver una de aquellas horrendas escenas de crimen doble.

McBride nos llevó al segundo piso y, después de cruzar una sala vacía y un poco fantasmagórica, por donde no pasaba nadie, llegamos a un baño sellado con cinta amarilla y custodiado por policías.

—En un baño público —me dijo Raleigh—. Cada vez se pone más desagradable.

Esta vez no había cadáveres, ni descubrimientos horribles. Hacía mucho que se habían llevado los cadáveres al depósito. En su lugar, había perfiles hechos con cinta y tiza; y fotos del crimen en blanco y negro que revolvían el estómago, pegadas con cinta a las paredes.

Me imaginé lo que había pasado. Primero habían matado al novio, y su sangre había salpicado la pared del excusado. Barbarroja había esperado, y había sorprendido a la novia cuando entraba, y después había colocado a Kathy Voskuhl en una postura provocativa entre las piernas de su marido. La había deshonrado.

—¿Por qué vinieron aquí los dos en plena boda? —preguntó Raleigh.

McBride señaló una de las fotos de la escena del crimen de la pared.

—Encontramos un canuto al lado de James Voskuhl. Debió de venir aquí a fumar. Y supongo que la novia se apuntó.

—¿Nadie vio nada? ¿No salieron de la fiesta con nadie?

McBride negó con la cabeza.

Sentí la misma rabia desbordada que había sentido ya dos veces. Odiaba a aquel asesino. Aquel destructor de sueños. Con cada muerte, lo odiaba un poco más. El hijo de puta se burlaba de nosotros. Cada asesinato era una declaración. Y cada vez era un poco más degradante.

—¿Qué clase de seguridad tenía la fiesta de ayer? —pregunté.

McBride se encogió de hombros.

—Todas las salidas, menos la principal, estaban cerradas. Había un guardia en la recepción. Todos los invitados llegaron al mismo tiempo. Había un par de guardias que circulaban; pero, en general, en estas fiestas, no les gusta tener mucha vigilancia.

—He visto cámaras por todas partes —insistió Raleigh—. Tienen que tener algo grabado.

—Eso espero —dijo McBride—. Les presentaré a Sharp, es el jefe de seguridad. Podemos ir

ahora mismo.

Andrew Sharp era un hombre aseado y delgado, con la barbilla estrecha y cuadrada, y con los labios pálidos. Parecía asustado. Hacía solo un día, su trabajo era cómodo y agradable; ahora, se le echaban encima la policía y el FBI.

Tener que explicarlo todo a dos policías de San Francisco no contribuyó a tranquilizarle. Nos hizo entrar en su despacho, sacó un Marlboro Light de un paquete y miró a Raleigh.

—Tengo una reunión con el director ejecutivo dentro de ocho minutos.

No nos tomamos la molestia de sentarnos.

—¿Sus guardias notaron algo fuera de lo normal? —pregunté.

—Había trescientos invitados, inspectora. Todos estaban en la sala de la entrada. Mis empleados no suelen interferir, solo se encargan de que no se acerquen a las exposiciones los que han bebido demasiado.

—¿Por dónde cree que podría haber salido el asesino?

Sharp hizo girar su silla y señaló un plano del museo colgado en la pared.

—O bien por la entrada principal, aquí, que es por donde han entrado ustedes, o bien por una puerta que dejamos abierta en el porche de atrás. Da a Lake Walk. En verano, ponen una cafetería. Está lleno de trastos, pero las familias querían que estuviera abierta.

—Dispararon dos tiros —dije—. ¿Nadie oyó nada?

—Eran familias de clase alta. ¿Cree que habrían querido que mis guardias se pasearan por allí? Ponemos a dos o tres hombres para que los invitados no se pasen y no se metan en zonas prohibidas. ¿Cree que debería poner guardias a patrullar los pasillos que llevan a los lavabos? ¿Qué se van a llevar? ¿Papel higiénico?

—¿Y las cámaras de seguridad? —preguntó Raleigh.

Sharp suspiró.

—Tenemos cámaras en todas las salas de exposición. En las entradas principales... y una visión general del vestíbulo principal. Pero no hay cámaras en los pasillos donde tuvieron lugar los disparos, ni en los lavabos. De todos modos, en este momento, la policía está enseñando las cintas a los familiares. Sería mucho más fácil si supiéramos a quién buscamos.

Busqué dentro de mi maletín y saqué una copia de un dibujo muy esquemático, que mostraba una cara delgada con una barbilla prominente, el pelo peinado hacia atrás y una barba de chivo un poco rojiza.

—¿Por qué no empezamos por este?

McBride tenía que volver a su despacho para hacer un comunicado a la prensa sobre la investigación. Yo necesitaba pensar en la razón por la que el asesino había ido hasta Cleveland y en qué relaciones, si es que existían, tenía este asesinato con los nuestros de San Francisco. El siguiente paso era hablar con los padres de la novia.

Shaker Heights era un barrio lujoso, de clase alta, que estaba en pleno esplendor veraniego. En todas las calles, las casas estaban bien sombreadas por árboles y rodeadas de jardines bien cuidados. Uno de los agentes de McBride me acompañó mientras Raleigh iba al Lakefront Hilton a entrevistarse con la familia del novio.

La casa de los Kogut era acogedora, de ladrillo rojo y estilo normando; estaba cubierta por una bóveda de altos robles. La hermana mayor de la novia me recibió en la puerta, y se presentó como Hillary Bloom. Me hizo pasar a un estudio confortable y lleno de cuadros, libros, un televisor con una pantalla enorme, fotos de las dos hijas de pequeñas, bodas...

—Kathy fue siempre la rebelde —explicó Hillary—. Era un espíritu libre. Tardó un tiempo en encontrarse a sí misma, pero ya estaba sentando cabeza. Tenía un buen trabajo, era publicista para una empresa de Seattle. Allí conoció a James. Se estaba centrando.

—¿Centrando después de qué? —pregunté.

—Ya le he dicho que... era un espíritu libre. Kathy era así.

Entraron en la habitación los padres de la novia, Hugh y Christine Kogut. Fui testigo de la mirada desorientada y vidriosa de las personas cuya vida acaba de hacerse añicos.

—Siempre rompía en seguida con sus novios —admitió la madre en un cierto momento—, pero también era una apasionada de la vida.

—Solo era joven —dijo el padre—. Quizá la habíamos mimado demasiado. Siempre tuvo una gran necesidad de experimentar cosas nuevas.

En las fotos, con el pelo rojizo y fino y los ojos desafiantes, vi la misma alegría de vivir que el asesino sin duda había visto en sus primeras dos víctimas. Me hizo sentir triste y fatigada.

—¿Saben por qué estoy aquí? —pregunté finalmente.

El padre asintió.

—Para descubrir si hay alguna relación con aquellos crímenes horribles que se cometieron en la Costa Oeste.

—¿Pueden decirme si Kathy tenía alguna relación con San Francisco?

Pude ver cómo se instalaba una expresión de lúgubre aceptación en sus rostros.

—Después de la universidad, vivió allí varios años —dijo la madre.

—Estudió en la UCLA —dijo su padre—. Estuvo un par de años en Los Ángeles. Quería trabajar en el cine. Empezó con un contrato temporal en la Fox. Después encontró un empleo de publicista en San Francisco, relacionado con la música. No paraba. Fiestas, promociones y cosas sin duda peores. No nos hacía ninguna gracia, pero Kathy estaba convencida de que era su gran oportunidad.

¡Había vivido en San Francisco! Les pregunté si habían oído hablar de Melanie Weil o de Rebecca Passeneau.

No les sonaban de nada.

—¿Recuerdan alguna relación que terminara muy mal? ¿Alguien que, por celos u obsesión, pudiera haber deseado hacerle daño?

—La temeridad fue siempre la base de las relaciones de Kathy —dijo Hillary, tensa.

—Se lo advertí. —Su madre meneó la cabeza—. Siempre quería hacer las cosas a su manera.

—¿Les mencionó a alguien en especial de la época en que vivió en San Francisco?

Todos miraron a Hillary.

—No. A nadie en especial.

—¿No se les ocurre nadie? Vivió allí una buena temporada. ¿No siguió viéndose con nadie cuando se mudó?

—Creo recordar que dijo que seguía yendo a San Francisco de vez en cuando —dijo su padre—. Por trabajo.

—Las malas costumbres son difíciles de romper —comentó Hillary irónicamente, con los labios apretados.

Existía alguna conexión. Un contacto de los años que había vivido allí. Alguien había ido hasta Cleveland para matarla.

—¿Había algún invitado de San Francisco en la boda? —pregunté.

—Había una amiga —dijo el padre.

—Merrill —dijo la madre—. Merrill Cole. Ahora se llama Shortley. Creo que se aloja en el Hilton si todavía está aquí.

Saqué el dibujo que teníamos del posible aspecto del asesino.

—Sé que es muy esquemático, pero ¿le han visto alguna vez? ¿Les recuerda a alguien que Kathy conociera? ¿Vieron a alguien así en la boda?

Uno por uno, los Kogut negaron con la cabeza.

Me levanté para marcharme. Les dije que, si se les ocurría algo, por insignificante que pudiera parecerles, se pusieran en contacto conmigo. Hillary me acompañó a la puerta.

—Hay otra cosa —dije aun sabiendo que era muy cogido por los pelos—. Por casualidad, ¿compró Kathy el vestido de novia en San Francisco?

Hillary me miró sin comprender y negó con la cabeza.

—No, en una tienda de toda la vida, en Seattle.

De entrada, la respuesta me decepcionó. Pero en seguida, en un instante, vi que esta era

exactamente la conexión que buscaba. Los primeros dos asesinatos los había cometido alguien que acechaba a sus víctimas de lejos. Por eso, las había encontrado en la tienda. Las había seguido.

Kathy había sido elegida de otra manera. Estaba segura de que quien la había matado la conocía.

Fui directamente al Hilton en Lake Shore Boulevard y alcancé a Merrill Shortley justo cuando se preparaba para marcharse al aeropuerto. Era una mujer elegante de unos veintisiete años, con el pelo largo hasta los hombros, de color marrón oscuro y recogido en un moño.

—Estuve despierta toda la noche con un grupo de amigos —dijo disculpándose por las profundas ojeras—. Me gustaría quedarme, pero quién sabe cuándo entregarán el cadáver. Tengo un niño de un año.

—Los Kogut me han dicho que usted vive en San Francisco.

Se sentó en el borde de la cama, frente a mí.

—En Los Altos. Fui a vivir allí hace dos años, cuando me casé.

—Necesito saber de la vida de Kathy Kogut en San Francisco —expliqué—. Amantes. Rupturas. Alguien que tuviera alguna razón para hacer esto.

—¿Cree que conocía a este loco? —dijo con crispación.

—Quizá, Merrill. Usted puede ayudarnos a decidirlo. ¿Nos ayudará?

—Kathy salía con muchos chicos —dijo Merrill después de pensarlo—. Siempre fue muy libre en esos asuntos.

—¿Me está diciendo que era promiscua?

—Si quiere llamarlo así. Gustaba a los hombres. En aquella época, hubo mucho movimiento. Música, cine. Cosas alternativas. Todo lo que la hacía sentir viva.

Empezaba a hacerme una idea.

—¿Eso incluye las drogas?

—Ya le he dicho que todo lo que la hacía sentir viva. Kathy consumía drogas para pasarlo bien.

Merrill, aunque era bonita, tenía la cara endurecida, típica de una superviviente de la calle que se ha reconvertido en mamá devota.

—¿Se le ocurre alguien que pudiera querer hacerle daño? ¿Alguien que estuviera exageradamente fascinado por ella? ¿Que se pusiera celoso, quizá, cuando ella se marchó?

Merrill se lo pensó un momento, pero meneó la cabeza.

—No se me ocurre nadie.

—¿Eran buenas amigas?

Ella asintió y, al mismo tiempo, ocultó los ojos.

—¿Por qué se marchó de la ciudad?

—Encontró un trabajo estupendo. Debió de parecerle que por fin subía en el escalafón. Era lo que querían sus padres. El estilo de Shaker Heights. Perdona, pero tendría que irme.

—¿Cree posible que Kathy estuviera huyendo de algo?

—Cuando vives como vivíamos nosotras, siempre estás huyendo de algo. —Merrill Shortley se encogió de hombros y me miró con expresión aburrida.

Merrill tenía una actitud y una frialdad que no me gustaban. Todavía se rodeaba del aura cínica de un pasado disoluto. Y sospechaba que me ocultaba algo.

—¿Qué hizo usted entonces, Merrill? ¿Se casó con el rey del mambo de Silicon Valley?

Ella negó con la cabeza, pero sonrió un poco.

—Con un director financiero.

Me incliné hacia ella.

—¿Dice que no recuerda a nadie en especial? ¿Alguien con quien siguiera viéndose? ¿Alguien a quien temiera?

—De aquellos años —dijo Merrill Shortley—, me cuesta recordar a personas concretas.

—Era su amiga —dije levantando la voz—. ¿Quiere que le enseñe cómo está ahora?

Merrill se levantó, fue hacia el armario y empezó a meter artículos de tocador y maquillaje en una bolsa de piel. En un cierto punto, se detuvo y se vio reflejada en el espejo. Miró por encima del hombro y me vio mirándola.

—Me acuerdo de un tipo importante que salía con Kathy. Un pez gordo. Mayor que ella. Dijo que yo sabría quién era, pero no quiso decirme cómo se llamaba. Creo que lo conoció por el trabajo. Recuerdo que estaba casado. No sé cómo acabó, ni quién lo acabó, o si se acabó.

Empezó a subirme la adrenalina.

—¿Quién es, Merrill? Puede que matara a su amiga.

Merrill negó con la cabeza.

—¿No lo vio nunca?

Volvió a negar con la cabeza, y yo insistí.

—¿Usted es la amiga de aquella época que invita a su boda y nunca lo vio? ¿No sabe ni un nombre?

Me miró con una sonrisa fría.

—Era muy protectora. No me lo contaba todo. Palabra de honor, inspectora. Siempre supuse que era un personaje público.

—¿La vio a menudo en los últimos dos años?

Merrill volvió a mover la cabeza negativamente. Se estaba portando como una zorra, como una nueva rica de Silicon Valley.

—Su padre me ha dicho que Kathy seguía yendo a la ciudad. Por trabajo.

Merrill se encogió de hombros.

—No lo sé. Tengo que irme.

Abrí el maletín de golpe y saqué una de las fotos de la escena del crimen que me había dado McBride, en la que se veía a Kathy con los ojos muy abiertos, caída y ensangrentada, frente a su

marido.

—Alguien que la conocía le hizo esto. ¿Quiere que la estén esperando en el aeropuerto y la encierren en una celda por negarse a proporcionar información como testigo? Puede llamar al abogado de su marido, pero pasará dos días encerrada antes de que la saquen. ¿Cómo reaccionará la sociedad de la alta tecnología ante esta noticia? No representa ningún problema hacer que se publique en el *Chronicle*.

Merrill se apartó de mí y le temblaba la barbilla.

—No sé quién era. Solo sé que era mayor que ella y que estaba casado, que era un hijo de puta importante. Era un perverso, y de los peores. Kathy decía que hacía números sexuales con ella. Pero, fuera quien fuera, ella era muy reservada y le protegía. El resto tendrá que averiguarlo usted.

—Seguía viéndose con él, ¿verdad? —Empezaba a verlo claro—. Cuando se fue a vivir a Seattle, cuando ya conocía a su futuro marido.

Merrill me miró con una sonrisa casi inexistente.

—Acertó, inspectora. Hasta el final.

—¿Hasta cuándo?

Merrill Shortley descolgó el teléfono.

—Habitación 402. Prepárenme la factura. Tengo prisa.

Se levantó, se colgó un bolso de Prada al hombro y un impermeable que parecía caro en el brazo. Me miró y dijo secamente:

—Hasta el mismo final.

—No me extraña que la novia no se vistiera de blanco —dijo Raleigh frunciendo el ceño cuando le conté lo que me había dicho Merrill Shortley.

Para cenar, McBride nos había recomendado Nonni's, un restaurante italiano cerca del lago, a poca distancia de nuestro hotel.

Raleigh no había sacado nada especial de su conversación con los padres del novio.

James Voskuhl era un músico con ambiciones que se había movido por los bordes de la escena musical de Seattle, y había acabado haciendo de representante de un par de grupos prometedores. No tenía relaciones conocidas con San Francisco.

—El asesino conocía a Kathy —dije—. ¿Cómo iba a encontrarla si no? Tenían alguna relación.

—¿Hasta el final? —musitó él.

—Hasta el mismo final —contesté—. Lo que quiere decir que quizá también aquí, en Cleveland. Kathy no era una chica del coro precisamente. Merrill dice que el hombre es mayor que ella, casado, pervertido y agresivo. Se ajusta a la pauta de los asesinatos. Alguno de los conocidos de Kathy en San Francisco tiene que haber visto a Barbarroja. Alguien lo sabe. Merrill asegura que Kathy protegía a su amante, seguramente porque era famoso.

—¿Crees que esta Merrill Shortley sabe algo más?

—Puede ser. O la familia. Tuve la sensación de que me ocultaban algo.

Raleigh había pedido un Chianti del 97 y, cuando nos lo sirvieron, brindamos.

—Por David y Melanie, Michael y Becky, James y Kathy.

—Brindemos por ellos cuando pillemos a ese asqueroso hijo de puta —dije.

Era la primera vez que estábamos a solas en Cleveland y, de repente, me puse nerviosa. Teníamos toda una noche por delante y, por mucho que habláramos del caso o que bromeáramos con aquello de «esto no es una cita», había algo tenso, una nota baja que tañía dentro de mí, diciéndome que no era el mejor momento para empezar nada, ni siquiera con alguien tan guapo y encantador como Chris Raleigh.

Entonces ¿por qué me había puesto un jersey azul pálido y unos pantalones elegantes en lugar de seguir con la camisa de punto y con los pantalones de algodón que había llevado durante el día?

Pedimos. Yo comí osobuco, espinacas y una ensalada; Raleigh comió ternera.

—¿Quizá fue alguien de su empresa? —dijo Raleigh—. ¿O relacionado con su trabajo?

—Le he pedido a Jacobi que hable con su empresa de Seattle. El padre de Kathy dice que seguía yendo a San Francisco por trabajo. Quiero saber si es verdad.

—¿Y si no?

—Entonces, o ella ocultaba algo, o su familia lo oculta ahora.

Raleigh bebió un sorbo de vino.

—¿Por qué iba a casarse si todavía estaba liada con ese tipo?

Me encogí de hombros.

—Todos dicen que Kathy estaba sentando cabeza. Me gustaría saber cómo era en aquella época si esto era sentar cabeza.

Estaba pensando que quería volver a hablar con Hillary, la hermana. Recordaba algo que había dicho. «Las malas costumbres son difíciles de romper». Creí que hablaba de drogas o de fiestas. ¿Se refería a Barbarroja?

—McBride dice que mañana por la mañana podremos ver las cintas del museo.

—Ese hombre estaba allí, Raleigh —aseguré—. Estaba allí aquella noche. Kathy conocía a su asesino. Tenemos que descubrir quién es.

Raleigh me sirvió un poco más de vino.

—Somos compañeros, ¿verdad, Lindsay?

—Claro —contesté un poco sorprendida por la pregunta—. ¿No ves que confío en ti?

—Quiero decir que hemos vivido ya tres asesinatos dobles, estamos decididos a acabar con ellos, te apoyé ante Mercer. Incluso te ayudé a fregar los platos después de cenar en tu casa.

—Sí, ¿y qué? —dije sonriendo.

Pero su cara era seria y yo no entendía adónde quería ir a parar.

—Pues que ya sería hora de que empezaras a llamarme Chris.

Después de cenar, Chris y yo volvimos caminando al hotel por el paseo bordeado de árboles que había frente al lago. Una brisa fresca y húmeda me acariciaba la cara.

No hablamos mucho. Aquella aprensión nerviosa aún me recorría la piel.

De vez en cuando, nuestros brazos se tocaban. Él se había quitado la chaqueta, y el sólido perfil de sus hombros y sus brazos resaltaba bajo la camisa. Y no es que yo me estuviera fijando especialmente en detalles como estos.

—Todavía es pronto —dijo.

—Las cinco y media, hora nuestra —contesté—. Todavía podría encontrar a Roth. Quizá debería ponerle al día.

Raleigh sonrió.

—Ya has llamado a Jacobi. Seguro que estaba en el despacho de Roth antes de que colgaras el teléfono.

Mientras caminábamos, era como si aquella fuerza irresistible me acercara a él y, al mismo tiempo, me apartara de su lado.

—Bueno —dije—, por una vez, no tengo ganas de llamar.

—¿De qué tienes ganas? —preguntó Raleigh.

—De pasear.

—Juegan los Indians. ¿Quieres que nos colemos? El partido debe de ir por la mitad.

—Somos policías, Raleigh.

—Claro, no estaría bien. ¿Quieres ir a bailar?

—No —dije con firmeza—. No quiero bailar. —Todas las palabras estaban cargadas con un mensaje oculto y electrizado—. Lo que empiezo a sentir —dije mirándolo— son dificultades para acordarme de llamarte Chris.

—Y lo que yo empiezo a sentir —respondió mirándome— son dificultades para seguir fingiendo que no pasa nada.

—Ya lo sé —murmuré sin aliento—. Pero no puedo.

Aunque fuera una estupidez, por mucho que quisiera, dentro de mí, existía una vacilación mayor que me retenía.

—Ya lo sé..., pero no puedo. ¿Eso qué significa?

—Significa que yo también siento que pasa algo y que una parte de mí quiere seguir adelante. Pero ahora no, creo que no puedo. Es complicado, Chris. —Tenía todos los nervios del cuerpo alerta.

Nos pusimos a caminar otra vez, y la brisa del lago me refrescó el sudor que había empezado a resbalarme por la nuca.

—¿Quieres decir que es complicado porque trabajamos juntos?

—Eso —mentí. Había salido un par de veces con otros policías.

—Eso... ¿y qué más? —preguntó Raleigh.

Mil deseos en mi interior gritaban para que me rindiera. Lo que pasaba por mi cabeza era una locura. Quería que me tocara y, a la vez, no lo quería. Estábamos solos delante del lago. Si me abrazaba en ese momento, si se inclinaba y me besaba, no sé lo que habría hecho.

—Yo sí quiero —dije buscando su mano con los dedos y mirándole directamente a sus ojos azules.

—No me lo cuentas todo —dijo él.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no confesar. No sé por qué no lo hice. Una gran parte de mí quería que él me quisiera y que siguiera pensando que yo era fuerte. Sentía el calor que desprendía su cuerpo, y pensaba que él debía sentir las vacilaciones del mío.

—Ahora no puedo —dije con suavidad.

—Sabes que no siempre seré tu compañero, Lindsay.

—Ya lo sé. Y quizá no siempre tenga que decir que no.

No sé si me decepcionó o me alivió ver el hotel delante. Una parte de mí quería ir corriendo a la habitación, abrir las ventanas y respirar el aire de la noche.

Tuve suerte de no tener que tomar aquella decisión porque Raleigh me cogió por sorpresa. Se inclinó sin avisar y apretó sus labios contra los míos. El beso fue muy tierno, como si me estuviera preguntando: «¿Está bien así?».

Permití que el beso se alargara. «Manos tiernas..., labios tiernos».

No era que no me hubiera imaginado que aquello podía ocurrir. Era tal como me lo había imaginado. Quería mantener el control, pero había salido así, sin más, y yo me rendí. Sin embargo, en cuanto empezaba a entregarme, el miedo volvió a apoderarse de mí..., el miedo a una realidad sin escapatoria. Bajé la cabeza y me aparté suavemente.

—Ha estado bien. Al menos, a mí me ha gustado —dijo Raleigh apoyando su frente contra la mía.

Moví la cabeza afirmativamente, pero dije:

—No puedo, Chris.

—¿Por qué siempre te apartas de mí, Lindsay? —preguntó.

Quería decirle: «Porque te estoy engañando», y contarle todo lo que pasaba; pero me conformé con engañarlo, aunque lo hice con una añoranza que hacía años que no sentía.

—Solo pienso en atrapar a Barbarroja —contesté.

A la mañana siguiente, recibimos un mensaje del inspector McBride para que nos encontráramos con él en el despacho de Andrew Sharp del Hall of Fame. Habían encontrado algo en las filmaciones.

En una sala de reuniones escasamente decorada, el jefe de seguridad del museo, McBride y varios investigadores de Homicidios del Departamento de Policía de Cleveland estaban sentados frente a una pantalla de vídeo muy grande, empotrada en un armario de nogal.

—Al principio —explicó Sharp dándose aires—, pasamos las películas al azar para los familiares, y nos deteníamos siempre que salía algún desconocido. Gracias a su retrato —dijo dirigiéndose a mí—, hemos podido concretar la búsqueda.

Apuntó un mando a distancia hacia la pantalla.

—Lo primero que verán es la entrada principal.

Se encendió la pantalla y vimos la típica película en blanco y negro de vigilancia. La escena era realmente curiosa. Llegaban de golpe varios invitados alegremente vestidos, muchos de ellos disfrazados de rockeros famosos.

Uno era Elton John. Su pareja llevaba el pelo teñido de varios colores y tonos, a lo Cyndi Lauper. Reconocí a Chuck Berry, a Michael Jackson, a un par de Madonnas, a Elvis, a Elvis Costello.

Sharp hizo avanzar la película, y daba la sensación de ver fotogramas editados individualmente y superpuestos. Llegó una pareja mayor con vestidos de fiesta tradicionales. Detrás de ellos, casi pegado a sus espaldas, llegó un hombre que se escondía claramente de la cámara y que ocultaba la cara.

—¡Ahí! —gritó Sharp.

¡Lo vi! El corazón me latía alocadamente en el pecho. ¡El jodido Barbarroja!

Era una imagen malísima y granulada. El hombre pasaba a toda prisa, escondiéndose. Quizá había ido antes al museo para saber dónde estaban las cámaras de seguridad. Quizá era lo bastante listo para evitar un plano directo. En todo caso, se confundió con la gente y desapareció.

Se me hizo un nudo de rabia en el pecho.

—¿Puede retroceder y pararlo? —dije a Sharp—. Necesito verle la cara.

Levantó el mando a distancia y la imagen se amplió.

Me puse de pie. Tenía delante una imagen parcialmente ensombrecida de la cara del asesino.

No le veía los ojos ni los rasgos de la cara con claridad. Solo un perfil difuminado. Una barbilla prominente. Y el contorno de una barba de chivo.

No tenía ninguna duda de que se trataba del asesino. No sabía cómo se llamaba. Apenas le podía ver la cara. Pero tenía delante la imagen borrosa que ya había esbozado mentalmente con Claire.

—¿No se puede enfocar más? —insistió Raleigh.

Un empleado del departamento técnico del museo contestó:

—Podríamos intentar ampliarlo tecnológicamente. Con esta película barata, no podemos hacer más.

—Más adelante lo hemos encontrado otra vez —dijo Sharp.

Hizo avanzar la película rápidamente y la detuvo en una panorámica del Gran Salón, en la sala donde se había celebrado la recepción. A continuación, enfocó al mismo hombre, con esmoquin y de pie, que observaba a la gente, un poco apartado. Desgraciadamente, cuando amplió la imagen, la figura se volvió granulada y perdió resolución.

—Evita apostar a mirar a las cámaras —dijo a Raleigh en voz baja—. Sabe dónde están.

—Les pasamos las imágenes a las dos familias —dijo Sharp—. No le conocen. No pueden identificarle. Podría ser que no fuera él. Pero teniendo en cuenta su dibujo...

—Es él —dijo con firmeza. Mis ojos ardían sin poder despegarse de la imagen granulada. Sabía que él era el asesino, y también estaba segura de que el hombre que veíamos era el misterioso amante de Kathy Voskuhl.

Hillary lo sabía. Estaba casi segura de ello, pero no podía imaginar por qué habría de ocultar algo que tenía relación con la muerte de su hermana. «Las viejas costumbres son difíciles de romper», había dicho. Quería volver a hablar con ella y, por eso, la llamé a la casa familiar de Shaker Heights.

—Ayer hablé con Merrill Shortley —dije—, y necesitaría que me aclarara algunos detalles.

No quería ponerme demasiado dura. Ella acababa de perder a su hermana de una forma brutal.

La casa de sus padres estaba llena de personas afligidas y de dolor. No tenía ninguna obligación de hablar conmigo si no quería.

—Merrill me contó algunas cosas de Kathy. Sobre su forma de vida...

—Ya se lo dijimos —contestó ella a la defensiva—; pero también le dijimos que, después de conocer a James, había empezado a sentar cabeza.

—De eso me gustaría hablar con usted. Merrill recordó que Kathy se veía con un hombre en San Francisco.

—Creo que le dijimos que Kathy salió con muchos hombres.

—Este le duró mucho. Era mayor que ella. Estaba casado. Era una persona importante, seguramente famosa.

—No era la guardiana de mi hermana —se quejó Hillary.

—Necesito un nombre, señorita Bloom. Ese hombre podría ser su asesino.

—Lo siento, pero no la comprendo. Ya le dije lo que sabía. Mi hermana no confiaba en mí precisamente. Vivíamos de formas muy distintas. Estoy convencida de que ya sabe de qué le hablo: yo no estaba de acuerdo con muchas de las cosas que ella hacía.

—Usted me dijo algo la primera vez que hablamos. «Las viejas costumbres son difíciles de romper». ¿A qué costumbres se refería?

—Me temo que no la entiendo. La policía de Cleveland ya se encarga del caso, inspectora. ¿No puede dejarles hacer su trabajo?

—Solo intento ayudarles, señorita Bloom. ¿Por qué se fue Kathy de San Francisco? Creo que lo sabe. ¿Alguien estaba abusando de ella? ¿Kathy tenía problemas?

Hillary parecía asustada.

—Le agradezco lo que intenta hacer, pero voy a colgar, inspectora.

—Va a salir a la luz de todos modos, Hillary. Siempre es así. Una agenda. Una factura de teléfono. No se trata solo de Kathy. Han muerto cuatro personas más en California. Tenían tantas esperanzas puestas en el futuro como su hermana, y se lo merecían tanto como ella.

Oí un pequeño sollozo en su voz.

—No sé de qué me habla.

Pero aún sentía que tenía una oportunidad.

—Lo que le diré es la verdad más brutal del asesinato. Como inspectora de Homicidios he aprendido algo, y esto es que el guion no está escrito. Ayer usted era una víctima inocente, pero ahora también está metida en ello. Este asesino volverá a matar, y usted se arrepentirá toda la vida de no habérmelo contado todo.

El silencio que siguió pesó como una losa. Yo sabía lo que significaba. Era la lucha de Hillary Bloom con su conciencia.

Oí un clic. Había colgado el teléfono.

El vuelo que iba a llevarnos a San Francisco salía a las cuatro de la tarde. Me daba una rabia espantosa irme sin un nombre. Sobre todo, cuando sentía que estaba tan cerca de conseguirlo.

«Un personaje famoso. Perverso».

¿Por qué le protegían?

De todos modos, habíamos avanzado mucho en dos días. Para mí, era evidente que los tres asesinatos los había cometido la misma persona. Teníamos una pista que lo vinculaba a San Francisco, una posible identidad y una descripción confirmada. El rastro estaba caliente y se calentaría aún más cuando llegáramos a casa.

Cada policía local llevaría su investigación. Cleveland se pondría en contacto con la policía de Seattle para que registraran el piso de la novia. Quizá algo de sus efectos personales (una agenda de direcciones, una dirección de correo en su ordenador) nos diría quién era el amante de San Francisco. Mientras esperábamos para subir al avión en Cleveland, llamé a mi contestador automático. Un mensaje de Cindy, uno de Claire preguntando por mi viaje y por nuestro caso, y varios periodistas pidiendo declaraciones sobre el crimen de Cleveland.

A continuación, oí la voz grave de Merrill Shortley. Me dejaba su número de teléfono en California. Marqué el número lo más rápido que pude. Contestó una criada y, de fondo, oí los lloros de un niño. Cuando se puso Merrill, me di cuenta de que parte de su barniz de frialdad se había agrietado.

—Estuve pensando —empezó— que ayer me olvidé de decirle algo.

—¿Ah, sí? Me alegro de oír eso.

—¿Se acuerda del hombre de que le hablé? ¿Aquel que salía con Kathy en San Francisco? Le decía la verdad. Nunca me dijo su nombre.

—De acuerdo, la escucho.

—Pero hubo cosas... Ya le dije que no la trataba bien. Le gustaban los juegos sexuales fuertes, con accesorios y escenarios; incluso, creo que con filmaciones. El problema era que a Kathy le gustaban los juegos.

Merrill calló un momento antes de continuar.

—Bueno... Creo que él la convenció, la obligó a ir más lejos de lo que ella podía soportar. Recuerdo que Kathy tenía marcas en la cara y moratones en las piernas. Pero es que le había

sorbido la voluntad. Ninguna de las dos ligábamos precisamente con Tom Cruise en aquella época, pero hubo una temporada en que Kathy estaba realmente asustada. La tenía bajo su control.

Empezaba a ver adónde quería ir a parar.

—Por eso se mudó, ¿verdad? —dije.

Oí suspirar a Merrill Shortley.

—Sí, por eso.

—Entonces ¿por qué siguió viéndole cuando vivía en Seattle? Usted dijo que siguió viéndole hasta el final.

—No he dicho nunca —contestó Merrill Shortley— que Kathy supiera lo que le convenía.

La vida de Kathy Kogut empezaba a adquirir la forma de una tragedia inevitable. Estaba segura de que había ido a San Francisco, que había intentado deshacerse de las garras de aquel hombre, pero que no había podido liberarse de él.

¿Esto era válido también para las demás novias?

—Necesito un nombre, señora Shortley. No sabemos quién es, pero podría ser el asesino de su amiga. Hay cuatro personas más. Cuanto más tiempo esté libre, más posibilidades hay de que vuelva a matar.

—Ya le he dicho que no sé cómo se llama, inspectora.

Levanté la voz por encima del estruendo de la terminal.

—Merrill, alguien tiene que saberlo. Usted la conocía desde hacía años; se divertían juntas.

Merrill vaciló.

—A su manera, Kathy era leal. Decía que él era conocido. Un famoso. Alguien a quien yo conocería. Ella le protegía. O quizá se protegía a sí misma.

Pensé en el mundo del cine y de la música. Kathy estaba atrapada en un mal ambiente. Ya no podía más y, como suele hacer la gente cuando se siente atrapada, huyó. Pero no pudo ir suficientemente lejos.

—Debió de decirle algo —insistí—. ¿A qué se dedicaba este hombre? ¿Dónde vivía? ¿Dónde se veían? Ustedes eran como hermanas. —«¿No muy buenas hermanas?».

—Se lo juro, inspectora. Me he estado rompiendo la cabeza.

—Pues tiene que saberlo alguien. ¿Quién? Dígamelo.

Oí que Merrill Shortley soltaba una risita amarga.

—Pregúntenle a su hermana.

Antes de subir al avión, llamé a McBride y le dejé un detallado mensaje en el contestador. Probablemente el amante de Kathy era un personaje famoso. Por culpa suya, Kathy se había marchado de San Francisco. El perfil se ajustaba a la pauta de nuestro asesino. Hillary, la hermana de Kathy, podía saber su nombre.

En el avión, solo podía pensar que nos estábamos acercando al asesino.

Raleigh estaba sentado a mi lado. Cuando el avión despegó, me apoyé en su brazo, totalmente agotada.

Todos mis problemas físicos parecían estar a miles de kilómetros de distancia. Recordé algo que le había dicho yo a Claire: la idea de llegar a encontrar a aquel hijo de puta me daba fuerzas

para seguir adelante. El hombre de la barba rojiza que había huido en mi sueño.

—Lo vamos a detener —dije a Raleigh—. No podemos permitir que mate a dos novios más.

Al día siguiente, estaba en mi despacho a las ocho.

Podía seguir la investigación de varias formas. Hillary Bloom era la vía más directa, suponiendo —como había dado a entender Merrill— que pudiera darnos un nombre. Estaba claro que, de una forma retorcida, intentaba ahorrar a la familia el dolor adicional de la publicidad que se haría de Kathy cuando la describieran como una patética víctima sexual que engañaba a su futuro marido hasta el momento de la ceremonia.

Tarde o temprano, tendríamos un nombre. Por su hermana o por las investigaciones de Seattle.

Antes de hacer nada más, llamé a la consulta de Medved y pedí hora para recibir el tratamiento sanguíneo que había anulado a las cinco de la tarde. Después de hacerme esperar un momento, la recepcionista me dijo que el médico me recibiría personalmente.

Quizá eran buenas noticias. La verdad era que me sentía un poco más fuerte. Quizá el tratamiento empezaba a dar resultados.

Me resultaba difícil retomar la investigación donde la había dejado en San Francisco. Las mejores pistas estaban ahora en Cleveland. Estuve leyendo unos informes sobre todas y cada una de las pistas que seguía Jacobi, y celebramos una reunión del grupo de investigadores a las diez.

Las mejores pistas (el pelo y la Bridal Boutique de Saks) habían salido de mis encuentros con Claire y con Cindy. No pude resistirme a llamar a Claire un poco antes de las doce.

—Ponme al día —me dijo, con excitación—. Creía que éramos socias.

—Te lo contaré todo —contesté—. Llama a Cindy. Vamos a almorzar.

Estábamos las tres sentadas en un muro de piedra del City Hall Park, hincando el diente a los bocadillos de ensalada que habíamos comprado en una tienda del barrio. El Club de las Mujeres contra el Crimen se reunía de nuevo.

—Tenías razón —dije a Claire pasándole una copia de la foto de seguridad en que se veía a Barbarroja entrando a hurtadillas en la boda de Cleveland.

Claire la miró con gran concentración y no levantó la vista hasta que vio confirmada su primera conjetura física. Cuando lo hizo, fue sonriendo de una forma curiosa.

—Yo solo interpreté lo que este hijo de puta nos dejó.

—Puede ser —dije guiñándole un ojo—, pero estoy segura de que a Righetti se le habría escapado.

—Eso es verdad —admitió con una sonrisa de satisfacción.

Era un día de junio resplandeciente y fresco; el aire transportaba el aroma vigorizante del Pacífico. Los empleados de los despachos tomaban todo el sol que podían; las secretarias cotorreaban por grupos.

Les conté lo que había descubierto en Cleveland, pero no mencioné lo que había ocurrido con Chris Raleigh en el lago. Cuando terminé con la impactante revelación de Merrill Shortley, Cindy dijo:

—Quizá deberías haberte quedado en Cleveland, Lindsay.

Negué con la cabeza.

—No es mi caso. Fui solo como asesora. Ahora me encuentro entre tres jurisdicciones.

—¿Crees que Merrill Shortley sabe más de lo que dice? —preguntó Claire.

—No lo creo. Si supiera algo, me lo habría dicho.

—La novia debía de tener otras amigas —dijo Cindy—. Trabajaba en publicidad. Si ese tipo era famoso, quizá lo conoció por su trabajo.

Afirmé con la cabeza.

—Tengo un investigador dedicado a esto. Y la policía de Seattle va a registrar su piso.

—¿Dónde trabajaba cuando vivía aquí? —preguntó Claire.

—En una empresa llamada Bright Star Media. Parece que ella se dedicaba a la escena musical local.

Cindy tomó un sorbo de té frío.

—¿Quieres que vaya a echar un vistazo?

—¿Quieres decir como hiciste en el Hyatt? —dije.

Cindy sonrió.

—No, más bien como en Napa. Vamos..., soy periodista. Estoy todo el día con personas especializadas en sacarles los trapos sucios a los demás.

Mordí el bocadillo.

—De acuerdo —dije finalmente—. Adelante.

—Mientras tanto —preguntó Cindy—, ¿puedo publicar algo de lo que tenemos hasta ahora?

La mayor parte era confidencial. Si salía a la luz, apuntaría directamente a mí.

—Puedes publicar que el asesinato de Cleveland sigue la misma pauta que los dos de aquí, cómo se encontraron los cuerpos, el historial de la familia en Cleveland. Y, sobre todo, nada de Merrill Shortley. —Así, esperaba que el asesino creyera que nos estábamos acercando a él. Quizá esto haría que se lo pensara dos veces antes de volver a matar.

Cindy fue a comprar helados a un carrito que había cerca y Claire aprovechó el momento para preguntar:

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien?

Resoplé con fuerza y me encogí de hombros.

—Con el estómago revuelto y un poco mareada. Me dijeron que era de esperar. Esta tarde tengo otra sesión de tratamiento. Medved dice que pasará a verme. —Vi que Cindy se acercaba.

—Tomad —dijo Cindy. Llevaba tres helados.

Claire se apretó una mano sobre el pecho como si fuera a parársele el corazón.

—Necesito tanto un helado como Texas un viento cálido en agosto.

—Lo mismo digo. —Me reí. Era de mango y, con aquella enfermedad que me atacaba por dentro, tantas precauciones parecían una pérdida de tiempo.

Claire también acabó comiéndose el suyo.

—Veamos... lo que no nos has contado para nada —dijo haciendo chasquear la lengua— es lo que pasó entre tú y el señor Chris Raleigh en Ohio.

—Porque no hay nada que contar —dije encogiéndome de hombros.

—Al menos, podríais aprender a mentir los policías —comentó Cindy riéndose.

—¿Ahora escribes para la página seis? —contraataqué refiriéndome a la famosa sección de cotilleos del *Chronicle*.

Contra mi voluntad, me ruboricé. Los implacables ojos de Claire y de Cindy cayeron sobre mí, y me dejaron claro que era inútil resistirse.

Me senté en el muro al estilo yogui. Las puse al día del asunto: el baile largo y lento en mi piso, lo que provocó el comentario de Claire: «Tú no bailas, cariño. Tú cocinas». Les describí mi inquietud solo por estar sentada a su lado en el avión; los nervios del paseo por el lago; mis dudas, mi vacilación; los conflictos internos que me retenían.

—La verdad es que tuve que controlarme mucho para no arrancarle la ropa allí mismo, en el Lakefront Walk. —Me reí ante la idea.

—Lindsay, ¿por qué no lo hiciste? —dijo Claire abriendo mucho los ojos—. Seguro que te

habría sentado bien.

—No lo sé —dije meneando la cabeza.

Pero sí lo sabía, y aunque Claire intentara sonreír, también lo sabía. Me apretó la mano. Cindy nos miraba sin entender nada.

—Me encantaría ver la cara que pondría Cheery si os pillaran a los dos haciéndolo en el parque —bromeó Claire.

—Dos policías de San Francisco —anunció Cindy en tono de telediario—, que habían ido a Cleveland tras el asesino de dos novios, fueron descubiertos desnudos en los jardines del paseo del lago de la ciudad.

Las tres nos reímos como locas y me sentí mucho mejor.

Cindy se encogió de hombros.

—Eso, Lindsay, tendría que publicarlo.

—A partir de ahora —dijo Claire riendo—, me parece que el coche patrulla se va a poner muy húmedo.

—No creo que sea el estilo de Chris —dije yo en su defensa—. Olvidas que escucha The Shipping News.

—Vaya, ahora le llamas Chris, ¿eh? —dijo Claire con cara de éxtasis—. Y no estés tan segura. Edmund toca tres instrumentos, lo sabe todo de Bartók y de Keith Jarrett, pero está a punto en lugares de los más inesperados.

—¿Como por ejemplo? —pregunté, sorprendida.

Claire movió negativamente la cabeza.

—Lo que no quiero es que creas que porque un hombre se comporte con cierta dignidad va a seguir haciéndolo cuando se trata de eso.

—Venga —insistí—, tú lo has sacado. Ahora dilo.

—Digamos que en las literas de mi depósito no solo se han echado cadáveres no identificados.

Casi se me cae el helado al suelo.

—No puede ser. ¿Tú? ¿Y Edmund?

A Claire le temblaban los hombros de la risa.

—Ya que he llegado tan lejos... Una vez lo hicimos en un palco de la sinfónica. Después del ensayo, claro.

—Pero ¡de qué vais! ¿Vais dejando vuestra marca por todas partes como los perros o qué? —exclamé.

La cara redonda de Claire se ensanchó de pura satisfacción.

—Bueno, esto fue hace mucho tiempo. Aunque ahora que lo pienso, lo del despacho del forense fue en la fiesta de Navidad. No fue hace tanto.

—Ya que estamos desnudando nuestras almas —intervino Cindy—, cuando entré a trabajar en el *Chronicle* tuve un lío con uno de los periodistas de la sección de Arte y Literatura. Nos veíamos en la biblioteca, en los pasillos remotos de la sección inmobiliaria. Allí no va nunca nadie.

Cindy bajó la cabeza, avergonzada, pero Claire se desternillaba encantada.

Yo estaba asombrada. Estaba enterándome de la faceta oculta y disimulada de una persona a la que conocía desde hacía diez años. Pero también me sentía un poco avergonzada. Yo no tenía nada que contar.

—A ver —dijo Claire mirándome—. ¿Qué va a sacar del armario la inspectora Boxer?

Intenté recordar un solo momento en que hubiera hecho algo totalmente alocado. La verdad es que, en cuestiones de sexo, no soy una persona reprimida; pero, por mucho que me remontara en el pasado, mis pasiones siempre habían acabado entre sábanas.

Me encogí de hombros, sin nada que decir.

—Pues manos a la obra —dijo Claire riéndome con un dedo acusador—. Cuando me muera, no me acordaré de todas las conferencias y todos los seminarios que he dado. Solo se tienen unos pocos momentos en la vida para ser verdaderamente libre, y hay que aprovecharlos.

Sentí una punzada de remordimiento. En aquel momento, no sabía qué prefería: mi lugar en la lista o el puñetero nombre de Barbarroja. Supongo que quería las dos cosas.

Un par de horas más tarde, estaba sentada con mi bata de hospital en la clínica hematológica de Moffett.

—El doctor Medved quiere hablar con usted antes de que empecemos —dijo Sara, la enfermera encargada de mi transfusión.

Me puse nerviosa viendo cómo desenvolvía el equipo intravenoso para mi tratamiento. La verdad era que me encontraba bastante bien. No tenía muchos dolores ni náuseas, si exceptuaba el incidente en el lavabo de señoras de la semana anterior. El doctor Medved entró llevando un sobre bajo el brazo. Su expresión era amable y confiada.

Le sonreí débilmente.

—¡Solo buenas noticias!

Se sentó frente a mí en el borde de una mesa.

—¿Cómo te encuentras, Lindsay?

—Me encontraba mejor antes de que usted llegara.

—¿Estás cansada?

—Solo un poco. Hacia el final del día normalmente.

—¿Te entran náuseas de repente? ¿Mareos?

Admití que había vomitado de repente un par de veces. Tomó nota de ello rápidamente en mi historial. Pasó varias páginas de la carpeta.

—Veo que te han administrado cuatro transfusiones de glóbulos rojos hasta ahora...

El corazón me latía aceleradamente mientras él hablaba. Finalmente, dejó la carpeta y me miró directamente a los ojos.

—Siento decirte que tu recuento de eritrocitos sigue disminuyendo, Lindsay. Puedes ver la tendencia en el diagrama.

Medved me pasó una hoja, donde había un gráfico dibujado.

Se inclinó y cogió una pluma del bolsillo del pecho. Trazó la línea con la pluma. Descendía de forma constante. «¡Mierda!».

Sentí que se me vaciaban los pulmones por la decepción.

—Estoy peor —dije.

—Si te he de ser sincero —reconoció el médico—, no es la tendencia que esperábamos.

Yo había ignorado la posibilidad de que esto pudiera suceder y me había dedicado de lleno al caso, convencida de que el recuento mejoraría. Había basado esta idea en una confianza natural en que mi juventud y mi energía impedirían que estuviera realmente enferma. Tenía trabajo que hacer, un trabajo importante, y una vida por vivir.

«Me estaba muriendo, ¿era eso? ¡Dios mío!».

—Y, ahora, ¿qué? —logré decir, pero mi voz no fue más que un susurro.

—Quiero que sigas con el tratamiento —contestó Medved—. De hecho, quiero que lo intensifiquemos. A veces, tarda un tiempo en hacer efecto.

—Gasolina súper —bromeé sombríamente.

El médico asintió.

—A partir de ahora, quiero que vengas tres veces a la semana. Y aumentaré la dosis en un treinta por ciento. —Se acomodó mejor en la mesa—. Ahora mismo, no tenemos por qué alarmarnos —aseguró con un tono de voz ligeramente más animado—. Puedes seguir trabajando si te ves con ánimos.

—Tengo que trabajar —dije a Medved.

Volví a casa conduciendo, bastante aturdida. Hacía un momento, estaba batallando para desenmarañar aquel condenado caso, y ahora estaba batallando por salvar mi vida.

Quería un nombre. Lo quería más que nunca. Y quería recuperar mi vida. Quería un paquete completo: felicidad, éxito, alguien con quien compartirlo todo y un hijo. Y ahora que había conocido a Raleigh, sabía que tenía una posibilidad de tenerlo todo. Si era capaz de resistir. Si conseguía fabricar glóbulos rojos dentro de mi cuerpo.

Me fui a casa. Martha se me echó encima encantada y decidí sacarla a pasear. Después, me puse a fregar. Alternaba entre las ganas de plantar cara al desastre y la tristeza de pensar que no lo conseguiría. Pensé en prepararme algo de comer, tal vez eso me ayudara a tranquilizarme.

Saqué una cebolla y corté dos rodajas de cualquier manera. Entonces, me abrumó una sensación de inutilidad total.

Necesitaba hablar con alguien. Quería gritar «no me lo merezco», y esta vez quería que alguien lo oyera.

Pensé en Chris, en sus consoladores brazos, en sus ojos, en su sonrisa. Ojalá pudiera contárselo. Seguro que vendría en seguida. Podría descansar mi cabeza en su hombro.

Llamé a Claire. Se dio cuenta en seguida por el temblor de mi voz de que algo había salido muy mal.

—Estoy asustada —fue lo único que pude decir.

Estuvimos una hora hablando por teléfono. De hecho, hablé yo.

Estuve dándole vueltas al asunto con Claire en un estado de atontamiento, presa del pánico ante la cercanía implacable de la siguiente etapa de la enfermedad de Negli. Le dije a Claire que querer atrapar a aquel cabrón me había dado fuerzas para seguir adelante. Aquello hacía que no me considerara solo una persona enferma más. Tenía un objetivo concreto.

—¿Ahora piensas diferente? —preguntó ella cariñosamente.

—No, ahora quiero atraparle más que nunca.

—Pues eso es lo que vamos a hacer. Tú, yo y Cindy. Estamos aquí para ayudarte a seguir adelante. Somos tu punto de apoyo, Lindsay. Por esta vez, no intentes hacerlo sola.

Al cabo de una hora, me había tranquilizado lo suficiente para poder darle las buenas noches.

Me enrosqué en el sofá. Martha y yo nos tapamos con una manta y vimos la película *Dave*,

una de mis preferidas. El momento en que Sigourney Weaver va a ver a Kevin Kline a su nuevo despacho de campaña al final siempre me hace llorar.

Me dormí con la esperanza de que mi vida tuviera también un final feliz.

A la mañana siguiente me puse a trabajar con el mismo brío de siempre. Todavía estaba convencida de que estábamos cerca, de que quizá faltaban solo unas horas para que pusiéramos un nombre a Barbarroja.

Llamé al contacto de Roth en la policía de Seattle, un tal Jim Heekin. Este me dijo que estaban registrando el piso de la novia en aquel momento. Si encontraban algo, me lo comunicaría inmediatamente.

Recibimos una respuesta de Infortech, donde había trabajado Kathy Voskuhl en Seattle. Durante los tres años que había estado con ellos, no tenían ninguna constancia de reembolsos por viajes de trabajo a San Francisco. Su misión consistía en encontrar nuevos clientes en Seattle. Aún era una ejecutiva con poca responsabilidad. Si iba a menudo a la ciudad, lo hacía a título personal.

Finalmente, llamé a McBride. Los Kogut seguían asegurando que no sabían nada más. Sin embargo, el día anterior, él había hablado con el padre, y le había parecido que estaba a punto de rendirse. Era una locura que un intento desesperado de mantener la reputación de la hija estuviera enturbiando el buen juicio de la familia.

Teniendo en cuenta que yo era mujer, McBride veía más posibilidades de que un nuevo intento por mi parte les hiciera dar el paso. Llamé a Christine Kogut, la madre de la novia.

Cuando se puso, su voz era diferente de la otra vez: remota, pero más suelta, como si estuviera un poco menos atormentada. Esperé de todo corazón que fuera así.

—El asesino de su hija anda suelto —dije. Ya no podía contenerme—. Dos familias más están sufriendo. Creo que ustedes saben quién estaba abusando de Kathy. Por favor, ayúdenme a encerrarlo.

Oí que la madre respiraba hondo. Cuando habló, la voz le temblaba de pena y de vergüenza.

—Educas a una hija, inspectora, y crees que siempre formará parte de ti. La amas tanto que crees que una parte de ella nunca se marchará.

—Lo sé —dije.

Me daba cuenta de que se estaba tambaleando. Sabía cómo se llamaba, estaba segura de ello.

—Había algo hermoso en Kathy... que hacía que todos la quisieran. Era un espíritu libre. Pensábamos que algún día otro espíritu libre la ayudaría a convertirse en la persona que estaba

llamada a ser. Educamos bien a nuestras hijas. Mi marido insiste en que mimamos demasiado a Kathy. Quizá contribuimos a que fuera como era.

No dije nada. Sabía lo que representaba decir aquello que habías enterrado muy dentro de ti. Quería que ella sola encontrara el momento.

—¿Tiene hijos, inspectora?

—Todavía no —dije.

—Cuesta tanto creer que tu niña sea la causa de tanto dolor. Le suplicamos que se librara de él. Le buscamos otro trabajo. La acompañamos en el traslado. Pensamos que lograría apartarse de él.

Callé para permitir que la madre siguiera el hilo de sus pensamientos.

—Estaba enferma, como están enfermos los adictos, inspectora. No podía evitarlo. Pero lo que no entiendo es por qué él iba a hacerle tanto daño. Le arrebató todo lo puro que había en ella. ¿Por qué necesitaba hacer daño a Kathy?

«Dame el nombre. ¿Quién es?».

—Kathy estaba como hipnotizada por él. Era como si perdiera el control cuando se trataba de ese hombre. Nos avergonzó hasta el final. Pero, incluso ahora —bajó la voz—, sigo sin entender por qué alguien que amaba a mi hija iba a matarla. Me temo que no puedo creerlo. En parte, esta es la razón de que no se lo dijera.

—Dígamelo ahora —pedí.

—Creo que le conoció en el estreno de una de sus películas. Él le dijo a Kathy que había pensado en una cara como la suya cuando creaba a sus personajes, que era su heroína.

Fue entonces cuando la señora Kogut me lo dijo.

Me quedé atontada. Conocía aquel nombre. Lo reconocía. Barbarroja era famoso, sin duda.

Me quedé sentada dando vueltas en la cabeza a las posibles relaciones.

Las cosas empezaban a encajar. Él era uno de los socios minoritarios de los viñedos de Sparrow Ridge, donde habían abandonado a la segunda pareja. Había conocido a Kathy Kogut hacía años en San Francisco. La había atormentado. Era mayor que ella. Casado. Famoso.

Por sí mismo, el nombre del sospechoso no demostraba nada. Apenas conocía a la última novia. Tenía una relación circunstancial con la escena del crimen de los segundos asesinatos; pero, basándome en la descripción de Merrill Shortley y Christine Kogut, tenía el temperamento brutal y, quizá, el motivo para cometer aquellos asesinatos degenerados. Me convencí de que se trataba de Barbarroja.

Agarré a Raleigh del brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Dónde es el incendio?

—Yo lo voy a provocar ahora mismo. Mira.

Lo arrastré al despacho de Roth.

—Tengo un sospechoso —anuncié levantando el puño en el aire.

Me miró sorprendido, con los ojos muy abiertos.

—Nicholas Jenks.

—¿El escritor? —dijo Raleigh boquiabierto.

Asentí.

—Era el amante de Kathy Kogut en San Francisco. Finalmente, su madre lo admitió. — Entonces le conté las relaciones no del todo azarosas que tenía este hombre con al menos tres de las víctimas.

—Este tipo es... famoso —se le escapó a Roth—. Hizo todas aquellas películas que fueron una bomba.

—Precisamente por eso. Merrill Shortley dijo que era alguien a quien Kathy quería ocultar. Está relacionado, Sam.

—Relacionado sí lo está —exclamó Roth—. Jenks y su esposa están invitados a todas las fiestas importantes. Vi una de sus películas con el alcalde. ¿No contribuyó a que los Giants no se marcharan de la ciudad?

El ambiente en el despacho de Cheery se hizo insufrible ante el peso de las peligrosas

posibilidades y del riesgo.

—Deberías haber oído cómo lo describía Christine Kogut, Sam —dije—, como si fuera un animal, un depredador. Creo que acabaremos por descubrir que tenía alguna relación con las tres chicas.

—Creo que Lindsay tiene razón, Sam —dijo Chris.

Nos quedamos esperando a que Roth digiriera los hechos mentalmente. Nicholas Jenks era famoso. Un personaje nacional. Un intocable. La cara del teniente se desfiguró como si se hubiera tragado una almeja podrida.

—Por ahora, no tienes nada —afirmó—. Todo es puramente circunstancial.

—Su nombre ha salido en relación con cuatro de los muertos. Podríamos interrogarle como haríamos con cualquier otro. Podríamos hablar con el fiscal del distrito.

Roth levantó una mano. Nicholas Jenks era uno de los ciudadanos más conocidos de San Francisco. Involucrarlo en una acusación de asesinato era peligroso. «Espero que no nos equivoquemos».

No sabía qué pensaba Cheery. Finalmente se le relajó un poco el cuello y tragó saliva, lo que en el lenguaje de Roth significaba adelante.

—Puedes ir a la oficina del fiscal —aceptó—. Llama a Jill Bernhardt.

Y después, se volvió hacia Raleigh.

—Que nadie se entere de esto hasta que tengamos algo consistente.

Desgraciadamente, la ayudante del fiscal del distrito Jill Bernhardt estaba ocupada en un juicio. Su secretaria nos dijo que no volvería hasta última hora de la tarde. Lástima. Conocía un poco a Jill y me gustaba. Era competente, con una inteligencia deslumbrante. Incluso tenía conciencia.

Raleigh y yo tomamos un café y discutimos lo que haríamos a continuación. Roth tenía razón. No teníamos nada que nos garantizara una orden de arresto. Un enfrentamiento directo podía ser peligroso. Con un tipo así, había que estar seguro. Se defendería.

Entró Warren Jacobi arrastrando los pies y con una sonrisa de autosatisfacción en la cara.

—Hoy debe de llover champán —murmuró.

Me lo tomé como una de sus pullas dirigidas a Raleigh y a mí.

—Llevo semanas sin poderle hincar el diente a este asunto. —Se sentó e inclinó la cabeza hacia Raleigh—. Hincar el diente y champán pegan, ¿verdad, capitán?

—Para mí, sí —dijo Raleigh.

—Pues ayer Jennings volvió con tres direcciones donde se habían vendido cajas de la bebida en cuestión —siguió Jacobi—. Uno de los compradores era un contable de San Mateo. Lo curioso es que tiene antecedentes. Cumplió una condena de dos años en Lompoc por fraude de valores. No pega mucho, ¿verdad? Asesinatos en serie, fraude de valores...

—A lo mejor, odia a las personas que obtienen beneficios con los valores —dije sonriendo a Jacobi.

Él frunció el ceño.

—El segundo comprador es una directora de 3Com, que está haciendo acopio de champán para celebrar una juerga en su cuadragésimo cumpleaños. A la gente le gusta coleccionar este

Clos du Mesnil. Es francés, dicen.

Lo miré a la espera de que fuera al grano.

—Al tercer comprador es al que me refería cuando he dicho que llovía... Es una gran casa de subastas, Butterfield and Butterfield. Hace tres años, vendieron dos cajas del ochenta y nueve. Se vendieron a dos mil quinientos dólares la caja, más la comisión. Lo compró un coleccionista privado. Al principio, no querían decirme su nombre, pero les he puesto entre la espada y la pared. Resulta que es un pez gordo. Mi esposa es una admiradora suya. Ha leído todos sus libros.

Raleigh y yo nos quedamos helados.

—¿Los libros de quién, Warren? —insistí.

—Si me dejáis ir a hablar con él y puedo volver a casa con un ejemplar firmado, mi esposa me amará para siempre. ¿Habéis leído *La parte del león* de Nicholas Jenks?

Las palabras de Jacobi me sentaron como un codazo en el plexo solar y, al mismo tiempo, eliminaron todas las dudas que tenía.

Kathy Kogut, Sparrow Ridge, el champán Clos du Mesnil. Ahora Jenks estaba vinculado a los tres asesinatos. Era Barbarroja.

Habría querido ir inmediatamente a ver a Jenks, pero sabía que no podía. Me habría gustado acercarme a él, mirarlo furiosamente a esos ojos engréidos y darle a entender que lo sabía.

Al mismo tiempo, sentía una tensión opresiva en el pecho. No sabía si era un ataque de náuseas a consecuencia de la enfermedad, o que se me estaba soltando toda la rabia acumulada. De todos modos, supe que tenía que salir de allí.

—Salgo —dije a Raleigh. Estaba asustada.

Me miró salir asombrado y confuso.

—¿Qué pasa? ¿He metido la pata? —oí que decía Jacobi.

Cogí la chaqueta y el bolso, y bajé corriendo las escaleras hasta la calle. La sangre corría por mis venas como un demonio enfurecido. Estaba toda cubierta de un sudor frío.

Salí, respiré el aire fresco y me puse a caminar rápidamente calle abajo. No tenía ni idea de adónde iba. Me sentía como un turista extranjero que pasea por primera vez por una ciudad. Pronto, me encontré entre tiendas y personas que no sabían nada de mí. Quería perderme durante un rato. Starbucks, Kinko's, Empress Travel. Todos los nombres conocidos pasaban fugazmente por mi lado.

Me sentí atraída por una necesidad irresistible. Quería mirarle a los ojos.

En Post Street, me encontré ante el escaparate de una librería Borders. Entré.

Era grande y espaciosa, repleta de mesas y de estantes con todas las novedades. Eché un vistazo. En una mesa, encontré lo que buscaba.

La parte del león. Quizá había cincuenta ejemplares, gruesos, azul brillante: Algunos apilados, otros en vertical.

La parte del león, de Nicholas Jenks.

Tenía el pecho a punto de explotar. Me sentía dominada por un derecho indescriptible, pero innegable. Una misión, un objetivo. Para eso era investigadora. En aquel preciso momento, levanté un ejemplar del libro de Jenks y miré la contraportada.

Estaba mirando al asesino de los novios. No me cabía duda.

Lo supe por el corte de la cara de Nicholas Jenks, dura como la piedra. Los ojos grises, fríos y estériles, controladores.

Y algo más: «La barba roja, salpicada de gris».

TERCERA PARTE

BARBARROJA

Jill Bernhardt, la implacable e inteligente ayudante del fiscal del distrito asignada al caso de los novios, se quitó las botas Ferragamo y dobló una pierna en el asiento de piel de su silla. Me miró directamente a la cara con sus ojos azules.

—A ver si lo he entendido. ¿Crees que el asesino de los novios es Nick Jenks? —preguntó.

—Estoy convencida —dije.

Jill era morena y encantadoramente atractiva. El pelo negro y rizado le enmarcaba una cara ovalada. Era una triunfadora; con solo treinta y cuatro años, era la estrella en ascenso de la oficina de Bennett Sinclair.

Lo único que había que saber sobre Jill era que, en su tercer año como fiscal, fue la que llevó a juicio el caso La Frade, cuando un antiguo socio del alcalde fue procesado con una acusación de corrupción y de tráfico de influencias. Nadie, incluido el propio fiscal, quería arriesgar su carrera atacando a aquel recaudador de fondos tan poderoso. Jill lo acusó y consiguió que lo metieran veinte años en la cárcel. Por ello, la promocionaron a un puesto justo por debajo del propio Gran Ben.

Una tras otra, Raleigh y yo expusimos las pruebas que relacionaban a Nicholas Jenks con los tres asesinatos dobles: el champán encontrado en la primera escena del crimen, su relación con los viñedos de Sparrow Ridge y su volátil relación con la tercera novia, Kathy Voskuhl.

Jill se echó a reír.

—¿Queréis detener a este tío por estropearle la vida a una chica? Probad en el *Examiner*. Lo siento, pero aquí nos obligan a trabajar con hechos.

—Lo tenemos conectado a tres asesinatos dobles, Jill —dije.

Ella separó los labios en una sonrisa escéptica que decía: «Lo siento, en otra ocasión».

—Lo del champán se podría utilizar, si lo pudierais arrestar, que no podéis. Lo de la sociedad inmobiliaria no sirve para nada. Nada de esto lo conecta directamente a los crímenes. A un tipo como Nicholas Jenks, tan bien relacionado, no se le puede ir con acusaciones sin fundamento.

Con un suspiro, apartó una torre de expedientes.

—Si queréis atrapar a este pez gordo, chicos, tendréis que encontrar algo más consistente.

Me decepcionó la dura reacción de Jill ante nuestro caso.

—Este no es precisamente mi primer homicidio, Jill.

La fuerte barbilla de Jill se quedó inmóvil.

—Tampoco es precisamente la página número uno de mi primer caso. —Después sonrió y se suavizó—. Lo siento. Es una de las expresiones preferidas de Bennett. Paso demasiado tiempo con los tiburones.

—Se trata de un asesino múltiple —dijo Raleigh rebosando frustración con la mirada.

Jill mantuvo una resistencia implacable: «O me lo demostráis, o nada». Había trabajado con ella dos veces en casos de asesinato, y sabía lo incansable que era y lo bien preparada que se presentaba en los juicios. Una vez me invitó a hacer *spinning* con ella durante un juicio en que yo era testigo. Tuve que abandonar, toda sudada, después de treinta penosos minutos; sin embargo, Jill pedaleó sin parar a aquel ritmo enloquecido hasta que finalizaron los cuarenta y cinco minutos de la sesión. Dos años después de terminar los estudios en Stanford, se había casado con un socio joven y prometedor de uno de los bufetes más importantes de la ciudad. Y había saltado por encima de una escuadrilla de fiscales hasta las propias rodillas del fiscal del distrito. En una ciudad de triunfadores, Jill era la chica a la que todo le sale bien.

Le enseñé la foto de la cinta de seguridad del Hall of Fame, donde salía Nicholas Jenks. Ella la miró y se encogió de hombros.

—¿Sabes lo que haría un perito de la parte contraria con esto? No sirve. Si la policía de Cleveland cree que pueden conseguir una condena con esto, adelante.

—No quiero ceder a Jenks a Cleveland —dije.

—Pues vuelve con algo más sólido que pueda enseñarle al Gran Ben.

—¿Qué te parece un registro y un interrogatorio? —propuso Raleigh—. Tal vez podríamos probar que la botella de champán que encontramos en la primera escena del crimen pertenece a la caja que compró él.

—Podría presentar la petición a un juez —musitó Jill—. Seguro que hay alguno que cree que Jenks ya ha hecho bastante para denigrar las formas literarias como para que le encierren, pero creo que cometeríais un error.

—¿Por qué?

—A una prostituta enganchada al crack la puedes interrogar por sospechosa; pero, si interrogas a Nicholas Jenks, tienes que procesarlo. Le estás alertando de que vas tras él, y te pasarás más tiempo defendiéndote de sus abogados y de la prensa que investigando tu caso. Si se trata de él, tienes una oportunidad, y solo una, de utilizar lo que necesitas para condenarlo. Ahora mismo, necesitas algo más.

—Claire tiene un pelo en el laboratorio del segundo asesinato, el de los DeGeorge —dije—. Podemos hacer que Jenks nos dé una muestra de su barba.

Jill negó con la cabeza.

—Con lo que tienes, tendría que aceptarlo voluntariamente. Por no mencionar lo que perderías si te equivocas.

—¿Te refieres a la investigación?

—Me refiero a la política. Ya sabes las normas, Lindsay.

Clavó sus intensos ojos azules directamente sobre mí. Me imaginé los titulares, que pondrían al público contra nosotros. Como las metidas de pata en los casos de O. J. Simpson y Jon Benet

Ramsey.

En ambos casos, parecía que estaban juzgando tanto a los policías como a los posibles acusados.

Jill se levantó, se alisó la falda azul marino y se apoyó en la mesa.

—Mira, si ese tipo es culpable, me encantaría destruirlo igual que a ti. Pero, por ahora, solo me has traído una desafortunada preferencia por el champán y una testigo que había tomado tres vodkas con tónica. Al menos, en Cleveland, pueden demostrar una relación importante con una de las víctimas, y plantear un posible motivo, pero ahora mismo ninguna de las tres jurisdicciones tiene suficientes pruebas para procesarlo. Tengo a dos de los periodistas más importantes de la ciudad vigilando todos mis movimientos —admitió finalmente Jill—. ¿Creéis que el fiscal del distrito o el alcalde querrán asumir este caso? —Me miró imperturbable—. ¿Cuál es la prueba de fuego? ¿Estás segura de que es él, Lindsay?

Jenks estaba conectado con los tres casos. En mi cabeza, sentía claramente la voz desesperada de Christine Kogut. Asentí con total convencimiento.

—Es el asesino.

Jill se levantó y dio la vuelta a la mesa. Con un amago de sonrisa, dijo:

—Me las pagarás si esto destruye las posibilidades de publicar mis memorias a los cuarenta.

Más allá del sarcasmo, vi en la mirada de Jill Bernhardt la misma mirada decidida que le había visto cuando practicaba *spinning*. Me atravesó como un mazazo.

—De acuerdo, Lindsay, adelante.

No sé qué le había hecho cambiar de opinión. ¿El poder? ¿Los deseos de hacer lo correcto? ¿Un instinto maníaco de superarse?

En todo caso, no creía que fuera algo muy diferente de lo que siempre me había hecho moverme a mí. Mientras escuchaba su lógica descripción de lo que necesitábamos para un procesamiento, se me ocurrió una idea tentadora.

Pensé que podía unirse a Claire, a Cindy y a mí.

En una anticuada mesa de aluminio de los sombríos pasillos de la biblioteca del sótano del *Chronicle*, Cindy Thomas miraba artículos de hacía cuatro años en microfichas. Era tarde, más de las ocho. Trabajando sola en las tripas de la casa, se sentía como si fuera una egiptóloga sacando el polvo a unas antiquísimas tablas con jeroglíficos grabados. Ahora entendía por qué lo llamaban «las catacumbas».

Tenía la sensación de haber encontrado algo. El polvo estaba tapando secretos y le parecía que pronto encontraría algo claro y que valdría la pena.

Febrero... marzo, 1996. La película pasaba a gran velocidad.

«Un famoso», había dicho la amiga de la novia en Cleveland. Cindy pasó la película hacia delante. Así es como se hacían los reportajes. Muchas horas y mucho desgaste de codos sobre la mesa.

Antes había llamado al encargado de las relaciones públicas de la empresa en que había trabajado Kathy Kogut en San Francisco, Bright Star Media. Acababan de saber la noticia de la muerte de su antigua empleada. Cindy le preguntó sobre cualquier relación que hubiera tenido Bright Star Media con el cine. Se desilusionó cuando le dijeron que la empresa no tenía relaciones con el cine. De lo que se encargaba Kathy, le dijeron, era de la sala de conciertos Capitol.

Sin dejarse intimidar, Cindy introdujo el nombre de Bright Star Media en la base de datos del *Chronicle*. Todos los artículos, nombres, empresas y críticas escritas en los últimos diez años estaban allí grabados. No demasiado feliz, vio que la búsqueda le devolvía bastantes respuestas.

Era un trabajo arduo y desalentador. Los artículos comprendían un período de más de cinco años. Esto abarcaba la época en que Kathy había vivido en San Francisco. Cada artículo estaba grabado en una cinta de microfichas diferente.

Aquello significaba que tendría que buscar los archivos y pedirlos uno por uno. Lo hizo de tres en tres artículos. Pero, después de cuatro series, el bibliotecario de noche le pasó unas hojas y le dijo:

—Todo tuyo, Thomas. Búscalo tú misma.

Eran las diez y cuarto. No había oído a nadie desde hacía más de dos horas cuando por fin encontró algo interesante.

Llevaba fecha de 10 de febrero de 1995. En la sección de arte contemporáneo: «Para el grupo musical local Sierra, una película se convierte en su mayor éxito».

Los ojos de Cindy repasaron el texto yendo directamente a lo que le llamaba la atención: planes para un disco, una gira de ocho ciudades. Citas del cantante.

«Sierra interpretará la canción en la fiesta de mañana por la noche en el Capitol para celebrar el estreno de la película *Conexiones cruzadas*».

Se le paró el corazón. Pasó la película hasta la sección de arte del día siguiente. Lo leyó casi sin respirar: «... se apropió del Capitol. Chris Wilcox, la estrella, estuvo allí».

Una fotografía con una apetitosa actriz.

«Bright Star Media... otras estrellas a la espera».

Repasó con los ojos las tres fotografías que acompañaban el artículo. En letras pequeñas, bajo cada instantánea, vio el nombre del fotógrafo: «Fotografía de Sal Esposito. Propiedad del *Chronicle*».

Fotografía... Cindy saltó del asiento de la mesa de las microfichas y cruzó a toda prisa los pasillos llenos de pilas de tres metros de periódicos mustios y amarillentos. Al otro lado de las catacumbas, estaba el depósito de fotografías del *Chronicle*. Hileras y más hileras de instantáneas en desuso.

Nunca había estado allí... y no sabía cómo estaban archivadas. Era un lugar más bien escalofriante, sobre todo de noche. Rápidamente, vio que los pasillos estaban ordenados cronológicamente.

Siguió los rótulos que había en los extremos, hasta que encontró el de febrero de 1995. Buscó con los ojos entre las latas de plástico que llevaban fecha del día 10.

Cuando encontró la que quería, resultó que estaba en el estante más alto. ¡Faltaría más! Se encaramó al estante más bajo, se puso de puntillas e hizo caer la lata.

En el suelo polvoriento, Cindy hojeó frenéticamente las carpetas envueltas en plástico y atadas con una goma elástica. Como en sueños, encontró una carpeta marcada con grandes letras negras: «Estreno de *Conexiones cruzadas*. Esposito». Era esa...

Dentro había cuatro hojas de negativos, con varias fotos brillantes en blanco y negro. Alguien, seguramente el reportero, había escrito con bolígrafo los nombres de cada persona al pie de las fotos.

Se le quedaron los ojos clavados cuando encontró la fotografía que deseaba. Cuatro personas que miraban a la cámara, cogidas del brazo.

Reconoció la cara de Kathy Kogut por las fotos que le había enseñado Lindsay. El pelo rojizo y rizado. Las gafas ultramodernas.

Y a su lado, sonriendo a la cámara, otra cara que Cindy conocía. Se quedó sin aliento. Le temblaban los dedos de pensar que había descifrado finalmente el jeroglífico.

Tenía una barba rojiza y bien recortada, y una pequeña sonrisa de complicidad, como si supiera cómo acabaría aquello.

Al lado de Kathy Kogut, estaba el novelista Nicholas Jenks.

Me quedé muy sorprendida cuando Cindy se presentó en mi casa a las once y media. Con una mirada eufórica y orgullosa, soltó:

—Sé quién era el amante de Kathy Kogut.

—Nicholas Jenks —contesté—. Entra, Cindy. Siéntate, Martha. —La perra estaba tirando de mi camiseta de los Giants.

—Oh, no —gimió Cindy en voz bien alta—. Estaba tan contenta. Creía que lo había descubierto.

Y lo había descubierto. Se había adelantado a McBride de Seattle, a dos escuadras de investigadores preparados y al FBI.

La miré con sincera admiración.

—¿Cómo lo has hecho?

Demasiado nerviosa para sentarse, Cindy se puso a pasear por mi sala mientras me ponía al día de lo que había hecho para llegar a su asombroso descubrimiento. Me enseñó una copia de la fotografía del periódico, en la que se veía a Jenks con Kathy Kogut en el estreno de la película. La observé mientras daba vueltas al sofá e intentaba calmarse: «Bright Star... Sierra... *Conexiones cruzadas...*».

Estaba excitadísima.

—Soy una buena periodista, Lindsay —dijo.

—Ya lo sé. —Le sonreí—. Pero no puedes publicarlo.

Cindy se detuvo; se dio cuenta de que no había pensado en aquello. Fue como si le tiraran un pastel a la cara.

—Oh, no —gimió—. Esto es como estar en la ducha con Brad Pitt y no poder tocarle. —Me miró, medio sonriendo, medio como si le estuvieran clavando agujas en el corazón.

—Cindy —fui a abrazarla—, no habrías sabido qué buscar si yo no te hubiera contado lo de Cleveland.

Fui a la cocina.

—¿Te apetece un té? —grité.

Cindy se derrumbó en el sofá y soltó otro gemido.

—Quiero una cerveza. No, una cerveza, no. Un bourbon.

Le señalé mi pequeño bar, cerca de la terraza. A los pocos minutos, estábamos todas sentadas: yo, con una infusión de hierbas para dormir mejor; Cindy, con una buena copa de Wild Turkey; y Martha, que descansaba a nuestros pies.

—Estoy muy orgullosa de ti, Cindy —dije—. Encontraste el nombre. Te has adelantado a dos cuerpos de policía. Cuando esto termine, haré que salga una mención especial sobre ello en la prensa.

—Yo soy la prensa —exclamó Cindy, con una sonrisa forzada—. Y ¿qué quieres decir con lo de «Cuando esto termine»? Ya le tienes.

—No exactamente. —Meneé negativamente la cabeza. Le expliqué que todo lo que teníamos era circunstancial, incluso las cosas que ella no sabía (los viñedos, el champán) eran circunstanciales. No podíamos ni obligarle a entregarnos un pelo de la barba.

—¿Qué hay que hacer entonces?

—Vincular a Nicholas Jenks con los crímenes de una forma consistente.

De repente, se puso a suplicar.

—Lo quiero publicar, Lindsay.

—No —insistí—. No lo sabe nadie. Solo Roth y Raleigh. Y alguien más...

—¿Quién? —preguntó Cindy parpadeando.

—Jill Bernhardt.

—¿La ayudante del fiscal? Ese despacho es como si un colador intentara navegar por el Pacífico. Está lleno de filtraciones.

—Jill, no —prometí—. Ella no lo filtrará.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Jill Bernhardt tiene tantas ganas de pillarlo como nosotras —dije con convicción.

—¿Solo eso? —gimió Cindy.

Tomé un poco de té y la miré a los ojos.

—Y la he invitado a unirse al grupo.

Al día siguiente, quedamos en Susie's para tomar una copa después del trabajo; era el primer día de Jill en el grupo.

En todo el día, no me había podido sacar de la cabeza la idea de encarar a Jenks con lo que sabíamos y de llevarlo a la comisaría. Quería acelerarlo todo con un interrogatorio cara a cara. Quería que supiera que lo habíamos descubierto. El jodido Barbarroja.

Mientras esperábamos las copas, conté a las chicas un par de detalles nuevos. En el registro de la casa de Kathy Kogut en Seattle, se había encontrado el nombre y el teléfono de Jenks apuntados en su agenda de teléfonos.

Una factura de Northwest Bell contenía tres llamadas a Jenks en el último mes, una de ellas realizada tres días antes de la boda en Cleveland. Confirmaba lo que nos había dicho Merrill Shortley.

—Hasta el mismo final —dijo Claire—. Qué asqueroso. Los dos, la verdad.

Habíamos enseñado la foto de Jenks, entre otras cinco, a Maryanne Perkins de Saks. Necesitábamos algo que lo vinculara al primer crimen. La mujer se había detenido en la foto de Jenks un momento.

—Es él —había dicho. Pero después añadió—: No estoy segura. Fue todo tan rápido, y de lejos.

La idea de que la interrogara un abogado defensor no me hacía ninguna gracia.

No me sorprendió que Jill estuviera de acuerdo conmigo.

Jill no tardó más de un margarita en incorporarse de forma incondicional al grupo.

Claire la conocía de algunas veces que había testificado en juicios. Se respetaban mutuamente por sus logros en departamentos dominados por hombres.

Le pedimos a Jill que nos contara cosas de sí misma y nos dijo que había estudiado Derecho en Stanford y que su padre era abogado de empresa en Dallas. A ella, no le interesaba esa clase de trabajo, pero a su marido Steve, sí; se encargaba de los aspectos legales de unos fondos de inversión para el Bank of America.

Vivían en Burlingame (un barrio exclusivo para gente rica) y practicaban la escalada en las montañas del desierto de Moab. No tenían hijos. «Ahora no es el momento», dijo.

Jill parecía la personificación del éxito y de la buena vida; pero, a la vez, era como si le

faltara algo. A lo mejor, estaba cansada de la rutina de sus logros.

Cuando llegaron las copas, Claire y yo brindamos por Cindy, por haber encontrado tan rápidamente el nombre de Jenks y por haberse adelantado a dos departamentos de policía de un golpe.

Claire levantó la copa para brindar y dijo:

—No estás mal para ser una novata, pero todavía no eres «el rey». —Me sonrió.

—Se me ocurre —dijo Jill mirándonos a todas por turno— que, por mucho que me gusten las fiestas..., no es por eso por lo que me habéis invitado, ¿verdad? Parece que representamos a todos los campos: la prensa, la policía, el forense. ¿De qué tipo de grupo se trata?

Le respondí yo, que la había invitado.

—De mujeres que están ascendiendo profesionalmente y que están relacionadas con la defensa de la legalidad.

—Sí, con jefes amables y fáciles de convencer —interrumpió Cindy.

—Bueno, creo que me ajusto al perfil —dijo Jill—. Y no está de más que cada una tenga alguna relación con el caso de los novios.

Contuve el aliento. Jill lo podía echar todo a perder si quería, pero había venido.

—Hemos estado trabajando juntas —admití—. De forma extraoficial.

Le conté cómo habíamos formado el grupo mientras apurábamos nuestros margaritas. Cómo nos habíamos involucrado con el caso, cómo habíamos intentado resolverlo poniendo en común lo que sabíamos en nuestras horas libres. Cómo esto había creado un fuerte vínculo entre nosotras. Y cómo nos había unido aún más.

Jill arqueó las cejas.

—Doy por sentado que compartes toda la información con la investigación oficial.

—Claro —insistí—. Bueno, casi.

Le expliqué que le dejábamos publicar a Cindy solo lo que el departamento estaba dispuesto a comunicar a la prensa en general y que suponía un incentivo superar al departamento, adelantándonos en el caso.

—Comprendo que el juego es diferente cuando se pasa al plano legal —dije—. Si esto te hace sentir incómoda...

Estábamos todas expectantes, esperando su respuesta. Vino Loretta y le pedimos otra ronda. Seguíamos expectantes, esperando a Jill.

—¿Qué os parece si os lo comunico en cuanto empiece a sentirme incómoda? —contestó Jill. Abrió mucho los ojos azules—. Mientras tanto, necesitáis una confirmación más consistente para poder llevar este caso a juicio.

Las tres soltamos un suspiro de alivio. Levantamos las copas casi vacías para brindar por nuestro nuevo miembro.

—¿Tiene nombre este grupo? —preguntó Jill.

Nos miramos las tres, nos encogimos de hombros y negamos con la cabeza.

—Somos el Club de las Mujeres contra el Crimen —dije.

—Lindsay es la presidenta —añadió Claire sonriendo.

—El Pelotón Margarita —soltó Jill—. No está mal.

—Las Malas Pécoras —dijo Claire muriéndose de risa.

—Algún día, dirigiremos el cotarro —concluyó Cindy—. Chicas de Homicidios —gritó con una sonrisa satisfecha—. Eso es lo que somos. Eso es lo que hacemos.

—Callaos o me pongo a gritar —dijo Jill.

Nos miramos unas a otras por encima de la mesa. Éramos mujeres inteligentes, atractivas y poco dispuestas a aguantar gilipolleces. Algún día mandaríamos.

La camarera nos trajo las bebidas. Levantamos las copas.

—Por nosotras.

Volví a casa en el coche, encantada de poder contar con Jill en el grupo, pero la idea de que seguía ocultando algo a mis amigas no tardó en amargarme la fiesta.

Sonó mi busca.

—¿Qué haces? —preguntó Raleigh cuando contesté su llamada.

—Me iba a casa. Estoy muerta.

—¿Tienes ganas de charlar un rato? Estoy en Mahoney's.

Mahoney's era un bar oscuro y siempre lleno, cercano al Palacio de Justicia, que era frecuentado por policías.

—Ya he comido —dije.

—Pasa de todos modos —dijo Raleigh—. Tengo que hablarte del caso.

Estaba muy cerca. Mahoney's estaba en Brannan Street. Para llegar a Potrero, tenía que pasar por allí. Volví a ponerme nerviosa. Me daba miedo que no estuviéramos comportándonos correctamente. Las normas dicen que los compañeros no ligan entre ellos. Tampoco ligan las que están a punto de morirse. Sabía que, si dejaba que todo siguiera su curso, podía pasar cualquier cosa. No se trataba de una aventura de una noche que, al día siguiente, se pudiera racionalizar. Por mucho que lo deseara, me reprimía. Me daba miedo no controlar lo que pasaba. O abandonarme. O arrastrarle a él.

Fue un alivio ver que Raleigh me esperaba fuera. Subió a mi coche. No pude evitar fijarme en que estaba guapo, como siempre.

—Gracias por no hacerme entrar —dije.

Raleigh se apoyó en la ventana abierta.

—He investigado a Nicholas Jenks —dijo.

—¿Y qué?

—Tiene cuarenta y ocho años. Estudió Derecho, pero no llegó a terminar. Empezó a escribir novelas durante el primer curso. Escribió dos que no se vendieron. A continuación, escribió *Conexiones cruzadas* y arrasó.

»Hay algo que deberías saber. Hace unos siete años, la policía tuvo que acudir a su domicilio por una disputa doméstica.

—¿Quién hizo la llamada?

—Su esposa. Su primera esposa. —Raleigh se me acercó—. He buscado el informe. El primer policía en llegar dijo que la esposa había recibido en serio. Tenía golpes en los brazos y un buen moratón en la cara.

Me acordé de lo que había dicho Merrill Shortley sobre el novio de Kathy: le gustaban los juegos sexuales fuertes.

—¿Le denunció la esposa? —pregunté.

Chris movió negativamente la cabeza.

—No pasó de ahí. La esposa no lo denunció. Desde entonces, a Jenks le ha ido muy bien. Seis grandes *best-sellers*. Películas, obras de teatro. Y también una nueva esposa.

—Eso significa que hay una mujer que puede estar dispuesta a hablar.

Raleigh me miraba con expresión satisfecha.

—¿Qué te parece? Te invito a cenar, Lindsay.

Empezaron a resbalarme gotas de sudor por la nuca. No sabía si salir con él o irme a casa. Pensé que si salía...

—Chris, ¡que ya he cenado! Tenía un compromiso.

—Con Jacobi. —Sonrió.

Aquella sonrisa me resultaba irresistible.

—Con unas amigas, una especie de grupo. Nos vemos una vez al mes. Nos contamos la vida. Los problemas con la niñera, los entrenadores personales, las casas de campo, las aventuras y cosas así.

—¿Las conozco? —preguntó Raleigh arqueando las cejas.

—A lo mejor, algún día te las presento.

Nos quedamos en silencio, pero yo sentía cómo me bombeaba la sangre velozmente en el pecho. El pelo del antebrazo de Raleigh me rozó suavemente la piel. Iba a volverme loca. Tenía que decir algo.

—¿Por qué me has hecho venir, Chris?

—Por Jenks —contestó—. No te lo he dicho todo. Hemos comprobado las licencias de armas de Sacramento. —Me miró con un destello en los ojos—. Tiene varias armas registradas. Un rifle Browning de caza del calibre veintidós, un Renfield del treinta y ocho, y un Remington del cuarenta y cinco.

Me estaba haciendo sufrir. Estaba claro que había encontrado algo importante.

—También tiene una Glock Special, Lindsay. Una noventa y nueve, de nueve milímetros.

Sentí aquella confirmación como un empujón en mi interior. Chris frunció el ceño.

—Tiene el arma que buscamos, Lindsay. Tenemos que encontrarla.

Levanté el puño y golpeé suavemente a Raleigh en señal de victoria. Mi cabeza pensaba a toda prisa. Sparrow Ridge, las llamadas y ahora una Glock Special. Todo era circunstancial, pero se iba acumulando.

—¿Qué haces mañana, Raleigh? —pregunté con una sonrisa.

—Estoy libre. ¿Por qué?

—Creo que ha llegado el momento de hablar con él cara a cara.

La casa del número 20 de El Camino del Mar, situada en unas colinas con vistas al puente Golden Gate, era de estilo español y tenía una verja de hierro que custodiaba el paseo de tierra que iba hasta la entrada.

Allí vivía Barbarroja, Nicholas Jenks.

La casa de Jenks era baja, majestuosa, y estaba rodeada de setos recortados decorativamente y de hermosas azaleas en flor. En el semicírculo que formaba el paseo ante la casa, habían colocado una gran escultura de hierro: *La maternidad*, de Botero.

—Parece que las novelas dan dinero —dijo Raleigh silbando con admiración cuando nos detuvimos ante la puerta principal. Habíamos quedado con el secretario de Jenks en que iríamos al mediodía. Sam Roth me había advertido que fuera con pies de plomo.

Una amable criada nos recibió en la puerta, nos acompañó a una sala soleada y espaciosa, y nos dijo que el señor Jenks bajaría en seguida.

La lujosa habitación parecía recién salida de una revista de diseño: papel pintado de intrincado dibujo Jacquard, butacas orientales, una mesita de caoba, estantes con recuerdos y con fotografías. Daba a un patio de guijarros con vistas al Pacífico.

Yo había vivido toda la vida en San Francisco, pero no sabía que se pudiera volver a casa por la noche y disfrutar de aquella vista espectacular.

Mientras esperábamos, estudié las fotos expuestas en una mesa auxiliar. Allí estaba Jenks junto a muchas caras conocidas: Michael Douglas, el presidente de Disney, Bill Walsh, de los 49ers. En otras, estaba con una mujer atractiva que supuse que sería su actual esposa (bronceada, sonriente y con el pelo rubio rojizo) en distintos lugares exóticos: playas, pistas de esquí, una isla del Mediterráneo...

En un marco de plata, había un retrato de los dos en el centro de una rotunda intensamente iluminada: la cúpula del Palacio de Bellas Artes de San Francisco. Era una foto de boda.

En aquel momento, entró Nicholas Jenks. Lo reconocí inmediatamente por las fotografías.

Era más menudo de lo que me había imaginado. Delgado, en forma, no más de un metro setenta y cinco, con una camisa blanca sin corbata y con unos vaqueros gastados.

Los ojos se me fueron en seguida a la barba rojiza salpicada de gris.

«Barbarroja, me alegro de conocerte por fin», pensé.

—Lamento haberles hecho esperar, inspectores —dijo sonriendo con naturalidad—, pero me pongo de mal humor si no acabo cierto número de páginas por la mañana. —Levantó la mano al ver la fotografía que tenía yo en la mano—. Parece algo así como *Las bodas de Fígaro*, ¿verdad? Por mí, habríamos celebrado una ceremonia civil más discreta, pero Chessy dijo que, si me ponía un esmoquin, estaría convencida para siempre de que la quería.

No pensaba dejarme seducir por el encanto de aquel hombre, pero había que reconocer que era guapo y que dominaba la situación. Estaba claro por qué algunas mujeres le encontraban atractivo. Nos indicó el sofá.

—Hemos venido —dije— para hacerle algunas preguntas.

—Sobre los asesinatos de los novios... Me lo ha dicho mi secretario. Qué cosa tan terrible... Sin embargo, estos actos tan absolutamente desesperados no dejan de despertar una cierta simpatía.

—Por las víctimas —dije dejando la fotografía de su boda sobre la mesita.

—Todo el mundo se compadece siempre de las víctimas —dijo Jenks—, pero es lo que sucede dentro de la cabeza del asesino lo que importa de verdad. La gente cree que estas acciones son simples venganzas. Una venganza perversa... o un acto de sometimiento, como las violaciones. Pero yo no estoy tan seguro.

—¿Cuál es su teoría, señor Jenks? —preguntó Chris. Lo hizo como si fuera un gran admirador suyo.

Jenks levantó una jarra de té frío.

—¿Les apetece beber algo? Sé que hoy hace mucho calor, aunque haya estado encerrado en el estudio desde las ocho.

Movimos negativamente la cabeza. Saqué un sobre del bolso y me lo puse sobre las rodillas. Recordaba la advertencia de Cheery: «Con cuidado. Jenks es un vip. Tú, no».

Nicholas Jenks se llenó de té un vaso alto y continuó.

—Por lo que he leído, estos asesinatos parecen una forma de violación, de violación de la inocencia. El asesino se está comportando de una forma que nadie puede perdonar. Ataca lo más sagrado de nuestra sociedad. Para mí, estos asesinatos son un acto definitivo de purificación.

—Por desgracia, señor Jenks —intervine, sin hacer caso de esas tonterías—, no hemos venido para pedirle asesoramiento profesional. Quería hacerle unas preguntas relacionadas con los asesinatos.

Jenks se recostó más en el sillón. Parecía sorprendido.

—Lo dice de una forma que parece muy oficial.

—Como usted quiera —dije. Saqué una grabadora portátil del bolso—. ¿Le importa si lo pongo en marcha?

Me miró, con los ojos desconfiados, pero finalmente hizo un gesto con la mano, como si aquello no tuviera importancia.

—Lo primero que quería preguntarle, señor Jenks, sobre estos asesinatos es... ¿Conoce algún detalle de los crímenes que no sea lo que ha leído en los periódicos?

—¿Detalles? —Jenks respiró hondo, como si estuviera reflexionando. Luego meneó la cabeza—. No. Ninguno.

—¿Se ha enterado de que se cometió un tercer asesinato? La semana pasada. En Cleveland.

—Lo sé. Cada día leo cinco o seis periódicos.

—¿Y se enteró también de quiénes eran las víctimas?

—Eran de Seattle, ¿verdad? Una de ellas, recuerdo que era promotora de conciertos.

—El novio. —Asentí—. James Voskuhl. De hecho, la novia vivió aquí una temporada. Su nombre de soltera era Kathy Kogut. ¿Le suena alguno de estos nombres?

—No. ¿Deberían sonarme?

—¿No les conocía? ¿El interés que pueda tener por este caso es como el de cualquier otro? ¿Curiosidad morbosa?

Me miró fijamente.

—Efectivamente. La curiosidad morbosa es mi trabajo.

Abrí el sobre y saqué la foto de arriba. Jugaba con nosotros, igual que jugaba con nosotros cuando dejaba pistas que no llevaban a ninguna parte.

Le pasé la foto por encima de la mesa.

—Esto puede refrescarle la memoria —dije—. Ella es Kathy Kogut, la novia que fue asesinada la otra noche. El hombre que está a su lado, creo que es usted.

Con calma, Barbarroja cogió la foto y la miró.

—Soy yo —afirmó—, pero a la señorita, aunque sea muy bonita, no la conozco. ¿Puedo preguntar de dónde es esta foto?

—Del estreno de *Conexiones cruzadas* en San Francisco.

—Ah —suspiró, como si aquello lo aclarara todo.

Observé cómo se estrujaba el cerebro para dar con la respuesta adecuada. Era listo, sin duda, y un actor bastante bueno.

—En estas celebraciones, siempre me presentan a mucha gente. Por eso me gusta tan poco ir. ¿Dice que esta es la chica que fue asesinada en Cleveland?

—Esperábamos que la recordara —contesté.

Jenks movió negativamente la cabeza.

—Tengo muchas admiradoras y muy pocas ganas de conocerlas, ni siquiera a las guapas, inspectora.

—El precio de la fama, supongo... —Recogí la fotografía, la tuve un momento entre los dedos y la volví a colocar delante de él—. De todos modos, tengo que insistir sobre esta fan en particular. Me extraña que no consiga distinguirla de todas las demás admiradoras. —Saqué una fotocopia de la factura de teléfonos de Northwest Bell del sobre y se la pasé. Tenía varias llamadas señaladas con rotulador—. ¿Es el número de teléfono de su casa?

Jenks miró la fotocopia de la factura. Se le ensombrecieron los ojos.

—Sí.

—Ella le llamó, señor Jenks. Tres veces en las últimas semanas. Una de las llamadas..., esta, la que he señalado con un círculo, duró veinte minutos, la semana pasada. Tres días antes de que se casara y la mataran.

Jenks parpadeó. Volvió a coger la fotografía. Esta vez, su expresión era diferente: más sombría, como si se disculpara.

—La verdad, inspectora, es que... —Hizo una pausa, respiró y dijo—: Lo lamenté muchísimo cuando me enteré de lo sucedido. Durante el último mes ella estaba tan contenta, con tantas ilusiones. He hecho mal al engañarles. Ha sido una tontería. Sí que conocía a Kathy. La conocí la noche que nos hicieron esta foto. A veces, mis admiradoras son muy impresionables, y

atractivas. A veces, para mi desgracia, yo también soy impresionable.

Me daban ganas de saltar por encima de la mesa y arañarle la impresionable cara a Nicholas Jenks. Estaba convencida de que era el culpable de seis perversos asesinatos. Ahora se burlaba de nosotros y de las víctimas. ¡Qué desfachatez!

—Entonces admite —interpuso Raleigh— que mantenía una relación con esta mujer.

—No de la forma que insinúa —contestó Jenks—. Kathy era una mujer que deseaba satisfacer sus vagas aspiraciones artísticas relacionándose con alguien que se dedicara a la creación. Ella también quería escribir. Escribir no es precisamente hacer cirugía cardíaca, pero si fuera tan fácil todos tendríamos un *best-seller* en las listas de ventas, ¿no creen?

No le respondimos.

—Hablamos, quizá nos vimos unas pocas veces en todos estos años. Nunca pasó de ahí. Es la verdad.

—¿Como un maestro? —propuso Raleigh.

—Sí, exacto. Algo así.

—Por casualidad... —Me incliné, incapaz de seguir controlando el tono de mi voz—. ¿Estuvo enseñando algo a Kathy en Cleveland, el sábado pasado, la noche en que la mataron?

La cara de Jenks se volvió dura como el granito.

—¡Qué tontería! ¡Qué cosa más absurda!

Volví a buscar dentro del sobre, y esta vez saqué una copia de la foto del asesino entrando en el Hall of Fame extraída de la cinta de seguridad.

—Es una foto de las cámaras de seguridad tomada la noche en que la mataron. ¿Se trata de usted, señor Jenks?

Jenks ni siquiera pestañeó.

—Podría serlo, inspectora, si hubiera estado allí. Lo cual niego categóricamente.

—¿Dónde estuvo el sábado por la noche?

—¿Debo deducir pues —dijo, impertérrito— que soy sospechoso de estos crímenes?

—Kathy Kogut habló de usted, señor Jenks —dije sacando chispas por los ojos—. Con su hermana. Con sus amigas. Sabemos cómo la trataba. Sabemos que se fue de la zona de la bahía para huir de su dominio. Sabemos que siguió viéndose con usted hasta la misma noche de la boda.

No pensaba apartar mis ojos de Jenks. En la habitación, no había nadie más que él y yo.

—No estuve en Cleveland —afirmó—. Aquella noche estaba aquí.

Le enumeré todas las pruebas que teníamos. Desde la botella de Clos du Mesnil encontrada en el Hyatt hasta su participación en la corporación que era titular de los viñedos de Sparrow Ridge, pasando por el hecho de que dos de los asesinatos se habían cometido con pistolas de nueve milímetros y que, según los permisos que se le habían concedido, él tenía una.

Se rio en mi cara.

—Espero que no esté basando sus conclusiones en esto. El champán lo compré hace siglos. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera recuerdo dónde está.

—¿Podrá localizarlo, supongo? —preguntó Raleigh, y después le explicó que le pedíamos que lo entregara voluntariamente como una señal de respeto hacia él.

—¿Le importaría suministrarnos una muestra de pelo de su barba? —pregunté.

—¿Qué?

Sus ojos se enfrentaron a los míos con absoluta hostilidad. Imaginé la mirada que habría visto Melanie Brandt cuando la atacó. Lo que vio Kathy Kogut cuando él apuntaba a su cabeza.

—Creo —respondió finalmente Nicholas Jenks— que esta fascinante conversación ha terminado. —Levantó las muñecas—. A menos que tengan intenciones de llevarme con ustedes, es mi hora de almorzar.

Asentí.

—Necesitaremos más datos sobre su paradero. Y sobre la pistola.

—Adelante —dijo Jenks levantándose—. Si necesitan más colaboración, no vacilen en ponerse en contacto con mi abogado.

Recogí las fotografías y las guardé en el sobre. Raleigh y yo nos levantamos. En aquel momento, entró en la habitación la atractiva rubia de las fotografías.

Era incuestionablemente bonita; tenía unos ojos bondadosos de color verde mar, la piel clara y llevaba el pelo largo y suelto. Tenía el cuerpo esbelto de una bailarina y llevaba pantalones cortos de gimnasia y una camiseta Nike.

—¡Chessy! —exclamó Jenks—. Estos agentes son del Departamento de Policía de San Francisco. Les presento a mi esposa, inspectores.

—Perdona, Nicky —se disculpó Chessy Jenks—. Va a venir Susan. No sabía que tuvieras invitados.

—Estaban a punto de irse.

Asentimos con rigidez y nos fuimos hacia la puerta.

—Si puede localizar lo que hemos mencionado —le insistí a Jenks—, le mandaremos a alguien a recogerlo.

Me atravesó con la mirada.

No podía soportar marcharme sin detenerlo, y haberlo tratado con tanto respeto, pero todavía nos faltaban algunos pasos para poder arrestarlo.

—Vaya —dijo Chessy Jenks sonriendo—, ¿mi esposo ha cometido por fin un asesinato? —Se acercó a Jenks y se cogió de su brazo juguetonamente—. Siempre le he dicho que, con aquellos personajes tan escalofrantes que se inventa, esto era inevitable.

«¿Podía saberlo ella?», me pregunté. Vivía con él, dormía con él. ¿Cómo podía no ser consciente de lo que pasaba por la cabeza de su marido?

—Espero que no, señora Jenks —dije brevemente.

—¿Qué ha querido decir con esto? —preguntó Chessy Jenks a su marido, desorientada, cuando se quedaron solos en la casa.

Jenks la apartó sin hacerle caso. Se acercó a los grandes ventanales que daban al Pacífico.

—Idiotas —murmuró—. Aficionados. ¿Con quién se creen que están hablando?

Sentía un calor punzante y doloroso en los hombros y en la espalda. «Estúpidos, cortos de miras. Cucarachas. Por eso son policías. Si tuvieran cerebro, harían lo que hago yo. Vivir muy por encima del Pacífico».

—Por eso rebuscan en los vertederos —siguió distraídamente—. Un lugar donde los policías se sienten como en casa.

Chessy recogió la fotografía de la boda que Lindsay había dejado en la mesita y la colocó en su lugar.

—¿Ahora qué has hecho, Nick?

¿Por qué lo atosigaba siempre? ¿Por qué siempre quería saberlo todo?

Chessy se le acercó y lo miró con sus ojos transparentes y tranquilos.

Como siempre, la ira de él se desbordó al instante. Ni siquiera se dio cuenta de que la había golpeado. Simplemente le dolía la mano y Chessy estaba tirada en el suelo; la mesa de bambú llena de fotografías había caído y ella se tapaba la boca con la mano.

—¿Es que no sabes cuándo tienes que dejarme en paz? ¿Qué necesitas? ¿Un mapa? —gritó él.

—No, Nick —dijo Chessy—. Aquí no... Ahora no.

—Ahora no, ¿qué? —gritaba.

Sabía que gritaba y que estaba perdiendo el control, que le oirían los criados.

—Por favor, Nick —dijo Chessy levantándose—. Susan llegará en seguida. Vamos a comer juntas.

Era la idea de que Chessy pudiera pensar que tenía derecho a juzgarle lo que le sacaba de quicio. ¿Acaso no sabía ella lo que era en realidad? Una rubia cualquiera con pecas que él había elegido entre muchas y que había convertido en una dama.

La agarró del brazo y le acercó la cara a pocos centímetros de sus bonitos ojos, ahora aterrados.

—¡Dilo!

El brazo que tenía agarrado temblaba. Le caía un diminuto moco de la nariz.

—Por Dios, Nick...

Aquello le gustaba, que le tuviera miedo, aunque nunca lo demostrara en público.

—Te he dicho que lo digas, Chessy. —Le torció el brazo en la espalda.

Chessy respiraba con dificultad y sudaba bajo la camiseta. Sus pequeños pechos estaban pegados a la tela. Cuando ella le miró con un intento de desafío, él le retorció aún más el brazo y le clavó los dedos. La empujó hacia el dormitorio, obligándola a arrastrar los pies descalzos. Dentro del dormitorio, cerró la puerta.

¿Quién se había creído que era aquella inspectora? Entrar en su casa, acusarle como si nada. Con su ropa barata de Gap. Asquerosa insolente.

Arrastró a Chessy al armario de la ropa. El de ella. Dentro estaba oscuro. Solo oscuridad, los sollozos de ella y el aroma penetrante de su perfume.

La empujó con fuerza contra la pared y se apretó contra sus nalgas.

Tiró de los pantalones de gimnasia de Chessy y se los bajó junto con las bragas.

—Por favor —gritó ella—. ¡Nicky!

Jenks encontró el lugar conocido donde las pequeñas nalgas de Chessy se separaban. Ya estaba empalmado y empujó.

Empujó más adentro de Chessy.

—Dilo —le ordenó sin aliento—. Sabes cómo hacer que pare. Dilo.

—Guau... —murmuró ella finalmente en un cuchicheo.

Ahora a ella le gustaba, como siempre. No era desagradable..., era placentero. Todas acababan deseándolo y les gustaba. Sabía cómo elegir las.

—Guau —gimió ella—. Guau, guau. ¿Es lo que quieres, Nick?

Sí, esto formaba parte de lo que necesitaba. Era todo lo que esperaba de Chessy.

—Te gusta, Chessy —cuchicheó a su vez—. Por eso estamos aquí.

Seguimos de cerca los movimientos de Jenks con un grupo de vigilancia de tres coches. Si hacía algo para deshacerse del arma, lo sabríamos. Si lo hacía para matar otra vez, esperábamos poder impedirlo. Por muy listo que fuera, me parecía imposible que pudiera cometer otro asesinato a partir de entonces.

Quería hablar con alguien que lo conociera, que estuviera deseando hablar. Raleigh había mencionado a una exesposa y un historial de violencia doméstica. Tenía que hablar con ella.

No fue difícil localizar a Joanna Jenks, ahora Joanna Wade. Buscando en los archivos de la policía, encontramos su nombre de soltera en la denuncia por violencia doméstica que había presentado contra su marido hacía años. Una tal Joanna Wade vivía actualmente en el 1115 de Filbert Street, en Russian Hill.

Era una casa de piedra caliza muy hermosa, en la parte más empinada de la colina. Llamé y me identifiqué ante la criada. Esta me abrió y me informó de que la señora Wade no estaba en casa.

—Está en el gimnasio —dijo—. En el Gold's Gym de Union Square.

Encontré el gimnasio en una esquina entre una cafetería Starbucks y un supermercado Alfredson. En la recepción, una entusiasta empleada con una cola de caballo me informó de que Joanna estaba en la sala C. Cuando le pregunté qué aspecto tenía Joanna Wade, se echó a reír y dijo:

—Rubia y muy en forma.

Entré y, a través de un gran cristal, vi que en la sala C estaban haciendo una clase de tae bo. Ocho mujeres sudadas, con pantalones y tops elásticos daban patadas al estilo karate al ritmo de una música muy alta. Sabía que el tae bo era el último grito en ejercicio, lo que más calorías quemaba. Cualquiera de aquellas mujeres parecía capaz de empujar a un sospechoso contra una pared y llegar a la comisaría corriendo antes que el coche patrulla sin perder el aliento.

La única rubia que había en la sala estaba en la primera fila. Era esbelta, escultural y, aunque trabajaba mucho, apenas si sudaba. Era la profesora.

Esperé a que terminara y salieran las alumnas. La mujer se secó el sudor de la cara.

—Me ha gustado —dijo, cuando se me acercó.

—Es lo mejor que encontrará en la zona de la bahía. ¿Le gustaría apuntarse?

—Quizá. Primero quisiera preguntarle un par de cosas.

—Hable con Diane. Ella se lo explicará todo.

—No se trata del tae bo. —Le enseñé rápidamente la placa—. Se trata de Nicholas Jenks.

Joanna me miró y se apartó la cola de caballo de los hombros para refrescarse el cuello. Hizo una mueca.

—¿Qué ha hecho? ¿Lo han pillado robando uno de sus libros en una librería?

—¿Podemos hablar? —pregunté.

Se encogió de hombros y me condujo a un vestuario que estaba vacío.

—¿Qué quiere que le cuente de Nick que no pueda leer en las solapas de sus libros?

—Fue hace años —dije—, pero sé que en una ocasión presentó una denuncia por violencia doméstica contra él.

—Oiga, por si no se han enterado, ya retiré la denuncia.

Vi el terror del recuerdo reflejado en su cara.

—Mire —dije sinceramente—, nadie quiere remover viejas heridas, señora Wade. Solo quisiera que me hablara de su exmarido.

—¿Ha vuelto a las andadas?

Vi que me estaba evaluando. ¿Era una aliada o una enemiga?

Finalmente soltó un bufido de rendición y me miró a los ojos.

—Si ha venido por Chessy, yo la podría haber avisado. Si él no se hubiera deshecho de mí de una forma tan asquerosa. Me decía: «Me ayuda a escribir, Jo. Me inspira». ¿Ha leído sus libros, inspectora? —preguntó—. Ella no tenía que inspirarle mientras trabajaba para que él pudiera encontrarse a sí mismo. No tenía que leer sus borradores, y aguantarle los ataques de ira cuando le rechazaban los libros, ni decirle cada noche cuánto confiaba en él. ¿Sabe dónde la conoció? En la sala de maquillaje de *Entertainment Tonight*.

—Lo que quisiera saber, señora Wade, es hasta qué punto es Nicholas Jenks violento.

Ella calló y apartó la vista. Cuando se giró, tenía los ojos húmedos, como si estuviera a punto de llorar.

—Viene aquí, después de tanto tiempo, y me lo hace revivir todo. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que su madre no le quería? ¿Que es un hombre peligroso y enloquecido? La vida con Nick... es muy dura. Tiene algo dentro que solo Dios sabe cuándo estallará. Las preguntas que me hago yo misma son: ¿por qué?, ¿qué culpa tenía yo? Era solo una niña. —Le brillaban los ojos.

—Lo siento. —Lo lamentaba sinceramente por ella, por las dos señoras Jenks. No podía ni imaginarme lo que debía ser despertarse y encontrarse casada con alguien como él.

—Necesito preguntarle —dije— qué posibilidades hay de que su exmarido esté peor. De que sea más peligroso.

Me miró asombrada.

—¿Chessy está bien, inspectora?

—Chessy está bien. —Asentí dejando claro que creía que otras podían no estarlo.

Esperó a que yo parpadeara. Cuando vio que no lo haría, se rio sin alegría.

—Entonces quiere decir que hablamos de algo más grave que llevarse un libro de una librería.

Asentí de nuevo. Ahora, ya de mujer a mujer, dije:
—Necesito hacerle una pregunta crucial, señora Wade.

Lo que le pregunté a Joanna Wade fue si Nicholas Jenks era capaz de matar.

No podía decirle la razón, pero no importaba. Joanna no era tonta.

Vi en sus ojos el impacto que le causaba mi pregunta. Cuando se calmó, observé que reflexionaba antes de responder. Por fin, me miró y volvió a preguntar:

—¿Ha leído alguno de sus libros, inspectora?

—Uno, *Encanto fatal*. Muy siniestro.

—Él vive a través de aquellos personajes, inspectora. A veces, creo que olvida que lo hace solo para ganarse la vida.

Vi que ya le sabía mal haberlo dicho y me acerqué más a ella.

—No quiero amargarle la vida, pero tengo que saberlo.

—¿Si podría matar? ¿Si es capaz de matar? Sé que es capaz de degradar totalmente a un ser humano. Eso es un asesinato, ¿verdad? Nick es lo que se llama un «sádico sexual». Su padre solía pegar a su madre en el armario del dormitorio a modo de afrodisíaco. Se alimenta de la debilidad. Sí, el famoso Nicholas Jenks me humilló... Pero permita que le confiese lo peor, lo más terrible. Me dejó él, inspectora. Yo no le dejé.

Joanna se echó hacia atrás y me miró con una sonrisa más bien compasiva.

—He visto a Chessy un par de veces en almuerzos y fiestas de beneficencia. Hemos hablado un poco. Nick no ha cambiado. Ella sabe que yo sé exactamente por lo que está pasando, pero no puedo ayudarla. Veo que tiene miedo y la comprendo. Cuando Chessy se mira al espejo, ya no reconoce a la persona que había sido.

Mi sangre estaba en el punto de ebullición. A través del duro barniz, pude entrever a la mujer que había sido Joanna Wade: joven, necesitada y desorientada.

Le toqué la mano. Ya me había respondido. Cerré la libreta para marcharme cuando Joanna me sorprendió hablando.

—Pensé que había sido él. Bueno, no exactamente, pero pensé en Nick cuando me enteré de esos horribles crímenes. Pensé en su libro y me dije: podría haber sido él.

—¿Qué libro? —pregunté interrumpiéndola.

—El primero que escribió: *La dama de honor*. Pensé que era esto lo que la había hecho venir, inspectora, lo que había relacionado a Nick con los asesinatos.

La miré totalmente despistada.

—No sé de qué me habla.

—No me acuerdo muy bien. Lo escribió antes de que nos conociéramos. Yo tuve la suerte de llegar a tiempo para el segundo libro no publicado, que me han dicho que ha vendido hace poco por dos millones. De aquel primer libro, me había olvidado totalmente hasta hace pocos días. Trataba de un estudiante de Derecho que descubre a su esposa con su mejor amigo y que los mata a los dos. Acaba comportándose como un demente.

—¿Qué clase de demencia? —pregunté, y lo que me dijo me dejó pasmada.

—Se pone a matar recién casados. Más o menos lo que ha sucedido.

Aquella era la pieza del rompecabezas que me faltaba. Si Jenks había planeado estos crímenes y los había descrito en un libro anterior, significaría que poseía un conocimiento irrecusable. Ya no serían pruebas circunstanciales. Junto con todo lo demás que teníamos, podríamos detenerlo finalmente.

—¿Dónde puedo encontrar este libro? —pregunté.

—No era muy bueno —contestó Joanna Wade—. No se llegó a publicar.

Yo tenía todos los nervios del cuerpo en estado de alerta.

—¿Tiene alguna copia?

—Créame, si tuviera una, la habría quemado hace años. Nick tenía un agente en la ciudad llamado Greg Marks. Lo dejó cuando empezó a tener éxito. Si alguien tiene una copia, tiene que ser él.

Llamé a Greg Marks desde el coche. Me sentía en las nubes. Estaba eufórica.

Contestaron al cabo de cuatro tonos, pero era una cinta de contestador: «Ha llamado a Greg Marks Asociados...». Hice una mueca de desilusión. Mierda, mierda, mierda.

De mala gana, le dejé mi número de busca.

—Es una cuestión muy urgente —dije, y estaba a punto de explicarle la razón de la llamada cuando una voz interrumpió la cinta.

—Soy Greg Marks.

Le expliqué que necesitaba verle inmediatamente. Su despacho no estaba muy lejos; podía llegar en diez minutos.

—Tengo que estar en Market Street a las seis y cuarto —contestó el agente brevemente—, pero si viene en seguida...

—No se vaya —dije—. Se trata de una cuestión de la policía y es importante. Si no me espera, ¡le arrestaré!

Greg Marks trabajaba en su loft del tercer piso de una finca de obra vista de Pacific Heights, con una vista parcial del puente. Me abrió la puerta con expresión desconfiada. Era bajo, medio calvo y llevaba una elegante camisa de Jacquard abrochada hasta arriba.

—Me temo que no ha elegido un tema de mi gusto. Nicholas Jenks no es cliente mío desde hace seis años. Me dejó el día que *Conexiones cruzadas* llegó al primer puesto de los más

vendidos en la lista del *Chronicle*.

—¿Sigue viéndole? —Quería asegurarme de que Jenks no se enteraría de nada de lo que pudiera decirle a Marks.

—¿Por qué? ¿Para recordarle las horas que perdí con él cuando no sabía ni poner un adjetivo detrás de un sustantivo mientras soportaba sus obsesivas llamadas nocturnas y le hinchaba el ego?

—He venido a hablar de algo que escribió Jenks hace mucho —interrumpí—. Antes de sus grandes éxitos. He hablado con su exesposa.

—¿Con Joanna? —exclamó Marks con sorpresa.

—Me ha dicho que Jenks escribió un libro que no se llegó a publicar. Cree que se llamaba *La dama de honor*.

El agente movió la cabeza afirmativamente.

—Fue una ópera prima irregular. No tenía poder narrativo. La verdad es que no lo llegué a presentar a nadie.

—¿Tiene una copia?

—Se la devolví cuando terminé de leer la última página. Pero seguro que Jenks tiene una. Él creía que el libro era una obra maestra del suspense.

—Tenía la esperanza de no tener que pedírselo a él —dije, sin aclarar el porqué. Y añadí—: ¿Cómo puedo conseguir una copia de la novela sin tener que pedírsela a Jenks directamente?

—¿No la guardó Joanna? —Marks se frotó una sien con el dedo—. Jenks tenía la paranoia de que los demás iban a plagiarlo. A lo mejor lo registró. ¿Por qué no lo comprueba?

«Tengo que comentar esto con alguien. Tengo que comentarlo con las chicas».

—¿Quiere saber algo realmente escalofriante de Jenks? —dijo entonces el agente.

—Claro, adelante.

—Una idea para un libro que quería escribir. Es sobre un novelista que está obsesionado, eso que hace tan bien Stephen King, por escribir un libro muy bueno, un gran libro, y que, para conseguirlo, mata de verdad, para así saber lo que se siente. Bienvenida a la siniestra mente de Nicholas Jenks.

Era por eso por lo que me había hecho inspectora de Homicidios. Estaba de nuevo en el despacho, dándole vueltas en la cabeza a la forma de conseguir aquel libro perdido, cuando cayó la siguiente bomba.

Era McBride.

—¿Está sentada? —preguntó, como si fuera a darme el tiro de gracia—. Nicholas Jenks estuvo en Cleveland. La noche de los asesinatos en el Hall of Fame. El muy cabrón estuvo aquí.

Jenks me había mentido descaradamente. Y no había ni parpadeado.

Ahora estaba claro; el hombre no identificado del Hall of Fame era él con seguridad. No tenía coartada.

McBride me explicó que sus hombres habían recorrido todos los hoteles de la ciudad. Finalmente, habían descubierto que Jenks se había alojado en el Westin y que, encima, se había inscrito con su propio nombre. Una recepcionista que trabajaba aquella noche lo recordaba. Lo había reconocido en seguida, porque era una admiradora suya.

Repasé mentalmente las consecuencias de lo que acababa de saber. Era lo que necesitaba McBride. Tenían una relación previa del sospechoso con la víctima, una posible identificación en la escena. Ahora tenían a Jenks situado en la ciudad. Incluso, había mentido en el interrogatorio.

—Mañana iré a ver al fiscal del distrito para pedir una orden de procesamiento —anunció McBride—. En cuanto la tenga, quiero que arreste a Nicholas Jenks.

Estaba claro lo que significaba aquello y fue como un mazazo. Si lo arrestaban en Cleveland, lo perderíamos en San Francisco. Ni las pruebas ni las corazonadas acertadas servirían para nada. Ahora solo podríamos añadirnos a una petición conjunta de cadena perpetua en un segundo juicio. Sería un mal trago para los Brandt y los Weil, para los DeGeorge y los Passeneau. Mercer se subiría por las paredes.

Me quedaban dos posibilidades totalmente desmoralizadoras: o bien arrestaba a Jenks por orden de McBride, o bien hacía algo inmediatamente sin tener el caso bien atado.

«Debería consultarlo con los jefes», decía una voz en mi cabeza.

Pero la voz de mi corazón me decía que lo consultara con las chicas.

Las reuní a todas avisándolas con solo una hora de antelación.

—En Cleveland, están dispuestos a procesarlo —dije. Y después dejé caer la bomba del libro *La dama de honor*.

—Tienes que encontrarlo —aseguró Jill—. Es lo único con lo que podemos relacionarlo con los tres crímenes. Como no fue publicado, se puede alegar como conocimiento exclusivo de los asesinatos. Podría ser que los crímenes fueran idénticos. Encuentra ese libro, Lindsay, y podremos encerrar a Jenks. ¡Para siempre!

—¿Cómo? Joanna Wade me habló de un agente literario anterior y fui a verle. Nada. Él me dijo que mirara en el registro de derechos de autor. ¿Dónde está eso?

Cindy meneó la cabeza.

—Creo que en Washington.

—Tardaremos días como mínimo. No tenemos días. —Miré a Jill—. A lo mejor, ha llegado el momento de pedir una orden de registro, de sorprender a Jenks. Necesitamos el arma y el libro. Y los necesitamos ya.

—Si lo hacemos —dijo Jill, nerviosa—, podemos echar a perder toda la investigación.

—Jill, ¿quieres que lo perdamos?

—¿Alguien está enterado de esto? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Solo el primer equipo, vosotras. Pero, cuando lo sepa Mercer, querrá intervenir con todo lo que tenga a su alcance. Cámaras, micrófonos y el FBI apostado en los tejados.

—Si nos equivocamos, Jenks nos hará picadillo con demandas —dijo Jill—. No quiero ni pensarlo.

—Y en Cleveland estarán esperando —dijo Claire— para hacernos quedar como un puñado de idiotas.

Finalmente, Jill suspiró.

—De acuerdo... Estoy contigo, Lindsay. Si no se te ocurre una forma mejor de hacerlo.

Las miré a las tres para asegurarme de que todas pensábamos lo mismo. De repente, Cindy nos interrumpió.

—¿Podéis esperar veinticuatro horas?

La miré.

—No lo sé. ¿Por qué?

—Solo hasta mañana. Y necesito el número de la Seguridad Social de Jenks.

Moví dubitativamente la cabeza.

—Ya has oído lo que he dicho de McBride. Bueno, ¿para qué?

Tenía la misma expresión de la otra noche, cuando se presentó en mi piso con la foto de Jenks y Kathy Kogut, la tercera novia.

—Esperad hasta mañana por la mañana.

Se levantó y se marchó.

A la mañana siguiente, Cindy empujaba con timidez las puertas de cristal de la oficina de la Asociación de Escritores de San Francisco. Se sentía un poco como en el día del Grand Hyatt. En la recepción, una mujer de mediana edad y con el aspecto severo de una bibliotecaria levantó la cabeza y la miró.

—¿En qué puedo ayudarla?

Cindy respiró hondo.

—Necesito encontrar un manuscrito escrito ya hace tiempo.

Lo de los derechos de autor le había dado la idea. Ella había escrito algunas narraciones cortas en la universidad. No eran buenas ni para que se las publicaran en el periódico literario de la facultad, pero su madre había insistido en que las registrara. Cuando lo investigó, se enteró de que se tardaba meses y que costaba demasiado dinero. Sin embargo, un amigo que tenía algo publicado le contó otra forma de registrar los documentos a nivel local. Le dijo que todos los escritores lo hacían. Si Nicholas Jenks había querido protegerse en sus épocas de penuria, habría seguido esta ruta.

—Es una cuestión familiar —dijo Cindy a la mujer—. Mi hermano escribió una narración en que hablaba de tres generaciones de la familia, pero no tenemos ninguna copia.

La mujer meneó la cabeza.

—Esto no es una biblioteca. Todo lo que tenemos aquí es confidencial. Si quiere encontrarlo, tendrá que pedirle a su hermano que venga.

—No puedo —dijo Cindy con solemnidad—. Nick está muerto.

La mujer se enterneció y empezó a mirarla con una expresión menos oficial.

—Lo siento.

—Su esposa dice que no encuentra ninguna copia del libro. Me gustaría regalárselo a nuestro padre por su sexagésimo aniversario. —Cindy se sentía culpable y tonta mintiendo de aquella manera, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera para conseguir el libro.

—Todo esto tiene que seguir un proceso —contestó la mujer virtuosamente—. Certificado de defunción. Prueba de parentesco. El abogado de la familia te puede informar. Yo no puedo hacer nada más.

Cindy pensaba a toda velocidad. Aquello no era precisamente la sede de Microsoft. Si había

logrado llegar a la escena del crimen del Grand Hyatt, y seguir a Lindsay hasta el lugar del segundo crimen, tenía que poder solucionar aquello. Todos dependían de ella.

—Tiene que haber alguna forma de que me deje mirar. ¿Por favor?

—Lo siento, de verdad. Sin la documentación, no. ¿Por qué cree que está registrado aquí?

—Mi cuñada está segura.

—Bueno, no puedo entregar documentos registrados solamente porque alguien tenga una intuición —dijo la mujer con determinación.

—Al menos, podría mirarlo —propuso Cindy— para asegurarnos de que está aquí.

Finalmente, la tenaz defensora de la libertad de prensa cedió.

—Imagino que eso sí puedo hacerlo. ¿Dice que lo escribió hace varios años?

Cindy sintió una subida de adrenalina.

—Sí.

—¿Y el nombre?

—Creo que se llamaba *La dama de honor*. —Sintió un escalofrío al decirlo.

—Me refería al nombre del autor.

—Jenks —dijo Cindy reteniendo la respiración—. Nicholas Jenks.

La mujer la miró fijamente.

—¿El escritor de novelas de intriga?

Cindy meneó la cabeza y fingió una sonrisa.

—El vendedor de seguros —dijo con toda la calma de que fue capaz.

La mujer la miró con desconfianza, pero siguió tecleando el nombre.

—¿Tiene una prueba de parentesco?

Cindy le pasó un papel con el número de la Seguridad Social de Jenks apuntado.

—Esto tendría que salir en el registro.

—No sirve —dijo la mujer.

Cindy abrió una cremallera del bolso. Sentía que estaba perdiendo su oportunidad.

—Al menos, dígame si lo tiene y ya volveré con todo lo que me ha pedido.

—Jenks —murmuró la mujer con escepticismo—. Parece que su hermano era más prolífico de lo que usted creía. Tiene tres manuscritos registrados aquí.

Cindy tenía ganas de pegar un grito.

—A mí solo me interesa el que se llama *La dama de honor*.

La mujer tardó varios minutos, pero finalmente su pétrea resistencia se debilitó.

—No sé por qué lo hago; pero, si puede verificar que es su hermano, aquí tenemos el manuscrito registrado.

Cindy sintió el peso de la confirmación. El manuscrito era la pieza final que necesitaban para demostrar la culpabilidad de Jenks en los asesinatos y para encerrarlo.

Ahora solo tenía que conseguirlo.

—¡Lo he encontrado! —exclamó Cindy, sin aliento, en el teléfono—. *La dama de honor*.

Pegué un puñetazo en la mesa, eufórica. Esto quería decir que por fin podíamos actuar.

—¿Y qué dice, Cindy?

—Lo he encontrado —aclaró Cindy—, pero no lo tengo.

Me explicó lo de la Asociación de Escritores. El libro estaba allí, pero habría que trabajar un poco más para tenerlo en la mano.

Tardamos apenas dos horas, que empezaron con una frenética llamada a Jill. Ella sacó a un juez de su despacho y nos consiguió una orden judicial para que nos entregaran el manuscrito de Jenks. Luego, Jill y yo fuimos a ver a Cindy. Por el camino, hice otra llamada. A Claire. Me parecía correcto que estuviéramos todas.

Veinte minutos después, Jill y yo nos encontramos con Cindy y con Claire frente al desvencijado edificio de Geary Street, donde tenía las oficinas la Asociación de Escritores. Subimos al octavo piso.

—He vuelto —anunció Cindy a la sorprendida recepcionista—. Y he traído los documentos. Ella la miró con desconfianza.

—¿Quiénes son ellas? ¿Sus primas?

Le enseñé mi placa y también le presenté la orden judicial con el sello oficial.

—¿Qué pasa con este libro? —dijo la mujer, asombrada.

Consciente de su falta de autoridad en este asunto, fue a buscar a un supervisor para que leyera la orden judicial.

—Normalmente solo los guardamos ocho años —dijo un poco inseguro. Después, desapareció durante un rato que nos pareció una eternidad.

Nos quedamos las cuatro en la austera sala de recepción como familiares nerviosos a la espera del nacimiento de un niño. ¿Y si lo habían tirado?

Finalmente, el supervisor volvió con un paquete polvoriento envuelto en papel marrón.

—Estaba detrás de las papeleras —comentó con una sonrisa de satisfacción.

Fuimos a una cafetería que había en la misma calle. Nos sentamos en una mesa del fondo y nos apretujamos ansiosas para mirar. Tiré el manuscrito sobre la mesa y arranqué el papel marrón.

Leí la cubierta: «*La dama de honor*. Una novela de Nicholas Jenks».

Nerviosa, lo abrí y leí la primera página.

El narrador hablaba de sus crímenes desde la cárcel. Se llamaba Phillip Campbell.

«¿Qué es lo peor —empezaba la novela— que puede hacer una persona?».

Dividimos el libro en cuatro partes y cada una fue leyendo una en silencio, buscando alguna escena o algún detalle que fuera equiparable a los de los crímenes auténticos.

La parte que me tocó trataba de la vida de aquel hombre, Phillip Campbell, de la maravillosa esposa que tenía y de cómo la encontraba con otro hombre. Los mataba a los dos y su vida cambiaba para siempre.

—¡Lo tengo! —soltó Jill de repente. Leyó en voz alta mientras doblaba el pliego de papeles como si fuera una baraja de cartas.

Describió una escena en que Phillip Campbell («la respiración latía en su interior y oía voces en su cabeza») caminaba furtivamente por los pasillos de un hotel. El Grand Hyatt. Unos novios en una suite. Campbell entraba y los mataba sin pensarlo ni un segundo.

—«Con aquel acto —leyó Jill del manuscrito—, se había desvanecido el aroma de la traición y se había impuesto un deseo nuevo y antes inimaginable. Le gustaba matar».

Nos miramos largo rato. Esto era más que escalofriante. Jenks estaba loco, pero ¿sería también astuto?

Claire fue la siguiente. Era otra boda. Esta vez delante de la iglesia. Los novios bajaban las escaleras, y la gente les echaba arroz, les aplaudía y les felicitaba a gritos. El mismo hombre, Phillip Campbell, esperaba al volante de la limusina con la que se los llevaría de la iglesia.

Nos miramos, boquiabiertas. Así se habían cometido los segundos crímenes.

—Hostia puta... —murmuró Jill.

Claire solo meneó la cabeza. Parecía triste y angustiada. Como todas, supongo.

Estaba a punto de pegar un grito de satisfacción que tenía hacía días reprimido en el pecho. Lo habíamos logrado. Habíamos resuelto los asesinatos de los novios.

—¿Cómo acabará? —musitó Cindy pasando páginas para llegar al final del libro.

—¿Cómo quieres que acabe? —dijo Jill—. Con una detención.

Fuimos a casa de Jenks con Chris Raleigh. Por el camino, apenas hablamos porque los dos estábamos tensos por lo que íbamos a hacer.

Ante la casa, nos esperaba Charlie Clapper y su Unidad de Escena del Crimen. Ellos registrarían a fondo la casa y el jardín en cuanto detuviéramos a Jenks.

Llamamos al timbre. Cada segundo que tuvimos que esperar, el corazón me latía con más fuerza. Todas las razones por las que me había hecho policía me pesaban en el pecho. Se trataba de eso.

Abrió la puerta la misma criada de la primera vez. Esta vez, su cara expresó alarma al ver la cantidad de coches patrulla que había fuera.

Le enseñé mi placa.

—Queremos ver al señor Jenks.

Entramos en la sala en que nos había recibido Jenks el día anterior. Sobresaltada, Chessy Jenks vino a nuestro encuentro.

—Inspectora —dijo nerviosa al reconocirme—. ¿Qué sucede? ¿Por qué hay tantos coches de la policía delante de la casa?

—Lo siento —dije mirándola a los ojos. Lo sentía de verdad por ella—. ¿Está su marido en casa?

—¡Nick! —gritó ella entendiendo alarmada por qué estábamos allí. Después nos siguió intentando impedirnos el paso y gritando—. No pueden entrar. Es nuestra casa.

—Por favor, señora Jenks —suplicó Raleigh.

Yo estaba demasiado ansiosa para parar. Tenía tantas ganas de detener a Nicholas Jenks que me dolía.

Este apareció poco después, desde la parte del jardín que daba al Pacífico. Llevaba un palo de golf en la mano.

—Creía que le había dicho —dijo imperturbable e impecable con su camisa blanca y con los pantalones cortos de hilo— que la próxima vez que necesitara algo de mí hablara con mi abogado.

—Puede decírselo usted mismo —dije. Ya tenía el corazón acelerado—. Nicholas Jenks, queda arrestado por los asesinatos de David y Melanie Brandt, de Michael y Rebecca DeGeorge,

y de James y Kathleen Voskuhl.

Quería que oyera todos los nombres, que recordara a todos los que había matado. Quería ver cómo la cruel indiferencia se resquebrajaba en sus ojos.

—Esto es una locura —dijo Jenks mirándome furioso. Sus ojos grises echaban chispas.

—¿Nick? —gritó su mujer—. ¿De qué hablan? ¿Para qué han venido?

—¿Sabe lo que está haciendo? —preguntó Jenks, con las venas del cuello hinchadas—. Le he preguntado: ¿Sabe lo que está haciendo?!

No respondí, sino que le recité sus derechos.

—Lo que está haciendo —dijo Jenks rabioso— es cometer el mayor error de su insignificante vida.

—¿Qué dicen? —Su esposa estaba pálida—. Nick, por favor, dímelo. ¿Qué pasa?

—Cállate —gritó Jenks. De repente, se lanzó hacia delante con una furia perversa en los ojos mientras levantaba el puño hacia mí.

Le corté el paso con una llave, Jenks cayó sobre la mesa del sofá, las fotografías se desparramaron y el cristal se rompió. El escritor gimió de dolor.

Chessy Jenks gritó, pero se quedó quieta, como paralizada. Chris Raleigh esposó al marido y lo obligó a levantarse.

—Llama a Sherman —gritó Jenks a su esposa—. Dile dónde estoy y lo que ha sucedido.

Raleigh y yo empujamos a Jenks afuera, hacia nuestro coche. Seguía resistiéndose y no teníamos ninguna razón para ser considerados.

—¿Cuál es ahora su teoría sobre los asesinatos? —pregunté al escritor.

Después de que terminara la última rueda de prensa, después de que se apagara el último foco, después de que contara por enésima vez cómo habíamos descubierto que el asesino era Jenks, después de que un sonriente jefe Mercer se marchara con su coche y su chófer, abracé a Claire, a Cindy y a Jill. Nos tomamos una cerveza para celebrarlo y volví a la comisaría.

Eran más de las ocho, y solo interrumpía mi soledad la charla del turno de noche.

Me senté ante mi mesa en el silencio bien merecido de la sala de la brigada. Intenté recordar la última vez que me había sentido tan bien.

Al día siguiente, empezaríamos a montar minuciosamente el caso contra Nicholas Jenks: le interrogaríamos, acumularíamos más pruebas y rellenaríamos montones de informes. Pero estaba hecho. Lo habíamos cogido, como yo sabía que tenía que ser tarde o temprano. Había cumplido la promesa que había hecho a Melanie Brandt aquella memorable noche en la suite Mandarin del Grand Hyatt.

Estaba satisfecha de mí misma. Pasara lo que pasara con mi enfermedad, y aunque no llegara nunca a teniente, esto no me lo podía quitar nadie.

Me levanté y me acerqué a la pizarra donde se apuntaban los casos en que estábamos trabajando.

En la columna de CASOS ABIERTOS muy arriba de la lista, estaba su nombre: Melanie Brandt. Cogí el borrador y lo borré; después, hice lo mismo con el de su marido, hasta que desaparecieron, hasta que la mancha azul de la tiza ya no se veía.

—¿A que sienta bien? —oí que me decía Raleigh por detrás.

Me giré y le vi, con una expresión satisfecha.

—¿Qué haces aquí? —pregunté—. Es muy tarde.

—Me apetecía ordenar la mesa de Roth y robarle un par de chinchetas —dijo—. ¿Tú qué crees, Lindsay? He venido a buscarte.

Estábamos en un rincón de la sala de la brigada, y no había nadie más. No tuvo ni que moverse. Yo me acerqué a él. Nada me lo impedía. No tenía razones para negar lo que sentía. Le besé, pero no como antes. No solo para que Chris supiera que me gustaba. Le besé como había querido que él me besara la noche de Cleveland. Quería dejarle sin aliento. Quería decirle: «Me moría de ganas de hacerlo desde el primer momento en que te vi».

Cuando por fin nos separamos, Chris repitió sonriendo:

—Como te decía: ¿a que sienta bien?

Ya lo creo que me sentaba bien. En aquel momento, todo me parecía bien. Tan bien como inevitable.

—¿Qué planes tienes? —dije sonriéndole.

—¿Hasta cuándo?

—Concretamente, ahora. Esta noche. Las próximas horas, al menos.

—Había pensado volver, ordenar la mesa de Cheery y preguntarte si podía acompañarte a casa.

—Voy a buscar el bolso.

No sé cómo llegamos a mi piso de Potrero. No sé cómo nos las arreglamos, Chris y yo, para hablar y conducir como si no sintiéramos lo que nos estaba desgarrando por dentro; pero, en cuanto entramos por la puerta, nada podía pararnos. Me eché encima de Chris; él se echó encima de mí. No llegamos más allá de la alfombra del vestíbulo: besándonos, tocándonos, desabrochando botones y bajando cremalleras, respirando agitadamente.

Había olvidado lo agradable que es que te abracen, que alguien que quieres te desee. Después de tocarnos un buen rato, nos lo tomamos con más calma. Los dos queríamos que durara. Chris tenía lo que yo necesitaba por encima de todo: unas manos tiernas.

Me encantó besarle, me encantó que me tocara, su ternura y, después, también su aspereza; que estuviera tan pendiente de mi placer como del suyo. Nunca se sabe hasta que no lo pruebas, pero me encantó estar con Chris. Me gustó todo.

Sé que es un lugar común, pero aquella noche hice el amor como si fuera la última vez. Sentía a Chris envolviéndome, electrizándome, desde la matriz y los muslos y hasta las puntas de los dedos de manos y pies. Su abrazo era lo único que me mantenía unida, que impedía que me disgregara. Sentía una confianza incondicional en él.

No reprimí nada. Me di a Chris de una forma en que nunca lo había hecho con nadie. No solo con el cuerpo y con el corazón —esas eran cosas que podía recuperar—, sino que también le di mi esperanza de poder seguir viviendo.

Cuando grité, y un temblor explotó dentro de mí, los dedos se me tensaron de alegría, y una voz interior me cuchicheó lo que yo sabía que era verdad: «Yo le he dado todo, y él me lo ha devuelto».

Finalmente, Chris se separó de mí. Estábamos los dos hipersensibles, ardiendo.

—¿Qué? —Respiré hondo—. ¿Ahora qué?

Me miró y sonrió.

—Me gustaría ver el dormitorio.

Una brisa fresca me daba en la cara. «Dios mío, qué noche. Qué día. Qué montaña rusa».

Estaba sentada en la terraza envuelta en un edredón, contemplando el extremo sur de la bahía. Todo estaba inmóvil; solo parpadeaban las luces de San Leandro en la distancia. Eran las dos menos cuarto.

En el dormitorio, Chris dormía. Se había ganado un descanso.

Yo no podía dormir. Tenía el cuerpo muy alerta, despierto, como una costa lejana con miles de luces intermitentes.

No podía dejar de sonreír ante la idea de que había sido un día estupendo.

«Día 27 de junio —dije en voz alta—. Me acordaré de ti».

Primero, encontramos el libro. Después, arrestamos a Jenks. Nunca hubiera imaginado que pudiera haber más. Pero lo hubo. Fui mucho más lejos.

Aquella noche, Chris y yo habíamos hecho el amor dos veces más; las últimas tres horas habían sido una dulce danza de caricias, de jadeos y de amor. No quería que las manos de Chris se apartaran nunca de mí. No quería que se alejara de mí el calor de su cuerpo. Era una sensación nueva y energética. Por una vez, no había reprimido nada, y había sido estupendo.

Sin embargo, en la oscuridad de la noche, una voz acusadora no me dejaba en paz. Estaba mintiendo. No lo había dado todo. Estaba ocultando una verdad implacable.

No le había contado lo de mi enfermedad. No sabía cómo hacerlo. Después de haberme sentido tan viva, ¿cómo iba a decirle que podría estar muriéndome? ¿Que mi cuerpo, que hacía un momento había estado rebosante de pasión, estaba enfermo? En un día, parecía que toda mi vida se hubiera transformado. Quería volar. Me lo merecía. Me merecía ser feliz. Pero él se merecía saberlo.

Oí un roce detrás de mí. Era Chris.

—¿Qué haces fuera? —preguntó.

Se puso detrás de mí y me colocó las manos en el cuello y en los hombros.

Yo me abrazaba a mis rodillas y el edredón apenas me cubría el pecho.

—Será difícil —dije apoyándome en él— que las cosas vuelvan a ser como antes.

—¿Quién ha dicho que tengan que volver a ser como antes?

—Habla de trabajar juntos, de verte en la misma habitación. Mañana tenemos que

interrogar a Jenks. Será un gran día para los dos.

Me acarició los pechos con los dedos y, después, el cuello. Me estaba volviendo loca.

—No tienes por qué preocuparte —dijo—. En cuanto esté el caso bien atado, yo vuelvo a mi trabajo. Pero me quedaré para el interrogatorio.

—Chris —dije, y me recorrió un escalofrío. Me había acostumbrado a él.

—Ya te dije que no seríamos compañeros para siempre. —Se agachó y me olió el pelo—. Al menos, no esta clase de compañeros.

—¿De qué clase seremos? —murmuré. Tenía el cuello ardiendo por el efecto de sus caricias.

«Por favor, que esto llegue lejos —supliqué interiormente—, que esto llegue hasta la luna».

¿Podía decírselo? Ya no era que no supiera cómo hacerlo. Estábamos tan bien que no quería que terminara.

Dejé que me llevara al dormitorio.

—Esto va mejorando —murmuré.

—¿A que sí? Me muero de ganas de ver qué pasa a continuación.

Al día siguiente, sonó el teléfono cuando acababa de sentarme a mi mesa y hojeaba el *Chronicle* buscando la continuación del artículo de Cindy sobre el arresto de Jenks.

Era Charlie Clapper. Su grupo de la Unidad de Escena del Crimen se había pasado toda la noche registrando meticulosamente la casa de Jenks.

—¿Tienes algo para mí, Charlie? —Esperaba que hubiera encontrado el arma del crimen o, incluso, los anillos desaparecidos. Algo consistente para que Jenks tuviera que tragarse su arrogancia.

El jefe del grupo soltó un bufido de agotamiento.

—Creo que deberías venir personalmente a verlo.

Cogí el bolso y las llaves del coche de la policía. Al salir, tropecé con Jacobi.

—Corren rumores —gruñó— de que ya no soy el hombre de tus sueños.

—Ya sabes que no debes creer todo lo que lees en la revista *Star* —dije humorísticamente.

—Claro, o lo que me cuentan los chicos del turno de noche.

Me paré de golpe. Alguien nos había visto la noche anterior. Se me pasó por la cabeza la versión más grosera que debía estarse cociendo en la fábrica de rumores de la comisaría. Bajo mi apariencia de enfado, sabía que me había ruborizado.

—Tranquila —dijo Jacobi—. Todos sabemos lo que hay que hacer cuando se encuentra algo bueno. Y tú lo has encontrado.

—Gracias, Warren —respondí. Fue uno de los pocos momentos en que ninguno de los dos se molestó en disimular. Le guiñé el ojo y fui hacia las escaleras.

—Pero acuérdate de que fue lo del champán lo que te puso sobre la pista —gritó a mis espaldas.

—Me acuerdo, y te lo agradezco. Gracias, Warren.

Bajé por la calle Seis hacia las calles Taylor y California, en dirección a la casa de Jenks en Sea Cliff. Cuando llegué, había dos coches de la policía que impedían la entrada y que mantenían las furgonetas de los medios de comunicación a distancia prudencial. Encontré a Clapper, con aspecto fatigado y sin afeitarse, descansando un poco en la mesa del comedor.

—¿Has encontrado el arma del crimen? —pregunté.

—Solo esto. —Señaló unas armas metidas en bolsas de plástico y amontonadas en el suelo.

Había rifles de caza, una escopeta Minelli de exhibición, un Colt automático del 45. No había ninguna de nueve milímetros. No me acerqué a examinarlas.

—Hemos registrado su despacho —resopló Clapper—. No había nada de las víctimas. Ni recortes de periódico, ni trofeos.

—Esperaba que hubieras encontrado los anillos desaparecidos.

—¿Quieres anillos? —dijo Clapper. Se levantó con dificultad—. Su esposa tiene anillos. Montones de anillos. Puedes verlos si quieres. Pero sí hemos encontrado algo. Sígueme.

En el suelo de la cocina, con un rótulo amarillo que ponía PRUEBA, había una caja de botellas de champán. Krug. Clos du Mesnil.

—Eso ya lo sabíamos —dije.

Se quedó mirándome, como si lo hubiera insultado con una obviedad. A continuación, levantó una de las botellas de la caja.

—Mira los números, Lindsay. Cada botella tiene un número de registro. Fíjate: cuatro, dos, tres, cinco, cinco, nueve. Con esta referencia, seguro que sabe mejor. —Del bolsillo de la chaqueta, sacó un formulario verde doblado con las palabras PROPIEDAD DE LA POLICÍA—. La del Hyatt era del mismo lote y del mismo número. —Charlie sonrió.

Las botellas eran las mismas. Era una prueba consistente que vinculaba a Jenks con el lugar donde habían matado a David y Melanie Brandt. No era un arma, pero tampoco era una prueba circunstancial. Se apoderó de mí un desasosiego de pura excitación. Hice chocar mi mano con la del robusto especialista.

—Bueno —dijo Charlie casi disculpándose—, no te habría hecho venir solo por esto.

Clapper me guio por el interior de la casa elegantemente amueblada hasta el dormitorio, que tenía una enorme ventana panorámica con vistas al Golden Gate. Me hizo entrar en un armario muy grande, el de Jenks.

—¿Recuerdas la chaqueta ensangrentada que encontramos en el hotel? —En el fondo del armario, Charlie se agachó ante un enorme zapatero—. Pues ya tenemos los pantalones del mismo traje.

Clapper metió una mano por detrás del zapatero y sacó una bolsa de la compra arrugada.

—Quería que vieras cómo lo habíamos encontrado.

Sacó de la bolsa unos pantalones de esmoquin negros hechos una bola.

—Ya lo he comprobado. Es la pareja de la chaqueta del Hyatt. La misma marca. Mira dentro; la misma referencia.

Fue como si estuviera mirando un millón de dólares en metálico, o una tonelada de cocaína robada. No podía apartar los ojos de los pantalones mientras me imaginaba cómo se retorcería Nicholas Jenks ante esto. Claire tenía razón. Había tenido razón desde el principio. La chaqueta no era de la víctima. Pertenecía a Jenks.

—¿Qué te parece, inspectora? —dijo Charlie Clapper sonriendo—. ¿Tienes un buen caso o no? ¡Ah, sí! —exclamó el especialista, con aire ausente—. ¿Dónde lo he puesto?

Buscó por los bolsillos de los pantalones y de la chaqueta y, finalmente, sacó una bolsita de plástico.

—Lo hemos sacado de la máquina de afeitar eléctrica —soltó Charlie.

En la bolsa, había varios pelos rojizos cortos.

—Te esperaba, cariño —dijo Claire.

Me cogió del brazo y me llevó hacia una pequeña habitación del laboratorio que estaba repleta de productos químicos. Había dos microscopios colocados sobre un mostrador de granito.

—Charlie me ha dicho lo que encontraron —dijo—. El champán. Los pantalones del esmoquin. Ya es tuyo, Lindsay.

—Si estos son iguales —dije pasándole una bolsa de plástico—, lo mandamos a la cámara de gas.

—A ver —dijo ella sonriendo. Abrió un sobre amarillo señalado con las palabras PRIORIDAD, PRUEBA y sacó un plato de ensayo idéntico al que había visto después de los segundos asesinatos. Decía: SUJETO: REBECCA DEGEORGE N.º 62.340, en letras grandes.

Con unas pinzas, colocó sobre una transparencia el pelo que había encontrado en la segunda novia y lo insertó bajo la lente. Se inclinó, ajustó el enfoque, y me pilló por sorpresa cuando me preguntó:

—¿Y qué? ¿Cómo te encuentras?

—¿Te refieres a Negli?

—¿Qué más va a ser? —dijo ella, sin dejar de mirar por la lente.

Con mi obsesión por arrestar a Jenks, era la primera vez en los últimos días en que me paraba a pensar en mi enfermedad.

—Vi a Medved la semana pasada. Mi recuento sanguíneo sigue bajando.

Por fin, Claire levantó la vista.

—Lo siento, Lindsay.

Intentando mantener el optimismo, le expliqué mi tratamiento: el aumento de la dosis, una mayor frecuencia semanal. Mencione la posibilidad de que me hicieran un trasplante de médula.

Ella me miró con una gran sonrisa y dijo:

—Vamos a tener que encontrar la manera de animar tus glóbulos rojos.

Me di cuenta de que me estaba ruborizando.

—¿Qué? —preguntó Claire—. ¿Qué me escondes? ¿Qué intentas esconderme sin lograrlo?

—Nada.

—Pasa algo entre tú y el señor Chris Raleigh. Me lo huelo. Venga, que estás hablando

conmigo. No me vengas con muros de silencio.

Se lo conté todo. Desde el primer beso en la comisaría hasta el trayecto tortuoso y lento para llegar a casa y el estallido de pasión sobre la alfombra de la entrada.

Claire me agarró de los hombros. Tenía los ojos tan excitados y animados como los míos.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —Me reí—. Fue... increíble... estupendo. —Tuve un escalofrío de vacilación—. Pero no sé si estoy haciendo bien. Si tenemos en cuenta lo que me pasa... —Dudé—. Podría enamorarme de él, Claire. Creo que ya lo estoy.

Nos miramos un momento. No había mucho más que decir.

—Bueno. —Claire volvió a mirar por el microscopio—. A ver qué tenemos aquí. Pelos de su barbudo mentón.

Había tres pelos de la máquina de afeitar de Jenks colocados sobre una transparencia celular. La metió bajo una lente. Las dos lentes estaban una al lado de la otra.

Claire miró primero, se inclinó y enfocó la nueva lente. Miró una y otra.

—Vaya —musitó.

Contuve la respiración.

—¿Qué te parece? —pregunté.

—Dímelo tú.

Me incliné a mirar. Inmediatamente, reconocí el primer pelo, el que habían encontrado en la vagina de Rebecca DeGeorge. Grueso, rojizo, con un filamento blanco enroscado por la base como la cola de una serpiente.

Entonces, miré los pelos de la máquina de afeitar de Jenks. Había tres pelos, cortos, recortados, pero todos del mismo tono rojizo, y con el mismo filamento serpenteando alrededor.

No era una experta, pero no tenía ninguna duda. Los pelos eran iguales.

Nicholas Jenks estaba en una celda de detención del décimo piso del Palacio de Justicia. Iban a procesarlo aquel mismo día.

Su abogado, Sherman Leff, estaba con él, tranquilo como si aquello fuera solo una formalidad, como si el peso de la justicia descansara sobre los hombros de su traje de confección inglesa.

Jill Bernhardt nos acompañó a Raleigh y a mí. Jenks no tenía ni idea de lo que le iba a caer encima. Teníamos el champán, los pantalones del esmoquin y los pelos iguales a los de su barba. Lo situábamos en la suite con David y Melanie Brandt. Me moría de ganas de contarle las buenas noticias.

Me senté frente a Jenks y le miré a los ojos.

—Le presento a la fiscal del distrito Jill Bernhardt —dije—. Ella se encargará de su caso, y le condenará.

Jenks nos sonrió como si estuviera recibiéndonos en su casa, con la misma mueca elegante, segura de sí misma y condescendiente. «¿Por qué estará tan tranquilo?», no pude evitar pensar.

—Si les parece bien —dijo Jill—, me gustaría empezar.

—Usted manda —contestó Sherman Leff—. Yo no me opongo.

Jill respiró hondo.

—Señor Jenks, dentro de unas horas se le acusará del asesinato en primer grado de David y Melanie Brandt en el hotel Grand Hyatt el 5 de junio. Poco después, creo que una sala de Cleveland hará lo mismo con los asesinatos de James y Kathleen Voskuhl. Basándonos en las pruebas presentadas por el forense, creo que puede esperar que una sala de Napa Valley sea la siguiente. Tenemos pruebas contundentes que lo relacionan con los tres crímenes. Vamos a presentárselas a usted y a su abogado con la esperanza de que su respuesta a estas pruebas ahorre a la ciudad, a las familias de los difuntos y a la suya propia la humillación adicional de un juicio.

Sherman Leff la interrumpió.

—Gracias, señora Bernhardt. Ya que estamos todos tan considerados esta mañana, nos gustaría empezar expresando el arrepentimiento de mi cliente por el estallido emocional que tuvo contra la inspectora Boxer en el momento de su detención. Como pueden imaginarse, fue producto del impacto y de la sorpresa de una acusación tan absurda después de que mi cliente

contestara a sus preguntas... en su propio domicilio... Estoy seguro de que podrán entender que se dejara llevar por las emociones, por inconvenientes que fueran.

—Lo lamento mucho, inspectora —intervino Jenks—. Comprendo que las apariencias van en mi contra. El que no fuera sincero acerca de mis relaciones con una de las difuntas. Y ahora parece que ha encontrado aquel libro desafortunado.

—En este punto —interpuso Leff—, tengo que advertirles que presentaremos una moción para eliminarlo como prueba. Su obtención fue una intromisión injustificada en el ámbito privado de mi cliente.

—La orden judicial estaba perfectamente justificada —dijo Jill, muy tranquila.

—¿Sobre qué base?

—Sobre la base de que su cliente mintió en referencia a su paradero cuando asesinaron a Kathy Voskuhl.

Asombrado, Leff dejó un gesto a medias.

—Su cliente estaba en Cleveland, abogado —solté yo. Después, me dirigí a Jenks—: Se había inscrito en el Westin. Pasó allí dos noches, que coincidieron con los asesinatos de los Voskuhl. Nos dijo que estaba en casa, señor Jenks, pero estaba allí. Y estuvo en el Hall of Fame.

La sonrisa de Jenks desapareció y sus ojos vagaron por la habitación. Tragó saliva y pude ver su nuez bajando y subiendo por su garganta.

Estaba recapacitando sobre sus coartadas y sus mentiras. Miró a Leff como disculpándose.

—Estuve allí —admitió—, y mentí. La verdad es que fui a dar una charla a un grupo de lectores de aquella ciudad. Puede comprobarlo. Fue en la librería Argosy. No sabía cómo explicarlo. Teniendo en cuenta que conocía a Kathy, me pareció muy incriminador. Sin embargo, quiero dejar esto claro: se equivocan con lo de la boda. No estuve allí.

Se me encendió la sangre. No me lo podía creer.

—¿Dio una charla? ¿Cuándo, señor Jenks?

—El sábado por la tarde, a las cuatro, con un pequeño grupo de admiradores muy leales. La librería Argosy se portó muy bien conmigo cuando yo apenas empezaba.

—¿Y después?

—Después hice lo que hago siempre. Me quedé en el hotel y escribí. Me bañé en la piscina y cené temprano. Pregúntenle a mi esposa. Siempre paso las noches solo cuando voy de viaje. Lo publicaron en la revista *People*.

Me incliné hacia él por encima de la mesa.

—Entonces, según usted, todo esto no son más que desgraciadas coincidencias, ¿verdad? Asesinan brutalmente a una mujer con la que usted niega haber tenido relaciones sexuales. Por casualidad, usted estaba en la ciudad. Por casualidad, mintió acerca de su relación y negó haber estado allí. Por casualidad, una cámara de seguridad grabó a alguien muy parecido a usted en la escena. ¿Es así como lo ve, señor Jenks?

Leff puso una mano tranquilizadora en el brazo de Jenks.

—¡No! —gritó su cliente perdiendo el control de sí mismo por momentos.

Pero se calmó y se secó el sudor de la frente.

—Mentí... por Chessy... para no destruir mi matrimonio. —Se incorporó en la silla de

madera. Su coartada se estaba derrumbando—. No soy perfecto, inspectora. Fue una tontería. Le mentí acerca de Kathy. Me equivoqué. La respuesta es que sí. Lo que cree que es verdad es verdad. Fuimos amantes a ratos durante cinco años. Seguí... viéndome con ella mientras estaba prometida con James. Fue una locura, una locura provocada por la pasión, pero no fue un asesinato. No maté a Kathy. ¡Y no maté a los demás!

Jenks se puso en pie. Por primera vez, parecía asustado. Empezaba a comprender el alcance de lo que sucedía.

Me incliné hacia él y dije:

—Dejaron una botella de champán en la suite del Hyatt donde asesinaron a los Brandt. Es del mismo lote que usted compró en una subasta de Butterfield and Butterfield en noviembre de 1996.

—Ya lo sabemos, pero la desgraciada coincidencia de gustos en cuestión de champán de mi cliente no le convierte en culpable. No conocía a los Brandt. Esa botella pudo haberla comprado cualquier otro —objetó Leff.

—Pudo, sí. Sin embargo, el número de registro de la botella encontrada en el Hyatt es el mismo que el del resto del lote que descubrimos en su casa la otra noche.

—Esto es cada vez más absurdo —dijo Jenks, irritado—. Con estas tonterías, no podría ni escribir uno de mis libros.

—Pues, por suerte, esto será mejor. —De debajo de la mesa, saqué la bolsa de la compra de plástico que contenía los pantalones de esmoquin arrugados. Los dejé sobre la mesa para que los vieran todos—. ¿Los reconoce?

—Son unos pantalones... ¿A qué juega ahora?

—Los encontramos anoche. En esta bolsa. En el fondo del armario de su dormitorio.

—¿Y qué? ¿Qué pasa si son míos? Joseph Abboud. Podrían ser míos. No sé adónde quiere ir a parar.

—Quiero ir a parar a la coincidencia de que estos pantalones son la pareja de la chaqueta que encontramos en la suite de los Brandt. Pertenecen a un traje, señor Jenks.

—¿Un traje?

—Son los pantalones de la chaqueta que dejó en la habitación del hotel. De la misma marca. La misma referencia. La misma talla.

Su cara reflejaba cada vez más pánico.

—Y si esto no le parece todavía suficiente material —dije mirándole a los ojos—, ¿qué le parece esto otro? El pelo es igual que los suyos. El pelo que dejó dentro de Becky DeGeorge. Es igual que los pelos de muestra que hemos tomado de su casa. Era suyo, cerdo. Se condenó usted mismo.

—Le vamos a encerrar, Jenks —intervino Jill—. Le vamos a encerrar hasta que se le acaben las apelaciones y le claven una inyección letal en el brazo.

—Esto es una locura —gritó. Se echó encima de mí, con las venas del cuello hinchadas, y gritándome a la cara—. Es usted, puta. Usted me ha preparado una trampa. Asquerosa puta de hielo. No he matado a nadie.

De repente, descubrí que no podía moverme. Ver el arrebato de Jenks ya era de por sí

aterrador, pero lo que me mantenía clavada en la silla era otra cosa.

Lo sabía, pero no podía hacer nada: era Negli.

Finalmente, me levanté y fui hacia la puerta. Me daba vueltas la cabeza y perdía el equilibrio. Me temblaban las piernas. «Aquí no, por favor».

Por suerte, noté que Raleigh me sostenía.

—Lindsay... ¿te encuentras bien? —Me miraba preocupado, sin sospechar nada. También Jill me miraba.

—¿Te encuentras bien, Lindsay?

Me apoyé en la pared. Ordené a mis piernas que se movieran.

—Estoy bien —susurré apoyándome en el brazo de Raleigh—. Es que le odio —dije y salí de la sala de interrogatorio.

Me sentía muy débil, mareada. Me costó mucho llegar al lavabo de mujeres. Me sentía como si fuera a desmayarme, y con náuseas, como si un espíritu furioso me estuviera desgarrando los pulmones. Cerré los ojos, me apoyé en un lavabo. Tosí con un ardor seco en el pecho, me estremecí y tosí de nuevo. Poco a poco, me fui sintiendo mejor. Respiré hondo y abrí los ojos.

Tuve un escalofrío.

El lavabo estaba lleno de sangre.

Cuatro horas más tarde, en la Sala de lo Criminal del Distrito, me encontraba con suficientes fuerzas para ver cómo acusaban de asesinato a Nicholas Jenks. Los pasillos adyacentes a la sala del juez Stephen Bowen estaban llenos de gente excitada. Los fotógrafos disparaban sus cámaras al azar y los periodistas se apiñaban para lograr ver al malhumorado y angustiado escritor.

Raleigh y yo pasamos como pudimos entre la gente y nos sentamos detrás de Jill en la primera fila. Ahora que me sentía con fuerzas, mi tumulto interior era menos violento. Quería que Jenks me viera. Divisé a Cindy, sentada en la zona de prensa y, en el fondo de la sala, al rector Weil y a su esposa.

Todo acabó en un momento. Hicieron entrar a Jenks, con los ojos apagados y hundidos como cráteres lunares. El alguacil leyó el acta; el sospechoso se levantó. El muy cerdo se declaró no culpable. ¿Qué pensaban alegar? ¿Que todas las pruebas eran inadmisibles? Leff, siempre tan teatral, estuvo curiosamente respetuoso, incluso solemne, con el juez Bowen. Pidió la libertad provisional basándose en la posición social de Jenks en la comunidad. El cúmulo de logros del asesino que enumeró casi me hizo dudar.

Jill se opuso. Detalló la brutalidad de los asesinatos. Argumentó que el sospechoso tenía los medios y falta de arraigo para huir.

Tuve una sensación física de triunfo cuando el juez golpeó la mesa con la maza y anunció:
—Fianza denegada.

Fuimos a celebrarlo.

El día había terminado, el día que tanto había esperado, y había quedado con las chicas para tomar unas copas en Susie's. Nos lo habíamos ganado. Habían imputado a Nicholas Jenks. Sin fianza. El juez no había tenido piedad. Entre las cuatro, lo habíamos conseguido.

—Por el Club de las Mujeres contra el Crimen —brindó Cindy con la jarra de cerveza levantada.

—No estamos mal para ser un grupo de trabajadoras obstaculizadas por los prejuicios de género —añadió Claire.

—¿Qué me llamó Jenks? —Meneé la cabeza y sonreí—. «Asquerosa puta de hielo».

—Yo puedo ser muy puta y muy de hielo —dijo Jill sonriendo.

—Por todas las putas de hielo del mundo —brindó Cindy—, y por los hombres que no pueden deshelarnos.

—Habla por ti —dijo Claire—. Edmund me deshiela la mar de bien.

Nos reímos como locas y brindamos.

—Pero me gustaría encontrar el arma del crimen —dije soltando un bufido—. Y me gustaría encontrar algo más para relacionarlo con el segundo crimen.

—¿Habéis visto cómo ha destrozado Jill la petición de fianza? —dijo Cindy con admiración—. ¿Os habéis fijado en su cara? —Imitó unas tijeras con los dedos—. Tris, tras, tris, tras. A los testículos. Se quedó allí parado con un pito de dos centímetros.

Nos reímos todas. La nariz de angelito de Cindy se meneaba al decir «tris, tras».

—Pero sin arma, su móvil sigue siendo difícil de comprobar —insistí.

—¡A la porra el móvil, chica! —exclamó Claire—. Tenemos suficiente.

Jill estaba de acuerdo.

—¿Por qué no puede ser su móvil que sencillamente es un perverso hijo de puta? Tiene un historial de sadismo sexual. Ha amargado la vida a tres mujeres que nosotros sepamos. Ya verás cómo todo esto sale en el juicio.

»Ya le has visto, Lindsay —prosiguió—. Está enloquecido. Su pequeño y perfecto mundo se tambalea, y se vuelve loco. Esta mañana, parecía que fuera a estrangularte allí mismo. —Sonrió mirando a las otras—. Lindsay le lanzó una mirada furiosa como diciendo: «Apártate de mí,

cabrón».

Estaban a punto de levantar la jarra para brindar por mí, la policía implacable que se llevaría para siempre el mérito de haber atrapado a Jenks, cuando pensé que no podría haberlo hecho sin ellas. No eran mis nervios de acero los que me habían inmovilizado en la sala de interrogatorio, sino la enfermedad que estaba chupando mi energía. Lo había mantenido en secreto, había disimulado, incluso con las que eran mis mejores amigas.

—No se trataba de Jenks —dije.

—Pues lo parecía.

—No me refiero al enfrentamiento, sino a lo que sucedió después. —Callé un momento—. Cuando estuve a punto de desmayarme, no se trataba de Jenks.

Todas sonreían, excepto Claire; pero, poco a poco, la seriedad de mi expresión las alarmó.

Las miré una por una y luego les hablé de la enfermedad que estaba devorando mis glóbulos rojos y que ya llevaba tres semanas intentando superar con transfusiones de sangre enriquecida. Mi recuento sanguíneo menguaba y estaba cada día peor.

Empecé a hablar con ánimo y con la voz firme, porque ahora ya hacía tres semanas que aquello formaba parte de mi vida; sin embargo, al terminar, mi tono de voz era un susurro asustado. Me esforzaba para no llorar.

Jill y Cindy no dijeron nada, totalmente atónitas.

En seguida, tres manos buscaron la mía. La de Cindy, la de Jill y, la última y la más cariñosa, la de Claire. Estuvimos un buen rato sin decir nada. No hacía falta.

Por fin, sonreí tragándome las lágrimas.

—No es propio de un policía aguar una fiesta cuando se está poniendo divertida.

Con aquello rompí la tensión de un momento difícil.

No me dijeron: «Somos tus amigas». No me dijeron: «Verás cómo te pones bien». No hacía falta.

—Deberíamos celebrarlo —dije.

Entonces, con una voz triste y solemne, de confesión, Jill dijo:

—Cuando era pequeña, estuve muy enferma. Estuve entrando y saliendo de los hospitales de los cuatro a los siete años. Aquello destrozó el matrimonio de mis padres. Se separaron en cuanto me puse mejor. Supongo que por eso siempre he pensado que tenía que ser más fuerte y mejor que nadie. Siempre he tenido que ganar. Eso empezó en el instituto.

Yo no estaba segura de entender a qué se refería.

—No sabía si sería bastante buena. Me...

Se desabrochó los puños de la blusa, se arremangó hasta los codos.

—Nunca se lo he enseñado a nadie más que a Steve.

Tenía los brazos llenos de cicatrices. Yo sabía lo que eran: autolesiones. Jill se cortaba a sí misma.

—Lo que quiero decir es que tienes que esforzarte. Luchar, luchar y luchar... Y cada vez que creas que te va a vencer, esforzarte aún más.

—Lo intento —susurré con la voz ahogada—. De verdad que lo intento. —Ahora entendía qué era lo que le daba tanta fuerza, lo que había detrás de la mirada glacial—. Pero ¿cómo?

Jill me cogió la mano. Las dos teníamos lágrimas en los ojos.
—Es como con lo de Jenks, Lindsay —dijo—. No le dejes ganar.

En la fría y estrecha celda, Nicholas Jenks caminaba de un lado a otro ansiosamente. Se sentía como si fuera a explotarle una carga de dinamita en el centro del pecho. No había hecho nada. ¿Cómo podían mancillar su nombre, atacarle con aquellas estúpidas mentiras y deshonrarlo en todas las noticias?

Estaba oscuro y tenía mucho frío. La manta que había en la celda no le habría bastado ni a un monje. Todavía llevaba puesta la ropa húmeda con que lo habían traído. Empezaron a sudarle las manos sin que pudiera evitarlo.

Se lo haría pagar a aquella asquerosa inspectora. De un modo u otro, se vengaría de ella. Lo prometía.

«¿Es que este abogado faldero no piensa hacer nada? ¿Cuándo va a sacarme Leff de aquí?

»Es como si hubieran extraído toda la sensatez del mundo.

»¿Qué diablos sucede?».

Phillip Campbell pensaba que aquello era lo que Jenks debería sentir, lo que creía que aquel cerdo estaría pensando.

Campbell estaba sentado ante el espejo. «Deberías desaparecer. Has terminado tu trabajo. Se ha escrito el último capítulo».

Mojó una pequeña toalla en un bol de agua tibia. Era la última vez que tendría que representar el papel.

«¿Qué se siente, Nicholas?».

Se quitó las agujas que le sostenían el pelo y sacudió los mechones para que cayeran.

«¿Qué se siente al ser una víctima, un prisionero? ¿Al padecer la misma degradación y vergüenza que has proyectado sobre los demás?».

Lentamente, mientras se retiraba el maquillaje de los ojos con la toalla, sentía que recuperaba el brillo en la cara.

«¿Qué se siente al verse indefenso y solo? ¿Al estar encerrado en un espacio oscuro? ¿Al saber que has sido traicionado?».

Con calma, Phillip Campbell tiró de los pelos de la barba rojiza del mentón hasta que se desprendieron y se puso de manifiesto una persona nueva.

«¿No reconoces en el espejo a la persona que fuiste?».

Se frotó la cara hasta que le quedó limpia y suave. Se desabrochó la camisa, la camisa de Nicholas, y en seguida, bajo un maillot, cobró vida el cuerpo bien definido de una mujer: el contorno de los pechos, las piernas bien formadas, los brazos musculados y llenos de vida.

Se quedó sentada, totalmente transformada y con un brillo nuevo en los ojos.

«Me encanta». «¿Qué se siente, Nicholas, cuando te joden brutalmente? Los papeles han cambiado por una vez».

No podía reprimir la idea de que era espléndido y divertido que, al final, él se hubiera visto atrapado en su propia mente retorcida. Era mucho más que divertido. Era genial.

«¿Quién se ríe ahora, Nick?».

CUARTA PARTE

TODA LA VERDAD

En la noche posterior a la acusación de Jenks, el jefe Mercer había conseguido que uno de sus amigos ricos le dejara un palco en el estadio de béisbol, y nos invitó, a mí, a Raleigh, a Cheery y a varios más a un partido de los Giants. Era una noche cálida de verano y el partido se jugaba contra los Cardinals. A mi padre le habría encantado.

No me apetecía ir, no quería que me fueran exhibiendo por ahí como la policía que había atrapado a Jenks, pero Mercer había insistido. Y al fin y al cabo, ver a Mark McGwire no estaba mal, así que me puse una cazadora y me apunté a la salida.

Chris y yo nos pasamos el rato mirándonos furtivamente. El palco desprendía una energía especial, como si hubiera un halo de luz alrededor de nosotros dos.

El partido era solo un ruido de fondo. En el tercer tiempo, Mighty Mac le lanzó una pelota a Ortiz que salió fuera y casi fue a parar a la bahía. El estadio se levantó enfervorizado, aunque se tratara de un jugador de los Cardinals. En el cuarto, Barry Bonds lo compensó con una de sus tiradas.

Chris y yo no podíamos dejar de mirarnos. Teníamos los pies apoyados en la misma silla, como colegiales, y cada dos por tres nos rozábamos con las pantorrillas. «Por Dios, aquello era mejor que el partido».

Finalmente, me guiñó el ojo.

—¿Te apetece beber algo? —dijo.

Se fue hacia el cubo de las bebidas, que estaba un poco más arriba que los asientos, y yo le seguí. Los demás no se fijaron en nosotros. En cuanto estuvimos fuera de su vista, me puso las manos en las caderas y me besó. Me puso a cien.

—¿Quieres quedarte más rato?

—Todavía queda cerveza —bromeé.

Me rozó el pecho con la mano y sentí un temblor. Manos tiernas. Se me aceleró la respiración. La nuca me empezó a sudar.

Chris me besó de nuevo. Me acercó más a él y sentí el ritmo de su corazón latiendo junto al mío. No podía distinguirlos.

—No puedo esperar más —dijo Chris.

—De acuerdo, salgamos de aquí.

—No. —Meneó la cabeza—. He dicho que no puedo esperar.

—Dios mío. —Suspiré. No podía dar marcha atrás. Mi cuerpo se estaba acercando al punto de ebullición. Miré a Cheery, a Mercer y a los dos tipos de Mill Valley. «Esto es una locura, Lindsay», pero últimamente todo era una locura, y todo se me escapaba de las manos.

Era como si una fuerza natural del universo nos empujara a Chris y a mí a buscar un rincón discreto. Había un cuarto de baño en el palco, apenas lo bastante grande para maquillarse un poco. Daba lo mismo.

Chris me metió en el baño mientras el público del estadio rugía por alguna razón. Nos metimos dentro como pudimos. «Madre mía». No podía creer que estuviera haciéndolo. Me desabroché la blusa, yo le desaté el cinturón. Tenía sus muslos apretados contra los míos.

Chris me levantó suavemente y me penetró. Sentí como si una estrella fugaz me explotara en las venas. Chris estaba apoyado en el lavabo y yo, en las palmas de sus manos; estábamos apretujados en un espacio diminuto, pero llevábamos el ritmo perfectamente.

Desde fuera, nos llegó un rugido de la multitud. A lo mejor, McGwire había marcado otro punto, quizá Bonds se lo había robado. Nos daba lo mismo. Seguíamos meciéndonos, Chris y yo. Yo no podía respirar. Tenía el cuerpo sudoroso. No podía parar. Chris seguía, le agarré fuerte y, en seguida, jadeamos los dos.

«Dos héroes de la policía», pensé.

Era lo mejor, lo más libre y excitante que había sentido en mi vida. Chris apoyó la frente en mi hombro. Le besé en la mejilla y, después, en el cuello.

Entonces, se me ocurrió una idea divertida y me eché a reír. En parte reía, y en parte suspiraba de agotamiento. Estábamos ahí apretujados, exhaustos, a cuatro pasos de mi jefe, y yo no podía parar de reírme. Al final nos oirían.

—¿Qué te hace tanta gracia? —cuchicheó Chris.

Pensaba en Claire y en Cindy. Y en lo que acabábamos de hacer Chris y yo.

—Creo que ya puedo apuntarme a la lista —dije.

Al día siguiente, Jenks pidió hablar con nosotros de nuevo. Jill y yo fuimos a verle al décimo piso, preguntándonos qué estaría tramando.

Esta vez, nadie jugó al ratón y al gato, ni perdimos el tiempo en tonterías. Leff también estaba, pero se levantó, con humildad, en cuanto entramos nosotras.

Jenks tenía un aspecto menos amenazador con el uniforme gris de la cárcel. La expresión angustiada de su cara era un mensaje claro.

—Mi cliente quiere hacer una declaración —anunció Leff en cuanto nos sentamos.

Yo pensé que ya estaba, que quería hacer un trato. Habría visto que no tenía sentido seguir con la defensa. Sin embargo, salió con algo inesperado.

—¡Me han tendido una trampa! —espetó Jenks furioso.

Jill y yo tardamos solo medio segundo en intercambiar una mirada.

—Repítamelo —dijo ella—. ¿Qué me está diciendo? —Miró primero a Jenks y, después, a Leff—. Tenemos a su cliente vinculado a las tres escenas del crimen; lo tenemos situado en Cleveland en el momento del último asesinato; nos mintió acerca de su relación previa con Kathy Kogut, una de las últimas víctimas; tenemos su libro donde detalla una pauta criminal asombrosamente parecida; tenemos sus pelos faciales que se ajustan perfectamente al que encontramos en la vagina de una de las víctimas. ¿Y me dice que le han tendido una trampa?

—Lo que le estoy diciendo —dijo Jenks con la cara cenicienta— es que alguien quiere incriminarme.

—Mire, señor Jenks —dijo Jill, sin dejar de mirar a Leff—, llevo ocho años con esto. He construido casos contra centenares de delincuentes, he metido a más de cincuenta asesinos en la cárcel. Nunca había visto tal cantidad de pruebas en contra de un sospechoso. Nuestro caso está tan bien atado que casi no puedo respirar.

—Ya me doy cuenta. —Jenks suspiró—. Y sé que les he dado razones para pensar que mi alegato es insostenible. Mentí en lo de Cleveland, en mi relación con Kathy. En los otros dos casos, no puedo ni justificar mi paradero. Pero también soy capaz de detectar un montaje. Debo de haber descrito más montajes que nadie. En eso, soy un maestro. Le aseguro que alguien quiere incriminarme.

Meneé la cabeza con incredulidad.

—¿Quién, señor Jenks?

Jenks aspiró aire. Parecía realmente asustado.

—No lo sé.

—¿Alguien le odia tanto como para montar todo esto? —Jill no pudo reprimir una risa—. Por lo poco que sé, me lo puedo creer. —Se giró hacia Leff—. ¿Piensa plantear así la defensa?

—Por favor, escúchele, señora Bernhardt —suplicó el abogado.

—Mire —dijo Jenks—, sé lo que piensa de mí. Soy culpable de muchas cosas: egoísmo, crueldad, adulterio. Tengo mal carácter y, a veces, no puedo reprimirme. Y con las mujeres... Seguramente podría juntar a una docena que estarían encantadas de contribuir a condenarme por estos asesinatos. No obstante, por muy cierto que sea esto, yo no maté a esas personas, a ninguna de ellas. Alguien intenta incriminarme. Es la verdad. Alguien ha planeado un montaje increíble.

—¿Tú te lo has creído? —dijo Jill con una mueca mientras esperábamos el ascensor frente a la celda de Jenks.

—Podría aceptar que él se lo cree —dije.

—No me vengas con esas. Le valdría más declararse perturbado. Si Nicholas Jenks quiere elaborar una lista de personas que querrían incriminarle, podría comenzar con todos a los que ha jodido.

Me reí pensando que, sin duda, la lista sería larga. La puerta del ascensor se abrió y, para mi sorpresa, salió de este Chessy Jenks. Llevaba un vestido de verano largo de color marrón. Era inevitable fijarse en lo bonita que era.

Nuestros ojos se encontraron en un momento silencioso e incómodo. Yo acababa de arrestar a su esposo. Mi grupo de registro había puesto su casa patas arriba. Tenía motivos para mirarme con desprecio, pero no lo hizo.

—He venido a ver a mi esposo —dijo con voz temblorosa.

Un poco tensa, le presenté a Jill y le señalé la zona de visitantes. En aquel momento, Chessy parecía simplemente una mujer sola y desorientada.

—Sherman me ha dicho que tienen muchas pruebas.

Asentí educadamente. No sé por qué me caía bien, más allá de que era una mujer joven y vulnerable que había tenido la mala suerte de enamorarse de un monstruo.

—Nick no lo hizo, inspectora —dijo Chessy Jenks.

Esta salida me sorprendió.

—Es natural que una esposa quiera defender a su marido —reconocí—. Si tiene alguna coartada concreta...

Ella negó con la cabeza.

—No tengo coartadas para él. Es solo que conozco a mi marido.

La puerta del ascensor se había cerrado y Jill y yo estábamos esperando otra vez. Como en los hospitales, tardaría unos minutos en bajar y volver a subir. Chessy Jenks no hizo ningún gesto de alejarse.

—Mi marido no es una persona sencilla. Puede ser cruel. Sé que tiene enemigos. Sé que quería hacerle daño a usted. Desde fuera, puede que cueste creerlo, pero hay momentos en que es

capaz de mostrarse tierno y generoso, y de amar.

—No crea que no la comprendo, señora Jenks —intervino Jill—, pero, dadas las circunstancias, no debería hablar con nosotras.

—No tengo nada que ocultar —insistió ella, aunque parecía abatida—. Ya sé lo que ustedes saben.

Me dejó pasmada. «¿Ya sé lo que ustedes saben?».

—He hablado con Joanna —siguió Chessy Jenks—. Me dijo que usted había ido a verla. Sé lo que le dijo de Nick. Está amargada. Tiene derecho a estarlo. Pero ella no conoce a Nick tan bien como yo.

—Debería tener en cuenta las pruebas, señora Jenks —dije.

Ella meneó la cabeza.

—Con una pistola..., quizá, inspectora. Si solo fuera eso. Pero con una navaja... El primer asesinato en que apuñalaron a esa pobre pareja. Nick no es capaz ni de cortar un pescado.

Lo primero que pensé fue que era joven y que se engañaba. ¿Cómo la había descrito Jenks? «Impresionable». Sin embargo, una cosa llamó mi atención.

—¿Dice que usted y Joanna se ven?

—A veces. Este último año bastante más. Incluso, ha estado en casa. Cuando Nick no estaba, claro. Sé que siente amargura por el divorcio. Sé que Nick le hizo daño. Pero, en cierto modo, forma parte de nuestra vida.

—¿Su esposo lo sabía? —pregunté.

Ella se obligó a sonreír.

—Le daba igual. Todavía le gusta Joanna. Y ella todavía está enamorada de él, inspectora.

Volvió el ascensor y nos despedimos. Cuando la puerta se cerró, miré a Jill. Tenía los ojos muy abiertos y se hinchaba la mejilla con la lengua.

—Toda esta mierda de familia me produce escalofríos —dijo con estremecimiento.

Lo supe en cuanto Medved entró en la consulta. Se lo vi en la cara. No tuvo que decirme nada.

—Me temo que no puedo ser muy optimista, Lindsay —dijo mirándome a los ojos—. Tu recuento de glóbulos rojos sigue disminuyendo. Los mareos, la fatiga, la sangre. La enfermedad está progresando.

—¿Progresando?

Medved asintió sobriamente con la cabeza.

—Hacia la tercera etapa.

Las palabras retumbaron en mi cabeza y trajeron con ellas el miedo al aumento de los tratamientos.

—¿Cuál es el próximo paso? —pregunté con voz débil.

—Podemos seguir así un mes más —dijo Medved—. Tu recuento es de dos mil cuatrocientos. Si sigue disminuyendo, empezarás a perder las fuerzas. Tendrán que hospitalizarte.

Apenas llegaba a comprender lo que me decía: me estallaba todo en la cabeza demasiado rápido. «Un mes. Demasiado pronto. Demasiado rápido». Ahora que Jenks estaba arrestado y que las cosas empezaban a funcionar. También se estaba solucionando todo lo demás que me interesaba.

«Un mes. Cuatro miserables semanas».

Cuando volví al despacho, me esperaban algunos de mis compañeros con una gran sonrisa. Había un espléndido ramo de flores sobre mi mesa. Flores silvestres. Las olí y aspiré su aroma dulce y natural. Leí la tarjeta. «Tengo una casita en una de las colinas de Heavenly. Mañana es viernes. Tómate el día libre y vámonos». Estaba firmado por Chris.

Era justo lo que necesitaba. Las montañas y Chris. Tenía que contárselo, porque pronto no podría disimular.

Sonó el teléfono. Era él.

—¿Qué?

Era evidente que algún compañero había hecho de cupido y le había avisado de que yo había vuelto.

—Todavía no he leído tu tarjeta. —Me mordí el labio—. Tengo demasiadas.

Oí que suspiraba decepcionado, lo dejé sufrir un momento y dije:

—Pero, por si acaso me pedías que nos fuéramos a alguna parte, la respuesta es sí. Me encantaría. Me apetece mucho. Podríamos salir a las ocho.

—Demasiado tarde —dijo él—. Me gustaría que no cogiéramos el tráfico de la mañana.

—Me refería a esta noche.

Tenía un mes. Y pensaba: «Los aires de las montañas, los riachuelos y las flores silvestres son una buena forma de empezarlo».

Pasamos los dos días siguientes inmersos en un maravilloso sueño.

La casita de Chris era un chalet encantador de madera de secuoya, bien equipado, al estilo de las cabañas para esquiadores, situado en Mason Ridge, con vistas a Heavenly. Salimos de excursión por el bosque con Martha, cogimos el funicular hasta la cima de la montaña y bajamos paseando. Asamos pez espada en el porche.

Entre estas actividades, hicimos el amor en la comodidad de la gran cama de madera, sobre la alfombra de pelo de oveja situada frente a la estufa de leña y en la helada ducha exterior. Nos reímos, jugamos y nos tocamos como adolescentes, descubriendo de nuevo el amor.

Pero yo no era una adolescente candorosa. Sabía perfectamente lo que sucedía. Sentía que una corriente constante e imparable circulaba por dentro de mí como un río que se desborda. Me sentía indefensa.

El sábado, Chris me prometió que tendría un día que nunca olvidaría.

Fuimos en coche al lago Tahoe, a un puerto singular de la parte de California. Chris había alquilado una vieja barcaza de madera de paseo. Compramos bocadillos y una botella de chardonnay, y nos fuimos hacia el centro del lago. El agua de color turquesa estaba en calma; el cielo estaba despejado y resplandeciente. Por todas partes, las puntas rocosas de las montañas cubiertas de nieve rodeaban el lago como una corona.

Soltamos las amarras y durante un rato aquello fue nuestro mundo privado. Chris y yo nos quitamos la ropa y nos quedamos en bañador.

Yo creía que nos mojaríamos los pies, disfrutaríamos del vino al sol y contemplaríamos la vista, pero Chris me miró con unos ojos expectantes y desafiantes, y metió la mano en el agua helada.

—Ni hablar —dije meneando la cabeza—. Debe de estar a diez grados.

—Sí, pero es un frío seco —bromeó Chris.

—Ya, ya —dije con una mueca—. Adelante. Péscame un salmón si ves pasar alguno.

Se me acercó en actitud falsamente amenazadora.

—Péscalo tú misma.

—Ni se te ocurra. —Meneé la cabeza desafiante, pero también me reía.

Cuando se adelantó, yo retrocedí hacia la parte trasera de la barcaza hasta que me quedé sin

espacio. Me abrazó y sentí el estremecimiento de su piel junto a la mía.

—Es un rito de iniciación —dijo.

—¿De iniciación a qué?

—A un club exclusivo. Todos los que quieren pertenecer a él tienen que zambullirse.

—Pues no me interesa. —Me reí retorciéndome para deshacerme de su abrazo. Con poco esfuerzo, me hizo subir al banco de la popa del barco.

—¡Mierda, Chris! —grité cuando me cogió de la mano.

—Funciona mejor «Gerónimo» —dijo tirando de mí.

—¡Cabrón! —grité, y caímos al lago.

El agua estaba helada y me produjo una reacción totalmente vigorizadora. Salimos juntos a la superficie y le grité:

—¡Eres un cabrón!

Me besó allí mismo y ya no sentí el frío. Me abracé a él, en parte en busca de calor, pero también porque no quería apartarme nunca de él. Sentía una confianza tan plena en él que casi me daba miedo. Diez grados y yo estaba ardiendo.

—A ver quién corre más —le desafié deshaciéndome de su abrazo. Había una boya de color naranja a unos cincuenta metros—. Hasta la boya. —Y me puse a nadar, sorprendiéndole con mi velocidad.

Chris intentó mantener el ritmo con brazadas uniformes y musculosas, pero yo le adelanté.

Cerca de la boya, reduje la marcha y esperé que me alcanzara.

Chris estaba pasmado.

—¿Dónde aprendiste a nadar?

—En el YMCA de South San Francisco; fui la campeona a los catorce, los quince y los dieciséis años. —Me reí—. No me alcanzaba nadie. Parece que todavía estoy en forma.

Un poco más tarde, habíamos llevado la barca a una cueva a la sombra, cercana a la costa.

Chris apagó el motor y colocó una tela a modo de parasol alrededor de la cabina, teóricamente para que nos protegiera del sol. Con el aliento entrecortado, nos metimos dentro, ocultos de las miradas.

Dejé que me quitara el bañador con lentitud y que lamiera las gotas de agua de mis brazos y de mis pechos. Entonces, me arrodillé y le desabroché los pantalones cortos. No teníamos que hablar. Nuestros cuerpos lo decían todo. Me eché de espaldas acompañando a Chris dentro de mí.

Nunca me había sentido tan sintonizada con otra persona, o con un lugar. Me arqueé contra él en silencio mientras sentía cómo el agua del lago golpeaba suavemente los costados de la barca.

Pensé: «Si hablo, todo cambiará».

Después, me quedé echada temblando, irradiando calor con mi cuerpo. No quería que aquello terminara nunca, pero sabía que tenía que terminar. La realidad siempre se entromete, ¿verdad?

Aquella noche me eché a llorar.

Había preparado espaguetis a la carbonara, y cenamos a la luz de la luna en el porche con una botella de pinot noir. Chris puso el concierto para violoncelo de Dvořák en el equipo de música, pero más tarde lo cambiamos por uno de Dixie Chicks.

Durante la cena, Chris quiso que le hablara de mi infancia, dónde había crecido y cómo la había pasado.

Le hablé de mi madre y de cómo nos había abandonado mi padre cuando yo era pequeña. Le conté que mi madre había trabajado de administrativa en el Emporium durante veinte años, que yo había tenido que cuidar de mi hermana.

—Mi madre murió de cáncer con solo cincuenta años. —No me pasaba desapercibida la ironía de la coincidencia.

—Y tu padre, ¿qué? Quiero saberlo todo de ti.

Bebí un poco de vino y le dije que solo había visto a mi padre dos veces desde los trece años: en el funeral de mi madre y el día que me hice policía.

—Se sentó atrás, apartado de todos. —De repente, los sentimientos que hacía tanto tiempo había enterrado me calentaron la sangre—. ¿Qué hacía allí? —Levanté la vista, con los ojos húmedos—. ¿Por qué me lo estropeó?

—¿Alguna vez has deseado verle?

No respondí. Algo empezaba a tomar forma en mi cabeza. Mi mente iba a la deriva, angustiada por la visión de mí misma, más feliz de lo que había sido nunca, pero basándolo todo en una mentira. Intentaba contener el impacto de lo que estaba sucediendo en mi cabeza, aunque no lo hacía muy bien.

Chris me cogió una mano.

—Lo siento, Lindsay. No quería...

—No es eso —susurré, y le apreté la mano. Sabía que había llegado el momento de confiar realmente en él, de sincerarme de verdad. Tenía miedo, me temblaban las mejillas y casi no podía contener las lágrimas.

—Tengo que decirte algo —dije—. Es un poco fuerte, Chris.

Lo miré con toda la sinceridad y toda la confianza de las que eran capaces mis ojos.

—¿Te acuerdas de que casi me desmayé en la sala de interrogatorio con Jenks?

Chris asintió. Parecía un poco preocupado y tenía arrugas profundas en la frente.

—Todos pensasteis que estaba angustiada, pero no se trataba de eso. Estoy enferma, Chris. Quizá tengan que ingresarme pronto.

Vi que la luz de sus ojos se apagaba de golpe. Empezó a hablar, pero yo le puse un dedo sobre los labios.

—Escúchame un momento. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Perdona.

Le conté todo lo que sabía de la enfermedad de Negli, que yo no respondía al tratamiento, que cada día tenía menos esperanzas. También le dije lo que Medved me había advertido hacía pocos días: que estaba en la fase tres y que aquello era grave. Un trasplante de médula podía ser el siguiente paso.

No lloré. Se lo expliqué todo con claridad, como un policía. Quería que tuviera esperanzas, demostrarle que sabía plantar cara a la enfermedad y que yo era la persona fuerte que él creía amar. Cuando terminé, le apreté la mano y respiré más hondo que nunca.

—La verdad es que podría morirme pronto, Chris.

Teníamos las manos fuertemente entrelazadas. Nos mirábamos a los ojos. No podríamos haber estado más en contacto.

Entonces, puso una mano suavemente en mi mejilla y me acarició. No dijo nada, solo me atrajo hacia él y me abrazó con toda la fuerza y ternura de sus manos.

Aquello me hizo llorar. Era una buena persona. Podía perderle. Y lloré por todas las cosas que tal vez no haríamos.

Lloré y lloré. A cada sollozo, Chris me apretaba con más fuerza, sin dejar de susurrar:

—Está bien, Lindsay. Está bien. Está bien.

—Debería habértelo dicho —dije.

—Comprendo por qué no lo hiciste. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que nos conocimos. Estoy avergonzada —dije.

—No lo estés —dijo él—. ¿Cómo ibas a saber si podías confiar en mí?

—Confié en ti casi en seguida, pero no confiaba en mí misma.

—Bueno, pues ahora sí —susurró Chris.

Nos abrazamos durante toda la noche. Reímos y lloramos. No recuerdo cómo me desperté en la cama.

Al día siguiente, apenas me separé de él. Con todo lo que me amenazaba y con toda la incertidumbre, me sentía segura y a salvo en sus brazos. No quería que nos separáramos nunca.

Durante el fin de semana, sucedió algo más, además de la enfermedad de Negli y además de Chris y yo. Algo que me dominaba y que invadía mi sensación de bienestar y de seguridad. Era algo que había dicho Jacobi lo que había plantado la semilla de la duda.

Fue una de esas observaciones a las que no se presta mucha atención, pero que, de algún modo, quedan archivadas en tu mente. Y se presentan en el momento más curioso, con mucha más fuerza y lógica que antes.

Era el domingo por la noche y había terminado el fin de semana. Chris me había acompañado a casa. Por difícil que fuera separarme de él, necesitaba estar sola un rato, hacer inventario del fin de semana y pensar lo que haría a continuación.

Deshice la bolsa, me preparé un té y me eché en el sofá con Martha. Mi mente no dejaba de dar vueltas al caso de asesinato.

Había dejado atrás a Nicholas Jenks. Solo tenía que redactar los inacabables informes. Aunque él alegara que todo era un montaje, no eran más que locuras y más mentiras.

Fue entonces cuando recordé las palabras de Jacobi: «Has encontrado algo bueno», había dicho, el martes anterior por la mañana. Y me había mirado con aquellos ojos persistentes tan molestos. «Acuérdate —me gritó cuando ya me iba— de que fue lo del champán lo que te puso sobre la pista... ¿Por qué crees que Jenks dejaría la botella de champán?».

No le hice mucho caso. Jenks estaba encerrado. El caso estaba bien atado. Yo pensaba en la noche anterior y en Chris. Me paré en las escaleras y lo miré: «No lo sé, Warren. Ya hemos hablado de ello. El impulso del momento, quizá».

«Tienes razón —asintió—. Esa será también la razón de que no se haya llevado la chaqueta».

Lo miré como diciendo: «¿Ahora por qué vuelves con eso? Jenks necesitaba una chaqueta de esmoquin limpia para salir del hotel sin llamar la atención». Al fin y al cabo, la comprobación del ADN del pelo lo hacía todo más científico.

Y entonces, preguntó: «¿Has leído todo el libro?».

«¿Qué libro?».

«El libro de Jenks. *La dama de honor*».

«Las partes que nos interesaban —contesté—. ¿Por qué?».

Warren dijo: «No lo sé. Es una idea recurrente. Ya te dije que mi mujer es una gran admiradora de él. Como había copias del manuscrito por aquí, me llevé una a casa. Me sorprendió ver cómo acaba».

Lo miré, sin saber muy bien adónde quería ir a parar.

«Era un montaje —dijo Jacobi—. El tal Phillip Campbell se sale con la suya. Le carga el muerto a otro».

Días más tarde, las palabras de Warren volvían a imponerse en mi mente. «Un montaje. Le carga el muerto a otro».

Era absurdo que me dignara a plantearme la posibilidad y que perdiera el tiempo pensando en ello. Todas las pruebas eran consistentes y estaban bien demostradas.

«Un montaje», pensé sin poder evitarlo.

—Debo de ser idiota —dije en voz alta—. Jenks se aferrará a cualquier cosa para encontrar una salida.

Me levanté, me llevé la taza de té al baño y me lavé la cara. Por la mañana, le hablaría a Cheery de mi enfermedad. Me quedaba un poco de tiempo y me enfrentaría al asunto con valentía.

Ahora que el caso estaba cerrado, era el momento adecuado. ¡Ahora que el caso estaba cerrado!

Fui al dormitorio, arranqué las etiquetas de una camiseta de Little Bit of Heaven que me había regalado Chris. Me metí en la cama y Martha vino a darme las buenas noches.

Tenía la cabeza revolucionada con los recuerdos de la semana pasada. Cerré los ojos. Me moría de ganas de contárselo a las chicas.

Entonces, de la nada, se me ocurrió una idea. Grité como si hubiera tenido una pesadilla y me quedé rígida.

—Oh, no. Oh, no. Dios mío, no —susurré.

Cuando Jenks me había querido dar un puñetazo en su casa, lo había hecho con la mano izquierda. Cuando me había ofrecido una bebida, había cogido la jarra con la mano izquierda.

«Es imposible —pensé—. No puede ser».

Claire estaba segura de que el asesino de David Brandt era diestro.

Jill, Claire y Cindy me miraron como si estuviera loca.

Las palabras acababan de salir desordenadamente de mi boca.

—¿Y si Jenks tiene razón? ¿Y si alguien le tendió una trampa?

—¡Esto no se aguanta! —soltó Jill—. Jenks está desesperado y no es muy listo. ¡Le tenemos!

—No puedo creer que digas esto —exclamó Cindy—. Fuiste tú la que lo descubrió. Fuiste tú la que montó el caso.

—Ya lo sé. Ya sé que parece una locura. Espero que sea una locura, pero escuchadme.

Les repetí el comentario de Jacobi sobre la novela y, después, mi iluminación repentina cuando recordé que Jenks era zurdo.

—No demuestra nada —dijo Jill.

—No puedo negar las pruebas científicas, Lindsay —dijo Claire meneando la cabeza—. Tenemos su ADN en la escena del crimen.

—Mirad —protesté—, tengo tantas ganas como vosotras de que lo condenen; pero, ahora que tenemos todas las pruebas, no lo sé..., me parece todo demasiado bien atado. La chaqueta, el champán. Jenks ha inventado asesinatos muy complicados en sus libros. ¿Para qué iba a dejar pistas?

—Porque está como una cabra, Lindsay. Porque es un cerdo arrogante que está relacionado con los tres crímenes.

Jill asintió.

—Es escritor y es un aficionado cuando se trata de cometer crímenes de verdad. Ha metido la pata.

—Ya viste cómo reaccionó. Fue algo más profundo que una simple desesperación. He visto a asesinos en el corredor de la muerte que siguen negando su culpabilidad, pero aquello fue más perturbador. Era pura incredulidad.

Jill se levantó y me penetró con sus ojos azules y glaciales.

—¿Por qué, Lindsay? ¿Por qué este cambio repentino?

Por primera vez me sentí sola y separada de las personas en quien había aprendido a confiar.

—Nadie podría odiarle más que yo —argumenté—. Yo lo perseguí. Vi lo que había hecho a esas mujeres. —Me giré hacia Claire—. Dijiste que el asesino era diestro.

—Probablemente diestro —corrigió Claire.

—¿Y si agarró el cuchillo con la otra mano? —propuso Cindy.

—Cindy, si fueras a matar a alguien —dije—, alguien más grande y más fuerte que tú, ¿lo harías con tu mano más débil?

—Quizá no —intervino Jill—, pero dices todo esto sin tener en cuenta los hechos. Evidencias y razonamiento, Lindsay. Todas las cosas que nos costó tanto juntar. Lo que me das a cambio es una serie de hipótesis: «Jenks levantó la jarra con la mano izquierda», «Phillip Campbell le carga el muerto a otro al final del libro». Lindsay, lo tenemos cogido por tres asesinatos dobles. Necesito que lo tengas claro. —Le temblaba la barbilla—. Necesito que testifiques.

No sabía cómo defenderme. Quería arrestar a Jenks tanto como cualquiera de las otras; pero, ahora, después de haber estado tan segura, no podía apartar de mí la duda.

«¿Habíamos arrestado al culpable?».

—Todavía no hemos encontrado el arma —dije a Jill.

—No necesitamos el arma, Lindsay. ¡Tenemos uno de sus pelos dentro de una víctima!

De repente, me di cuenta de que la gente de las otras mesas nos miraba. Jill resopló enojada, pero se sentó. Claire me rodeó los hombros con un brazo.

Hinché los carrillos y me recosté en la tapicería del asiento.

Finalmente, Cindy dijo:

—Te hemos apoyado siempre y no vamos a abandonarte ahora.

Jill meneó la cabeza.

—¿Queréis que lo suelte hasta que reabran el caso? Si no le juzgamos nosotros, lo harán en Cleveland.

—No quiero que lo sueltes —dije—. Solo quiero estar segura al cien por cien.

—Yo estoy segura —contestó Jill echando fuego por los ojos.

Busqué a Claire, pero ella también me miraba con cierto escepticismo.

—Hay muchas pruebas físicas que apuntan en su dirección.

—Si se enteran de esto —advirtió Jill—, vas a echar mi carrera por el desagüe. Bennett lo quiere ver en el tribunal.

—Míralo de otro modo —dijo Cindy—, si Lindsay tiene razón, y tú juzgas a Jenks, este caso será un ejemplo de «cómo no hacer las cosas» durante los próximos veinte años.

Nos miramos atontadas. Era como si miráramos los pedazos de un jarrón insustituible que, de repente, se hubiera hecho añicos.

—A ver, si no es él —dijo finalmente Claire con un suspiro—, ¿cómo vamos a descubrir quién fue?

Era como si volviéramos a empezar de nuevo, al primer crimen. Era una sensación espantosa.

—¿Qué fue lo que nos hizo sospechar de Jenks? —pregunté.

—El pelo —dijo Claire.

—No. Primero tuvimos que llegar a él para saber que le pertenecía.

—Merrill Shortley —dijo Jill—. ¿Jenks y Merrill? ¿Tú crees?

Meneé la cabeza.

—Todavía necesitamos otra cosa para poder arrestarle.

—*La dama de honor*. Su primera esposa —apuntó Cindy.
Asentí lentamente y salí de Susie's.

Los días siguientes repasé todo lo que teníamos sobre Joanna Wade.

Primero releí la denuncia por malos tratos que había interpuesto contra Jenks.

Miré las fotografías que le habían tomado a Joanna en la comisaría, golpeada y con la cara hinchada. «Gritos e insultos...», «Jenks estaba como loco, enfurecido...», «Tuvo que ser reducido porque se resistía al arresto».

El informe estaba firmado por dos agentes del distrito de Northern, Samuel Delgado y Anthony Fazziola.

Al día siguiente, volví a visitar a Greg Marks, el antiguo agente de Jenks. Se quedó aún más sorprendido de mi visita cuando le dije que quería hablar de un aspecto diferente del pasado de Jenks.

—¿Joanna? —contestó con una sonrisa divertida—. Era mala eligiendo a los hombres, inspectora, pero aún peor eligiendo el momento.

Me explicó que se habían divorciado solo seis meses antes de que saliera *Conexiones cruzadas* en las librerías. Dijo que el libro había vendido casi un millón de ejemplares en tapa dura.

—Tuvo que aguantar a Nicholas en la época de vacas flacas y el divorcio no le dejó ni dinero para el taxi... —Meneó la cabeza con incredulidad—. La asignación fue una miseria comparada con lo que habría sido si se hubieran divorciado un año después.

Lo que me dijo me describía a una mujer distinta a la que yo había conocido en el gimnasio. Ella parecía haber dejado todo atrás.

—Se sintió utilizada y abandonada como un trapo sucio. Joanna había estado con él durante los años de facultad, le había mantenido para que pudiera escribir. Cuando Nick dejó la facultad de Derecho, ella volvió a trabajar.

—Y después —pregunté—, ¿seguía odiándole?

—Creo que siguió demandándole. Después de que se separaran, ella intentó demandarle para tener derecho a futuras ganancias, por incumplimiento de contrato. Todo lo que se le ocurrió.

Sentí pena por Joanna Wade, pero ¿era posible que hubiera llegado a cometer aquella venganza? ¿Su odio podía hacer que matara a seis personas?

Al día siguiente, obtuve una copia del acta del divorcio del Archivo del Condado. Por toda la

palabrería, deduje que había sido un caso especialmente sangrante. Ella pedía que se le asignaran tres millones de dólares sobre las futuras ganancias de Jenks. Terminó con cinco mil dólares al mes, que se convertirían en diez si las ganancias de Jenks aumentaban sustancialmente.

No podía creer la increíble transformación que se estaba produciendo en mi mente.

Había sido Joanna la que había mencionado el libro. La que se sentía estafada, rechazada, la que guardaba un resentimiento mucho más hondo de lo que manifestaba.

Joanna, la monitora de tae bo que era lo bastante fuerte como para reducir a un hombre dos veces más grande que ella, y que entraba y salía de la casa de los Jenks. Parecía una locura pensar de aquella manera. Más que absurdo..., era imposible.

Los asesinatos los había cometido un hombre, Nicholas Jenks.

Al día siguiente, mientras compartíamos un perrito caliente y un pretzel delante del Ayuntamiento, le conté a Chris lo que había descubierto.

Me miró más o menos como me habían mirado las chicas unos días antes. Sorprendido, desorientado. Con incredulidad. Pero no adoptó una actitud negativa.

—Joanna podría haberlo montado todo —dije—. Conocía el libro. Ella nos lo sirvió en bandeja. Conocía los gustos de Jenks, para el champán o para la ropa, y sabía que era socio de Sparrow Ridge. Incluso entraba y salía de su casa.

—Podría creérmelo —dijo Chris—, pero esos asesinatos los cometió un hombre. Fue Jenks, Lindsay. Incluso lo tenemos grabado en una película.

—O alguien se disfrazó para parecerse a Jenks. Todos los testimonios oculares son poco concluyentes.

—Lindsay, el ADN era el mismo.

—Hablé con los agentes que fueron a la casa cuando le dio una paliza a Joanna —insistí—. Dijeron que con todo lo enfurecido que estaba Jenks, ella se defendía muy bien y que le devolvía los golpes. La tuvieron que reducir cuando se llevaron a Jenks.

—Pero retiró los cargos, Lindsay. Se cansó de que la maltrataran. A lo mejor, no consiguió lo que se merecía, pero pidió el divorcio y empezó una nueva vida.

—Precisamente, Chris. No pidió el divorcio. Fue Jenks quien la dejó. Ella lo sacrificó todo por Jenks. Marks la describió como un modelo de codependencia.

Veía que Chris quería creerme, pero que no estaba convencido. Tenía a un hombre en la cárcel con pruebas casi incontestables contra él, y lo estaba desmontando todo. ¿Qué me estaba pasando?

De repente, me acordé de algo, algo que tenía en la cabeza desde hacía días. Laurie Birnbaum, la testigo de la boda de los Brandt. ¿Cómo había descrito al hombre que vio? «Tenía algo raro... La barba le hacía parecer mayor, pero el resto era joven».

Joanna Wade, de compleción media, diestra, monitora de tae bo, era lo suficientemente fuerte para dominar a un hombre dos veces más grande que ella. Y el arma de nueve milímetros de Jenks. Decía que no la había visto desde hacía años. «En la casa de Montana...». El registro decía que la había comprado hacía diez años. Cuando se casó con Joanna.

—Tendrías que verla —continué cada vez más convencida—. Es tan fuerte que podría reducirnos a cualquiera de los dos. Ella es el eslabón que lo sabe todo: el champán, la ropa, *La dama de honor*... Tenía los medios para organizarlo todo. Las fotografías y los testimonios oculares no fueron concluyentes. ¿Y si fue ella, Chris?

Le tenía cogida la mano, mientras daba vueltas en la cabeza a todas las posibilidades, cuando sentí un dolor ardiente en el pecho. Pensé que podía ser el impacto de lo que acababa de proponer, pero me atacó con la velocidad de un tren en marcha.

Vértigo, náuseas. Del estómago a la cabeza.

—¿Lindsay? —dijo Chris.

Sentí cómo me sostenía por los hombros.

—Me encuentro un poco mal —musité. Sudor, mareo y una sensación de acometida, como si un ejército estuviera marchando por mi pecho.

—¿Lindsay? —repitió Chris, esta vez muy preocupado.

Me apoyé en él. Esta era la sensación más angustiosa y la que más miedo me daba. Sentía que, por momentos, me robaban la fuerza y, después, estaba bien otra vez; un momento, lúcida, y al otro, aturdida.

Vi a Chris y, después, no le vi.

Vi a quien había matado a los novios. Y desapareció. Sentí que caía en la acera.

Recuperé el conocimiento en un banco de madera y en brazos de Chris. Me estrechaba contra él mientras esperaba a que yo recobrara las fuerzas.

Orenthaler me lo había advertido. Estaba en la fase tres. La hora de la verdad para mi cuerpo.

No sabía qué me producía más aprensión: el tratamiento de quimioterapia y el hecho de que me prepararan para un trasplante de médula espinal, o la sensación de que algo me devoraba la fuerza por dentro.

«No puedes permitir que te venza», pensé.

—Estoy bien —dije, con la voz más firme—. Ya me advirtieron que sucedería.

—Intentas hacer demasiadas cosas, Lindsay. Y ahora quieres reabrir la investigación.

Respiré hondo y asentí.

—Necesito ser lo suficientemente fuerte para llegar al final de todo esto.

Nos quedamos un rato allí sentados. Sentí que recuperaba el color de la cara y la fuerza en las extremidades. Chris me abrazó y me acarició amorosamente. Debíamos de parecer dos amantes en busca de intimidad en un lugar muy público.

Por fin, Chris dijo:

—Lo que me has descrito de Joanna, Lindsay, ¿crees realmente que es cierto?

Podía ser que no nos llevara a ninguna parte. Ella no había mentido acerca de su separación de Jenks, ni acerca de su relación actual con él y con Chessy. ¿Había disimulado un odio amargo? Tenía el conocimiento y los medios.

—Creo que el asesino sigue suelto —dije.

Decidí asumir un riesgo enorme. Si metía la pata, podía destrozar totalmente mi caso.

Decidí contrastar mis suposiciones con Jenks.

Me encontré con él en la misma sala de visitas. Estaba acompañado de su abogado, Leff.

Jenks no había querido verme porque estaba convencido de que no tenía sentido seguir hablando con la policía. Yo no quería dejar traslucir mis verdaderas intenciones y acabar dando paso a los argumentos de la defensa si me equivocaba. Jenks parecía hundido, casi deprimido. Su aspecto frío y meticuloso se había deteriorado; ahora, su cara estaba mal afeitada y su expresión era crispada.

—¿Qué quiere saber? —dijo despreciativamente, sin mirarme a los ojos.

—Quería saber si ha pensado en alguien a quien le gustaría verle aquí —dije.

—¿Clavando los clavos a la tapa de mi ataúd? —dijo con una sonrisa triste.

—Digamos que es mi deber darle una última oportunidad de abrirla.

Jenks hizo una mueca escéptica.

—Sherman me ha dicho que estoy a punto de ser acusado en Napa por dos asesinatos más. ¿No es estupendo? Si esto es un ofrecimiento de ayuda, creo que me arriesgaré a solucionarlo solo.

—No he venido a tenderle una trampa, señor Jenks. He venido a escucharle.

Leff se acercó a Jenks y le cuchicheó algo al oído. Parecía estar convenciendo a Jenks para que hablara.

El prisionero me miró disgustado.

—Hay alguien por ahí que se esfuerza por parecerse a mí y que conoce mi primera novela. Esta persona también quiere verme sufrir. ¿Es tan difícil de adivinar?

—Estoy dispuesta a escuchar todos los nombres que quiera —dije.

—Greg Marks.

—¿Su exagente?

—Cree que le debo toda mi carrera. Le hice perder millones. Desde que le dejé, no ha conseguido ni un solo cliente que valga la pena. Y es violento. Marks pertenece a un club de tiro.

—¿Cómo habría podido conseguir su ropa? ¿O una muestra de su pelo?

—Descúbralo usted. Para eso es policía.

—¿Sabía Marks que usted iba a estar en Cleveland aquella noche? ¿Conocía la relación entre usted y Kathy Kogut?

—Nick solo propone —interrumpió Leff— que existen posibilidades de que otras personas sean culpables de estos crímenes.

Me removí en el asiento.

—¿Quién más conocía la existencia del libro?

Jenks se movió nerviosamente.

—No me dediqué a enseñarlo. Un par de antiguos amigos. Mi primera esposa, Joanna...

—¿Alguno de ellos tiene motivos para tenderle alguna trampa?

Jenks suspiró incómodo.

—Mi divorcio, como ya debe saber, no fue exactamente lo que llaman «un acuerdo mutuo». Estoy seguro de que hubo una época en que, a Joanna, le habría encantado encontrarme en una carretera desierta y atropellarme sin piedad; pero, ahora que ha rehecho su vida, que incluso conoce a Chessy..., no lo creo. No. No ha sido Joanna. Créame.

No le hice caso y lo miré firmemente a los ojos.

—Me dijo que su exesposa había estado en su casa.

—Quizá un par de veces.

—Entonces habría podido tener acceso a ciertas cosas. ¿Quizá el champán? ¿Quizá estuvo en su armario?

Jenks meditó sobre la posibilidad un momento, pero acabó sonriendo desdeñosamente.

—Imposible. No. No ha sido Joanna.

—¿Por qué está tan seguro?

Me miró como si fuera a decir algo muy sabido.

—Joanna todavía me quiere. ¿Por qué cree que viene a vernos y que se hace amiga de mi esposa? ¿Porque echa de menos las vistas? Lo hace porque no encuentra un sustituto para lo que yo le daba. La forma en que yo la amaba. Se siente vacía sin mí.

»¿Qué se cree? —añadió despreciativamente—. ¿Que Joanna ha estado guardando muestras de mi pelo en un frasco desde que nos divorciamos? —Se mesó la barba y la expresión decidida de su cara dejó entrever un atisbo de duda—. Alguien me la tiene jurada..., pero Joanna... no era más que una dependienta cuando la conocí. No distinguía a Ralph Lauren de J. C. Penney. Le di autoestima. Me dediqué a ella, y ella a mí. Se sacrificó por mí; incluso, tenía dos empleos cuando yo empecé a escribir.

Me costaba pensar en Jenks como en alguien diferente al ser despiadado y perverso que era culpable de aquellos horribles crímenes, pero insistí.

—Usted dijo que el esmoquin era viejo. Ni siquiera lo reconoció. ¿Y la pistola, señor Jenks, la nueve milímetros? Dijo que hacía años que no la veía, que creía que estaba en su casa de Montana. ¿Está seguro de que esto no se ha planificado desde hace mucho tiempo?

Pude ver que la expresión de Jenks cambiaba como si aceptara aquella conclusión imposible.

—Dice que, cuando se puso a escribir, Joanna cogió otro empleo para mantenerlo. ¿De qué trabajaba?

Jenks miró al techo y, al cabo de un rato, se acordó.

—Trabajaba en Saks.

Lenta pero inevitablemente, empecé a sentirme como si estuviera en un avión equivocado, en dirección a una ciudad equivocada.

Contra toda lógica, cada vez estaba más segura de que Nicholas Jenks podía no ser el asesino. ¡Qué desastre!

Tenía que pensar lo que podía hacer. La fotografía de Jenks esposado era portada tanto de *Time* como de *Newsweek*. Al día siguiente, iban a procesarlo en Napa por dos asesinatos más. Quizá debería quedarme en el avión equivocado, salir de la ciudad, y no dejarme ver nunca más por San Francisco.

Reuní a las chicas. Les expuse el mosaico que, para mí, empezaba a estar claro: la amarga pelea por el divorcio, la sensación de haber sido utilizada que tenía Joanna, su conocimiento de las víctimas por sus contactos en Saks.

—Era ayudanta del director del almacén —dije—. ¿Es una coincidencia?

—Dame pruebas —dijo Jill— porque, por ahora, tengo pruebas contra Nicholas Jenks. Todas las pruebas que necesito.

Percibí angustia y frustración en su voz. El país estaba pendiente del caso y observaba todo lo que Jill hacía. Habíamos trabajado tanto para vender a Mercer y al jefe de Jill, Sinclair, la idea de que el culpable era Jenks, y ahora, después de todo aquello, yo proponía una nueva teoría y un nuevo sospechoso.

—Autoriza un registro —dije a Jill—. En la casa de Joanna Wade. Tiene que haber algo. Los anillos desaparecidos, el arma, algunos detalles de las víctimas. Es de la única forma en que la podemos coger.

—Que autorice un registro... ¿con qué fundamento? ¿Sospechosa de nuevos indicios? No puedo hacerlo sin que se reabra el caso. Si nosotras demostramos que no estamos seguras, ¿cómo voy a convencer a un jurado?

—Podríamos echar un vistazo al lugar donde trabajó Joanna —propuso Cindy— para ver si tenía acceso realmente a la información sobre las novias.

—Esto es circunstancial. No sirve para nada —exclamó Jill—. Una de mis vecinas trabaja en Saks. A lo mejor, es ella la asesina.

—No puedes seguir con esto —argumentó Cindy— si seguimos teniendo dudas.

—Tú tienes dudas —dijo Jill—. Yo lo tengo todo en su sitio para conseguir una condena ejemplar. Para ti, es solo un reportaje que sigues por cualquier derrotero. Pero, de esto, puede depender mi trabajo.

Cindy se quedó atónita.

—¿Crees que estoy aquí solo por el reportaje? ¿Crees que me tragué las ganas de divulgar las pistas y que esperé a que me dieran permiso para publicar para poder tener los derechos de un libro más adelante?

—Venga, chicas —dijo Claire pasando un brazo por los hombros de Cindy—. Tenemos que estar unidas.

Lentamente, los penetrantes ojos azules de Jill se suavizaron. Se dirigió a Cindy:

—Perdona. Lo que pasa es que cuando esto se sepa, Leff podrá plantear serias dudas al jurado.

—Pero ahora no podemos echarnos atrás solo porque sea una mala táctica —dijo Claire—. Podría haber un asesino suelto, un asesino múltiple.

—Autoriza un registro. Por favor, Jill —dijo.

Nunca había visto a Jill tan angustiada. Todo lo que había alcanzado en su carrera, todo lo que le interesaba pendía de un hilo. Meneó la cabeza.

—Hagámoslo a la manera de Cindy. Empezaremos por Saks, a ver qué averiguamos de Joanna.

—Gracias, Jill —dijo—. Eres estupenda.

Ella suspiró resignada.

—Averigua si se ha puesto en contacto con alguien que tuviera la lista de nombres. Si relacionas a Joanna con aquellos nombres, te daré lo que me pides. Si no, prepárate para acabar con Jenks.

Le cogió la mano por encima de la mesa. Ella me la apretó. Intercambiamos una sonrisa nerviosa, y por fin, Jill bromeó.

—Espero que solo volváis con el catálogo de lo que estará de moda la Navidad que viene.

Claire se rio con ganas.

—Así no habríamos perdido el tiempo, ¿verdad?

Al día siguiente, el día en que Nicholas Jenks iba a ser acusado de los asesinatos de Rebecca y Michael DeGeorge, yo salí en busca de un nuevo asesino.

No podía dejar que Jenks supiera que estábamos vigilando a Joanna de cerca. Tampoco quería, evidentemente, que Joanna supiera que nuestras sospechas habían recaído sobre ella. Ni quería tener que enfrentarme a la reacción de Mercer o de Roth.

Con todos estos líos, encima, tenía visita con Medved. Después del desmayo que había sufrido en el parque con Chris hacía tres días, me habían hecho un análisis de sangre. Medved me había llamado personalmente para decirme que quería verme. El hecho de que quisiera visitarme de nuevo me aterrorizó, como la primera vez con el doctor Roy.

Aquella mañana, Medved me hizo esperar. Cuando finalmente me hizo pasar, había otro médico en la consulta, mayor, con el pelo blanco y con unas cejas muy pobladas. Se presentó como el doctor Robert Yatto.

La presencia de otro médico me dejó helada. Solo podía estar ahí para hablar de la operación de trasplante de médula.

—El doctor Yatto es el jefe del Departamento de Hematología de Moffett —dijo Medved—. Le he pedido que eche un vistazo a tu última muestra.

—¿Cómo te encuentras, Lindsay? —dijo Yatto sonriendo.

—A veces bien, a veces muy débil —respondí.

Sentí una opresión en el pecho. ¿Por qué tenía que volver a pasar por aquello con otro médico?

—Cuéntame lo del otro día.

Hice lo que pude para rememorar el ataque que me había dejado fuera de combate en el parque.

—¿Escupes sangre? —preguntó Yatto con toda tranquilidad.

—No, últimamente no.

—¿Has vomitado?

—Desde hace una semana, no.

El doctor Yatto se levantó y se me acercó.

—Con permiso —dijo cogiéndome la cara con las manos. Sin ninguna expresión especial,

me presionó las mejillas con el pulgar, me estiró los párpados inferiores, me miró las pupilas y me levantó los párpados superiores.

—Sé que estoy empeorando —dije.

Yatto me soltó la cara e hizo un gesto afirmativo con la cabeza a Medved.

Entonces, por primera vez desde que le conocía, Medved sonrió de verdad.

—No estás empeorando, Lindsay. Por esto le pedí una consulta a Bob. Tu recuento de eritrocitos ha aumentado. A dos mil ochocientos.

Los miré a los dos para estar segura de que lo había oído bien, de que mi mente angustiada no me estaba jugando una mala pasada.

—Pero ¿los desmayos... y los ataques de calor y de frío? El otro día, tenía la sensación de que se estaba librando una guerra dentro de mí.

—Es que se está librando una guerra —dijo el doctor Yatto—. Estás reproduciendo células. El otro día, no era la enfermedad de Negli lo que sentías. Eras tú. Sentías que te estabas curando.

Estaba estupefacta, tenía la garganta seca.

—¿Puede repetirlo?

—Funciona, Lindsay —dijo Medved—. Tu recuento de glóbulos rojos se ha incrementado dos veces seguidas. No quería decírtelo por si había algún error pero, como ha dicho el doctor Yatto, estás fabricando nuevas células.

No sabía si echarme a reír o a llorar.

—¿Es de verdad? ¿Puedo creérmelo? —pregunté.

—Es muy de verdad —dijo Medved afirmando con la cabeza.

Me levanté, con el cuerpo tembloroso, y todavía con un hormigueo de incredulidad. En un momento, todas las alegrías que había eliminado (ascender posiblemente, ir a correr a Marina Green, compartir mi vida con Chris) se apelotonaron en mi cabeza. Hacía mucho tiempo que tenía miedo de dejarlas libres, y ahora me venían todas de golpe.

Medved se inclinó para advertirme.

—Todavía no estás curada, Lindsay. Seguiremos con el tratamiento, dos veces a la semana. Pero es esperanzador, más que esperanzador. Es muy bueno.

—No sé qué decir. —Tenía el cuerpo totalmente entumecido—. No sé qué hacer.

—Si yo fuera tú —dijo el doctor Yatto—, pensaría en aquello que, en estos días, se te ha ocurrido que echarías más de menos, y lo haría.

Salí de la consulta como en una nube. Bajé por el ascensor, crucé el aséptico vestíbulo, y salí a un patio florido que daba al Golden Gate Park.

Nunca había visto un cielo tan azul, ni el aire de la bahía había sido tan dulce, fresco y puro. Me quedé allí escuchando el maravilloso sonido de mi propia respiración.

Volvía a insinuarse algo que se había ido de mi vida, algo que ya no creía poder sentir nunca más: ilusión.

—Tengo que decirte algo —dije a Chris por teléfono, levantando la voz por la excitación—. ¿Vamos a almorzar juntos?

—Claro, encantado. ¿Dónde?

Era evidente que creía que tenía noticias frescas sobre el caso.

—En Casa Boxer —dije con una sonrisa.

—¡Sí, que es urgente! —exclamó Chris riendo—. Creo que empiezo a ejercer una mala influencia sobre ti. ¿A qué hora?

—Ya te estoy esperando.

No tardó ni quince minutos en llamar a la puerta. Yo había parado antes en la panadería de Néstor para comprar unos bollos de canela recién hechos. Ya en casa, abrí una botella de Piper-Heidsieck que tenía en la nevera.

En seis años, no había dejado nunca un caso a media tarde para irme a hacer otra cosa. Mucho menos en un caso de esta magnitud. Pero no me sentía culpable en absoluto. Intenté imaginarme una forma disparatada de dar la buena noticia a Chris.

Fui a recibirle a la puerta, envuelta en una sábana. Sorprendido, Chris abrió mucho los ojos azules.

—Necesito una identificación —dije sonriendo.

—¿Has estado bebiendo?

—No, pero vamos a empezar a beber en seguida.

Lo arrastré hacia el dormitorio. Al ver el champán, meneó la cabeza.

—¿Se puede saber qué quieres decirme?

—Después —dije. Le serví una copa y empecé a desabrocharle los botones de la camisa—. Pero es algo muy bueno.

—¿Es tu cumpleaños? —dijo sonriendo.

Dejé caer la sábana.

—No haría esto solo para celebrar mi cumpleaños.

—Es mi cumpleaños, entonces.

—No hagas preguntas. Te lo contaré luego.

—Has dado la vuelta al caso —exclamó—. Fue Joanna. Has descubierto algo que ha dado la

vuelta al caso.

Le puse los dedos en los labios.

—Dime que me quieres.

—Te quiero —dijo.

—Dímelo otra vez, como me lo dijiste en Heavenly. Dime que no me dejarás nunca.

A lo mejor, pensó que me estaba afectando la enfermedad, una especie de histeria, o que necesitaba sentirlo cerca. Me abrazó.

—No te dejaré, Lindsay. Estoy aquí.

Le quité la camisa, lentamente, muy lentamente, y después los pantalones. Debía de sentirse como el mensajero que se encuentra con un ama de casa lanzada. Estaba duro como una roca.

Le acerqué una copa de champán a los labios y los dos tomamos un sorbo.

—De acuerdo, te sigo la corriente. No será muy difícil —dijo.

Lo arrastré hasta la cama y nos pasamos una hora haciendo lo que yo sabía que habría echado más de menos del mundo.

Estábamos en plena faena cuando sentí un primer retumbo aterrador.

Al principio, fue algo curioso, como si la cama hubiera cobrado vida y se meciera más deprisa que nosotros; luego, oímos un sonido más hondo, que procedía de todas direcciones y que resonaba por la habitación; finalmente, nos llegó el sonido de cristales rotos —en la cocina, un cuadro había caído de la pared— y supe lo que pasaba, lo supimos.

—¡Dios mío, un terremoto! —exclamé.

Había vivido más de uno, como todas las personas que habitaban aquella ciudad, pero cada vez era igual de aterrador. Nunca podías saber si se trataba de uno grande.

No lo era. La habitación tembló y se rompieron algunos platos. Fuera, oí el quejido de las bocinas y las alarmas de los coches que se habían disparado. Todo el asunto duró quizá veinte segundos, y hubo dos, tres, cuatro temblores vibrantes. Me acerqué corriendo a la ventana. La ciudad seguía en su sitio. Se sintió un retumbo, como si una enorme ballena jorobada se abriera paso bajo tierra.

Luego todo quedó quieto, misteriosamente inseguro, como si toda la ciudad pendiera de un hilo. Oí sirenas y gritos en la calle.

—¿Crees que deberíamos ir? —pregunté.

—Supongo... Somos policías. —Volvió a tocarme, me estremecí toda, y volvimos a fundirnos en un abrazo—. Qué cojones, somos de Homicidios.

Nos besamos y volvimos a ser dos cuerpos entrelazados en una única forma. Me eché a reír pensando en la lista: primero, el palco; luego, un terremoto. La famosa lista empezaba a alargarse.

Sonó mi busca. Maldiciendo, me di la vuelta y miré el número. Era del despacho.

—Código ciento once —dije.

Emergencia.

—Mierda —musité—, solo es un terremoto.

Me senté, me envolví en la sábana y llamé con el teléfono de la mesita de noche.

Era Roth el que me buscaba. Roth nunca utilizaba mi busca. ¿Qué habría sucedido? Me

pasaron inmediatamente con él.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Quitando el polvo —dije sonriendo a Chris.

—Ven en seguida. Ahora mismo —rugió.

—¿Qué pasa, Sam? ¿Es por el terremoto?

—No —contestó—. Peor. Nicholas Jenks se ha escapado.

Encadenado al asiento de la furgoneta de la policía, volviendo de Napa, Nicholas Jenks observaba los ojos impasibles del policía sentado frente a él. Pensaba y planeaba. Se preguntaba cuánto podía costarle comprar su libertad.

«¿Un millón? ¿Dos millones? Al fin y al cabo, ¿cuánto podía ganar aquel imbécil? ¿Cuarenta mil al año?», pensó.

Se imaginó que el agente de ojos de acero era una persona irreprochable y que su sentido del deber era incuestionable. Si lo estuviera escribiendo él, este sería el tipo de agente que habría puesto en el coche.

«Cinco millones, pues». Hizo una mueca.

Si estuviera escribiéndolo. Esta idea contenía una ironía glacial y dolorosa para él. Porque ya lo había escrito.

Jenks se removió como pudo con sus grilletes: esposas en las muñecas, y el torso atado con cintas al asiento. Unos minutos antes, estaba en la sala de justicia de ladrillo rojo de Santa Rosa donde la fiscal, con su trajecito de Liz Claiborne, le había señalado con el dedo. Una y otra vez, le había acusado de actos que solo una mente tan cultivada como la suya podía idear y realizar. No pudo hacer nada más que mirarla fríamente cuando ella le acusó de ser un monstruo. Algún día, le gustaría encerrarse con ella en la biblioteca de la facultad de Derecho y enseñarle de lo que era capaz.

Jenks pudo entrever el cielo y las colinas parduscas iluminadas por el sol a través de la estrecha ventana trasera e intentó situarse: «Novato. Casi llegando a Marin».

Apretó la cara contra la pared de separación de acero. Tenía que encontrar una salida. Si lo estuviera escribiendo, encontraría una salida.

Miró al guardia. ¿Cómo iba la historia? ¿Qué pasaba después?

—¿Está casado? —preguntó.

El policía lo miró un momento y, después, asintió con la cabeza.

—¿Tiene hijos?

—Dos. —Volvió a asentir con la cabeza e, incluso, sonrió un poco.

Por mucho que trataran de resistirse, a todos les fascinaba hablar con el monstruo. El hombre que había matado a los recién casados. Podrían contarle a sus esposas y a sus amigos, justificar

los miserables seiscientos dólares a la semana que ganaban. Él era una celebridad.

—¿Trabaja su esposa? —siguió Jenks.

El policía asintió.

—Es profesora de educación económica, de octavo curso.

«¡Vaya, economía! Entonces, quizá entenderá una propuesta económica».

—Mi esposa trabajaba —gruñó Jenks—. Mi primera esposa. En una tienda. Mi esposa actual también trabajaba. En la televisión. Pero ahora solo se trabaja el cuerpo.

La observación provocó una risa del guardia. El hermético imbécil empezaba a relajarse.

Jenks vio un lugar que reconocía. Estaban a veinte minutos del Golden Gate. No le quedaba mucho tiempo.

Echó un vistazo al coche patrulla que los seguía. Había otro delante de ellos. Sintió una amarga resignación. No había salida. No había forma elegante de escapar. Aquello era para los libros. Esto era la vida. Estaba jodido.

De repente, la furgoneta de la policía dio un tumbo violento y Jenks salió proyectado hacia el guardia. En aquel momento, no comprendió qué ocurría; la furgoneta dio otro brinco y se oyó un estremecedor retumbo por debajo.

Era un terremoto.

Jenks vio que el primer coche patrulla se desviaba para evitar chocar con otro coche. Finalmente se salió de la carretera.

Uno de los policías gritó: «Mierda», pero la furgoneta siguió adelante.

Jenks iba de un lado para otro, presa del pánico, e intentaba agarrarse a lo que podía. La furgoneta se tambaleaba y daba saltos bruscos. El coche de policía que los seguía tropezó contra un bulto repentino del camino y, ante la sorpresa de Jenks, volcó. El chófer de la furgoneta de Jenks miró hacia atrás atónito. Entonces, el otro policía del asiento delantero gritó para que el chófer parara.

Había un todoterreno atravesado en la carretera y ellos iban directamente hacia él. La furgoneta hizo un viraje repentino y, al mismo tiempo, la carretera se movió. Perdieron el control y salieron disparados.

«Voy a morir aquí dentro —pensó Nicholas Jenks—. Voy a morir sin que nadie sepa la verdad».

La furgoneta chocó contra el montante de una estación de servicio de Conoco. Se paró con un chirrido de frenos, y él se golpeó dos veces en los costados. El guardia que estaba delante de Jenks salió disparado contra la pared de metal. Se retorció y gimió sin dejar de mirar a Jenks.

—No se mueva —dijo el agente jadeando.

«¿Cómo me voy a mover?». Seguía encadenado al asiento.

Entonces oyeron un sonido horrible, como si arrancaran algo, y miraron hacia arriba. El farol de acero de la estación se inclinó como una secuoya y cayó encima de ellos. Atravesó la puerta de la furgoneta y le dio al agente en la espalda; probablemente, el impacto lo mató.

Jenks estaba seguro de que moriría: todo era humo, gritos y ruido de metal que se torcía.

Pero no lo hizo. Estaba a salvo. El farol había abierto un agujero en un costado del coche, y había arrancado los grilletes del asiento. Podía salir por el agujero, aunque tuviera las manos y

los pies esposados.

La gente corría por la calle gritando, presa del pánico. Los conductores paraban los coches; unos se quedaban dentro aturdidos mientras que otros salían para ayudar.

¡Era su oportunidad! Sabía que, si no echaba a correr entonces, se arrepentiría el resto de su vida.

Nicholas Jenks se arrastró fuera de la furgoneta, confuso y desorientado. No vio a ningún policía, solo a transeúntes asustados. Saltó y se unió al escenario caótico de la calle.

«¡Soy libre! —pensó Jenks exultante—. Y sé quién me ha tendido una trampa. La policía no lo averiguaría ni en un millón de años».

Chris y yo tardamos tres minutos en vestirnos y salir para el Palacio de Justicia. Con las prisas, no le di la buena noticia.

De acuerdo con las clasificaciones de los desastres, el terremoto no había sido gran cosa, a menos que te hubieras pasado las últimas cinco semanas tras el asesino más famoso del país. Casi todos los daños se resumían en escaparates destrozados y en accidentes de tráfico ocurridos al norte de la ciudad; pero, al abrírnos camino entre el ruidoso tropel de periodistas apiñados en el vestíbulo del Palacio de Justicia, la mayor noticia del terremoto crepitaba con la fuerza de un cortocircuito: «El asesino de los novios está libre».

Nicholas Jenks había conseguido escapar después de que la furgoneta de la policía que lo traía de vuelta a la cárcel perdiera el control en Novato, como consecuencia de un accidente automovilístico en cadena provocado por el temblor. El policía que lo custodiaba había muerto; los otros dos que iban en el asiento delantero de la furgoneta volcada estaban hospitalizados.

Se montó un gran centro de operaciones en el vestíbulo situado frente a Homicidios. Lo dirigía el propio Roth. Aquello estaba lleno de jefazos y, desde luego, de periodistas.

Se emitió una orden de busca y captura; la descripción y la foto de Jenks se distribuyó entre los policías de los dos lados del puente.

Se pusieron controles en todas las salidas de la ciudad y en los peajes; el tráfico avanzaba a paso de tortuga. Se alertó a aeropuertos, a hoteles y a agencias de alquiler de coches.

En tanto que habíamos sido los descubridores originales de Jenks, Raleigh y yo nos encontramos en el centro de la búsqueda.

Pusimos vigilancia inmediata en su residencia. Se destinaron policías a toda la zona de Sea Cliff, desde Presidio a Lands End.

En este tipo de búsquedas, las primeras seis horas son las más importantes. La clave era limitar a Jenks a la parrilla que habíamos cerrado y no permitirle tener ningún contacto con alguien que pudiera ayudarle. No tenía recursos, ni dinero, ni nadie que pudiera acogerle. Jenks no podía desaparecer, a menos que fuera mucho más astuto de lo que yo creía que era.

La fuga me dejó estupefacta. El hombre que yo había arrestado estaba libre, pero seguía teniendo un conflicto. «¿Perseguíamos al culpable?».

Todos tenían alguna teoría acerca de adónde podía dirigirse Jenks: a la zona vinícola, al este,

en dirección a Nevada. Yo tenía mi propia teoría. No creía que volviera a su casa. Era demasiado listo y no sacaría nada con ello. Pregunté a Roth si podía llevarme a Jacobi y a Paul Chin para comprobar una corazonada.

Cogí a Jacobi por mi cuenta.

—Necesito que me hagas un gran favor, Warren.

Le pedí que vigilara la casa de Joanna Wade en Russian Hill. Y le pedí a Chin que hiciera lo mismo en el piso del exagente de Jenks, Greg Marks.

Si Jenks creía de verdad que alguien le había tendido una trampa, aquellos eran dos lugares adonde podría ir.

Jacobi me miró como si les estuviera mandando tras una pista del estilo de la del champán. Todo el cuerpo de inspectores seguía pistas.

—Qué cojones, Lindsay, ¿por qué?

Necesitaba que confiara en mí.

—Porque a mí también me parece raro —dije suplicándole que me apoyara— que Jenks dejara la maldita chaqueta del esmoquin en el hotel. Creo que podría ir a por Joanna. Confía en mí, por favor.

Después de colocar a Warren y a Paul Chin, no podía hacer más que seguir en contacto con ellos. Llevábamos seis horas de búsqueda, y no había ninguna señal de Nicholas Jenks.

Hacia las cuatro, vi que Jill se abría camino entre la gente que esperaba frente a mi despacho. Parecía dispuesta a matar a alguien. A mí, probablemente.

—Me alegro de que estés aquí —dije agarrándola del brazo—. Confía en mí, por favor, Jill.

—Cindy está abajo —dijo ella—. Vamos a hablar un poco.

Bajamos y encontramos a Cindy entre un montón de periodistas que se echaban encima de cualquiera que bajara del tercer piso.

Llamamos a Claire y, a los cinco minutos, estábamos sentadas en una cafetería a pocos pasos del Palacio de Justicia. La fuga de Jenks había dado al traste con todas mis especulaciones.

—¿Todavía crees que es inocente? —dijo Jill sacando el tema inmediatamente.

—Esto depende de dónde aparezca a continuación.

Les informé de que había situado a un par de hombres frente a los domicilios de Greg Marks y de Joanna Wade.

—¿Incluso ahora? —Jill meneó la cabeza y parecía a punto de explotar—. Las personas inocentes no huyen de la policía, Lindsay.

—¡Las personas inocentes pueden huir —dije— si creen que el sistema judicial no está siendo justo con ellas!

Claire miró alrededor, tragando saliva.

—Chicas, creo que estáis tocando un tema muy delicado. Se ha montado una cacería para localizar a Jenks; puede ser que le disparen a matar; y, al mismo tiempo, estamos discutiendo si planteamos un caso contra otra persona. Si se enteran de esto, rodarán cabezas. Tengo un par de ellas delante de mí ahora mismo.

—Si de verdad lo crees, Lindsay, tienes que hablar con alguien —me sermoneó Jill—. Con Roth o con Mercer.

—Mercer no está. Y ahora mismo, todo el mundo está concentrado en pillar a Jenks. Además, ¿quién me va a creer? Tú misma has dicho que solo tengo un puñado de hipótesis.

—¿Se lo has contado a Raleigh? —preguntó Claire.

Afirmé con la cabeza.

—¿Y qué le parece?

—Ahora mismo, no quiere ni oír hablar de ello. La fuga de Jenks no me ha ayudado

precisamente.

—Ya sabía yo que ese chico me gustaba —concluyó Jill sonriendo un poco por fin.

Miré a Claire en busca de apoyo.

—Es difícil ponerse de tu lado, Lindsay —dijo ella con un suspiro—, pero hay que decir que sueles tener buen instinto.

—Pues trabajemos en la posibilidad de Joanna, como propuso Lindsay —intervino Cindy.

Cuanto más la trataba, más la quería.

El tema de las responsabilidades se había vuelto muy delicado. Me dirigí a Claire.

—¿Es posible que hayamos olvidado algo que pueda implicar a Joanna?

Ella negó con la cabeza.

—Ya hemos hablado de esto. Todas las pruebas apuntan directamente a Nicholas Jenks.

—Claire, estoy hablando de algo que estuviera delante de nuestras narices y que no hayamos visto.

—Quiero apoyarte, Lindsay —dijo Claire—, pero ya hemos hablado de esto, de todo.

—Tiene que haber algo. Algo que nos diga si el asesino era hombre o mujer. Si lo hizo Joanna, ella no va a ser diferente de todos los asesinos que he descubierto. Seguro que dejó algo. Simplemente no lo hemos visto. Jenks lo dejó (o alguien lo dejó por él) y le encontramos.

—Y ahora deberíamos estar buscándole —instó Jill— antes de que mate a la pareja número cuatro.

Me sentí sola, pero no podía rendirme. No estaría bien.

—Por favor —supliqué a Claire—, vuelve a mirarlo todo. Creo que nos hemos equivocado de hombre.

A la luz del espejo de maquillaje, el asesino miraba casi en trance unos dulces ojos azules que estaban a punto de volverse grises.

Lo primero era untarse todo el pelo hasta que desapareciera el color rubio, y después cepillarlo cien veces para alisarlo y para que perdiera el brillo.

«Me has obligado a hacerlo —dijo ella a la cara cambiante—. Me has obligado a salir otra vez. Podría habérmelo imaginado. Te gustan los juegos, ¿verdad, Nick?».

Con una esponja, se aplicó la base, una pasta clara y pegajosa que olía a pegamento. Se la puso en las sienes, en la barbilla y en el espacio entre el labio superior y la nariz.

Después, con una brocha, se pintó el pelo. Mechones castaños rojizos.

La cara estaba casi terminada, pero los ojos... Cualquiera podía ver que seguían siendo los suyos.

Sacó un par de lentes de contacto coloreadas de un estuche, las humedeció y tiró de uno de los párpados inferiores para colocarse una. Después, hizo lo mismo con la otra. Parpadeó satisfecha del resultado.

Ya no se reconocía. El cambio era total. Sus ojos reflejaban ahora un gris mustio, pero acerado.

El color de Nicholas.

Ella era él.

La llamada de Claire me despertó de un sueño profundo.

—Ven inmediatamente —ordenó.

Parpadeé medio dormida mirando el reloj. Eran las cinco y diez.

—¿Que vaya inmediatamente adónde? —gemí.

—Estoy en el despacho, joder. En el laboratorio. El guarda te dejará pasar. Ven inmediatamente.

Noté la urgencia en su voz y tardé solo diez segundos en ponerme en estado de alerta.

—¿Estás en el laboratorio?

—Desde las dos y media, dormilona. Se trata de Nicholas Jenks. Creo que he encontrado algo, Lindsay, y es alucinante.

A aquella hora, no tardé más de diez minutos en llegar al depósito. Aparqué en la zona circular situada frente a la entrada de la oficina del forense, reservada para los vehículos oficiales. Entré corriendo, despeinada y vestida con vaqueros y con camiseta.

El guardia me abrió la puerta y me dejó pasar. Me esperaba. Claire me recibió a la entrada del laboratorio.

—Cuéntame —dije—, que tengo grandes expectativas.

No me contestó. Solo me apretó contra la puerta del laboratorio, sin saludarme y sin darme ninguna explicación.

—Estamos otra vez en el Hyatt —empezó—. Asesinato número uno. David Brandt está a punto de abrir la puerta.

»Tú eres el novio —dijo poniéndome una mano en el hombro y colocándome en mi lugar— y yo, el asesino. Te sorprende cuando me abres la puerta y te apuñalo, con la mano derecha, aunque esto ahora no tiene mucha importancia.

Me dio con el puño en un punto por debajo de mi pecho izquierdo.

—Tú caes y allí te encontramos más tarde.

Asentí con la cabeza para que viera que la seguía.

—¿Qué encontramos a tu alrededor? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

Recordé mentalmente la escena.

—La botella de champán, la chaqueta del esmoquin.

—Vale, pero no voy por aquí.

—Sangre... mucha sangre.

—Caliente. Recuerda que murió de un colapso cardíaco electromecánico. Dimos por supuesto que estaba muerto de miedo.

Me puse a mirar el suelo y, de repente, lo vi como si estuviera otra vez junto al cadáver.

—Orina.

—¡Acertaste! —exclamó Claire—. Encontramos un pequeño residuo de orina en los zapatos y en el suelo. Unos seis centímetros cúbicos fue lo que pude recoger. Parecía lógico que perteneciera al novio: vaciar la vejiga es una reacción natural ante un miedo súbito o la muerte. Sin embargo, anoche me puse a pensar que, en Cleveland, también habían encontrado rastros de orina, y que la muestra del Hyatt ni siquiera la había hecho analizar. ¿Para qué? Siempre di por supuesto que era de David Brandt.

»Pero si estuvieras aquí, caída en el suelo, y yo fuera el asesino y estuviera de pie, y el pipí estuviera aquí —dijo señalando el suelo a mi alrededor—, ¿de quién sería la orina?

Nos quedamos mirando fijamente en uno de esos espléndidos momentos de comunión.

—Del asesino —dije.

Claire me sonrió como si felicitara a una alumna aplicada.

—Los anales de la medicina forense están llenos de ejemplos de asesinos que se corren cuando matan, de modo que mearse no es tan descabellado. Deben de tener los nervios de punta. Y yo que soy una obsesiva compulsiva con los detalles, metí la muestra en la nevera, sin saber entonces para qué. Lo que es importante de esto es que la orina se puede analizar.

—¿Analizar? ¿Para qué?

—Para determinar el sexo, Lindsay. La orina delata el sexo.

—Dios mío, Claire. —Estaba estupefacta.

Me hizo entrar en el laboratorio y me llevó hacia un mostrador que tenía encima dos microscopios, algunas botellas de productos químicos y un aparato que, gracias a las clases de química de la facultad, reconocí como una centrifugadora.

—La orina no contiene señales evidentes del sexo, pero sí pueden buscarse indicios. Primero, tomé una muestra y la puse en la centrifugadora con KOH, que es algo que utilizamos para aislar las impurezas en los cultivos sanguíneos.

Me hizo un gesto para que mirara por la primera lente.

—¿Ves... estas ramitas diminutas, como filamentos, con pequeños racimos de células, a modo de uvas? *Candida albicans*.

La miré sin entender nada.

—Células de hongos, cariño. Esta orina tiene grandes depósitos de hongos. Los hombres no tienen.

Empecé a sonreír, pero antes de que pudiera abrir la boca; Claire siguió hablando.

—Después puse la otra muestra bajo la lente y la amplié a tres mil. Mira esto.

Me incliné hacia la lente y miré.

—¿Ves unas células oscuras pululando en forma de media luna? —preguntó Claire.

—Sí.

—Son glóbulos rojos. Muchos.

Levanté la cabeza y la miré.

—No saldrían en la orina de un hombre. En esta cantidad, no. A menos que tuvieran un riñón sangrante, y que yo sepa, ninguno de nuestros chicos lo tenía.

—O —dije meneando la cabeza lentamente— a menos que el asesino estuviera menstruando.

Miré a Claire mientras digería la información. Nicholas Jenks había dicho la verdad siempre.

No había estado en la habitación en que David y Melanie Brandt habían sido asesinados aquella noche. Ni tampoco en Napa. Quizá ni siquiera había estado cerca del Hall of Fame de Cleveland. Yo había odiado tanto a Jenks que no había podido ver nada más.

Nadie había sido capaz de ir más allá del deseo de que fuera culpable.

Todas las pruebas: el pelo, la chaqueta, el champán, habían sido una trampa increíble. Jenks era un maestro de los finales sorprendentes, pero alguien había superado al maestro.

Rodeé a Claire con mis brazos y la abracé.

—Eres la mejor.

—Tienes toda la razón. No sé qué demuestra esto —contestó dándome palmaditas en la espalda—, pero la persona que estaba de pie frente a ese pobre chico en la escena del crimen era una mujer. Y estoy igual de segura de que ella apuñaló mortalmente a David Brandt con la mano derecha.

Mi cabeza funcionaba a toda velocidad. Nicholas Jenks se había fugado, y centenares de policías iban tras él, pero en realidad era inocente.

—¿Ahora qué? —dijo Claire mirándome y sonriendo.

—Es la segunda buena noticia que me dan últimamente —dije.

—¿La segunda?

Le cogí la mano y le conté lo que me había dicho Medved. Nos abrazamos de nuevo. Incluso, hicimos una pequeña danza de la victoria.

Luego, las dos nos fuimos a trabajar.

Una vez en el despacho, llamé a Jacobi por la radio. El pobre seguía delante de la casa de Joanna Wade, en la esquina de Filbert y Hyde.

—¿Cómo estás, Warren?

—Estaría mejor si me duchara y pudiera dormir un par de horas.

—Dime qué pasa.

—¿Qué pasa? —repitió Jacobi repasando su diario con voz resentida—. Ayer por la tarde, a las cuatro y cuarto, sale la mujer y va caminando al Gold's Gym. A las seis y diez, la mujer sale y baja hasta el Pasqua Coffee, entra y sale de allí con una bolsa de plástico. Me imagino que con unos pastelitos. Va a una tienda de Contempo Casuals y no compra nada. Será que la nueva colección de otoño todavía no ha llegado, Boxer. Vuelve a casa. Enciende las luces del tercer piso. ¿Huele a pollo? No lo sé, tengo tanta hambre que, a lo mejor, estoy soñando. Se apagan las luces a las diez y veinticinco. Desde entonces, ha estado haciendo lo que a mí me gustaría hacer. ¿Por qué me has puesto aquí fuera como si fuera un novato, Lindsay?

—Porque Nicholas Jenks va a intentar encontrar a su exesposa. Cree que ella le ha tendido una trampa. Creo que sabe que Joanna es la asesina.

—¿Lo dices para animarme, Boxer? ¿Para darle sentido a mi vida?

—Puede. Pero mira, yo también creo que fue ella. Si ves a Jenks, quiero saberlo inmediatamente.

Chris Raleigh llegó sobre las ocho y me miró sorprendido al verme tan legañosa y desaseada.

—¿Ya no te peinas por la mañana?

—Claire me llamó a las cinco y diez, y yo estaba en el depósito a las cinco y media.

Me miró extrañado.

—¿Para qué?

—Es un poco complicado de explicar. Quiero presentarte a alguien.

—¿Presentarme a alguien a las ocho de la mañana?

—Sí. A mis amigas.

Me miró totalmente perplejo.

—¿De qué no me estoy enterando?

—Chris. —Le cogí del brazo—. Creo que hemos resuelto el caso.

Una hora más tarde, puse a todos al día sobre el caso Jenks, esperando que fuera la última vez.

Había habido dos denuncias de testigos que creían haber visto a Nicholas Jenks, en el puerto de Tiburón y en el sur de Market, acurrucado en un lugar donde solían dormir personas sin techo.

Las dos denuncias resultaron ser falsas. Jenks nos había esquivado. Cuanto más tiempo estuviera libre, peores serían las especulaciones.

Nos encontramos en una sala de interrogatorio vacía del Departamento de Crímenes Sexuales que a veces utilizábamos. Claire hizo subir a Cindy a hurtadillas y, después, llamamos a Jill.

—Veo que se van relajando los requisitos —comentó Jill cuando entró y vio a Chris.

Raleigh también parecía sorprendido.

—No me hagáis caso, soy la cuota masculina.

—¿Te acuerdas de Claire y de Jill Bernhardt, de la oficina del fiscal del distrito? —dije—. A Cindy, la recordarás de Napa. Somos el grupo.

Chris las miró una por una y, después, se me quedó mirando fijamente.

—¿Habéis estado trabajando en esto independientemente de la policía?

—No hagas preguntas —dijo Jill dejándose caer en una silla de madera—. Escucha.

Todos los ojos de aquella diminuta habitación repleta de gente se dirigieron hacia mí. Yo miré a Claire.

—¿Quieres empezar?

Ella asintió y miró a los demás como si estuviera a punto de dar una conferencia.

—A instancias de Lindsay, me pasé la noche repasando los informes de los tres casos; buscaba algo que pudiera implicar a Joanna. Al principio, no encontré nada. Llegué a la misma conclusión que antes: por el ángulo de las heridas de las primeras víctimas, el asesino era diestro. Jenks es zurdo. Pero estaba claro que no era suficiente.

»Entonces me fijé en algo por primera vez. Tanto en la primera escena del crimen como en la tercera, se encontraron rastros de orina. Individualmente, creo que ni el forense de Cleveland ni yo le dimos mucha importancia. No obstante, al recordar las escenas del crimen mentalmente, la localización de los depósitos no tenía sentido. Esta mañana, bien temprano, he ido al laboratorio a realizar unos análisis.

En la sala apenas se oía respirar a nadie.

—La orina encontrada en el Grand Hyatt demuestra que tiene grandes depósitos de hongos, así como recuentos atípicamente elevados de glóbulos rojos. En tal cantidad, los glóbulos rojos aparecen en la orina durante la menstruación. Junto con los hongos, no he tenido duda de que la orina era de una mujer. Fue una mujer la que mató a David Brandt, y no tengo ninguna duda de que descubriremos que también fue una mujer la que estuvo en el lavabo de Cleveland.

Jill parpadeó, atónita. Los rojos labios de Cindy dibujaron una media sonrisa incrédula. Raleigh se limitó a menear la cabeza.

—Jenks no lo hizo —dije—. Tuvo que ser Joanna. Él la maltrató y la dejó tirada por otra mujer, Chessy, cuando estaba a punto de hacerse rico. Joanna trató de demandarlo dos veces, sin éxito. Acabó con una asignación mucho menor a la que habría obtenido años más tarde. Vio cómo conseguía la fama y la riqueza y llevaba una nueva vida aparentemente feliz.

Chris parecía asombrado.

—¿Crees de verdad que una mujer pudo hacer físicamente todo esto? Las primeras víctimas fueron apuñaladas; las segundas fueron arrastradas veinte o treinta metros hasta el lugar donde las dejaron.

—Espera a verla —contesté—. Ella sabía cómo montar esto contra Jenks. Conocía sus gustos, y tenía acceso a sus posesiones. Incluso, había trabajado en Saks.

—Era una de las pocas personas que conocía la existencia de *La dama de honor* —interrumpió Cindy.

Asentí con la cabeza mirando a Jill.

—Tenía los medios, tenía el motivo y, estoy totalmente convencida, tenía las ganas.

Se impuso un largo silencio en la habitación.

—¿Cómo vamos a enfocararlo? —dijo Chris finalmente—. La mitad de la policía está buscando a Jenks.

—Quiero informar a Mercer para que podamos localizar a Jenks sin que nadie lo mate. Después, quiero dedicarme a investigar a Joanna. Llamadas, tarjetas de crédito. Si estuvo en Cleveland, algo la delatará. Creo que ahora estarás de acuerdo —dije a Jill— en que tenemos suficiente para autorizar un registro.

Jill asintió, primero dudosa y, después, más decidida.

—Es casi imposible creer que después de todo tengamos que defender a ese desgraciado.

De repente, alguien llamó golpeando el cristal de la puerta. Era John Keresty, un inspector del grupo especial, que nos interrumpió diciendo:

—Se trata de Jenks... Le han visto en Pacific Heights.

Raleigh y yo nos levantamos de un salto, casi al unísono, y volvimos corriendo al centro de operaciones.

Nos dijeron que habían visto a Jenks en un pequeño hotel llamado El Drisco. Le había reconocido un botones. Sin esposas. Ahora estaba en la calle, en algún lugar de Pacific Heights.

¿Por qué allí? Repasé todas las posibilidades mentalmente. Y se me ocurrió el porqué. «Greg Marks vivía allí».

Llamé por radio a Paul Chin, que seguía vigilando delante de la finca donde vivía el agente.

—Paul, tienes que estar muy alerta —dije—. Puede ser que Jenks vaya allí. Se le ha visto en Pacific Heights.

Sonó mi móvil. Era Jacobi. Todo estaba ocurriendo al mismo tiempo.

—Boxer, están llamando a todas las unidades para buscar a Jenks en Pacific Heights, que está muy cerca de aquí. Voy para allá.

—¡Warren, no te muevas! —grité. Todavía estaba convencida de que Joanna era la asesina. No podía dejarla sin vigilancia, especialmente ahora que Jenks estaba libre—. Quédate en tu puesto.

—Esto tiene preferencia —protestó Jacobi—. Además, aquí no está pasando nada. Llamaré a un coche patrulla para que me sustituya.

—¡Jacobi! —grité, pero ya había colgado y se iba hacia Pacific Heights. Me giré hacia Chris—. Warren ha dejado de vigilar a Joanna.

Entonces, Karen, nuestra secretaria civil, me llamó.

—Lindsay, tienes una llamada por la uno.

—Nos vamos —le contesté gritando. Ya me había colocado la pistola y había cogido las llaves del coche—. ¿Quién es?

—Dice que querrás hablar con él sobre el caso Jenks —dijo Karen—. Dice que se llama Phillip Campbell.

Me quedé helada, miré a Raleigh y me abalancé hacia mi mesa.

Le hice una seña a Karen para que me pasara la llamada. Al mismo tiempo, le susurré a Raleigh:

—Localiza la llamada.

Esperé traspuesta; unos segundos podían suponer la diferencia. Sentía tensión en el pecho. Descolgué.

—Ya sabe quién soy —dijo la voz arrogante de Nicholas Jenks.

—Sé quién es. ¿Dónde está?

—No se haga ilusiones, inspectora. Solo he llamado para decirle que, pase lo que pase, yo no les maté. No soy el asesino.

—Ya lo sé —dije.

Pareció sorprendido.

—¿Que ya...?

No podía decirle a Jenks quién había sido. Ahora que estaba libre, no podía.

—Le prometo que podemos demostrar que no fue usted. Dígame dónde está.

—Eh, ¿sabe una cosa? No la creo —declaró Jenks—. Además, es demasiado tarde. Ya le dije que lo solucionaría yo mismo. Voy a resolverle estos asesinatos.

Jenks podía colgar en cualquier momento y le perderíamos. Era mi única oportunidad.

—Jenks, podemos vernos. Donde usted quiera.

—¿Para qué iba a querer verla? Ya la he visto bastante para lo que me queda de vida.

—Porque sé quién lo hizo —dije.

Lo siguiente que me dijo me sobresaltó.

—Yo también.

Y colgó.

La calle Seis... Market Street... Taylor... Pasábamos por las calles a toda velocidad con la luz girando rápidamente sobre el techo del coche de Chris Raleigh... Ellis... Hyde...

Subimos por Larkin y ascendimos entre las luces de la ciudad; después, dimos tumbos sobre los baches de Nob Hill. En cuestión de minutos, llegamos a Russian Hill.

Joanna vivía en el último piso de una finca situada en la esquina de Filbert y Hyde. Ya no había tiempo para investigaciones. Jenks estaba libre y lo más probable era que hubiera ido a casa de Joanna. Lo importante era impedir que la matara.

Redujimos la marcha y apagamos las luces al entrar en las tranquilas y empinadas calles del barrio. La casa llevaba unos quince minutos sin vigilancia. No sabía si Joanna seguía allí, ni dónde podía parar Jenks.

Chris aparcó. Comprobamos que teníamos las pistolas en orden y decidimos cómo íbamos a actuar.

Entonces vi algo que me cortó la respiración. Chris también lo vio.

—Chris, está aquí.

De una callejuela, a dos casas de distancia, salió un hombre barbudo con una chaqueta ancha deportiva. Miró a ambos lados al llegar a la calle y echó a andar hacia abajo.

Era Jenks.

Raleigh sacó el arma y se dispuso a salir. Yo seguí mirando, incrédula, y le agarré del brazo.

—Espera. Mira otra vez, Chris.

Nos quedamos los dos estupefactos. Tenía el mismo aspecto: el pelo corto gris rojizo, la barba inconfundible, pero no era Jenks.

La figura era más delgada, más esbelta; el pelo estaba peinado hacia atrás para disimular su longitud, porque no era corto. Esto se veía. Era una mujer.

—Es Joanna —dije.

—¿Dónde está Jenks? —gruñó Chris—. Esto cada vez es más escalofriante.

Observamos cómo la figura desaparecía calle abajo mientras yo no dejaba de dar vueltas a todas las posibilidades en la cabeza. Era espeluznante de verdad.

—Yo la seguiré —dijo Chris—. Tú sube. Asegúrate de que es ella. Lindsay. Pediré refuerzos por radio. Vamos, Lindsay. Vamos.

Salí del coche en seguida y crucé la calle hacia el piso de Joanna. Chris bajó por la calle con el Taurus.

Llamé a varios timbres hasta que contestó una voz enfadada de mujer. Me identifiqué y una mujer de pelo gris salió del piso que estaba junto a la puerta de entrada. Me dijo que era la dueña.

Le enseñé la placa y le dije que buscara una llave maestra. Después, le pedí que volviera a su piso.

Había sacado el arma y quitado el seguro. Empezaba a tener una fina película de sudor en la cara y en el cuello.

Llegué al apartamento de Joanna en el tercer piso. Me latía el corazón aceleradamente. «Cuidado, Lindsay —decía una voz interior y, a continuación, una advertencia horripilante—: podría estar Nicholas Jenks ahí dentro».

Sin duda había entrado en muchos entornos hostiles a lo largo de mi carrera de policía, pero ninguno peor que aquel. Metí la llave en la cerradura, la giré y, cuando se abrió, empujé la puerta con el pie.

La puerta se abrió por completo... y pude ver el elegante y luminoso piso de Joanna Wade.

—¿Hay alguien? —grité.

No contestó nadie. No había nadie en la sala, ni en el comedor, ni en la cocina. Una taza de café en el fregadero. El *Chronicle* doblado por la sección de anuncios.

Ningún indicio de que estuviera en la casa de una psicópata. Eso me preocupó.

Seguí adelante. Revistas (*Food and Wine*, *San Francisco*) sobre una mesita y un par de libros de posturas de yoga.

En el dormitorio, la cama estaba sin hacer. En el piso, se respiraba un ambiente relajado y nada severo.

Joanna Wade vivía como cualquier mujer común y corriente. Leía, tenía café en la cocina, era monitora de gimnasia, pagaba sus facturas. «Los asesinos estaban obsesionados con sus víctimas». Esto no tenía ni pies ni cabeza.

Entré en el baño principal.

—¡Mierda!

El caso había dado un último giro irrevocable.

En el suelo, con los pantalones de gimnasia, yacía Joanna Wade.

Estaba apoyada en la bañera, mirándome, bueno..., más bien mirando a su asesino. Tenía los ojos muy abiertos y aterrorizados.

La habían matado con una navaja. ¿Jenks? ¿O quién?

—Dios mío —jadeé. La cabeza me daba vueltas y me dolía.

Me acerqué a ella, pero ya no se podía hacer nada. Todo había cambiado de nuevo. Me arrodillé al lado de la muerta mientras se me ocurría un pensamiento final y estremecedor.

«Si no era Joanna ¿a quién estaba siguiendo Chris?», pensé.

A los pocos minutos, dos coches patrulla pararon de un frenazo delante de la casa. Dirigí a los agentes arriba para que custodiaran el angustioso cadáver de Joanna, pero mis pensamientos estaban con Chris y con quien fuera que estuviera siguiendo.

Había estado diez, quizá doce minutos en el piso sin saber nada de él. Estaba preocupada. Chris seguía a una asesina, a una asesina que acababa de matar a Joanna Wade.

Bajé corriendo a uno de los coches patrulla. Llamé a la central para informar de lo que había sucedido. Tenía un torbellino de dudas en la mente.

¿Podía haber sido Jenks al fin y al cabo? ¿Tenía razón Jill? ¿Nos había estado manipulando desde el principio? ¿Lo había montado todo él? ¿Incluso dejarse ver en Pacific Heights? Pero, si había sido él, ¿por qué? Si yo le había dicho que le creía, ¿por qué habría de matarla? ¿Podría haber impedido la muerte de Joanna? ¿Qué diablos sucedía? ¿Dónde estaba Chris?

Finalmente sonó mi móvil. Con alivio, vi que era Chris.

—¿Dónde estás? Estaba muerta de miedo. No vuelvas a hacerme esto.

—En el puerto. La sospechosa va en un Saab azul.

—Chris, ve con cuidado. No es Joanna. Joanna está muerta. La apuñalaron un montón de veces en su piso.

—¿Está muerta? —repitió él. Fue como si viera la pregunta formándose en su mente—. Entonces, ¿quién conduce el Saab que estoy siguiendo?

—Dime dónde estás exactamente.

—En Chestnut y Scott. La sospechosa ha parado el coche junto a la acera. Está saliendo de él.

Aquello me sonaba de algo. ¿Chestnut y Scott? ¿Qué había allí? En medio del jaleo de los coches patrulla que llegaban a la casa de Jenks y de los agentes que se ponían a mis órdenes, busqué una relación en mi cabeza.

Me acordé. La foto que había mirado en casa de Jenks. La hermosa e inconfundible cúpula de la boda. El Palacio de Bellas Artes.

Fue donde se había casado.

—¡Creo que ya sé adónde va! —grité—. Al Palacio de Bellas Artes.

Cogí un coche patrulla y bajé con la sirena puesta hasta Presidio.

Esquivando el tráfico como podía, no tardé más de siete minutos en estar en Lombard y girar por Richardson hacia el extremo sur de Presidio. Delante de mí, la rotonda dorada del Palacio de Bellas Artes resplandecía majestuosa sobre un estanque reluciente y en calma.

Vi el Taurus azul de Chris aparcado en diagonal en un extremo del parque y frené de golpe el coche patrulla a su lado. No vi otros policías por ninguna parte.

¿Por qué no habían llegado refuerzos? ¿Qué sucedía?

Quitó el seguro de mi arma y entré en el parque que rodeaba la rotonda gigante. No había nadie esperando.

Me sobresalté al ver que varias personas corrían hacia mí, alejándose de la rotonda.

—Hay un tiroteo —gritó uno.

Me puse a correr en seguida.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Soy policía de San Francisco! —grité a las personas con las que me iba cruzando.

—Hay un loco con una pistola —gritó uno.

Di la vuelta al estanque corriendo por una inmensa galería de columnas. No oía ningún ruido. Ningún tiro.

Con la pistola por delante, fui dando la vuelta a las esquinas hasta que vi la rotonda principal. Enormes columnas corintias coronadas por grabados heroicos ornamentales se elevaban sobre mí.

Oí voces a lo lejos, el tono burlón de una mujer: «Tú y yo solos, Nick. ¿Qué te parece? ¿A que es romántico?».

Y una voz de hombre, la de Jenks: «¿Es que no te ves? Das pena. Como siempre».

Las voces resonaban en la enorme cúpula de la rotonda principal.

¿Dónde estaba Chris? ¿Y los refuerzos, dónde se habían metido?

La policía ya debería haber llegado. Contuve la respiración mientras intentaba oír la primera sirena de la policía.

Cada paso que daba, lo oía resonando en el techo.

«¿Qué quieres?», oí gritar a Jenks; su voz resonaba por la piedra. Y luego, el grito de la

mujer: «Quiero que las recuerdes a todas. A todas las que te has tirado».

Seguía sin ver a Chris por ninguna parte. Estaba muerta de miedo.

Decidí rodear una hilera lateral de arcos bajos que se dirigían hacia la procedencia de las voces. Me agaché detrás de una esquina de la galería de columnas.

Entonces, vi a Chris.

Estaba sentado, apoyado en una columna, mirándolo todo.

Mi primera reacción fue decir algo así como: «Chris, agáchate, que te verán». Fue una de esas percepciones a cámara lenta en que mis ojos fueron más veloces que mi mente.

Se apoderó de mí un terror paralizante, seguido de una sensación de náuseas y de tristeza.

Chris no miraba, no se escondía. La pechera de su camisa estaba manchada de sangre.

Casi todo mi entrenamiento como policía se fue al traste en aquel momento. Tenía ganas de chillar, de llamarle a gritos. Me costó un gran esfuerzo no hacerlo.

Dos manchas oscuras de sangre estaban empapando la camisa de Chris. Yo tenía las piernas paralizadas. No sé cómo, me obligué a acercarme a él. Me arrodillé. El corazón me latía alocadamente. Chris tenía la mirada perdida y su cara estaba gris como la piedra. Le busqué el pulso y sentí un latido muy débil.

—Chris, no. —Ahogué un sollozo.

Cuando hablé, él me miró, y sus ojos brillaron un poco al verme. Sus labios se separaron en una débil sonrisa. Su respiración era pesada y fatigosa, sibilante.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Apliqué presión en los agujeros de su pecho, intentando contener la sangre.

—Chris, aguanta. Aguanta. Buscaré ayuda.

Me cogió el brazo. Intentó hablar, pero solo pronunció un susurro débil y gutural.

—No hables. Por favor.

Volví corriendo al coche patrulla y manoseé el transmisor hasta que oí: «Adelante».

—Un agente herido, un agente herido —grité—. Cuatro, cero, seis. ¡Repito: cuatro, cero, seis! —Era el código de emergencia del Estado—. Un agente caído en la rotonda del Palacio de Bellas Artes. Necesito inmediatamente una ambulancia y refuerzos. Es posible que esté aquí Nicholas Jenks. Otro oficial en la escena. Repito: cuatro, cero, seis. Emergencia.

En cuanto el agente repitió mi localización y dijo: «Recibido», tiré el transmisor y volví adentro.

Cuando llegué al lado de Chris, este seguía respirando dificultosamente. Le salían burbujas de sangre por la boca.

—Te quiero, Chris —susurré apretándole la mano.

Se oían voces en la rotonda. No entendía lo que decían, pero eran el mismo hombre y la misma mujer. Se oyó un disparo.

—Ve —cuchicheó Chris—. Resistiré.

Nos tocamos las manos.

—Yo te cubro —murmuró con una sonrisa. Y me hizo marchar.

Me escabullí hacia delante con el arma en la mano, pero miré dos veces atrás. Chris vigilaba, vigilaba la retaguardia.

Corrí agachada toda la longitud de la hilera de columnas más cercana, y me acerqué a la rotonda principal por un lateral. Las voces resonaban cada vez más fuertes. Algo me llamó la atención.

Estaban al otro lado de la basílica. Jenks, con una camisa blanca, se sostenía un brazo, que sangraba. Le habían herido.

Delante de él, con una pistola y vestida con ropa de hombre, estaba Chessy Jenks.

Parecía una grotesca desfiguración de la bella mujer que era. Llevaba el pelo alisado y teñido de gris y rojo. En la cara, todavía se le veían señales del disfraz, patillas de hombre y parte de la barba rojiza. Agarraba con fuerza una pistola que apuntaba directamente a Jenks.

—Tengo un regalo para ti, Nick.

—¿Un regalo? —dijo Jenks desesperado—. ¿De qué hablas?

—Por eso estamos aquí. Quiero que renovemos nuestro juramento.

Chessy sacó una bolsita del bolsillo de la chaqueta y se la tiró a los pies.

—Anda. Ábrela.

Nicholas Jenks se arrodilló como pudo y recogió la bolsa. La abrió y vertió el contenido sobre su mano. Abrió mucho los ojos, horrorizado.

Las seis alianzas desaparecidas.

—Chessy, por Dios —dijo Jenks—. Estás fuera de ti. ¿Qué quieres que haga con esto? —Levantó un anillo—. ¿No ves que te llevarán a la cámara de gas con esto?

—No, Nick —dijo Chessy meneando la cabeza—. Quiero que te las tragues. Que me libres de las pruebas.

Jenks hizo una mueca de aprensión.

—¿Quieres que qué?

—Que te las tragues. Cada una por alguien a quien has destruido. Alguien a quien le has matado la belleza. Eran inocentes. Como yo. Jovencitas en el día de su boda. Nos mataste a todas, Nick: a mí, a Kathy, a Joanna. Ahora puedes devolvernos algo. Con este anillo, yo me comprometo.

Jenks se puso furioso y gritó:

—¡Ya está bien, Chessy!

—Yo diré cuándo está bien. ¿Te encantan los juegos? Pues juega. Juega al mío esta vez. ¡Tráгатelas! —Le apuntó con el arma—. No creerás que no voy a disparar, ¿verdad, cariño?

Jenks cogió uno de los anillos y se lo llevó a los labios. Le temblaba la mano de mala manera.

—Esta era Melanie, Nicky. Te habría gustado. Estaba en plena forma... Era esquiadora, submarinista. Es tu tipo, ¿verdad? Se resistió hasta el final. Pero a ti no te gusta que nos

resistamos, ¿verdad? A ti te gusta dominarlo todo.

Amartillé el arma y la puse a la altura de la cabeza de Jenks.

Jenks se metió el anillo en la boca. Con una expresión angustiada, se esforzó por tragárselo.

Chessy estaba perdiendo el control. Sollozaba y temblaba. Decidí que no podía esperar más.

—Policía —grité. Avancé agarrando la treinta y ocho con las dos manos, apuntándola a ella.

Chessy se giró, sin demostrar ninguna sorpresa, pero volvió a mirar a Jenks en seguida.

—¡Tiene que ser castigado!

—Esto ha terminado —dije avanzando con cuidado—. Por favor, Chessy, no más muertes.

Como si de repente se diera cuenta de en qué se había convertido, de las cosas horribles que había hecho, me miró.

—Lo siento... Lamento todo lo que ha pasado... ¡menos esto!

Disparó contra Jenks.

Yo disparé contra ella.

El esbelto cuerpo de Chessy cayó hacia atrás, se golpeó con fuerza contra la pared y se desplomó. Se le abrieron mucho sus hermosos ojos; se le hundieron los labios.

Miré y vi que no le había dado a Jenks, quien la miraba con incredulidad. No creía que fuera a disparar, no creía que le odiara tanto. Todavía creía que él dominaba a Chessy y seguramente que la amaba.

Me acerqué a ella corriendo, pero era demasiado tarde. Ya tenía los ojos vidriosos, y le salía sangre del pecho. Le sostuve la cabeza y pensé que era muy bella (como Melanie, Rebecca y Kathy), y ahora también estaba muerta.

Nicholas Jenks me miró resoplando con alivio.

—Se lo dije... Le dije que era inocente.

Lo miré asqueada. Habían muerto ocho personas. Los novios, Joanna y ahora su propia esposa. «¿Le dije que era inocente?». ¿Eso era lo que creía?

Le lancé un puñetazo que le dio en los dientes. Oí que algo se rompía y Jenks cayó de rodillas.

—¡Por su inocencia, Jenks!

Me puse a correr y me di cuenta de que ya no sabía exactamente lo que hacía ni dónde estaba. De algún modo, el instinto me hizo volver al sitio donde Chris había caído herido.

Seguía en la misma posición, contra la columna. Parecía que me hubiera estado esperando.

Me arrodillé a su lado, lo más cerca que pude. Vi que la policía y el equipo de urgencias de la ambulancia llegaban por fin. ¿Por qué habían tardado tanto?

—¿Qué ha pasado? —susurró Chris. Apenas podía oírle.

—Le di, Chris. Chessy Jenks era la asesina.

Consiguió mover la cabeza afirmativamente.

—Así me gusta —susurró.

Luego, Chris sonrió débilmente y murió en mis brazos.

Nunca habría imaginado ni soñado que Chris sería el primero en morir. Para mí, fue un impacto aterrador. Yo era la que estaba enferma, a la que la muerte había acariciado.

Apoyé la cabeza en su pecho. No había movimiento, ni respiración; solo una quietud aterradora. Me parecía todo irreal.

Los enfermeros se pusieron a trabajar en Chris, haciendo cosas heroicas e inútiles, y yo seguí cogiéndole la mano.

Me sentía vacía e increíblemente triste. Sollozaba, pero quería decirle algo; tenía que decir una última cosa a Chris.

—Medved me dijo que iba a ponerme bien, Chris.

No pude acercarme a mi despacho del Palacio de Justicia. Me dieron una semana de permiso, y yo decidí tomarme otra a cuenta de mis vacaciones.

Me quedé en casa, vi algunas películas antiguas en vídeo, fui a hacerme el tratamiento, fui a correr un par de veces al puerto. Incluso, cociné y me senté en la terraza a contemplar la bahía, como había hecho con Chris aquella primera noche.

Una noche me emborraché a base de bien y me puse a jugar con el arma. Fue Martha quien me hizo recuperar la sensatez. Ella y el hecho de pensar que suicidarme habría representado traicionar el recuerdo de Chris. No podía hacerlo. Además, las chicas no me lo habrían perdonado nunca.

Sentía un vacío desgarrador en el corazón, más grande y más doloroso que nada de lo que había sentido jamás, ni siquiera por mi enfermedad. Sentía una incapacidad para relacionarme, para comprometerme. Claire me llamaba tres veces al día, pero yo no me veía con ánimos de hablar mucho rato, ni siquiera con ella.

—No fue culpa tuya, Lindsay. No pudiste hacer nada —me consolaba.

—Ya lo sé, supongo —contestaba yo, pero no podía convencerme del todo de que eso fuera cierto.

Básicamente, intentaba convencerme de que todavía tenía algún objetivo en la vida. El caso de los novios estaba solucionado. Nicholas Jenks se aprovechaba sin rubor de su popularidad en *Dateline* y en *20/20*. Mi enfermedad parecía remitir. Chris ya no estaba. Intentaba pensar qué podría hacer a partir de ahora, pero no se me ocurría nada muy tentador.

Me acordé de lo que le había dicho a Claire cuando más miedo tenía de morir a causa de mi enfermedad: «Coger a ese desgraciado era lo que me hacía seguir adelante».

No se trataba de lo que estaba bien, ni de lo que estaba mal. No se trataba de culpabilidades ni de inocencias. Se trataba de lo que yo sabía hacer y de lo que me gustaba hacer.

Cuatro días después del tiroteo, fui al funeral de Chris. Se ofició en una iglesia católica de Hayward, donde él había nacido.

Me senté en un banco con Roth, Jacobi y el jefe Mercer, que llevaba el uniforme.

No podía soportar el dolor. Quería estar con Chris. Quería estar cerca de él.

Vi a su exesposa y a sus dos hijos intentando mantener la compostura. Pensé en lo cerca que

había estado de entrar en su vida, pero no lo sabían.

«Un héroe», le elogiaban.

«Era un buen vendedor», pensé sonriendo y me eché a llorar.

De todos, fue Jacobi quien me cogió la mano. Y, por muy improbable que parezca, yo me apoyé en su hombro. «Adelante —parecía decirme—. Lloro».

Más tarde, en el cementerio, me acerqué a la exesposa de Chris, Marion.

—Quería conocerla —dije—. Yo estaba con él cuando murió.

Me miró con el frágil valor que solo otra mujer puede comprender.

—Sé quién es usted —dijo con una sonrisa compasiva—. Es bonita, tal como me dijo Chris. También me dijo que era inteligente.

Sonreí y le di la mano. La estrechamos con fuerza.

—También me dijo que era muy valiente.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. Entonces, me cogió del brazo y dijo lo que más deseaba oír.

—¿Por qué no se queda con nosotros, Lindsay?

El departamento concedió a Chris los honores de un héroe. Abrieron la ceremonia unas gaitas tristes y deprimentes. Hileras de policías de uniforme. Una salva de veintiún disparos.

Cuando terminó, volví al coche pensando qué podía hacer a continuación. En la puerta del cementerio, vi a Cindy, a Jill y a Claire. Me esperaban.

No me moví. Me quedé parada con las piernas temblando descontroladamente. Vieron que, si no hacían algo, me desmoronaría.

Me fallaba la voz; apenas podía pronunciar las palabras.

—Se suponía que tenía que ser yo, no él —dije.

Me abrazaron, una por una.

Me aferré a ellas y me fundí en sus abrazos tanto como pude. Las cuatro llorábamos.

—No me dejéis nunca, chicas.

—¿Dejarte? —dijo Jill con cara de sorpresa.

—Nunca te dejaremos —prometió Cindy—. Somos un equipo, ¿o ya no te acuerdas? Siempre estaremos juntas.

Claire me cogió del brazo.

—Te queremos, cariño —me dijo al oído.

Salimos caminando del cementerio cogidas del brazo. Soplabla una brisa fresca que nos secó las lágrimas.

Aquella tarde, a las seis, volví a entrar en la sede del Palacio de Justicia. Tenía algo importante que hacer.

En el vestíbulo, casi lo primero que ves es una gran placa de mármol. Tiene noventa y tres nombres inscritos, los nombres y las fechas de noventa y un hombres y dos mujeres que murieron en acto de servicio llevando el uniforme del Departamento de Policía de San Francisco. Un albañil estaba trabajando en la placa.

Una norma implícita del cuerpo dice que no hay que contarlos nunca; pero, esta noche, los cuento. Noventa y tres, empezando por James S. Coonts el 5 de octubre de 1878, cuando acababa

de crearse el Departamento de Policía de San Francisco.

Mañana habrá uno más: Christopher John Raleigh. Vendrán el alcalde y Mercer; los periodistas de la sección municipal; Marion y sus niños. Lo inmortalizarán como un héroe de la policía. Yo también estaré.

Pero esta noche no quiero discursos ni ceremonias. Quiero que estemos solo él y yo.

El albañil termina de grabar el nombre. Espero a que acabe de pulir el mármol y de aspirar las últimas motas de polvo. Entonces me acerco y paso la mano por el suave mármol. Sobre su nombre.

CHRISTOPHER JOHN RALEIGH.

El albañil me mira. Ve la aflicción en mis ojos.

—¿Le conocía?

Afirmo con la cabeza y, de algún lugar de mi corazón, encuentro la fuerza para sonreír. «Le conocía».

—Era mi compañero —digo.

EPÍLOGO

COUP DE GRÂCE

He llegado a la conclusión de que, en las investigaciones de asesinato, siempre quedan cabos sueltos y preguntas que piden respuesta. Siempre.

Sin embargo, esta vez no.

Una noche estaba en casa, un mes después del entierro de Chris. Había terminado mi solitaria cena, había paseado y dado de comer a Martha cuando oí que llamaban a la puerta con un único golpe autoritario. No había abierto la puerta del portal de la calle a nadie, de modo que miré por la mirilla antes de abrir. No podía creérmelo. Era Nicholas Jenks.

Llevaba una chaqueta azul encima de una camisa blanca y unos pantalones gris oscuro. Parecía tan arrogante y odioso como siempre.

—¿No va a dejarme entrar? —preguntó, y sonrió como diciendo: «Por supuesto que sí. No podrás resistirte».

—No, no pienso dejarle entrar —dije y me aparté de la puerta—. Largo de aquí, cabrón.

Jenks volvió a llamar y yo me paré.

—No tenemos nada de qué hablar —dije bastante alto para que pudiera oírme.

—Oh, claro que sí —contestó Jenks—. Ha metido la pata, inspectora. He venido a decirle cómo.

Me quedé helada. Notaba que echaba chispas y que la nuca me ardía. Volví a la puerta, esperé un momento y la abrí con el corazón acelerado. «Ha metido la pata».

Él sonreía o, a lo mejor, se reía de mí.

—Lo estoy celebrando —dijo—. ¡Soy un hombre feliz! ¿Adivina por qué?

—No me diga que es porque vuelve a ser soltero.

—Bueno, sí, por eso. Pero también porque acabo de vender los derechos en Norteamérica de mi último libro. Ocho millones de dólares. Y por los derechos cinematográficos, cuatro. Este libro no es de ficción, Lindsay. Adivine de qué va. Vamos, inténtelo.

Me moría de ganas de pegarle otro puñetazo.

—¿Y es conmigo con quien quiere celebrarlo? Lo siento por usted.

Jenks seguía sonriendo.

—La verdad es que, con usted, quería celebrar otra cosa. Hay algo que sí quiero celebrar con usted. ¿Me está escuchando, Lindsay? Ha metido la pata hasta el fondo.

Era tan estrafalario y repugnante que empezaba a asustarme, pero no quería que se diera cuenta. ¿Qué significaba que había metido la pata?

—Le invitaría a una copa, pero usted me repugna —dije con una mueca.

Él levantó las manos e imitó mi mueca.

—Bueno, yo siento exactamente lo mismo por usted. Por eso, quería contarle esto, Lindsay, solo a usted. —Bajó la voz a un murmullo—. Chessy hizo lo que le pedí que hiciera hasta el final. ¿Los asesinatos? Estuvimos jugando a un juego maravilloso y terrible. Un matrimonio despiadado mata a matrimonios inocentes. Estábamos reviviendo el argumento de una novela. Mi novela. Metió la pata, Lindsay. Me salí con la mía. Estoy libre. Estoy muy libre. Y soy más rico que nunca.

Me miró fijamente y se echó a reír. Creo que fue el sonido más nauseabundo que he oído en mi vida.

—Es verdad. Chessy habría hecho todo lo que le pidiera. Todas lo habrían hecho, por eso las elegía. Solíamos jugar a un juego en que ladraban como perros. Les encantaba. ¿Quiere jugar, Lindsay? ¿Guau, guau?

Lo miré con odio.

—¿No se siente un poco raro... jugando a los mismos juegos que su padre? Joanna me lo contó.

—He ido más allá de lo que mi padre podría haber imaginado. Lo he hecho todo, inspectora, y me he salido con la mía. Planeé todos los asesinatos. ¿No le pone la piel de gallina? ¿No la hace sentir rara?

De repente, Jenks empezó a ponerse unos guantes de goma que sacó de un bolsillo de su chaqueta. ¡Dios mío!

—Este también es perfecto —dijo—. No estoy aquí, Lindsay. Estoy con una preciosa mentirosa en Tahoe. Tengo una coartada comprada y pagada. Un crimen perfecto, Lindsay. Mi especialidad.

Cuando me giraba para escapar, Jenks sacó una navaja.

—Quiero sentir cómo penetra en su cuerpo, Lindsay. Muy hondo. El *coup de grâce*.

Me golpeé contra una pared de la sala y casi pierdo el conocimiento. Martha le atacó instintivamente. Nunca la había visto amenazar a nadie enseñando los dientes. Él le clavó la navaja en el anca y ella cayó gimiendo de una forma estremecedora.

—¡Apártate, Martha! —grité.

Jenks me cogió y me arrastró al dormitorio. Cerró la puerta.

—Se suponía que habría otro asesinato de una pareja de recién casados mientras yo estaba en la cárcel. Aparecerían nuevas pruebas que demostrarían que todo era un montaje contra mí. Se pondría de manifiesto que yo era inocente. ¡Y yo escribiría mi libro! Pero Chessy me traicionó. Nunca la había respetado tanto, Lindsay. Casi la amé por eso. ¡Por una vez demostró que tenía agallas!

Me arrastré alejándome de Jenks, pero él podía ver que no tenía escapatoria. Notaba que me había roto una costilla.

—Primero tendrá que matarme —dije en un susurro feroz.

—De acuerdo. —Sonrió—. Encantado. Será un placer.

Me arrastré hacia la cama mientras miraba hacia la ventana que daba a la bahía. Me costaba respirar.

Jenks vino hacia mí.

—¡Alto, Jenks! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Quieto donde está, Jenks!

No se paró. ¿Por qué habría de hacerlo? Blandió la navaja de izquierda a derecha como un loco. Dios mío, estaba disfrutando. Se reía. Otro asesinato perfecto.

Metí la mano debajo de la cama donde tenía un revólver escondido, como medida de seguridad doméstica.

No tuve tiempo de apuntar, pero no era necesario. Nicholas Jenks se quedó atónito, con la navaja preparada por encima del hombro izquierdo.

Disparé tres veces. Jenks gritó, y los ojos grises se le abrieron mucho con expresión de incredulidad. Cayó encima de mí.

—¡Espero que te pudras en el infierno! —susurré.

Llamé primero a Claire, la forense; después, a Cindy, la mejor periodista criminal de San Francisco; y finalmente, a Jill, mi abogada.

Las chicas acudieron en seguida.

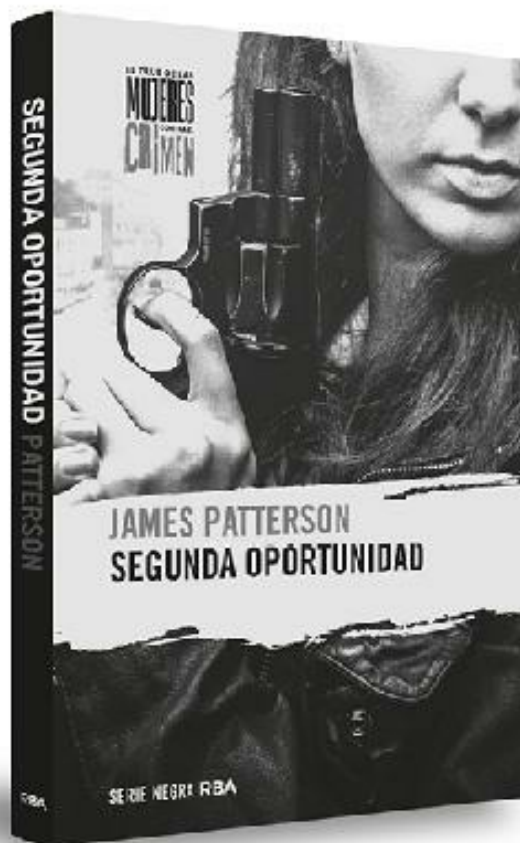
AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a las siguientes personas, cuya dedicación y experiencia contribuyeron a la redacción de este libro.

Al doctor Greg Zorman, jefe de Neurocirugía del hospital de Lakeland, en Fort Lauderdale, Florida, a quien desearía tener de mi parte en caso de necesidad.

A las encantadoras e inteligentes Fern Galperin, Mary Jordan, Barbara Groszewski e Irene Markocki.

EL CLUB DE LAS
MUJERES
CONTRA EL
CRIMEN

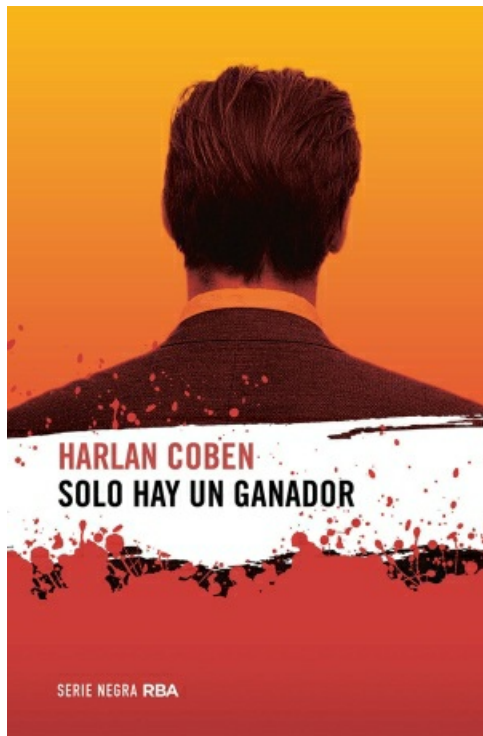


EL CLUB DE LAS
MUJERES
CONTRA EL
CRIMEN

SEGUNDA OPORTUNIDAD

El Club de las Mujeres contra el Crimen, 2

La ciudad de San Francisco está conmocionada tras el tiroteo a la salida de una iglesia que ha acabado con la vida de una niña de once años. La recientemente ascendida a teniente Lindsay Boxer se encarga del caso y no tarda en encontrar indicios de que la muchacha no es una víctima al azar. Poco después aparece el cadáver de una anciana que ha muerto ahorcada. Ambas mujeres eran negras, pero ¿hay algún otro vínculo entre ellas? Ante la creciente sospecha de que se enfrenta a un asesino frío y calculador, Lindsay recurre de nuevo a sus amigas del Club de las Mujeres contra el Crimen —una forense, una periodista y una fiscal— para atraparlo y evitar más muertes. Aún no saben que una de ellas podría ser el próximo objetivo de un psicópata despiadado.



Solo hay un ganador

Coben, Harlan

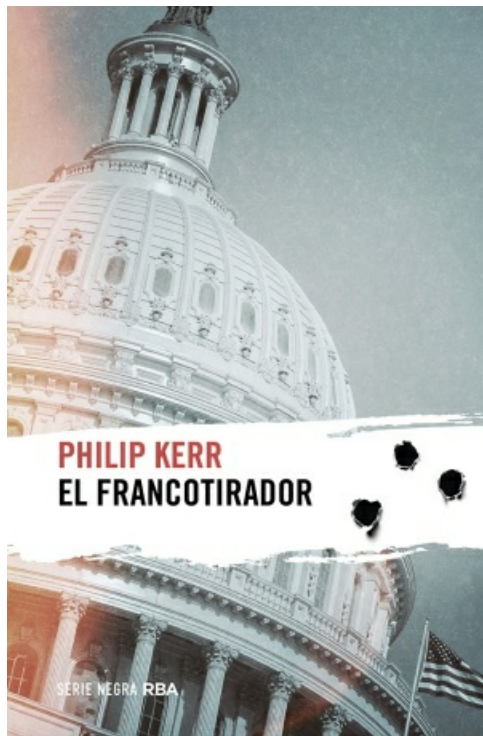
9788411323529

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Yo llegaré a donde no llegue la ley". Hace más de veinte años robaron un Vermeer y un Picasso a la familia Lockwood. Poco después, Patricia Lockwood fue secuestrada y su padre, asesinado. Ella pudo escapar tras cinco meses de cautiverio, pero los responsables del robo y del secuestro nunca aparecieron. El tiempo acabó enterrando estos episodios traumáticos hasta ahora. En lo más alto de un edificio de Manhattan acaban de encontrar un cadáver, el cuadro de Vermeer y una maleta que perteneció a Windsor Horne Lockwood III, o Win, como le llaman sus amigos. Win, el primo de Patricia, tiene dinero, inteligencia, frialdad y un particular sentido de la justicia. Se enfrenta a una situación delicada en la que el honor de su familia puede verse salpicado, pero él no es de los que perdonan, ni de los que esperan a que otros resuelvan sus problemas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El francotirador

Kerr, Philip

9788411323567

432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Y si la historia no es como nos la han contado? 1960. Mientras Estados Unidos se prepara para saber si su próximo presidente será Richard Nixon o John F. Kennedy, el veterano de guerra Tom Jefferson se dedica a algo que sabe hacer bien: matar por encargo. Existen otros como él, pero Jefferson posee dos cualidades que lo distinguen del resto: está casado con una mujer que aprueba su manera de ganarse la vida y es el mejor en lo suyo. Por eso, el crimen organizado y la CIA piensan que es la persona ideal para cometer un magnicidio, el de Fidel Castro. Tanto el gobierno como la mafia quieren recuperar la influencia en la isla caribeña que la Revolución cubana les ha arrebatado. Sin embargo, un fatal descubrimiento de Jefferson lo cambia todo. Castro deja de ser el objetivo para pasar a ser alguien aún más importante.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La mentalidad trágica

Kaplan, Robert D.

9788411323574

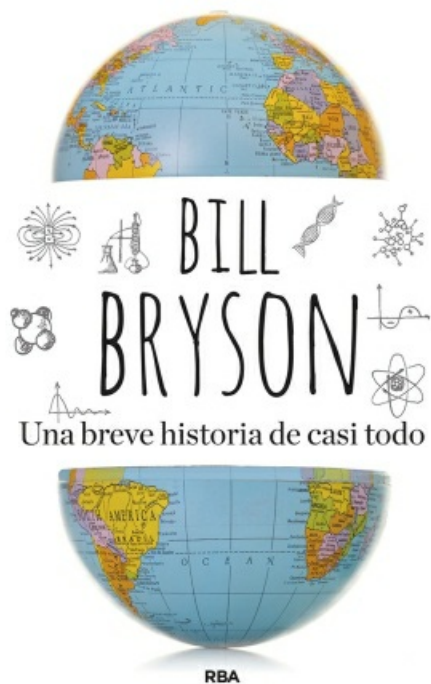
208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La tragedia define los límites de la naturaleza humana y de los acontecimientos mundiales. Tras una larga experiencia como periodista internacional, corresponsal de guerra e influyente asesor de altos organismos estadounidenses, Robert D. Kaplan está convencido de que se precisa algo más que conocimientos geopolíticos para comprender cómo actúan los individuos y cómo deciden los gobernantes. Para él, las claves para entender el espíritu humano y los entresijos de la política internacional nos las da la tragedia. En su máxima expresión, Shakespeare y los trágicos griegos nos muestran, entre otras muchas cosas, las consecuencias imprevisibles que acarrearán las decisiones difíciles, el enfrentamiento entre orden y caos, la convivencia con el miedo y la lucha constante que determina el destino de las personas. Obra breve pero extraordinariamente rica en ideas y propuestas, La mentalidad trágica es una profunda

reflexión sobre la tragedia política hecha desde la experiencia vivida en primera persona a la que se añade el conocimiento de los clásicos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Una breve historia de casi todo

Bryson, Bill

9788411323680

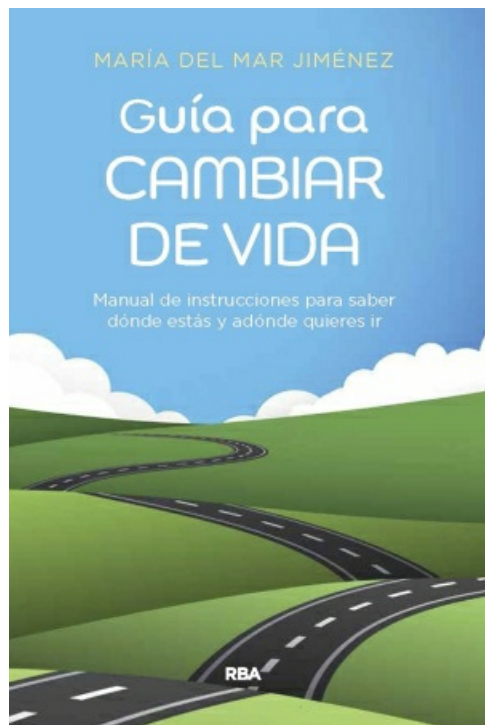
640 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puede un solo libro convertirse en la perfecta introducción para adentrarse en disciplinas tan dispares como la astronomía, la geología, la física, la química y la biología? ¿Puede un trabajo de divulgación científica ofrecer razonamientos y datos precisos, y al mismo tiempo ser tremendamente entretenido? ¿Puede una única obra narrar la historia de los grandes descubrimientos de la ciencia y contarnos también divertidas anécdotas relacionadas con estos extraordinarios logros y con los hombres que los alcanzaron? Una breve historia de casi todo es, sin lugar a dudas, ese libro y mucho más. Viajero empedernido y divulgador brillante y entusiasta, Bill Bryson nos propone un fascinante recorrido por la historia del universo que nos rodea y los conocimientos que nos han llevado a comprenderlo un poco mejor. Con una curiosidad innata, una prosa fluida y una admirable capacidad de síntesis, Bryson logra explicar en

Una breve historia de casi todo los grandes acontecimientos y las razones fundamentales que han llevado al cosmos, a nuestro planeta y a todos los seres vivos a ser como son.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Guía para cambiar de vida

Jiménez, María del Mar

9788411323536

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tu buena vida te está esperando ¿Quieres emprender un cambio de vida, pero no tienes claro si tu sueño es viable, te paralizan los miedos y no sabes por dónde empezar? Tanto si quieres dejar la oficina e irte a vivir al campo, como si deseas dar la vuelta al mundo en un velero o, simplemente, hacer ajustes en tu estilo de vida, ¡no necesitas ganar la lotería para ponerte a ello! Este libro te acompaña en el proceso de tomar decisiones. A partir de una auditoría de tu vida y de tus deseos, te ayuda a contemplar los escenarios posibles, fijar prioridades, trazar metas realistas y diseñar un plan de acción. Y con los ejercicios del Cuaderno de ruta, descubrirás, paso a paso, el mejor modo de cambiar de vida, el camino hacia tu Buena Vida.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Table of Contents

PORTADILLA

CRÉDITOS

PRÓLOGO. LA INSPECTORA LINDSAY BOXER

PRIMERA PARTE. DAVID Y MELANIE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

SEGUNDA PARTE. EL CLUB DE LAS MUJERES CONTRA EL CRIMEN

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69

TERCERA PARTE. BARBARROJA

70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82

83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95

CUARTA PARTE. TODA LA VERDAD

96
97
98
99
100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126

EPÍLOGO. COUP DE GRÂCE

AGRADECIMIENTOS
EL CLUB DE LAS MUJERES CONTRA EL CRIMEN